

Arthur C. Clarke  
y Paul Preuss

VENUS  
PRIME II  
TORBELLINO

Segundo título de la  
espectacular serie  
de novelas de ciencia  
ficción por el autor de  
*2001: una odisea espacial.*

Lectulandia

Basado en el relato corto «Maelstrom II» (1965) de Arthur C. Clarke.

Después de tomar un descanso en Puerto Hesperus, Sparta es enviada a Venus para rescatar a un equipo de científicos que han quedado atrapados en el infierno gaseoso del planeta. Su exitoso rescate conduce a la recuperación de un artefacto que puede probar la existencia de vida extraterrestre. Después, es enviada a la Luna para investigar el intento de sabotaje de la catapulta electromagnética local.

Mientras tanto, en busca de ayudar a Esparta a saber más acerca de su pasado, Blake va a París, infiltrándose en la sociedad de los Atanasios, una supuesta organización benéfica que ofrece refugio y otros servicios a los jóvenes sin hogar. Después de entrar, Blake confirma que la sociedad es en realidad la Hermandad del Espíritu Libre, el culto responsable de hacer a Sparta sobrehumana.

**Lectulandia**

Arthur C. Clarke & Paul Preuss

# **Torbellino**

**Venus Prime II**

ePub r1.0

Rusli 05.12.13

Título original: *Maelstrom - Venus Prime Volume 2*

Arthur C. Clarke & Paul Preuss, 1988

Traducción: Carme Camps

Editor digital: Rusli

ePub base r1.0

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

## PRÓLOGO

El ligero viento silbaba con estridencia en el paisaje helado. Agujas y festones de hielo salían de la arena apretada y se clavaban en la tierra arrastrada por el viento. Gárgolas de hielo colgaban de acantilados de un kilómetro de altura sobre la llanura polar.

El viento era demasiado tenue para mantener algo vivo, pero no tanto como para no arrastrar la tierra abrasiva. Ésta grababa la roca, amontonaba la arena y esculpía el hielo y la dura piedra formando arcos, contrafuertes y montes. El tenue viento era como una excavadora.

El agujero que ahora excavaba, en la arena de debajo del hielo, contenía un pedazo de metal. El metal era duro y reluciente; no tanto como para no haberse roto —quién sabe cuándo o cómo— pero sí como para que la tierra que el viento arrastraba no pudiera estropear su superficie espejada.

Alguna otra cosa había grabado el metal y formado canales en él. Los canales eran diferentes unos de otros, pero todos tenían la misma altura, anchura y profundidad. Iban en línea recta. Había tres docenas de ellos, de diferentes tipos, pero se repetían en diversas secuencias hasta formar un total de más de mil, grabados en el metal.

Un año marciano después de que el viento excavara la arena de debajo del hielo e hiciera aparecer el espejo grabado, vino un hombre con traje presurizado, lo encontró, y se lo llevó.

—Estás loco, Johnny, no puedes guardar en secreto una cosa así. ¿Cómo vas a sacar dinero de algo que al parecer nadie ha visto nunca?

—¿Estás diciendo que no vale nada, Liam?

—Digo que vale demasiado. Es único. No sacarás ningún dinero de ello, ni legal ni ilegalmente.

Esta conversación fue tan privada como podía serlo en aquel lugar, en un rincón debajo del soporte del tubo de la cúpula de la torre de perforación, donde escondían la bebida y la droga. El jefe de la tripulación lo sabía todo; pero no decía nada, con tal de que nadie apareciera colocado en los monitores de la compañía. Pero aquí había que hablar en susurros. Estas malditas bóvedas transmitían el sonido de un extremo a otro igual que un fonoenlace, y nunca se sabía quién estaba escuchando al otro lado.

—Vaya, nunca creí que me acusarían de estar en posesión de algo demasiado valioso.

—No digas tonterías. Ya te has llevado mucho.

—Sí, y tengo intención de hacerlo otra vez esta noche. Tienes otra oportunidad antes de que aparezcan los otros. Preséntame a esos compañeros tuyos de Lab City, puedes quedarte con una tercera parte.

—Olvídalo. Es mejor entregarlo. De ese modo al menos eres un héroe. Cada día que lo conserves estarás pidiendo un billete para la cárcel.

Las puertas del pasillo chasquearon lejos, al otro lado de la cúpula. El eructo de alguien resonó en la columna.

—¿Y si te dijera que allí fuera hay más, Liam? Otro material con esta escritura extraña. Y no sé qué es.

—¿Pretendes embaucarme, Johnny?

—Demonios, no.

—¿Hay mucho material?

—Primero decídete.

—Lo pensaré.

—¡Eh, chicos! —Detrás de ellos sonó una carcajada—. Es la hora del juego.

—No quiero que circulen historias, Liam —apenas un susurro ahora—. Eres el único en Marte que sabe lo que tengo.

—Puedes confiar en mí, John.

—Bien. Los dos conservaremos la salud.

Una semana más tarde, con cuatro días de retraso respecto al programa, la tripulación por fin tuvo preparada la torre y empezó a hundir el tubo. El sol descendía en el rojo cielo marciano, arrastrando consigo unos parhelios. Liam y Johnny trabajaban con el cabezal portabroca. Habían llegado al hielo permanente tras cuatro horas de arduo trabajo, cuando el tubo dio una sacudida. Nadie supo jamás cómo ocurrió, pero no fue ninguna sorpresa, pues no se trataba de una nave hermética. Aún así, Johnny se puso nervioso y se le escapó la herramienta, y el extremo del tubo que estaba funcionando explotó e hizo un agujero en el hielo. Por norma, esto habría hecho que algunas personas volvieran rápidamente a la cola del desempleo de Labyrinth. City, pero justo debajo de ellos había una gran bolsa de gas presurizado en la capa de hielo permanente y también explotó, y todo el soporte del tubo voló por los aires como un manojo de pajas, y después todas las pajas bajaron y cayeron sobre Liam y John.

Un fino cabello rubio de hombre cayó a pocos milímetros del metal grabado, sobre el tapete de bayeta verde en el que descansaba.

—¿Cómo llegó a estar en posesión de una cosa tan exquisita como ésta?

El hombre era alto y de complexión robusta, pero sus movimientos eran precisos y delicados. Cuando se inclinó para inspeccionar la placa, tuvo buen cuidado de no dejar que ni un cabello la tocara; incluso le disgustaba que el aliento enturbiara su superficie reluciente.

—Debió de encontrarla en la arena, en algún momento durante los últimos dos meses. Seguro que no tenía la más mínima idea de su valor.

El otro hombre era mayor, delgado y con el pelo muy corto. Proyectó un holomapa del Polo Norte en la pantalla.

—Nuestra tripulación ha encontrado estos cuatro emplazamientos desde que ellos se fueron en primavera. Pasaron unas dos semanas en cada uno. —Su embotado dedo índice presionó cuatro puntos incandescentes que formaban una curva mellada en torno al hielo terraplenado—. La disciplina era espantosa, Albert. La gente cogía rovers a escondidas para ir a pasear siempre que quería. A dónde iban, no se sabe. He despedido al capataz y al director de distrito. Aunque no a tiempo para servirnos de nada, lamento decirlo.

El hombre alto, arqueólogo, se irguió y se echó el pelo hacia atrás. La tristeza de su boca ancha y curvada hacia abajo quedaba contrarrestada por unos ansiosos ojos grises, unas cejas exuberantes y una frente que ascendía a las elevadas latitudes del cráneo antes de desaparecer bajo el rubio cabello.

—No es posible que esto fuera un objeto aislado. Seguro que allí se encuentra un tesoro incomparable.

—Y nosotros haremos todo lo posible para encontrarlo —dijo el ejecutivo—. Aunque no podemos tener muchas esperanzas. Al menos esta pieza ahora está en buenas manos.

Juntos la estudiaron en silencio. La veneración del técnico era tan profunda como la del arqueólogo.

El rubio arqueólogo había pasado diez años siguiendo a los equipos de perforación, investigando las arenas congeladas y estudiando las corrientes de agua de Marte que se habían secado y reducido a polvo mil millones de años atrás. Él y sus colegas especializados en paleontología habían hallado fósiles en abundancia, formas sencillas altamente adaptadas a un clima que había oscilado entre extremos terribles de humedad y sequedad, vientos y calma, frío y más frío.

Pero lo que atraía a los arqueólogos hacia este terreno poco poblado eran los restos dispersos de un orden de vida diferente: no eran fósiles, no eran fragmentos de conchas o de huesos, sino los residuos de lo que habrían podido ser utensilios hechos con aleaciones nuevas y, de vez en cuando, torturantes sugerencias de lo que podrían haber sido estructuras. Todas estas criaturas —la vida abundante que se había arrastrado a través de Marte y revolcado en las arenas mojadas al lado de las inundaciones repentinas que limpiaban los desiertos, y los seres, cualesquiera que fueran, que habían dejado sólo sugerencias de su avanzado desarrollo— habían florecido y desaparecido antes de que la vida en la Tierra evolucionara y se convirtiera en algo más complejo que algas verdiazules.

Ahora, el espejo de metal que estaba sobre el escritorio, grabado con mil caracteres, daba testimonio de que mil millones de años atrás, Marte había sido anfitrión de una cultura elevada.

—Supongo que Forster ya tiene conocimiento de esto.

—Sí, lamento decirlo —respondió el técnico—. El rumor se ha difundido con gran rapidez. Forster viene hacia aquí, procedente de la Tierra.

Una sonrisa asomó a la boca apesadumbrada del arqueólogo.

—Será divertido ver qué hace.

—Ya ha dado una conferencia de Prensa, y ha puesto nombre a los autores de esto.

—¿Ah sí? ¿Qué nombre?

—Les llama Cultura X.

El triste arqueólogo se permitió comentar con un gruñido divertido:

—El querido profesor Forster. Siempre tan lleno de energía. No siempre muy original.

—Eso, al menos, nos favorece.

A pesar de sus esfuerzos, los equipos de perforación o los científicos no hallaron jamás rastro alguno del tesoro escondido de Marte. Pero diez años después del descubrimiento de la placa marciana, en la superficie de Venus —un planeta tan diferente de Marte como el infierno del limbo— un robot minero se encontraba explorando en un estrecho cañón cerca de una antigua playa, una playa de mil millones de años. La probóscide con punta en forma de rombo del robot atravesó un muro de roca y encontró cosas extrañas. Al cabo de pocas horas corrió por todo el sistema solar la noticia de que la Cultura X había sido, sin duda alguna, una especie que había viajado por el espacio.

# Primera parte

## A LA BÚSQUEDA DEL TIEMPO PERDIDO

### 1

Sparta cerró los ojos, se estiró en la bañera y dejó que la barbilla rozara la línea del agua. En el umbral del sonido, el agua siseaba. En las pestañas se le condensaban pequeñas gotitas de agua; unas burbujas invisibles le hacían cosquillas en la nariz. En el aire flotaba un leve olor a sulfuro.

La formulación química exacta de los minerales en el agua se le apareció de manera espontánea en la mente; cada día cambiaba, y hoy la mezcla del agua imitaba los baños de Cambo-les-Bains, en el País Vasco francés. Sparta analizaba sin darse cuenta el ambiente allí adonde iba. Era un reflejo.

Flotaba con facilidad, ella pesaba menos, y el agua también, de lo que habrían pesado en la Tierra. Se encontraba muy lejos de la Tierra. Los minutos transcurrían y el agua caliente la mecía y la aletargaba mientras saboreaba la noticia que había estado esperando durante tanto tiempo y que no había recibido hasta ese día: las órdenes del cuartel general de la Junta Espacial que le indicaban que su misión aquí había concluido y que la reclamaban en la Central de la Tierra.

—¿Es usted Ellen? —La voz era suave, tentativa, pero cálida.

Sparta abrió los ojos y, entre el vapor, vio a una mujer joven, de pie, desnuda salvo por la toalla que le envolvía la cintura. Llevaba el lacio cabello largo recogido en un moño.

—¿Dónde está Keiko?

—Keiko hoy no ha podido venir. Soy Masumi. Si le parece bien, le haré yo el masaje.

—Espero que Keiko no esté enferma.

—Se trata de un asunto legal sin importancia. Me ha pedido que me disculpe por ella, con toda sinceridad.

Sparta escuchó la voz dulce de la mujer. No oyó más que la simple verdad. Se levantó de la bañera. Su tersa piel, sonrosada por el calor, brillaba a la luz filtrada procedente de la terraza. La luz difusa se derramaba sobre su figura menuda de bailarina, sobre sus pequeños senos, sobre su estómago y abdomen planos y sus esbeltos y duros muslos.

El cabello rubio despeinado, empapado donde había estado sumergido, le caía liso hasta la línea de la mandíbula; lo llevaba cortado de forma tal que demostraba poco interés por la moda. Sus gruesos labios estaban siempre separados, probando el aire.

—Tome, una toalla —dijo Masumi—. ¿Le gustaría ir a la terraza de arriba? Todavía nos queda una hora de luz de Venus.

—Sí, claro.

Sparta siguió a la mujer por delante de la hilera de humeantes bañeras y escaleras arriba hasta la azotea, secándose el agua de los hombros y de los senos mientras caminaba.

—Disculpe un momento, por favor. Olvidaron entrar las mesas antes de la última lluvia.

Masumi hizo caer el agua que cubría la mesa para masajes y la secó, mientras Sparta permanecía de pie junto a la barandilla baja, eliminando las últimas gotas de agua que le quedaban en los costados y las pantorrillas.

Contempló el paisaje de casas y jardines de Puerto Hesperus que se extendía más abajo. Los tejados planos descendían de forma escalonada, como los tejados de una aldea griega en una empinada ladera; cada casa poseía su patio interior con árboles de cítricos y plantas con flores. En la parte inferior de la colina se encontraban las calles principales de la ciudad, y entre ellas había jardines de exótica vegetación y elevados árboles, pinos gigantescos y abetos, altos álamos y amarillos ginkoes. Estos famosos jardines, diseñados por Seno Sato, eran lo que convertía a Puerto Hesperus en destino que merecía una visita turística.

Las calles y los jardines ascendían curvándose hacia la izquierda y la derecha y se unían muy por encima de la cabeza de Sparta. Detrás de ella y a ambos lados, una enorme concavidad hecha de tablillas de vidrio se elevaba y abarcaba las casas y los árboles en un único globo. A medio kilómetro en el cielo cercado, un huso metálico hacía girar esta esfera de vidrio y metal, plantas y gente; alrededor del reluciente huso, el poblado globo giraba dos veces por minuto.

A la derecha de Sparta, la luz del sol se derramaba en el interior de la esfera. A su izquierda, un arco de Venus relucía como un escudo pulido; las blancas nubes del planeta no mostraban ningún detalle, parecían no moverse, aunque eran arrastradas por vientos supersónicos. Sobre la cabeza de Sparta, el sol rivalizaba con el reflejo de Venus: un millón de reflejos, uno en cada tablilla, que giraban en torno al eje de Puerto Hesperus.

La estación de órbita elevada tardaría otra hora en pasar sobre el hemisferio iluminado y entrar en la noche. Según el sol natural, los días de Puerto Hesperus sólo duraban unas horas, pero la gente creaba su propio tiempo.

—¿Querría que trabajara algo en particular? —preguntó Masumi—. Keiko mencionó que tenía frecuentes dolores de cabeza.

—Parece que tengo mucha tensión en la base del cráneo.

—Si hace el favor de tumbarse...

Sparta se tumbó sobre la mesa con la mejilla apretada contra la almohadilla.

Cerró los ojos. Oyó que la mujer se movía cerca de ella, preparando las cosas: el aceite, las toallas, el taburete en el que se subiría cuando tuviera que llegar a la parte inferior de la espalda de Sparta desde arriba. Con su agudo oído, Sparta oyó el casi inaudible ruido que hacía el oloroso aceite al verterse sobre las manos de Masumi, oyó el ruido más fuerte que hizo Masumi al golpearse con viveza las palmas de las manos y calentar el aceite...

El calor de las palmas de las manos de Masumi se quedó suspendido a dos centímetros de los hombros de Sparta; luego descendió con fuerza y haciendo vibrar la musculatura... A medida que transcurrían los minutos, los fuertes dedos y el dorso de las manos se hundían en los músculos de la espalda de Sparta en toda la longitud de su tronco, desde los hombros hasta las nalgas, y hasta los hombros otra vez, y por los brazos hasta los dedos vueltos hacia arriba y ligeramente curvados.

Allí Masumi vaciló. Detenerse en este momento al efectuar un masaje, justo después de un comienzo fuerte, no era propio de una masajista alerta y preparada... pero Sparta estaba acostumbrada a ello y esperó la pregunta.

—¿Se hizo alguna herida?

—Un accidente de tráfico —murmuró Sparta con la mejilla apretada contra la mesa—. Cuando tenía dieciséis años. Hace casi diez. —Era una mentira repetida tan a menudo, que a veces olvidaba que lo era.

—¿Injertos de hueso?

—Algo así. Refuerzos artificiales.

—¿Tiene sensibilidad?

—Por favor, no te preocupes —dijo Sparta—. Keiko suele apretar a fondo. Me gusta.

—Muy bien.

La mujer reanudó su trabajo. Los repetidos largos golpes de las manos de Masumi sobre la piel desnuda de Sparta le hicieron entrar en calor; se sintió hundirse cálidamente en la mesa acolchada, bajo el cálido sol, la calidez reflejada de Venus y la calidez circulante de la gran esfera de la estación espacial. Bajo las hábiles manos de Masumi, no tardó mucho en quedar absolutamente relajada.

Los párpados de Sparta se abrieron al sentir una aguda punzada de dolor, cuando los dedos de Masumi presionaron un nudo que tenía en el hombro derecho. Bajo la insistente presión de los dedos de la masajista, los músculos tensos de Sparta poco a poco fueron aflojándose... no sin la cooperación voluntaria de ésta. Y cuando por fin el nudo se deshizo, sintió una desacostumbrada oleada de emoción...

*Ella podría ser la más grande de todos nosotros*

*Se resiste a nuestra autoridad*

*William, es una niña*

*Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento*

Un gruñido se escapó de los labios separados de Sparta. Masumi prosiguió su trabajo, sin efectuar ningún comentario. Bajo los efectos del masaje profundo de los tejidos, la gente a menudo aliviaba de manera involuntaria momentos de angustia pasada; dejar resurgir esos recuerdos formaba parte del proceso.

Sparta había aprendido pronto esa lección poco después de su primera visita al espacio; era la razón por la que se había acostumbrado al estilo de masaje de Keiko. Las manos expertas de Keiko no sólo le habían aliviado el dolor del cuerpo, sino que le habían permitido ahondar más en sus recuerdos enterrados, igual que Masumi hacía ahora.

Recuerdos y mentiras. Falsos recuerdos.

Las voces que oía eran las voces de las personas que habían tratado de borrar todos sus recuerdos. Habían intentado arrancárselos con un cuchillo. No querían que recordara lo que le habían hecho. No querían que recordara a sus padres, que ni siquiera se preguntara qué había sido de ellos. Y al final, no habían querido que viera. Habían hecho todo lo posible para matarla; lo habían intentado una y otra vez.

Un médico compasivo había reparado todo lo que había podido, pero cuando actuó ya habían transcurrido varios años.

Las capacidades somáticas de Sparta habían sobrevivido. Podía hacer cosas que no recordaba haber aprendido a hacer. Habían interferido en su cuerpo de un modo que sólo comprendía parcialmente. En su memoria quedaban muchos hechos de antes de la intervención, pero sólo unos fragmentos de después; las cosas se le aparecían en momentos extraños, en contextos extraños. No obstante, sabía que no quería ser lo que había sido.

Sparta adoptó un nuevo nombre, una nueva identidad, un nuevo rostro.

Después, ellos se enteraron de quién era y de dónde se encontraba.

Ella no sabía quienes eran, excepto uno de ellos, que ahora se hallaba incapacitado de modo permanente y no representaba un estorbo y otro, al que más temía y odiaba. Sparta no sabía si lo reconocería cuando conviniera.

Las manos de Masumi se hundieron de nuevo en sus hombros. Sparta flotaba en el dolor y se dio cuenta de que empezaba a tener sueño. Cerró los ojos. Oyó unas voces animadas —en inglés, árabe, japonés, ruso, voces de niños algunas de ellas— que venían de lejos, de las bulliciosas calles que flanqueaban los jardines de Sato.

Otro recuerdo acudió a su mente, éste de menos de un año. La primera vez que había puesto los ojos en los hermosos jardines de Sato se encontraba escondida en la sala del transformador dentro del huso central, atisbando a través de una reja. No se encontraba sola. Con ella estaba un hombre que la había perseguido y hallado, con quien no había hablado desde su vida anterior, en quien no confiaba pero quería hacerlo. Su nombre era Blake Redfield; era casi de su edad y, como ella, había sido elegido para los experimentos, aunque a él no le habían hecho lo que a ella.

Ocultándose de enemigos aún desconocidos en la sala del transformador, Blake le había contado lo que sabía del pasado de ella, del proyecto SPARTA que les había unido y del que ella sacó su nombre secreto. En aquella ocasión habían escapado de sus perseguidores, pero se hallaban lejos de estar fuera de peligro.

Pasó casi una hora pensando en Blake, pensamientos que alternativamente agradaban y asustaban a Sparta. Cuatro meses atrás, Blake la había abandonado para regresar a la Tierra, advirtiéndole que no tendría noticias suyas durante un tiempo, pero negándose a decirle por qué. Sparta no había sabido nada de él desde...

Masumi levantó las manos y dijo:

—Ahora descanse un momento. Cuando se sienta cómoda dese la vuelta.

Después de efectuar una larga y profunda inspiración, Sparta se puso de espaldas. Por un momento, como siempre, se sintió terriblemente expuesta.

Masumi estaba detrás de su cabeza y se la sostenía con ambas manos, moviéndola con suavidad de un lado al otro, estirándole los músculos del cuello y efectuando un lento masaje hasta los hombros.

Cuando sus manos pasaron al pecho y las costillas de Sparta, ésta abrió los ojos con involuntario temor. Bajo su diafragma había estructuras artificiales que eran sensibles al tacto. Sparta hizo esfuerzos para relajarse, para dejar que las manos de Masumi se desplazaran sobre los músculos oblicuos de su abdomen, procurando que no se revelara su extraño interior.

Las manos experimentadas de Masumi percibieron su tensión y apenas rozaron la superficie del estómago de Sparta, bajando hasta los muslos. Sparta dejó escapar un suspiro inaudible y cerró los ojos para ver planetas y soles que giraban, los árboles de los jardines que crecían al revés y de lado.

Muchos minutos más tarde, las manos de Masumi abandonaron el cuerpo de Sparta. Masumi cubrió suavemente los ojos cerrados de la joven con el extremo de la sábana y dijo:

—Relájese un rato antes de levantarse. Duerma, si quiere.

Sparta escuchó a Masumi recoger sus cosas y alejarse sin hacer ruido. Ella permaneció tumbada tranquilamente, notando una corriente de aire fresco procedente de las ventanas a medida que el sol iba desapareciendo a un lado y el disco de Venus se convertía en una medialuna. Puerto Hesperus se estaba acercando al límite de iluminación.

Sparta vio mentalmente el universo que giraba. Las estrellas se transformaron en pedazos de cristal coloreado, moviéndose sobre sí mismas y cambiando de forma mientras giraban y caían de un modo tan regular e infinitamente variable como los copos de nieve o las figuras de un caleidoscopio. Los colores se hicieron cada vez más brillantes, y cada vez giraban más y más deprisa...

Sparta dormía. Los colores que giraban se desvanecieron y los fragmentos de

crystal que revoloteaban se convirtieron en hojas danzantes, un ciclón de otoño que la absorbía hacia su vértice. Ella se aferraba, presa del vértigo, a la balsa que caía. Las paredes del túnel giratorio eran rayos de luz verde y sombra negra, no acuosos y resbaladizos sino infinitamente abiertos, con un millón de mirlos volando a través del cielo verde de un amanecer de primavera.

Miró hacia abajo, se vio obligada a mirar hacia abajo, dentro del embudo, a causa de la inclinación de la balsa a la que se aferraba. El ojo del vórtice se desvanecía con tanta rapidez como ella caía hacia él; había una oscuridad infinita hacia la que descendían los infinitamente numerosos mirlos, acompañados de un coro resonante de estridentes chillidos, mezclándose la negrura de estos con la oscuridad, y reverberando sus gritos en sus propios cuerpos blandos.

La oscuridad se calentó y los gritos aumentaron: *Rrrr, rrr, rrr, rrra, rraa, raaa, rrrr, rree...*

Los mirlos que giraban empezaron a desintegrarse y sus pedazos a unirse. La negrura, abajo, era púrpura y palpitaba como un corazón. Una infinidad de pedazos de curva negra pasaba volando, pedazos de látigo negro, pedazos de mancha negra, que resbalaban por la espiral de argonauta hacia el corazón que ahora empezó a brillar como un ladrillo caliente.

Y el estallido del coro hierático: *RRRREEE RRRREH...*

Y los signos que giraban, formaban hilos de luz negra y se ensartaban como abalorios. El corazón infinito, abajo, se elevó a través de la escala de color mientras las gargantas del coro se henchían: *UHHHHHHH, SSSSS, IIIII, YUHHHHH, MMMMM, JUIHHHHH, THEHHH...*

Los signos que giraban eran signos, y los hilos con abalorios emitían sonidos, al ser tragados y convertidos en cenizas por el corazón que se había convertido en un feroz ojo del color del sol, un ojo hacia cuya boca ella se acercaba a la velocidad de un meteoro.

El coro de signos estaba en todas partes, y cada signo caía para ser consumido como un copo de nieve primaveral en el turgente campo blanco de sol palpitante, arrojando su esencia con una vibración cuando expiraba: *QUEEEEE, EEERRR...*

Ella se hundió en el fuego. Estaba helado. Los explosivos gemidos y rugidos sin sentido adquirieron de pronto significado: «QUE HERMOSA ERES, EN EL HORIZONTE ORIENTAL...» Un golpe de tambor rugió y ahogó el coro.

Sparta despertó sobresaltada, latiéndole el corazón con violencia.

Una galaxia de luces de color la rodeaba en la oscuridad arqueada; Puerto Hesperus se remontaba a través del hemisferio oscuro de Venus. La silueta de una masa más oscura se destacaba en el crepúsculo, acercándose a ella con la mano extendida...

... entonces Sparta, sobrecogida de temor, bajó de la mesa, agazapándose,

desnuda, en las tablas de detrás, preparada para luchar.

—Oh, señorita, lo siento muchísimo. —Era Masumi, vestida con una túnica de algodón azul oscuro. Les he dicho que no podían molestarla, pero han dicho que se trata de una emergencia.

Sparta se asustó; el corazón seguía latiéndole con violencia. Cogió el intercomunicador que Masumi había dejado en el vestuario, y se lo llevó al oído.

—Aquí Troy.

—Comunicado oficial de la Junta: tenemos un problema en la superficie. El monte Maxwell está en erupción. Ve a Dragón Azul, ASAP.

Diez minutos más tarde se encontraba en la sala de control de la Empresa Minera para la Prosperidad Mutua Dragón Azul, escudriñando las pantallas de vídeo que, en lugar de mostrar vistas de la superficie de Venus, estaban llenas de nieve electrónica.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sparta al hombre que se hallaba ante la consola.

—Acabábamos de establecer contacto, cuando todo se ha desconectado. Al principio hemos pensado que era el relámpago de la erupción; pero se trata de algo más que simples parásitos atmosféricos. No podemos captarlos a través de ningún canal.

—¿Los MVTP?

—Lo mismo. No cogemos nada.

—¿Cuánto hace que estáis en PS?

—La pérdida de señal se ha producido hace trece minutos.

—¿Qué habéis hecho?

—Hemos pedido robots MVTP adicionales a la Base Dragón.

—Eso tardará mucho.

La respuesta de Sparta fue instantánea. Los robots MVTP —robots Mineros de Venus para Trabajos Pesados, autopulsados y dirigidos por control remoto desde Puerto Hesperus— eran enormes escarabajos de metal que, aun a su elevada velocidad máxima sobre la superficie tosca del planeta, tardarían horas en recorrer aquella distancia.

—Tenemos que ir.

—Yo no puedo tomar esa decisión —dijo el controlador.

—No tienes que hacerlo —dijo Sparta—. Carga el Rover Dos en la lanzadera tripulada e indica al control de lanzamiento que esté preparado.

El controlador se volvió para protestar.

—El CEO ha dado órdenes explícitas...

—Dile a tu CEO que me remiré con él en la bahía de lanzamiento de la lanzadera. Quiero tener preparado un piloto de rover y quiero que la secuencia de prelanzamiento esté en marcha cuando llegue a la sala de preparación, ¿entendido?

—Como usted diga, inspectora Troy. Pero ni siquiera la Junta Espacial puede

ordenar a un piloto de rover que baje si no quiere.

—Habrá algún voluntario —dijo ella.

Mientras flotaba por el ingravido corredor central de Puerto Hesperus hacia las instalaciones de la lanzadera de la estación espacial, su intercomunicador sonó suavemente:

—Aquí Troy.

—Comunicado oficial de la Junta, inspectora. Acabamos de recibir un faxgrama dirigido a usted. ¿Lo quiere ahora?

—Adelante.

—Después del código, el texto dice: «Juguemos al escondite otra vez, si estás de humor y me prometes jugar limpio». Eso es todo. No lleva firma. El remite está en clave.

—Está bien, gracias.

Sparta no necesitaba saber de dónde procedía el faxgrama. Con su habitual inoportunidad, Blake Redfield había elegido este momento para reaparecer. Quería jugar. Pero ahora ella no tenía tiempo para el juego del escondite.

## 2

«Juguemos al escondite otra vez, si estás de humor y prometes jugar limpio...»

Blake Redfield y la mujer que se hacía llamar Sparta, aunque otros la conocían como Ellen Troy, llevaban mucho tiempo jugando al escondite. Casi siempre se había escondido ella, como en aquella ocasión, más de dos años atrás, en que lo había llevado al Gran Conservatorio Central, de Manhattan, y había desaparecido en una selva tropical domesticada. Era la primera vez que él la veía desde que eran adolescentes, y la había reconocido de inmediato a pesar de que iba muy disfrazada. También fue el momento en que comenzó a buscarla más en serio.

Al intentar seguir las huellas de su pasado oculto, empezó por el principio, con el programa conocido como SPARTA. Éste, m proyecto para la evaluación y el entrenamiento de recursos de aptitud específicos, había sido el sueño de dos psicólogos, el padre y la madre de Sparta —en aquella época Sparta se llamaba Linda— quienes creían que toda persona poseía una serie de «inteligencias» o talentos innatos, que podían desarrollarse hasta un punto que muchas personas considerarían prueba de genio. Pero para los padres de Linda no había nada mágico en el genio o los procesos que llevaban a él; era una cuestión de supervisión entrenada y de un ambiente de aprendizaje cuidadosamente controlado. Durante mucho tiempo, el proyecto SPARTA sólo tuvo a la propia Linda para demostrar sus metas y métodos. Los logros de la chiquilla fueron tan espectaculares, que sus padres consiguieron fondos y más solicitudes. Cuando aún era un niño pequeño, Blake se encontraba entre los primeros nuevos estudiantes.

Pero el proyecto SPARTA se disolvió unos años más tarde, cuando sus fundadores murieron al estrellarse el helicóptero en que viajaban. A la sazón Blake y la mayoría de los demás alumnos eran adolescentes, y se separaron para acudir a diferentes universidades y escuelas superiores de todo el mundo. Sin embargo, Linda había desaparecido dejando tras de sí tan sólo vagos rumores de que sufría una enfermedad mental que la incapacitaba.

Blake se convirtió en un joven apuesto, heredando de su padre la fuerte mandíbula y la amplia boca irlandesa, y de su madre china los pómulos altos y los brillantes ojos castaños de un Mandarín. Unas cuantas pecas sobre la nariz y un reflejo rojizo en el lacio cabello negro le salvaban de tener un aspecto demasiado diabólico.

Sus intereses eran variados, pero ya de joven había adquirido fama por su conocimiento de los libros y manuscritos antiguos. Tan apreciada era su experiencia, que con frecuencia era contratado como asesor por bibliotecas, salas de subasta y comerciantes. Cuando tenía poco más de veinte años, aceptó una oferta de la oficina de Sotheby's en Londres.

Este pasatiempo de Blake le proporcionaba una base excelente para investigar cualquier tema, no sólo libros antiguos. Por eso, cuando de manera inesperada se encontró con Linda en Manhattan —y vio que ella no deseaba ser reconocida— decidió averiguar más sobre los orígenes del proyecto SPARTA que él había dado por supuestos. Se encontró frente a demasiadas coincidencias interesantes como para dejarlo correr...

La última noche que Blake pasó en Manhattan antes de trasladarse a Londres, sus padres celebraron una fiesta en su honor. Eso fue la excusa; Blake no conocía a ninguno de los asistentes, aunque les reconoció por los anuncios de propaganda de la sociedad. Quizá fue la manera no demasiado sutil de sus padres, de decirle que esperaban de él algo más que la pasión por los libros antiguos.

Blake raras veces bebía alcohol, pero en atención a sus padres llevaba en la mano un vaso lleno de carísimo Chardonnay que habían sacado en su honor. Pasó gran parte de la velada de pie junto a las ventanas, contemplando la noche, mientras los invitados a la fiesta se arrullaban y charlaban detrás de él. Los Redfield eran propietarios de un ático en la planta ochenta y nueve de un edificio de apartamentos en el Battery, con una pared de vidrio orientada al sur que daba al viejo puerto de Nueva York. Mucho más abajo, en el oscuro puerto, se veían grupos de luces de las segadoras gigantes que flotaban en una alfombra de algas que se extendía hasta la costa de Jersey; la superficie mate de las algas estaba cortada por sendas rectas de agua negra.

—¿Es usted el señor Redfield, el hijo?

Blake se volvió y dijo con agrado:

—Me llamo Blake.

Se pasó el vaso de vino a la mano izquierda y le ofreció la derecha.

—Soy John Noble. Llámame Jack. —El hombre, de figura corpulenta y pelo rubio muy corto, iba vestido con un traje a rayas—. Tenía ganas de conocerte, Blake.

—¿Cómo es eso?

—SPARTA. Tus padres estuvieron realmente orgullosos cuando fuiste admitido. Oí hablar mucho de tu espectacular progreso. —Los ojos negros de Noble eran como dos botones brillantes y duros sobre sus altos pómulos—. Francamente, quería ver cómo eras.

—Aquí estoy. —Blake extendió los brazos—. Espero no decepcionarle demasiado.

—Así que estás en el negocio de los libros.

—Por decirlo de alguna manera.

—¿Tienes intención de ganar mucho dinero con ello?

—Apenas.

—¿El programa SPARTA produjo otros estudiosos como tú?

—No he mantenido contacto con los otros. —Blake examinó un momento a Noble y decidió arriesgarse. Antes de que Noble pudiera hablar, dijo—: ¿Pero por qué no me lo dices tú, Jack? Tú eres un Tapper.

Noble hizo una mueca con expresión reflexiva.

—Has oído hablar de nuestra pequeña organización.

Los Tappers eran un grupo filantrópico que se reunían una vez al mes para cenar en clubes privados de Washington y Manhattan. Nunca admitían invitados y nunca hacían públicas sus actividades.

—Patrocinasteis a varios de los niños de SPARTA, ¿verdad?

—No sabía que fuera de conocimiento general.

—Por ejemplo, patrocinasteis a Khalid —dijo Blake. Los padres de Blake y sus amigos pertenecían a algunos de los mismos clubes (la primera coincidencia que Blake había descubierto), así que sabía que el objetivo de los Tappers era descubrir y estimular a los jóvenes talentos en las artes y las ciencias. El estímulo adquiriría la forma de becas y otras ayudas no especificadas. Sin embargo, ningún joven aspirante podía solicitar ayuda a los Tapper. Descubrirlos era prerrogativa de la organización—. ¿Qué se ha hecho de Khalid?

—En realidad, es una próspera joven ecologista que está en el «Proyecto de formación de tierra en Marte», del que soy uno de los directores.

—Bien por Khalid. ¿Por qué tengo la sensación de que me estás pinchando, Jack? ¿No te parece bien coleccionar libros?

—Eres un joven brusco —dijo Noble—. Yo también lo seré. SPARTA era una empresa muy noble, pero al parecer ha producido a pocos como Khalid: personas interesadas en efectuar un servicio público. Me preguntaba por tus perspectivas en ese sentido.

—SPARTA estaba pensado para ayudar a la gente a vivir empleando todo su potencial, para que pudieran elegir por sí mismos.

—Una receta del egoísmo.

—También servimos a los que sólo están sentados y leen —dijo Blake con impertinencia—. Aceptémoslo. Jack, tú y yo no tenemos que preocuparnos por el pan que comemos. Tú hiciste tu fortuna vendiendo agua en Marte; si no ocurre ningún desastre, yo heredaré la mía. Los libros son mi afición. Hacer el bien con los Tappers es la tuya.

Noble meneó la cabeza una vez, con gesto vivo.

—Nuestro propósito es un poco más serio. Creemos que el mundo, todos los mundos, pronto se enfrentarán a un reto sin precedentes. Nosotros hacemos lo que podemos para prepararnos para ese acontecimiento, para descubrir al hombre o a la mujer...

Blake se inclinó hacia él de un modo imperceptible, más relajado, con una expresión de franco interés. Era uno de los trucos conocidos por los adeptos socialmente, uno de los trucos que había podido aprender en SPARTA.

Y casi funcionó, antes de que Noble se recobrara.

—Bueno, estaba a punto de aburrirte —dijo—. Por favor, discúlpame, de verdad te deseo la mejor suerte. Me temo que debo irme.

Blake observó al hombre alejarse apresuradamente. En un rincón de la sala, su padre alzó una ceja en gesto interrogativo; Blake le sonrió animado.

Interesante intercambio. Jack Noble sin duda había confirmado la sospecha de Blake de que los Tappers no eran lo que parecían. Mediante discretas preguntas a sus padres y a los amigos de éstos, Blake ya había recopilado la lista de la docena de hombres y mujeres que actualmente se encontraban en los registros de los Tappers, y había investigado sus antecedentes. Las circunstancias y ocupaciones eran muy variadas —un educador, un magnate industrial, un conocido director de orquesta sinfónica, un psicólogo del conocimiento, un médico, un neurocientífico— pero tenían en común algo más que su interés por estimular a la juventud, y esto también parecía una extraña coincidencia: todos los Tappers habían tenido antepasados que abandonaron Inglaterra en el siglo XVII, después de haber sido arrestados como «Ranters».

Blake prosiguió sus investigaciones cuando se trasladó a Londres. En la sala de lectura donde Karl Marx había escrito *Das Kapital*, Blake tropezó con una información preocupante referente a los Ranters.

Bajo el gobierno de Cromwell, según un observador perturbado, «las herejías caen sobre nosotros como un enjambre, como las orugas de Egipto». Especialmente perniciosos eran los Ranters, que se concentraban en Londres y se dedicaban a causar tumultos, embriagarse y gritar obscenidades, así como frases que parecían inocentes pero que poseían algún significado especial para los iniciados, como por ejemplo «todo está bien». Los Ranters despreciaban las formas tradicionales de religión y declaraban extáticamente y en voz alta que Dios se hallaba en todas las criaturas y que toda criatura era Dios. Igual que sus contemporáneos los Diggers, los Ranters creían que todas las personas poseían el mismo derecho a la tierra y la propiedad, y que debería haber una «comunidad de bienes». No sólo compartían los bienes y los inmuebles. «Somos puros, dicen, y por tanto todas las cosas son puras para nosotros: el adulterio, la fornicación, etc...»

Las autoridades actuaron con dureza. Algunos Ranters murieron en prisión. Otros, se arrepintieron. Algunos, empujados a esconderse, adoptaron idiomas secretos y, clandestinamente, siguieron haciendo propaganda y reclutando gente. Otros, como es

evidente, partieron hacia el Nuevo Mundo.

Su legado era el de una herejía suprimida salvajemente que había persistido en Europa desde el primer milenio, conocida en su apogeo como la Hermandad del Espíritu Libre, cuyos adeptos se hacían denominar prophetae. Los grandes temas de esta esperanzada herejía eran la libertad, el amor, el poder de la humanidad; podían encontrarse expresiones explícitas de sus sueños en los libros proféticos de la Biblia, escritos ocho siglos antes de Cristo, y repetidos en el Libro de Daniel, en el Libro de la Revelación, y en otros muchos textos oscuros. Estas visiones apocalípticas predecían la venida de un salvador sobrehumano que elevaría a los seres humanos al poder y la libertad de Dios, y establecería el Paraíso en la Tierra.

Pero los miembros del Espíritu Libre eran impacientes con las visiones; querían el Paraíso ya. En el norte de Europa, repetidamente se alzaban en revuelta armada contra sus amos feudales y las autoridades de la iglesia. El movimiento fue aplastado en 1580, pero no erradicado. Estudiosos posteriores pudieron investigar sus conexiones —por influencia, si no como culto vivo— con Nietzsche, con Lenin, con Hitler.

Por lo que sabía de los Tappers, Blake sospechaba que el Espíritu Libre seguía vivo, no sólo como idea sino como organización, tal vez muchas organizaciones. Los Tappers estaban en contacto con otros iguales que ellos en otros continentes de la Tierra, en otros planetas, en las estaciones espaciales, las lunas y los asteroides.

¿Con qué fin?

SPARTA tenía algo que ver con esa finalidad. La mujer que se hacía llamar Ellen Troy había tenido algo que ver con esa meta. Pero los intentos que Blake había realizado para saber más, a través de los métodos ordinarios de investigación, habían tropezado con un muro en blanco.

Existía en París una sociedad filantrópica conocida como los Atanasios, cuya labor consistía en alimentar a los hambrientos, o al menos a unos cuantos de ellos que eran seleccionados. La misma dirección de París albergaba una pequeña compañía editora especializada en libros de arqueología, desde trabajos eruditos hasta tomos de sobremesa llenos de hologramas en color de ruinas, una lista que se remontaba hasta las glorias del antiguo Egipto. En la junta de la compañía, que se denominaba Editions Lequeu, se encontraba uno de los Tappers.

Blake se olió otra conexión: el nombre Atanasio significaba «inmortal» en griego, pero también había sido el nombre de uno de los primeros estudiosos de los jeroglíficos, el sacerdote jesuita Atanasio Kircher. Cuando el trabajo para Sotheby's llevó a Blake a la Biblioteca Nacional de París, utilizó la excelente oportunidad para efectuar un poco de investigación privada...

Blake paseaba por las amplias aceras del Boulevard Mich. Las anchas hojas verdes de los castaños se abrían como manos con cinco dedos sobre su cabeza; la

brillante luz del sol se filtraba en las profundas sombras bajo los árboles. La luz tenía un matiz verdoso. Mientras caminaba, reflexionaba sobre sus opciones.

Las universidades urbanas atraen a gran cantidad de personas sin hogar, y la Universidad de París nunca había sido una excepción. Se aproximó a él una mujer, vestida con andrajos, de unos treinta años quizás, y arrugada como una manzana pasada, pero hermosa no mucho tiempo atrás.

—¿Habla inglés? —le preguntó ella en dicho idioma, y después, también en inglés—: ¿Habla alemán?

Blake le puso unos billetes de color en la mano y ella se los metió con gesto rápido en la cintura de la falda.

—Merci, monsieur, merci beaucoup. —Y en inglés otra vez—: Pero guarde la cartera, señor, los africanos le robarán. Las calles están repletas de africanos, tan negros como son, tan grandes, debe protegerse...

Blake pasó por delante de la terraza de un café donde otra mujer, tiznada su cara infantil y desgreñado el cabello, entretenía a los clientes con una imitación de Shirley Temple, bailando The God Ship Lollipop con energía demoníaca. La gente le arrojaba dinero, pero ella no se marchó hasta que hubo terminado su desventurada actuación.

Un africano corpulento se acercó a Blake y le ofreció venderle un ornitóptero de plástico a cuerda.

Una hilera de hombres entre veinte y treinta años, con barba, la cara morena salpicada de ampollas rojas reventadas, estaban sentados en la acera y descansaban apoyados en la verja de los jardines de Luxemburgo. No le ofrecieron ni le pidieron nada.

Blake llegó a Momparnasse. En el horizonte, sobre los tejados centenarios de la ciudad, se elevaba un anillo de altos edificios que encerraba el centro de París como una empalizada. El muro de cemento y cristal cortaba el paso a la poca brisa que corría, aprisionaba el aire fétido del verano en el estancado Sena. A su alrededor, el eterno tráfico de París era como un torbellino, más silencioso y con menos humo ahora que todos los vehículos eran eléctricos, pero igual de rápido y agresivo que siempre; había un constante chirrido de neumáticos, acompañado de los gemidos y relinchos de las bocinas al intentar los conductores apartarse unos a otros, e interceptarse el paso sólo mediante el ruido y la furia. París: la ciudad de la luz.

Blake dio media vuelta y volvió por el mismo camino. Esta vez el africano no trató de venderle ningún ornitóptero. Shirley Temple iniciaba un nuevo espectáculo, más abajo en el bulevar. La mujer con la cara arrugada se acercó a él de nuevo, en blanco su memoria.

—¿Habla inglés? ¿Habla alemán?

Blake sabía lo que tenía que hacer a continuación: tenía que encontrar la manera de ingresar en el Espíritu Libre. Aunque los Tappers conocían demasiado bien a

Blake Redfield, había otras ramas de ese culto internacional que no sabían quién era; la juventud sin hogar de Europa era un recipiente profundo de almas maleables. Después de pasar tres días en París, no le cabía ninguna duda de que las Editions Lequeu y la Sociedad Atanasia eran la misma organización. Los Atanasios podrían considerar que un hombre abandonado que sentía fascinación por las cosas egipcias era una pieza especialmente atractiva.

Antes de que Blake pudiera ejecutar su plan, tenía que regresar a Londres para terminar un trabajo...

Habían transcurrido casi dos años desde que Blake viera a Ellen Troy en el Gran Conservatorio Central. En una subasta de Sotheby's, Blake había accedido a representar a un comprador de Puerto Hesperus, en la que resultó ser una puja con éxito para adquirir una valiosa primera edición de Los siete Pilares de la sabiduría, de T. E. Lawrence. Después, mientras transportaba el libro a Puerto Hesperus, el buque Star Queen había sufrido un accidente fatal.<sup>[1]</sup>

Cuando Blake se enteró de quién había sido nombrado para investigar el incidente, inmediatamente encargó un pasaje para Venus; fingió que lo hacía para vigilar la seguridad de la propiedad de su cliente, pero en realidad lo hizo para ver al inspector de la Junta Espacial que llevaba el caso del Star Queen, la propia Ellen Troy. Esta vez Blake hizo que a ella le fuera imposible esquivarle.

Así, en Puerto Hesperus, en aquella sala del transformador del huso central de la esfera del jardín, Blake pudo, por vez primera, compartir con su antigua compañera de escuela, Linda, la asombrosa información que tenía.

—Cuanto más estudio este tema, más conexiones encuentro y más lejos se remontan —le dijo Blake—. En el siglo XIII, se les conocía como adeptos del Espíritu Libre, los prophetae; pero cualquiera que sea el nombre que hayan utilizado, jamás han sido erradicados. Su meta siempre ha sido el bien. La perfección de esta vida. Supermán.

Pero cuando Sparta le preguntó por qué habían intentado matarla, Blake sólo pudo conjeturar que era porque había aprendido más de lo que tenía que aprender.

—Creo que supiste que SPARTA era más que lo que tus padres proclamaban...

—Mis padres eran psicólogos, científicos —protestó ella.

—Siempre ha existido un lado oscuro y un lado claro, un lado negro y un lado blanco —replicó él.

Cuando Blake se vio obligado a dejar a Sparta en Puerto Hesperus para regresar a la Tierra, se fue con la renovada determinación de infiltrarse en el «lado oscuro» del Espíritu Libre, lo antes posible...

Eso había sido cuatro meses antes. Sparta no había sabido nada de él desde entonces; hasta que recibió aquel breve y enigmático mensaje en un momento en que se encontraba demasiado atareada como para ocuparse de ello.

### 3

La cápsula que la contenía se abrió. Ella avanzó dando traspies sobre seis temblorosas patas hasta un muro de piedra.

Sus patas traseras la soportaron mientras estiraba las patas delanteras con púas para agarrar la parte superior del muro. La piedra blanda se derrumbó en la garra de pinza. Buscó apoyo y se elevó, rechinando sus inestables articulaciones. Se detuvo para extender las alas, para mirar a su alrededor y probar el aire con las ondeantes antenas. Le llegó un aroma a huevos podridos. Tonificante.

La atmósfera era como vidrio grueso, clara, bañada de luz roja. Ella hizo girar la cabeza blindada de un lado a otro, pero no pudo ver muy lejos; el horizonte se desvanecía en la luz difusa. Sus antenas descendieron, y captó sensaciones del terreno que tenía enfrente. Más adelante, según le informaron estos otros sentidos, grandes riscos se elevaban hacia el cielo resplandeciente.

Sus garras de titanio descansaban levemente sobre la tierra que formaba una costra, y cuya superficie endurecida era fría al tacto. En sus partes vitales latía litio líquido que fluía a través de las venas de sus delicadas alas de acero inoxidable mezclado con molibdeno, llevando el calor de su cuerpo con la misma suavidad que la leve transpiración en un día de abril.

Había salido de su crisálida a la mañana de un largo día venusiano.

No obstante las patas largas y delgadas, las antenas y las alas radiantes, no era un insecto de metal de dieciséis toneladas, sino una mujer.

—Dragón Azul, ¿me captas?

Hubo una demora de medio segundo en la comunicación mientras la señal era enviada a Puerto Hesperus y regresaba.

—Adelante, inspectora.

—Estoy avanzando hacia el lugar.

—Te tenemos —dijo la voz del controlador de la lanzadera de Dragón Azul—. Tu lanzadera ha descendido noventa metros al oeste del punto de aterrizaje previsto. Lo siento. Dirígete cuatro grados a la derecha de tu actual rumbo y continúa durante aproximadamente tres punto cinco kilómetros hasta que llegues al pie de los riscos.

—Está bien. ¿Algún cambio en su situación?

—Nada desde la señal de las cero cinco; ni del rover ni de los MVTP. Vienen algunos MVTP de la Base Dragón; hora de llegada prevista, dentro de cuarenta minutos.

—Informaré cuando establezca contacto. Acabo, por ahora.

Habían transcurrido casi dos horas desde la última señal de la expedición encallada. Veinticuatro horas antes habían aterrizado en la Base Dragón, y se habían dirigido hacia su objetivo en un rover como el de Sparta. Pronto habían efectuado el

primero de lo que prometía ser una serie de descubrimientos triunfales. Ahora el triunfo se había olvidado. El desafío era sacarles de allí vivos.

Sparta inició su camino con cautela por un canal poco profundo. Mucho tiempo atrás, esta llanura había relucido con una película de agua; sobre ella, mareas casi imperceptibles habían avanzado y retrocedido suavemente. Ahora era una lámina de tierra arenisca de color naranja, con la superficie llena de incrustaciones debidas a la corrosión. A Sparta le produjo una sensación curiosa poner los pies sobre la corteza putrefacta de la roca, levantando nubes de polvo al avanzar.

Nada aparente se interponía entre los sentidos naturales de Sparta y el mundo a través del cual se movía. Los ojos del rover de siete metros de largo, eran sus ojos —o podrían haberlo sido— y miraban directamente en la densa atmósfera de Venus a través de unas lentes de diamante que abarcaban un campo de visión de trescientos sesenta grados. Las seis patas y garras articuladas eran suyas —incluso las dos que crecían en la sección media— y la piel de acero inoxidable y el esqueleto de titanio eran suyos. El reactor nuclear —palpable de modo muy realista en el abdomen de Sparta— generaba el calor de una buena cena.

La mujer real, de complexión menuda, con los músculos de una bailarina, estaba sentada en la parte delantera del vehículo dentro de una doble esfera de aluminio de titanio, una especie de campana de buzo con una escotilla superior y ninguna ventana. Pero la realidad artificial generada por ordenador en la que se hallaba inmersa la persuadía de que era una criatura desnuda, nacida en este planeta. Para moverse, se obligaba a hacerlo. Dentro de su casco hermético, unos rayos láser seguían los movimientos de sus ojos. Unos indicadores de tensión microscópicos, encajados en el ajustado traje de control, vigilaban y ampliaban los movimientos de su cuerpo.

El sonido circundante, la proyección retinal y el tejido ortotáctico del traje —doscientos transductores de presión, cien elementos de recuperación de calor, mil sinapsis químicas por centímetro cuadrado— reproducían una sensación viva del mundo exterior.

Inevitablemente, en la traslación se perdía algo. Para la frágil hembra humana que se encontraba dentro de la campana, la temperatura exterior —casi setecientos cincuenta grados Kelvin, suficiente para templar metales tipo— se reducía a la de una mañana cálida. El aire externo era casi bióxido de carbono puro, combinado con algunos gases raros, pero en el interior de la campana, respiraba una conocida mezcla de oxígeno y nitrógeno. La presión exterior —noventa atmósferas de la Tierra, suficiente para aplastar a un submarino— se hacía neutra. Incluso se había corregido la distorsión de la refracción de la densa atmósfera, para que la corteza visual humana registrara un mundo plano, que le resultara familiar, en lugar de un mundo redondeado. Pero su horizonte no estaba más que a unos cientos de metros; de no ser por el radar y el sonar, Sparta habría viajado a ciegas.

En veinte minutos llegaría a su destino, donde la playa de mil millones de años terminaba contra los riscos, y la boca de un antiguo cañón desembocaba en el mar desaparecido. Una vez dentro del cañón, sabría si los hombres del Rover Uno estaban vivos o muertos.

Venus es un planeta asombrosamente redondo y rocoso, una esfera de casi el tamaño de la Tierra, y su grado de rotación es de una lentitud de doscientos cuarenta días terrestres; no presenta ningún saliente en su ecuador. A diferencia de la Tierra, que posee una media docena de continentes flotantes, los enormemente elevados Andes e Himalayas, los arrecifes en mitad del océano y las fosas abisales, casi todo Venus es duro y liso como una pelota de billar...

... con unas cuantas excepciones sobresalientes. Una de ellas es Ishtar Terra. Se trata de uno de los dos «continentes» del planeta, y está emplazado en el lado oriental junto al Monte Maxwell, un gran volcán protector más elevado que el Everest. Toda la masa de tierra elevada, apenas tiene el doble de tamaño que Alaska, y está situada aproximadamente en la latitud correspondiente a ésta; las curvas del Norte y el Oeste también están rodeadas por montañas, menos espectaculares que Maxwell, mientras que la mayor parte del continente está ocupada por la llana Meseta Lakshmi.

Ahora Sparta conducía su rover de seis patas hacia los escarpados flancos sudeños de la Meseta Laloslami. Cuanto más rápido se desplazaba, más confianza sentía. El camino la condujo a través de una serie de cráteres de impacto, poco profundos, cuyos abruptos bordes hacía mucho tiempo que se habían derretido como masilla, a causa del calor. La cuesta seguía subiendo, puntuada por restos de terraplenes tallados por las olas, restos de la playa que se había ido ensanchando continuamente al secarse el océano poco profundo del planeta, bajo el calor de un invernadero atmosférico. Mientras Sparta ascendía por la playa y trepaba por los terraplenes, retrocedió en el tiempo hasta aquella época en que el océano había tenido su mayor extensión, cubriendo todo Venus salvo los dos pequeños continentes y unas cuantas islas dispersas.

La enorme onda de un estallido sacudió la campana de presión, y unos momentos más tarde la tierra vibró violentamente y la máquina quedó de rodillas. Alrededor de Sparta, el paisaje se elevó y rugió; unas olas rítmicas de terreno pasaron a gran velocidad y lentamente se extinguieron, dejando a su paso una estela de polvo rojo.

Las explosiones eran truenos que llegaban a gran velocidad, en la atmósfera sumamente conductiva, desde una corona de rayos que habían estallado en torno a la cima del monte Maxwell, a trescientos kilómetros de distancia y a una altura de once kilómetros. El terremoto simultáneo procedía de las entrañas de la tierra, y continuaba la violenta erupción que había comenzado tres horas antes.

—Rover Dos, aquí Dragón Azul. Te estamos viendo en los riscos. La boca del cañón está a medio kilómetro a tu derecha.

Súbitamente, apareció una pendiente volcánica negro rojiza en el brillante resplandor del borde del horizonte. Sparta viró a la derecha...

... y sintió la primera señal de preocupación, una renuencia en la segunda articulación de la pierna delantera derecha. Detenerse no serviría de nada. Podía continuar con cinco patas si era necesario. O con tres.

Ayudó al miembro con problemas, manteniéndolo alejado del suelo, pero cuando llegó a la boca del cañón, cinco minutos más tarde, vio que era inútil: había fallado un cierre, y el lubricante de la articulación se había calentado. Se libró de éste, dejándolo atrás como un palo abandonado. Dejó arriba la pata delantera superviviente y entró en la boca del cañón sobre las cuatro restantes.

Serpenteando entre paredes de roca que se estrechaban y que estaban cubiertas de una capa oscura de brillo metálico, en otro tiempo un impetuoso curso de agua... milenios de inundaciones recurrentes habían esculpido moldura en estas paredes desérticas; pero de eso hacía mil millones de años, y la roca calentada se había combado como un vientre obeso, ocultando las finas capas de creta y carbón que habrían indicado «vida» a las cámaras de cualquier sonda que pasara por allí.

De todas maneras, había aparecido evidencia de vida pasada cuando los robots de exploración, controlados a distancia, pacían en la superficie de Venus. En los carbonatos cálcicos dispersos, las pizarras y lechos de carbón, aparecieron una docena de fragmentos, no más, de entre la piedra: una docena de fragmentos en veinte años de exploración, pero fueron más que suficiente para encender la imaginación humana. Aquellos pedazos de obras habían sido reconstruidos de cien maneras por sobrios expertos, de mil maneras por soñadores menos inhibidos. Nadie sabía en realidad qué aspecto habían tenido los organismos o cómo habían vivido, y las probabilidades de averiguarlo algún día parecían escasas.

Entonces, unos meses atrás, un robot de exploración había encontrado una cueva en el acantilado de este cañón...

Sparta rodeó un saliente rocoso y se detuvo, bloqueado el paso por un reciente alud de piedras desde lo alto del acantilado. Las pálidas facetas de roca expuestas eran asombrosamente brillantes y duras en contraste con el acantilado ennegrecido y corroído.

—Dragón Azul, aquí Troy.

—Entre, inspectora. —Puerto Hesperus ahora estaba más cerca; el retraso de la radio apenas era más que una pausa vacilante.

—El lugar está enterrado por un derrumbamiento. El radar de un metro de alcance indica que debajo están el rover y un MVTP. Infrarrojos débiles, bajo flujo del reactor, deben estar en parada automática. Probablemente se les han roto las aletas de refrigeración. Hay movimiento en la campana. Voy a sacarles.

—Un momento, inspectora.

Empezó a arañar el montón de roca con la pata delantera en buen estado.

—Inspectora Troy, nuestros instrumentos nos indican que la pata delantera derecha ha dejado de funcionar. El controlador de la estación de lanzamiento aconseja no arriesgar el miembro delantero que le queda. ¿Me recibe?

Otro rayo chasqueó en el éter. Unos momentos más tarde el trueno sacudió el rover.

—Rover Dos, por favor, confirme recepción.

Ella les oía con claridad, igual que ellos oían su respiración fácil, y leían sus datos vitales.

—Vale más que ahorremos el aliento —dijo ella.

La pata delantera que le quedaba arrancaba con eficacia los bloques de basalto y toba solidificada. Los múltiples motores de las articulaciones gemían sin cesar, ruidosamente en la densa atmósfera. El polvo se elevaba en aquel aire espeso formando una especie de remolino de barro. Sparta cavó un par de metros y después tuvo que retroceder, para apartar los escombros. Cuanto más penetraba en el montón de tierra, más se arriesgaba a quedar enterrada ella misma. En Mercurio, en Marte, en la Luna de la Tierra, en cualquier asteroide de las lunas exteriores, habría sido diferente; pero Venus era hermana de la Tierra. Un bloque de basalto en Venus pesaba casi lo que habría pesado en la Tierra.

—Troy, aquí Dragón Azul. Los robots MVTP de la Base Dragón no están más que a veinte minutos de tu posición. —La Base Dragón era el complejo robótico de procesamiento de minerales, y la estación de la lanzadera en las alturas de la Meseta Lakshmi—. Retroceda, por favor. Deje que los robots hagan el trabajo pesado.

—Buena idea —dijo ella—. Lo dejaré cuando lleguen.

—Inspectora Troy... —empezó a decir el controlador. Desistió.

Sparta comenzó a sudar. Parecía natural que con tanto esfuerzo sudara. Salvo que lo único que ella hacía era proporcionar la voluntad, no efectuaba el trabajo. ¿Por qué el aire se estaba calentando? ¿Les ocurría algo a los termopermutadores del traje RA? Pulsó el botón para ver el interior... ningún problema evidente. A menos que ocurriera algo con el sistema de refrigeración interno del propio rover.

Esta máquina, junto con su gemela, había sido construida para la primera exploración tripulada de Venus un cuarto de siglo antes. Los dos insectos gigantes de acero habían aterrizado con éxito en el planeta, en lanzaderas redondeadas, y los dos habían sido recuperados. Pero cuando los abrieron, encontraron abrasados vivos a los ocupantes de uno de ellos.

Aprendieron la lección: la exploración y explotación de Venus fue asumida por robots controlados a distancia. Ésta era la primera misión, en las últimas dos décadas, que había autorizado una presencia humana en la superficie. La mayor parte de los tres meses anteriores había sido dedicada a revisar y retocar los dos rovers, y

preparando una lanzadera para acomodar en ella a seres humanos.

Se habían corregido todos los problemas conocidos.

El brazo de titanio de Sparta aflojó otra pierna Y con el siguiente golpe aferró el montante trasero izquierdo del Rover Uno. El derrumbe de rocas había aplastado las patas traseras del aparato así como sus alas. Los hombres de su interior se hallaban vivos gracias a un sistema refrigerante superconductor que mantenía metal líquido en movimiento a través de los serpentines al rojo-blanco que rodeaban la esfera de presión.

Con cautela, con toda la rapidez que le fue posible, Sparta extrajo los cascotes que habían quedado enfrente del rover, dejando al descubierto un lado de la brillante esfera de la campana de presión. Los serpentines de refrigeración seguían funcionando, pero las antenas del rover se habían doblado bajo el peso de las rocas. Sparta hizo las conexiones acústicas con el exterior de la campana para establecer comunicación.

La escena que vio era completamente distinta. La campana de presión del Rover Uno se abrió de repente, y fue como si estuviera viéndola directamente desde donde se encontraba sentada. Dentro de la campana había tres hombres: el piloto, inclinado hacia adelante y completamente cubierto por un traje AR negro brillante y un casco, iguales que los que llevaba ella y, detrás de él, dos hombres en mono de trabajo. Era evidente que estaban entumecidos, pero todos parecían encontrarse bien de salud.

—Ohayo gozaimas, Yoshi. Dewa ojama itashimasu.

El piloto rio.

—De nada, Ellen. Visítanos cuando quieras.

Como él llevaba un casco AR, era el único de los tres que podía verla, aunque todos podían oírla a través de los enlaces acústicos.

—Al fin has llegado —dijo el más bajo de los dos pasajeros, mirando malhumorado en dirección a Sparta.

Era un hombre menudo de ojos brillantes, de cincuenta y tantos años, un gallo atrapado en una jaula: el profesor J. Q. R. Forster. Creía en la autoridad natural, y no dudó en hablar en nombre de los tres:

—Es vital que comuniquemos nuestros descubrimientos a Puerto Hesperus sin tardanza.

«Lamento llegar tarde», pensó Sparta. Pero dijo:

—Lamento que se haya interrumpido su trabajo, profesor. —Al piloto le dijo—: El armazón está roto en la parte de atrás de la campana, Yoshi. Para sacaros de ahí tendremos que arrastraros de nuevo a la lanzadera. Será mejor que nos sentemos y esperemos a que lleguen los robots MVTP.

—Me parece que tenemos un escape de fluido refrigerante. La temperatura aquí dentro ha subido un par de grados en los últimos diez minutos. —Sólo la voz ronca

de Yoshimitsu indicaba lo que él pensaba del problema.

Eso recordó a Sparta la incomodidad que ella misma sentía.

—Esperad un momento. —Abrió su casco y olió el aire del interior de la campana de presión. Ozono. Si no hubiera llevado el traje hermético lo habría percibido antes.

—Voy a reajustar las conexiones otra vez. —Sparta desconectó las conexiones acústicas, interrumpiendo los enlaces de sonido y visión. Para ella y Yoshimitsu, ambas esferas de presión se hicieron opacas de nuevo.

El ozono explicaba el exceso de calor corporal, pero ¿qué explicaba la presencia del ozono? Se quitó el guante ortotáctico de la mano derecha. De debajo de las uñas bien recortadas brotaron púas hechas con una inserción de polímeros formadores de quitina. Las introdujo en la abertura auxiliar de entrada/salida del ordenador maestro del rover.

Las púas de inserto de polímeros no eran corrientes entre los inspectores de la Junta Espacial. Éste era otro de sus secretos, igual que el nombre por el que se hacía llamar, que nadie más conocía.

La búsqueda de datos de la red sensora interna del rover le llevó una fracción de segundo, mucho menos que el diagnóstico del propio rover. Apartó sus púas de la consola y las escondió; después, se colocó de nuevo el guante ortotáctico. Con la pata delantera de titanio que funcionaba del rover, volvió a instalar los enlaces acústicos: la campana del Rover Dos se hizo transparente otra vez.

—Ahora os veo mejor —dijo; era una mentira piadosa—. Al parecer yo también tengo un problema: chispas en un compresor, y por alguna razón los limpiadores no se ocupan del ozono. A este ritmo voy a envenenarme en veinte minutos. Me parece que será mejor sacaros de ahí y salir corriendo.

—Rover Dos, por favor escuche esto. —La voz del controlador de la lanzadera sonó con urgencia en ambos rovers. Ahora Puerto Hesperus se encontraba directamente sobre ellos, hacia el sur, pasando por la misma longitud que la meseta Lakshmi—: Su vehículo está averiado. Abandone el lugar inmediatamente y regrese a la lanzadera. Los robots MVTP llegarán en diez minutos para ayudar al Rover Uno.

—Tus pasajeros están chorreando sudor —dijo Sparta a Yoshimitsu.

—Bien —dijo él—. Los MVTP son muy eficaces para sacar rocas, y eso es lo importante.

—Será mejor que empecemos ahora —dijo ella.

—Facilitará la vida a todo el mundo si se atuviera a las normas —dijo malhumorada la voz de Dragón Azul.

—Échame una mano, Yoshi —pidió Sparta.

—¿Qué parece un brazo entero?

El segundo pasajero del Rover Uno, el hombre alto de cabello rubio y cejas espesas, había escuchado con paciencia la conversación sin hacer ningún comentario,

pero ahora dijo:

—Quizá no sea un buen momento —sugirió con timidez— pero si alguien tuviera la amabilidad...

—No interfiera, Merck —le recriminó Forster—. Están sustituyendo el miembro estropeado del rover de ella por uno de los nuestros.

La conjetura de Forster era acertada. Sparta y Yoshimitsu estaban insertando la pata delantera derecha del rover aplastado en el receptáculo vacío del de Sparta. Era un receptáculo seco que incorporaba únicamente conexiones de control y que no requería lubricación, diseñado para trasplantes urgentes de miembros como en este caso, a temperaturas muy elevadas y en la atmósfera más seca que se pueda imaginar.

Los dos pilotos tenían una visión excelente el uno del otro, tan clara como dos cirujanos ante la mesa de operaciones. Pero un observador exterior, habría visto los dos rovers en cuclillas cabeza contra cabeza como una pareja de mantis ciegas. Un insecto reluciente estaba medio aplastado, ofreciendo nerviosamente al otro una pata delantera articulada con la esperanza de que, quizá, le perdonaran las partes vitales...

—Está bien, la pata está dentro y funciona. Tira de la clavija de cierre y os sacará de ahí.

—La clavija está fuera.

Pero el sacrificio fue en vano, pues la mantis que ahora tenía dos patas delanteras, de repente agarró la cabeza del otro insecto y lo izó. La redonda cabeza del segundo insecto salió por entero.

—Ya os tengo —dijo Sparta.

Cuando tiraron de la clavija de cierre del suelo de la campana, todas las conexiones de la fuerza motriz del Rover Uno, sensores externos y sistemas de protección de la vida a largo plazo, quedaron cortadas y selladas. Ahora Yoshimitsu estaba ciego, su traje AR resultaba inútil. Con la ayuda de filtros recirculantes, los tres habitantes de la campana normalmente dispondrían de seis horas de vida, quizá un poco más.

Sparta retrocedió con gran cautela y salió de la trinchera que había excavado en el montículo de tierra, manteniendo la esfera en lo alto hasta que estuvieron lejos del derrumbamiento. Después, con toda la rapidez que le fue posible, giró y regresó por donde había venido, sosteniendo a los supervivientes delante de sí como si se tratara de un huevo.

La decisión de Sparta, de no esperar, demostró ser sensata ya que, unos segundos más tarde, la tierra empezó a temblar y mil toneladas de roca se desplomaron por el arrecife al cañón que habían dejado atrás. Sparta no se molestó en radiar un mensaje a Puerto Hesperus para confirmar que ella tenía razón.

La carga que llevaba no le estorbaba la visión. La realidad artificial se ajusta con más facilidad que la de cualquier otro tipo, de manera que Sparta se limitó a

sintonizar sus sensores para mirar a través de la esfera de presión que llevaba delante, dejando sólo una especie de doble exposición, o presencia fantasmal, para asegurarse de la salud de los habitantes de la campana.

Estallidos de fuego de cañón de los distantes rayos, la perseguían mientras recorría a gran velocidad el serpenteante canal entre las paredes de roca. Cuando las olas del suelo llegaron, unos segundos más tarde empezaron a caer piedras a través de la espesa atmósfera que la rodeaba, pero Sparta consiguió llegar ilesa a la boca del cañón. La carrera final a través de la llanura debería haber sido fácil.

A mitad de camino hacia la lanzadera, un temblor masivo hizo ondear la tierra como una sábana al viento. El súbito movimiento ascendente de la roca al chocar con la atmósfera aplastó al rover. Las patas medias de Sparta recibieron la mayor parte de la fuerza; una se dobló debajo de éste. Un instante después, el seno de la ola pasó, y la succión atmosférica tiró de la esfera de presión arrebatándola de las garras de Sparta.

Ella arrojó la pata media que le resultaba inútil y avanzó corriendo sobre el terreno que subía y bajaba. La campana rebotó frente a ella, golpeando un borde, un saliente, otro borde. Dando saltos, la atrapó. Hizo girar la esfera para ponerla de pie y la equilibró. Cuando estaba restableciendo las conexiones de comunicación, reparó en el chorro de litio fundido procedente de una rotura en los serpentines de refrigeración.

Sparta descubrió que su pata trasera izquierda también estaba inutilizada. La dejó caer allí mismo.

Los pasajeros de la campana estaban amontonados en el suelo detrás del asiento del piloto. El cabello rubio de Merck estaba manchado de sangre, que brotaba de un corte en la parte superior de la frente. Forster parecía seriamente perturbado, aunque no se le veía lastimado; se frotaba la barbilla. Yoshimitsu iba atado con correas, y parecía impasible.

—Se os han roto los serpentines —dijo—. Nos quedan unos diez minutos para que se haya perdido todo el refrigerante. Ataos. Voy a arrastraros hasta la lanzadera.

Merck levantó la vista, confundido, llevándose la mano a la cabeza ensangrentada.

—¿Es realmente esen...?

—¡Hazlo, Albert, si quieres salvarte! —le espetó Forster.

Forster se había quitado el cinturón del mono de trabajo y lo estaba utilizando para atarse al respaldo del asiento del piloto.

Merck, tras un momento de confusa indecisión, hizo lo mismo. Los dos pasajeros se agazaparon en el suelo mientras Sparta daba la vuelta a la campana, la cogía con los antebrazos y empezaba a arrastrarla por el erosionado paisaje.

Sparta radió un sucinto mensaje a Dragón Azul. La estación espacial ya se deslizaba por la curva del planeta; la retardada respuesta que llegó no era más que un

simple acuse de recibo.

El avance de Sparta era lento. Le faltaban dos patas y tenía que impedir que la esfera rodara y aplastara más sus serpentines de refrigeración. El huevo dejaba un rastro sangriento al ser transportado: un débil chorro de metal fluía del serpentín roto, brotaba al rojo vivo y se enfriaba rápidamente convirtiéndose en salpicaduras de plata líquida sobre la roca.

Observando la Proporción de la pérdida, Sparta pudo estimar con gran precisión cuándo el volumen de litio en los serpentines sería demasiado bajo para combatir el calor de la atmósfera. Cuando llegara ese momento, la temperatura interna de la campana aumentaría catastróficamente, carbonizando a los ocupantes en cuestión de minutos.

—Vamos bien. Estaremos en el interior de la lanzadera dentro de cinco minutos —dijo a los hombres de la esfera.

Le quedaban menos de dos minutos cuando la lanzadera apareció a la vista en el corto horizonte detrás de ella. Sabía que no iba a conseguirlo, no al paso que iba. Tenía que maniobrar la campana por encima del saliente que bloqueaba parcialmente las puertas del hangar de la lanzadera, cerrar y sellar las puertas detrás de ellos, refrigerar y despresurizar el hangar...

Sparta cayó en un trance, pero pasó tan de prisa que ningún observador lo habría notado. En un milisegundo su cerebro propuso y analizó media docena de posibilidades y eligió la menos improbable. Salió del trance y obró según su decisión sin vacilar... y sin avisar.

Giró violentamente, colocando la esfera en posición delante de ella. Se afianzó sobre un trípode formado por las patas que le quedaban, y utilizó la cuarta para alejar de ella la campana. Ésta rodó hacia el hangar abierto como un enorme balón de fútbol...

... pero con una lentitud exagerada por la sensación de tiempo retardado que tenía Sparta. Sabía el poco tiempo de que todos disponían, pero en ese breve lapso había que hacer todo lo que fuera posible. Dirigió un rayo compacto de ondas de radio hacia la lanzadera que esperaba, dándole instrucciones de que cerrara las puertas del hangar e iniciara la refrigeración y despresurización de emergencia. Vio que los serpentines de refrigeración de la esfera estallaban y arrojaban reluciente litio al suelo al tiempo que ésta saltaba por encima del saliente y se precipitaba a las fauces aún abiertas de la lanzadera. Las puertas ya se estaban cerrando, y se cerraron con un golpe mientras se producía una explosión de vapor fuera del hangar: el producto de reacción del refrigerante de emergencia al caer en cascada desde los tanques de la lanzadera a la atmósfera caliente y seca.

La lanzadera siguió expeliendo vapor a alta presión durante medio minuto después de que las puertas del hangar se sellaran. Sparta examinó la escena con los

sentidos que le quedaban. La vista le podía indicar muy poco, y el radar rebotaba en la piel metálica del cono truncado; aunque tenía contacto por radio con los sistemas robóticos de la lanzadera, no lo tenía con los hombres del interior de la campana. El sonar era la única fuente de información buena, y escuchó con atención los golpes y siseos, los silbidos y los latidos de la bomba le indicarían si alguno de los sistemas vitales de la lanzadera se había roto, si los hombres del interior de la campana se encontraban vivos y conscientes y eran capaces de liberarse ellos mismos de su apretada prisión...

Finalmente, oyó el sonido inconfundible de la escotilla de la campana de presión al abrirse.

—Lanzadera, aquí Rover Dos. Ponme en comunicación, por favor.

—Hecho —respondió la voz del robot de la lanzadera.

—Yoshi, ¿me oyes?

—El señor Yoshimitsu está momentáneamente indispuesto —contestó una voz áspera, inconfundible por su acento británico; el profesor Forster seguía teniendo el control... de sí mismo, si no de los acontecimientos—. Puede que le interese saber que todos nosotros hemos sobrevivido sin sufrir daños graves.

—Me alegra saberlo, profesor. Ahora, ¿serían tan amables, usted y sus compañeros, de despejar el hangar para que yo pueda subir a bordo..., antes de que otro temblor de tierra se me trague?

—Nos ocuparemos de eso.

Cuando la escotilla de su rover se abrió en la humeante y represurizada bodega de la lanzadera, Sparta descubrió el rostro amablemente triste de Albert Merck que la miraba.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, estoy bien —respondió ella, saliendo por la estrecha escotilla ayudada por la mano que él le ofrecía. Al lado de éste, en la pasarela, Sparta examinó el rostro triste de aquel hombre, y reparó en la sangre seca que tenía en el cabello y en el cardenal que tenía en un pómulo.

—¿Hay más?

—¿Además de esto? —Se llevó los largos dedos al cráneo y a la mejilla—. Me duelen mucho unas costillas, pero no tengo nada roto, me parece. El señor Yoshimitsu se ha llevado la peor parte. Se ha hecho un esguince en la muñeca. Me temo que yo le he dado una fuerte patada. O quizá he caído sobre él.

Sparta echó una mirada en torno al hangar. Los restos de la esfera de presión del Rover Uno, quemados y mellados, descansaban apoyados en la pata del puente-grúa. El Rover Dos, con el reactor parado, se hundía torcido sobre cuatro patas descentradas. Las bombas aspiraban el refrigerante de emergencia que había caído al

suelo y lo introducían de nuevo en los tanques.

—Un desastre. Es una vergüenza que no pudiéramos salvar nada de su excavación.

—Ningún objeto material, por supuesto, y es una pena —dijo Merck—. Pero tenemos análisis químicos y registros holográficos guardados en los ordenadores del rover. Suficiente para mantenernos ocupados.

—¿Me echaría una mano para cerrar esta maquinaria? Me sentiré más segura cuando volvamos a estar en órbita.

Unos minutos más tarde subían a la cabina provisional del Piloto. Yoshimitsu estaba acostado en la litera de aceleración con el brazo izquierdo en un cabestrillo. Forster estaba inclinado sobre el piloto herido, vendándole el brazo muy apretado contra el pecho.

—¿Estás bien, Yoshi?

—Un poco doblado —dijo, riendo. Su largo cabello negro le caía sobre los ojos oscuros—. Me burlaba de las historias que cuentan acerca de tu suerte, Ellen. No lo haré más.

Forster se enderezó y examinó a Sparta.

—La inspectora no parece ser de las que dependen de la suerte.

—Sólo cuando todo lo demás falla —respondió ella—. Yo diría que todos somos afortunados.

—¿Por qué la han enviado a usted en lugar de a uno de los pilotos regulares? —preguntó Forster.

—Porque yo he insistido —respondió ella—. Su expedición le deberá a Dragón Azul un montón de dinero por este viaje en la lanzadera tripulada. Ellos se imaginan que no pueden pagar. Pensaron que les costaría menos sacarles con robots MVTP y hacerles subir en una lanzadera con robots.

—Tendré que hablar con ellos muy en serio. Nuestros gastos están asegurados por el Comité para la Herencia Cultural, por no mencionar los depositarios del Museo Hesperiano...

—No he discutido con ellos —dijo Sparta—. He invocado la ley interplanetaria.

—Entiendo. Pero ¿por qué está usted aquí, inspectora? Es decir, su trabajo es la detección, ¿no?

—Además de las otras muchas cortesías que Dragón Azul ha prestado a su expedición, han donado los servicios del señor Yoshimitsu, uno de sus mejores pilotos de lanzadera. Ninguna de las otras dos personas expertas en el uso de estos antiguos rovers, estaba disponible para este viaje.

—Creo que te refieres a que ninguna de ellas se ofreció voluntaria —dijo Yoshimitsu con voz suave—. Y los jefes no lo ordenarían.

—*Gommen nasai*, Yoshimitsu —san.

Sparta inclinó la cabeza haciendo una reverencia respetuosa. Atado a su sillón, bajó la barbilla tratando de devolverle el saludo.

—Entiendo. —Porster quedó callado, reflexionando—. Y ¿cuándo recibió usted el entrenamiento para utilizar estos vehículos especializados?

—Por el amor de Dios, Forster, deja de interrogar a esta mujer —dijo Merck, ruborizado el rostro por la turbación—. Acaba de salvarnos la vida.

—Soy muy consciente de eso —replicó Forster—. Y de verdad estoy agradecido. Simplemente quiero entender lo que está pasando, eso es todo.

—Poseo... un talento especial para esta clase de cosas —dijo Sparta.

—Deberíamos hablar de ello más tarde —sugirió Yoshimitsu—. Nuestra siguiente ventana de lanzamiento está llegando rápido.

Media hora más tarde, la lanzadera ojival despegó de la superficie de Venus, elevándose velozmente entre las nubes, abriéndose paso a través de vientos huracanados de lluvia de ácido sulfúrico, produciendo rayos malignos a su paso, elevándose de modo regular a través de capas cada vez menos densas de humo producido por el bióxido de sulfuro hasta que, al fin, llegó al espacio limpio y rodeó los brillantes anillos y la verde esfera del jardín de Puerto Hesperus.

Surgió de la oscuridad como un remolino, una rueda catalina de sombra, no fuego, y con ella las voces:

*Ella podría ser la mejor de nosotros*

*Se resiste a nuestra autoridad*

*William, es una niña*

*Resistirse a nosotros es resistirse al Conocimiento*

Mientras la rueda giraba, las voces reverberaban en sí mismas, aumentando hasta convertirse en alarido. El corazón de Sparta latía con violencia, sacudiéndole las costillas y el colchón sobre el que se encontraba.

Tenía la cara aplastada contra la almohada; abrió un ojo. Un hedor extraño le llenó la nariz, el olor de una verdura fresca que se estaba agriando y que se convirtió en el olor de un gato.

*Pedazos de curva negra, pedazos de látigo negro,  
pedazos de mancha negra, moviéndose y cambiando...  
un tigre moviéndose a través de la alta hierba.*

Se incorporó, aterrorizada, Y abrió la boca para gritar; luego ahogó el grito no articulado. Tenía la piel viscosa de sudor. El corazón le traqueteaba como una bomba seca.

Recuperó el control de la respiración: el pulso disminuyó. La visión del ojo derecho dejó de desenfocar y enfocar, y la rueda catalina que giraba se deshizo. Luego, el hedor imaginario desapareció, y quedaron con Sparta los olores conocidos de la cabina. Por encima del olor, que llenaba toda la estación espacial, a herrumbre, aceite lubricante y sudor humano, se percibía el perfume de ceriflores.

La ceriflor, un pompón de estrellas aterciopeladas de color rosa, emitía su olor sólo por la noche. La noche aquí era arbitraria, pero para Sparta ahora era mitad de la noche. La enredadera de ceriflores se adhería al techo formando espesos verticilos, producto de la poda ingravida por la que era famoso Puerto Hesperus; la enredadera había crecido en microgravedad bajo una fuente de luz programada y en constante movimiento.

En su cabina del anillo A, el peso de la enredadera y el de Sparta eran los normales en la Tierra. Si el corazón de Puerto Hesperus era un jardín fantástico, el resto de la estación espacial poseía el mismo encanto que un acorazado. El anillo principal A, sobre la esfera del jardín, albergaba a la mayor parte de los trabajadores de mantenimiento de la estación, operarios del muelle, controladores del tráfico

interplanetario, y demás personal de servicio. El alojamiento temporal de Sparta se encontraba en el Cuartel de Oficiales Visitantes de los barracones de la patrulla. Salvo si surgía otra emergencia como la que la había llevado a la superficie de Venus, esta noche sería la última que pasaba en la triste habitación de plástico y acero.

Al pensar en eso se dio cuenta de otra cosa que con frecuencia había acudido a su mente en los últimos meses. Echaba de menos a Blake Redfield, le echaba de menos con algo que rozaba la obsesión, le echaba de menos más aún porque hacia tanto tiempo que no tenía noticias suyas. Y después, un mensaje trivial, sin firmar y sin asomo de afecto: «Juguemos al escondite otra vez».

Exhausta, pero sin esperanzas de poder dormir, Sparta apartó la sábana y salió de la cama. Algo había ocurrido: la pesadilla no había surgido de la nada. Por un momento, permaneció quieta en el centro de la habitación y escuchó...

La vibración de las paredes de acero le trajo el zumbido eléctrico, el chillido metálico, la sumersión y succión hidráulica de la estación que giraba sin parar; su oído interno filtró fácilmente estos sonidos para recuperar las toses humanas, los gemidos y las risas, las voces alzadas con pesar o con entusiasmo. La vida en Puerto Hesperus transcurría con normalidad. La mayoría de los trabajadores que se alojaban en el sector de Sparta estaban profundamente dormidos; sus turnos de día no comenzaban hasta tres horas más tarde. El resto se encontraba trabajando con la eficiencia de siempre.

Arriba, muy cerca, los controladores de las cosmonaves, en la cúpula de control de tráfico, seguían la pista a los cientos de pequeños satélites robot y naves que llenaban el espacio circundante. Sólo un buque interplanetario se hallaba cerca, un cúter de la Junta Espacial que en seis horas debía alcanzar el perímetro de radiación. A bordo iba el remplazo de Sparta, y ella misma estaría a bordo cuando éste regresara a la Tierra.

En el otro extremo de la estación, a dos kilómetros de distancia —el extremo que siempre señalaba hacia abajo, directamente hacia el centro de Venus— la Corporación Minera Ishtar y la Empresa Minera para la Prosperidad Mutua Dragón Azul, estaban ocupadas trabajando como de costumbre. Estas compañías rivales eran la base económica de la estación, su razón de ser. Veinticuatro horas al día enviaban y recibían las grandes lanzaderas con minerales, y dirigían los enjambres de insectos metálicos que exploraban la superficie de Venus en busca de metales preciosos.

Sparta siguió escuchando...

No oyó a nadie en el corredor de la cabina. Pasando su corteza visual a infrarrojos, examinó la oscuridad del apartamento inferior. No vio más que los circuitos de pared encendidos; ningún ser vivo había pasado por allí durante la última hora.

Sus sentidos químicos no le informaban de nada fuera de lo corriente.

Se obligó a relajarse. No estaba en peligro. Nada externo la había despertado, nada externo había causado la pesadilla. Otro fragmento de su memoria naufragada y sumergida se había desprendido y había aflorado a la superficie.

Los signos..., las rayas del tigre del sueño estaban hechas de signos. Poco tiempo atrás había soñado con signos, pero no podía recordar dónde, o lo que había soñado.

Se acercó a la única ventana de la habitación. La pesada persiana de acero era del tipo antiguo, y se hacía funcionar mediante una manivela. Despacio, le dio unas vueltas. Cuando la persiana se enrolló, la luz de Venus inundó la cabina y la redondez de la esfera del verde jardín apareció ante ella, acabando en un horizonte artificial a un kilómetro de distancia.

Mientras contemplaba aquel pequeño mundo de cristal y acero, sintió el dolor de cabeza que en las últimas semanas la había estado torturando. Se llevó los pulgares a los extremos de la mandíbula y hacia la parte de atrás del cuello, dándose un masaje en la nuca con las yemas de los dedos. Eso la alivió un poco. Sparta se acercó al armario y se vistió.

Se puso unos pantalones negros brillantes que le ceñían las piernas y les daba el aspecto del plástico; cerró las costuras de los tobillos sobre unas botas negras con rebordes. El corpiño era ajustado y alto, de vinilo negro. Sparta llevaba la ropa como una armadura.

Miró hacia la pantalla de la pared, fijándola con su mirada azul oscuro. El mando a distancia de la pantalla se encontraba sobre la mesilla de noche, a dos metros. Sparta estiró los brazos y curvó las manos en un antiguo símbolo de bendición; pero no se trataba de ninguna bendición: debajo de su corazón, las estructuras construidas en el diafragma chispearon y cobraron vida. Por la extraña trama de «alambres» cerámicos con mezcla que se intercalaban en sus huesos circuló corriente eléctrica. El estómago le ardió...

... y la pantalla de la pared se iluminó con una imagen.

Buen truco, hacer que las cosas funcionaran a distancia; estaba aprendiendo a hacerlo con más facilidad. Con los brazos alzados aún, dirigió otro rayo de intención a la pantalla; la imagen pasó hacia delante, y luego se pasó. Sparta bajó los brazos. La imagen grabada era una de las que Forster y Merck habían traído de la superficie, una de las mejores.

La película que se desarrolló en la pantalla era como una película de reconocimiento aéreo desde una aeronave de vuelo bajo, una aeronave que sobrevolaba columnas de tanques o tal vez hileras de fábricas; complicadas estructuras a una altura uniforme sobre la llanura. Sparta escuchó la voz y observó la imagen por el rabillo del ojo, y se imaginó que la proyectaban ante un público compuesto por pilotos de bombarderos en una cabaña de Quonset, recibiendo las instrucciones finales para su misión. La iluminación de la imagen grabada —una sola

luz fuerte desde abajo— engañaba al cerebro y cambiaba la profundidad por la altura y se interpretaba mal la escala. Las columnas e hileras eran inscripciones, examinadas por un gran objetivo angular, líneas y más líneas de caracteres tallados profundamente en una placa de metal.

Eran los signos que estaban pintados en el pellejo del tigre del sueño.

Desde la pantalla, una voz atronó en las sombras: la voz del profesor Forster, fuerte y amenazadora, recitando hechos que había que afrontar.

—Creo que admitirá mi colega el profesor Merck, que en todos los ejemplos hallados en este emplazamiento, hemos establecido firmemente la dirección de la escritura ni estrictamente de izquierda a derecha, como había insistido Birbor basándose en el fragmento marciano, ni estrictamente de derecha a izquierda, como ha supuesto Suali en base a lo que sólo él conoce; ni siquiera, para aquéllos de ustedes que hayan sacado ya alguna conclusión, en zigzag como ara el buey, de un lado a otro. No se trata de nada de esto. ¿Alguien quiere aventurar alguna conjetura respecto a lo que es?

Fuera de la pantalla se oyó un murmullo nervioso; el público invisible no de pilotos de bombarderos sino de sabuesos de la pantalla, se habían reunido para contemplar las imágenes que aparecían en las pantallas murales en el confort de un salón de Puerto Hesperus. Sparta había estado allí, tan interesada como los demás en ver lo que ella había ayudado a salvar. Alguien dijo:

—¿De arriba abajo?

La respuesta de Forster fue burlona.

—Si no puede encontrar tres marcas en cualquiera de estos textos o de la placa marciana que estén alineados verticalmente, joven, desconcertará a toda una generación de estudiosos.

Se oyeron risas nerviosas, pero Forster las interrumpió.

—¿Alguna otra sugerencia? Miren otra vez.

Sparta miró su propia pantalla mientras cogía la chaqueta. La imagen había sido grabada por un objetivo de control remoto que se hacía funcionar desde el interior del rover del arqueólogo; la cámara en vuelo bajo daba vueltas y descendía en picado, y ametrallaba las columnas de signos. Sparta lo había visto al instante, la primera vez que había observado la grabación: la escritura alternaba las columnas...

—La dirección de la escritura en todas estas inscripciones alterna las columnas; la columna de la izquierda invariablemente se lee de izquierda a derecha, y la columna de la derecha invariablemente se lee de derecha a izquierda —dijo Forster—. Y lo que es más interesante, las columnas opuestas contienen textos prácticamente idénticos. Algunos de ustedes pueden considerarlo desafortunado, en el sentido de que reduce a la mitad la cantidad de texto único de que disponemos para trabajar, pero miremos el lado positivo. La redundancia es una protección contra el error, y nos

ayudará a llenar las lagunas.

Sparta cerró la solapa de su chaqueta blanca brillante, ancha en los hombros y estrecha en la cintura; el cuello alto le protegía la nuca. Abrió un cajón y empezó a meter el resto de su ropa en la bolsa de lona. Faltaban ocho horas para que el cúter llegara a la bahía, y se precisarían otras tantas horas para informar de la misión antes de que pudiera decir adiós a Venus. Estaría preparada, esperando.

Hacer el equipaje debería haber sido fácil, pero la naturaleza ansiosa de Sparta lo hacía difícil. Viajaba con pocas cosas, y llevaba sólo una bolsa en la que era difícil meter la ropa doblada. Y, como poseía memoria eidética de cada fallo anterior, de cada fea arruga resultante de esta falta de perfección, donde otra persona remilgada habría pasado un minuto volviendo a doblar cada prenda, Sparta pasaba cinco.

Detrás de ella, la escena cambió y se vio a Forster en el podio de la sala de conferencias; la débil bombilla del atril arrojaba una luz amarilla que daba un aspecto fiero a su rostro barbudo.

—Ahora me gustaría señalar lo que el análisis estadístico de los recientes hallazgos nos ha revelado acerca del sistema de signos de la Cultura X.

Sparta se concentró en la tarea de hacer el equipaje; recordaba perfectamente el discurso de Forster. El análisis estadístico de los textos no descifrados —cuántos caracteres y cuántas combinaciones de caracteres aparecen con qué frecuencia, y en qué contexto— había sido una ciencia exacta pero laboriosa desde el siglo diecinueve. Desde la invención de los ordenadores electrónicos a mediados del siglo veinte, se había hecho mucho más exacta y cada vez menos laboriosa y ahora, a finales del siglo veintiuno, la maquinaria era tan compacta, los algoritmos tan precisos y rápidos, que el análisis estadístico podía efectuarse incluso mientras los textos eran desenterrados de la roca y la arena en la que habían permanecido ocultos durante milenios.

—Quienquiera que inscribió estas tablillas utilizó cuarenta y dos signos distintos, tres más de los que ya conocíamos a partir del fragmento marciano. Dentro de un momento el profesor Merck presentará su interpretación de los datos. Por ahora, diré que estoy convencido de que veinticuatro de estos signos son letras alfabéticas, que representan sonidos. De los restantes dieciocho, al menos trece son simples números. Por supuesto, es imposible saber si los signos alfabéticos corresponden a «vocales» o «consonantes», tal como nosotros entendemos estos términos, porque nadie puede adivinar de manera responsable la anatomía productora del habla en los seres que elaboraron esta escritura.

¿Un alfabeto? ¿Un sistema de números? El análisis estadístico podía revelar unas cuantas cosas, pero por sí mismo no podía revelar la existencia de un alfabeto. Forster estaba especulando.

—En conclusión, permítanme observar que la naturaleza del emplazamiento sigue

siendo un enigma. Sólo estuvimos allí unas horas, tiempo suficiente para ver que el complejo de cuevas era extenso Y artificial. Los seres que lo construyeron lo llenaron con cientos de objetos. Muchos eran reconstrucciones (o es posible que fueran especímenes perfectamente conservados, momias) de animales que nos resultan extraños por completo, como han visto ustedes. Pero los que lo hicieron no nos dejaron ninguna representación de sí mismos; ni pinturas, ni esculturas, ni documentos. Al menos, nada que nosotros hayamos reconocido como tal. —Forster hojeó sus notas, y después, bruscamente, se volvió—. Mi distinguido colega, el profesor Merck, presentará ahora sus puntos de vista.

En la pantalla, el agradable rostro de Merck, con su expresión ligeramente distraída, sustituyó al de Forster. A Sparta le gustaba Merck; parecía mucho menos un furioso egotista que el pequeño Forster. A un hombre alto como Merck le resultaría más fácil ser educado, al no haber tenido que esforzarse para hacerse valer.

Tímido, e incluso indeciso como su actitud sugería que era, las ideas de Merck acerca de la llamada Cultura X eran seguras: los signos no eran alfabéticos, eran ideográficos, aunque algunos probablemente se doblaban como las sílabas. Merck había escrito extensamente acerca del probable significado de los signos e incluso había intentado efectuar un análisis parcial del contenido —los medios de comunicación lo habían interpretado al instante como una «traducción»— de la placa marciana, la cual había sido objeto de una gran controversia. Pero por muy vocinglera que fuera la pequeña comunidad de xenoarqueólogos al discutir los méritos del análisis de contenido de Merck, la mayoría de ellos estaban de su lado en la cuestión de la naturaleza de los signos: eran ideogramas.

Ninguno de estos temas era de interés urgente para Sparta. ¿Por qué había soñado con esos signos? Probablemente porque había arriesgado su vida para recuperarlos. No tenía por qué ser más complicado.

Miró la pantalla con el ceño fruncido, alzó los brazos y le dio la señal de que se oscureciera, borrando la imagen de Merck.

Se concentró en su equipaje durante otros diez minutos. Cuando se convenció de que no conseguiría hacerlo mejor, cerró la bolsa. Su ojo derecho enfocó los eslabones micromecánicos del cierre, una cremallera miniaturizada hecha de cadenas de polímeros generados por microbios.

Cada broche y corchete era como un garabato: unidos, producían el cierre, un significado oculto. Desunidos, se abrían a... ¿qué? Arqueología de la ropa para lavar. La evidencia de su estilo de vida. En este emplazamiento la evidencia era escasa, y el estilo de vida parco.

Entonces acudió a su mente un pensamiento extraño. Creía —aunque no podía estar segura— que había soñado con los signos extraños antes de haberlos visto. Más extraña aún era la irracional convicción de que sabía cómo se pronunciaban las letras

de aquel alfabeto ultraterreno, pero no conseguía que los sonidos afloraran a la consciencia.

Ocho horas más tarde, la sirena de aviso de lanzamiento ululaba mientras Sparta llegaba a la compuerta de seguridad. La reluciente proa del cúter dominaba la vista tras la amplia abertura de cristal negro de la compuerta.

Una simple docena de naves blancas, con la banda azul y la estrella dorada de la Junta de Control Espacial, eran los frágiles enlaces de las delgadas cadenas de autoridad desde la Tierra a las colonias aisladas de los planetas, lunas, asteroides y estaciones espaciales. Propulsados mediante antorchas de fusión, los cúteres iban adonde y cuando tenían que ir, a la aceleración que precisaran para llegar allí. Cada puesto de la Junta Espacial acumulaba combustible para la antorcha en enormes tanques de deuterio y litio congelado, y un cúter podía dar la vuelta en el tiempo que tardaba en llenar sus propios tanques de carga propulsora.

En la Tierra necesitaban nuevamente el cúter que había traído repuestos a Puerto Hesperus. Cuatro horas después de haber entrado suavemente en la parte de alta seguridad de la bahía de embarque de Puerto Hesperus, había cargado lo que necesitaba para el viaje de regreso.

Sparta aún tuvo unos minutos para despedirse de la única amistad que había hecho durante su estancia allí. Flotaron ingrávidos en la microgravedad.

—Voy a echarte de menos, Vik.

—Eso dijiste la última vez —dijo el rubio eslavo agriamente—. Antes de que te pillara el intercomunicador.

—Me he quitado el intercomunicador, por si acaso alguien lo intentaba de nuevo. Esta vez realmente me voy de aquí.

—Si vas a Leningrado...

—Te enviaré un holograma. Lo más probable es que me envíen de nuevo a los muelles de Newark.

—Ahórrate la falsa modestia.

—Eres un tipo duro, Proboda.

Él le tendió la robusta mano y ella le ofreció sus finos y fuertes dedos.

—Si no te mantienes en contacto, te consideraré el lacayo de los imperialistas —capitalistas que siempre he sospechado que eras— murmuró él.

Sin soltarle la mano, Sparta le atrajo hacia sí y con cuidado le abrazó.

—Te echaré de menos —bien equilibrados el afecto y la cautela—, ateo comunista totalitario. —Bruscamente, lo soltó y se alejó flotando—. No dejes que Kitamuki te moleste.

—Será un auténtico incordio. Sin duda pensó que ella sería el capitán.

—El nuevo parece competente. Él la mantendrá a raya. —Sparta lo vio encogerse

de hombros y dijo—: Lo siento. Hablaba por hablar.

La sirena de lanzamiento ululó de nuevo.

Ella asintió; luego, se volvió y se, dirigió de cabeza hacia el tubo de la cámara de aire.

Justo antes de desaparecer en el largo pasillo, Proboda la llamó.

—Y dale recuerdos a nuestro amigo Blake.

Ella lanzó una mirada perpleja por encima del hombro. ¿Era tan evidente lo que sentía por Blake?

## Segunda parte

# SECRETOS DE LOS ANTIGUOS

### 5

París, cuatro meses antes: tras el vidrio biselado de un escaparate con el marco de latón, la cálida luz acariciaba unos fragmentos amarillentos de papiro. El rollo egipcio desplegado sobre el terciopelo marrón estaba muy deteriorado, con los bordes desmenuzados y algunas mellas; pero una escritura hierática pintada en tinta de color negro brillante y rojo vino, fluía por él con gracia caligráfica. En sus bordes estaban pintadas miniaturas de músicos y bailarinas desnudas, estilizadas y vivaces a la vez.

Una tarjeta escrita a mano clavada en el terciopelo identificaba el rollo como una variante de la XII Dinastía de la *Canción del arpista*: «La vida es breve, oh hermosa Nefer. No te resistas, deja que aprovechemos la hora fugaz...» El papiro no era tan raro como suelen ser estas cosas, ni suficientemente inusual para un museo, pero sin duda era lo bastante especial para merecer el elevado precio que pedía el vendedor.

Era extraño, entonces, que el hombre que lo examinaba con tanta atención a través del cristal, no fuera uno de los turistas ricamente vestidos o los hombres de negocios con trajes de seda que paseaban por esta calle de galerías y salones de decoración en la tarde estival. No era uno de los estudiantes flacos y con cara de hambre de las cercanas escuelas técnicas y distantes aulas de la Sorbona; él tenía más hambre que ellos.

Tenía las mejillas hundidas bajo los altos pómulos de lo que en otro tiempo debía de haber sido un hermoso rostro euroasiático. Tenía la mandíbula cubierta de un vello oscuro, y su cabello negro, con matices castaño rojizos y brillante por la grasa, era de una extraña longitud, aunque no lo bastante largo para la coleta que le brotaba en la parte de atrás del sucio cuello. La camisa estaba hecha trizas y los pantalones de plástico eran demasiado ajustados y demasiado cortos, más parches mal pegados que tejido original, con agujeros donde no debía haberlos. Su grotesca figura —que se balanceaba sobre unos zapatos de tacón alto y empeine alto, su flaca cintura ceñida por una tira de tubo de neopreno amarillo— era la de un bufón astroso.

Al propietario de la «Librairie de l’Egypte» no parecía divertirle. Varias veces había levantado la vista de sus pedazos de piedra y rollo, sus estuches de escarabajos sagrados y amuletos, para encontrar los ojos de aquel tipo hambriento que le miraba fijamente, mientras hombres y mujeres bien vestidos, posiblemente clientes potenciales, miraban de soslayo, y pasaban con demasiada rapidez por delante de la puerta abierta de la tienda. Y esto había ocurrido cada noche, a esta hora, en los

últimos tres días. El propietario decidió que ya era suficiente.

—Váyase —dijo—. Váyase de aquí.

El mendigo miró pomposamente a su alrededor.

—¿Esta acera es suya, mon cher?

—¿Quiere sentarse en ella? Vamos, circule. Rápido, rápido.

—*Trou de balle, toi.* —Reanudó su calmada inspección del papiro.

La carnosa cara del propietario enrojeció; apretó los puños. No dudaba de que podía hacer caer a ese tipo de sus ridículos tacones altos con una rápida bofetada, pero la expresión burlona del rostro del mendigo le detuvo. ¿Por qué arriesgarse a que le denunciaran? En cinco minutos, los flics se llevarían a este tipo al refugio de trabajo, sin decir nada.

Se volvió bruscamente y entró en su tienda cerrando la puerta tras de sí. Llevó la mano al intercomunicador que tenía en el oído.

El vagabundo le observó y sonrió; luego, sus ojos oscuros miraron de soslayo a la mujer que había estado contemplando el espectáculo, desde la esquina de la rue Bonaparte. Habían contemplado el espectáculo dos días, ella y su amigo. Él era un tipo con cabello largo y chaqueta de plástico negro, con aspecto de encontrarse a gusto en un cuadrilátero de boxeo.

La gente que paseaba al atardecer llenaba la estrecha rue Jacob de lado a lado, como una marea de humanidad elegante. Aparte del ocasional balido de la bocina de algún vehículo, ningún ruido de tráfico interrumpía el suave murmullo, así que fue fácil oír la sirena de la Policía, cuando aún se encontraba a una manzana de distancia, abriéndose paso. Dentro de la «*Librairie de l'Egypte*», el propietario se apartó la mano de la oreja y miró con desprecio al mendigo.

Una mano le tocó en la manga; él se apartó de un salto y se tambaleó, haciendo una mueca y gruñendo:

—No me toque.

—No se asuste. No pasa nada.

Era la mujer. De cerca, su altura era impresionante. Tenía la cara bronceada y redonda, con los pómulos altos de los eslavos y los ojos grises almendrados bajo unas cejas invisiblemente finas. El pelo, rubio muy claro, lacio y suelto, le llegaba hasta la cintura; llevaba un vestido blanco de algodón. Era musculosa y tenía las piernas muy largas, y poseía una belleza voraz, realzada por unos labios que parecían hinchados de chuparse los incisivos ligeramente salidos.

—Podemos ayudarle.

—No necesito su...

—Podemos ayudarle.

—No necesito su...

—Casi están aquí. —Señaló con su redonda barbilla hacia la luz azul que se

acercaba a toda velocidad por la calle de paredes estucadas y ventanas cerradas con persianas; la sirena de la Policía sonó otra vez, más cerca, impaciente con la multitud—. Podemos ayudarle mejor que ellos.

—¿Ah sí? ¿Cómo?

—Podemos darle de todo —dijo la mujer en voz baja; habló con urgencia y en tono íntimo, sólo para él—. Comida, un lugar donde vivir, amigos si los quiere... otras cosas. No tenga miedo.

Le tocó la manga, aferró el manchado tejido con las yemas incoloras de los dedos. Tiró con suavidad, y él dio un torpe paso al frente.

—No permita que se lo lleven —dijo ella—. Usted ha nacido para ser libre.

—¿Adónde vamos?

El compañero de la mujer, que hasta ahora había estado observándoles, inexpresivo, dijo:

—Conmigo. Quédese cerca.

Giraron y se introdujeron en la atestada calle. El hombre abría el camino y la mujer le seguía, sujetando el brazo del mendigo con más fuerza, los dedos sorprendentemente fuertes en torno al codo mientras le guiaba.

Cuando el coche de la Policía se detuvo enfrente de la Librairie de l'Egypte, una multitud de curiosos lo rodeó de inmediato. Entretanto, a media manzana de allí, el fugitivo y sus salvadores penetraron en un patio, junto a la rue Bonaparte, y lo cruzaron presurosos para llegar a una puerta esmaltada en negro. Una placa de latón indicaba que se trataba de las oficinas de Editions Lequeu. El hombre la abrió empujándola y los tres entraron rápidamente.

El estrecho vestíbulo estaba pavimentado con mármol gris. A la derecha había una serie de altas puertas dobles, firmemente cerradas; en una, una tarjeta grabada en un pequeño marco de latón decía: «Société des Athasians». A la izquierda, una escalera redondeada se curvaba en torno al pozo de un ascensor, que permanecía abierto. Entraron en él, cerraron la reja y esperaron en silencio mientras la cabina de doscientos años de antigüedad, ascendía; cuando pasaba por cada planta canturreaba suavemente, sonando sus chirriantes contactos eléctricos como la llamada de una paloma.

—¿Dónde estamos? —preguntó el mendigo con irritación.

—Vamos al registro —respondió la mujer—. Después, le daremos algo de comer.

—Preferiría algo de beber —replicó él.

—Eso no nos importa. Primero déjenos darle de comer.

Se detuvieron en la planta superior. El hombre de la chaqueta negra abrió la reja y dejó que salieran los otros dos pasajeros; después cerró e hizo bajar el ascensor, cumplidas al parecer sus tareas.

La mujer condujo su carga hasta el final del pasillo, donde había una puerta

abierta. Entraron en un despacho de techo elevado, revestido de estanterías con libros. Unas altas ventanas se abrían a un balcón; la torre de *Saint Germain des Prés* quedaba bellamente enmarcada por unas cortinas de encaje.

—Ah, aquí está nuestro estudiante.

El hombre se hallaba cómodamente apoyado en la esquina de un escritorio estilo imperio, balanceando un lustrado zapato en el extremo de una pierna vestida de pana. Tenía unos cincuenta años, estaba bronceado, y llevaba una elegante camisa de punto, blanca.

—¿Y cuál es su nombre?

La mujer respondió:

—Me temo que no hemos tenido tiempo de presentarnos.

El mendigo miró al hombre de hito en hito.

—¿Me llama usted, estudiante?

—Es usted estudiante de antigüedades egipcias, ¿no es cierto? Ha estado examinando los pobres objetos del escaparate de nuestro amigo Monsieur Bovinet con tanta pasión estas últimas tardes...

El mendigo parpadeó. Una expresión perpleja le cruzó el rostro, borrando la beligerancia.

—Tienen algo —murmuró.

—¿Le dicen algo, quizá?

—No sé leer esa escritura.

—Pero le gustaría saberlo —dijo el hombre mayor, confirmando lo que no se había dicho—. Porque usted cree que oculta algún secreto, algún secreto que podría salvar su vida, liberarle.

La expresión del mendigo se endureció.

—¿Qué sabe usted? No me conoce.

—Bueno... —La sonrisa del hombre fue seductora y muy fría—. Tiene razón, por supuesto —se echó hacia atrás y dio una palmada a las teclas de un ordenador—. No conocemos su nombre. Y si vamos a inscribirle, lo necesitaremos, ¿verdad?

El mendigo le miró fijamente con suspicacia. La mujer, cuya mano no había soltado el brazo del hombre, se acercó un poco a él, estimulándole.

—Soy Catherine. Éste es Monsieur Lequeu. ¿Cómo se llama usted?

Dijo abruptamente:

—Me llamo Guy.

—No se preocupe, Guy —dijo Lequeu—. Todo irá bien.

A diferencia de las tácticas de pesca con red que otros pescadores de hombres han empleado desde la antigüedad, Lequeu y los Atanasios eran sumamente selectivos. No les interesaba nadie con más de treinta años, nadie muy enfermo, nadie con

alguna incapacidad física o mental aparente, ni nadie que hubiera llegado tan lejos con las drogas o la bebida que fuera probable que sufriera algún daño orgánico. No les interesaba el arrepentimiento, y apenas la necesidad. Los Atanasios hacían prosélitos no tanto como un pescador pesca, sino como un rancharo compra becerros. Si el negligente disfraz de Blake hubiera sido demasiado persuasivo, habrían podido pasarle por alto por completo, y Monsieur Bovinet, de la Librairie de l'Égypte, podría no haberse molestado en alertar a Lequeu antes de llamar a la Policía, movimiento que tuvo el efecto deseado de obligar a Blake a efectuar una elección rápida, o eso pensaban los Atanasios.

Lo primero que hicieron por él los salvadores de «Guy», después de alimentarle, darle un vaso de vino bastante bueno y acompañarle a una habitación del sótano de paredes de piedra caliza, con una cama, un armario y una muda de ropa, fue escoltarle hasta una clínica cercana para que se sometiera a un concienzudo reconocimiento médico. Los técnicos le trataron con esa especial arrogancia parisina a la que Blake tenía que acostumbrarse cada vez que visitaba París, pero rápidamente le declararon buey de primera clase.

Después vinieron largos días en los que fue huésped mimado de los Atanasios, días que pasó conociendo al personal y a sus compañeros, a quienes denominaban también «huéspedes». Había otros cinco invitados en los dormitorios del sótano: dos mujeres y tres hombres. Uno haría seis semanas que se encontraba allí, y otro sólo unos días. Blake dedujo que el sótano era una zona de estancia temporal; después de un cierto período de tiempo, uno era designado para cosas más grandes..., o volvía a las calles.

Cada huésped tenía un cubículo separado en el sótano de techo bajo. En un extremo del estrecho pasillo había una ducha y un retrete, y en el otro extremo, una cocina y un lavadero. Se invitaba a los huéspedes a que se ofrecieran voluntarios para ayudar a efectuar el trabajo. Al principio Blake se negó; quería ver qué pasaría si no trataba de congraciarse con ellos. Nadie pareció molestarse. Al comenzar la segunda semana, empezó a realizar su parte de trabajo en el lavadero. Esto también era aparentemente normal, y las únicas observaciones eran simples «gracias».

Las comidas se servían en la gran habitación de la planta baja, cuyas ventanas daban al patio. La comida era buena y sencilla: verduras, pan, pescado, huevos, de vez en cuando carne. La gente que trabajaba en los otros edificios que daban al patio se cercioraba de esta manera, con un simple vistazo al interior, de que los Atanasios atendían a su meritorio trabajo de alimentar al hambriento.

En la misma habitación cada mañana y cada tarde, después de lavar los platos, se desarrollaban «discusiones» dirigidas por miembros del personal; discusiones muy parecidas a las sesiones de terapia de grupo, excepto que el único propósito que indicaban era el de permitir que los huéspedes se conocieran. Blake no fue

presionado para contar de si mismo más de lo que él quisiera.

Al principio, Catherine nunca estaba lejos de Blake, aunque el afable Lequeu había desaparecido de la vista. Blake contó a otros tres miembros del personal: el hombre corpulento que había efectuado su rescate de la Policía, que se llamaba Pierre, y otros dos hombres, Jacques y Jean, quienes, junto con Catherine, dirigían las discusiones o se sentaban para hacer compañía a uno o más de los huéspedes. Todos rozaban los treinta años. A Blake no le cabía duda de que todos ellos utilizaban nombres supuestos.

Quizá los huéspedes también lo hacían. Sin duda alguna «Guy» lo era.

Vincent era el que llevaba más tiempo allí; era austriaco, un autodenominado trovador que a duras penas se ganaba la vida tocando la guitarra clásica y el karroo de nueve cuerdas en diversos restaurantes del Quartier, cantando lo que creía que los dueños esperaban oír, pero especializado en las canciones folklóricas de los trabajadores que habían construido las grandes estaciones espaciales.

—Mi sueño es ir al espacio algún día —dijo Vincent—, pero las corporaciones no me llevarán.

—¿Has pedido plaza para los programas? —le preguntó alguien.

—Como he explicado, no me atrevo, por las cosas que hay en mi pasado...

—No lo sabemos, Vincent, no nos lo has contado.

Blake escuchó a Vincent hablar de sus sueños. Y se dio cuenta de que era un seductor, tan bien acorazado detrás de su encanto que por mucho que se le hablara no se llegaría a él. Probablemente por eso se encontraba aún en la antesala del programa. Blake se preguntó cuánto tiempo más estaban dispuestos a darle los Atanasios.

Salomé procedía de una granja cerca de Verdún. Era una chica morena y fuerte que había tenido su primer hijo a los catorce años, se había casado a los dieciséis y había tenido otros tres hijos, pero nunca había encontrado tiempo para la educación. Su madre tenía ahora a los niños; Salomé, veintiún años, se ganaba la vida en las calles de París.

—¿Cómo?

—Haciendo lo que tengo que hacer.

—¿Robas?

—Cuando tengo que hacerlo.

—¿Duermes con hombres?

—Sólo si me parece que es lo que tengo que hacer.

Y, soñando con entrar en el teatro, Salomé escribía una obra; tenía un manuscrito de páginas estropeadas que se ofreció a leerles. Su estilo inteligente y agresivo en la conversación, no se transmitía a las páginas. Nadie criticó su trabajo, pero con el transcurrir de los días Salomé describió un cambio en sus metas: de escribir obras de teatro (admitió que existía el impedimento de que no leía muy bien), a ayudar a

difundir la obra benéfica de los Atanasios.

Salomé había llegado al programa sólo unos días antes que Blake. Éste no se sorprendió cuando, dos semanas después de que él llegara, ella se marchara; sabía que ya la habían ascendido.

—Admito que cuando os acercasteis a mí, hacía cuatro días que no comía. Estaba empezando a tener alucinaciones. —El que hablaba era Leo, un danés delgado y listo, un trotamundos y escritor de diario, que enviaba largas cartas radiadas a sus amigos de todo el mundo siempre que podía pagarlo, y que había llegado a París después de cruzar a pie el Norte de África.

—Debería preocuparme el hecho de que no estoy preocupado, pero ¿qué puedo hacer? —Ofreció a todos una radiante sonrisa.

Blake comprendió que Leo tenía un problema de ego; éste no era tan grande como él fingía que era, y Leo dependía absolutamente de que le rescataran sin cesar. Leo probablemente respondería pronto a los procesos del grupo, pero si era o no la clase de material que los Atanasios buscaban, aún estaba por ver. De todos los huéspedes, Leo era el único que no tenía una meta para el futuro. Sostenía que era feliz con su vida, tal como era.

Lokele era alto y musculoso, un negro del África Occidental al que habían traído a los suburbios de París cuando era niño. Sus padres habían muerto en la epidemia de gripe de 2075...

—Y entonces encontré a mucha, mucha gente agradable, pero nunca se quedaban el tiempo suficiente para poder conocerles —dijo, sonriendo—, así que empecé a pegarles para impedir que se fueran corriendo —hasta que al final acabó en un campo de rehabilitación después de haber sido condenado por robo y asalto. Los Atanasios le habían recogido una semana después de su liberación, tras una semana de búsqueda infructuosa de trabajo, cuando el hambre y la desesperación y la determinación de permanecer lejos del refugio de trabajo, le estaban tentando a robar otra vez.

Lokele estaba lleno de talento y destreza. Necesitaba educación. Necesitaba socialización. Su familia Y su cultura habían sido destruidas; la burocracia le había abandonado. Blake se preguntó si los Atanasios recogerían los pedazos y cómo lo harían.

Bruni era alemana, rubia y de anchos hombros. Durante los dos últimos años había vivido en Amsterdam porque el refugio de trabajo de allí implicaba poco o ningún trabajo, pero se cansó y se trasladó a París.

—¿Te gustaría contar a los demás huéspedes cómo te conocimos, Bruni?

—Aquel Proxeneta intentó forzarme a trabajar para él, pero me negué.

—¿Dijiste «No, gracias»?

—Le rompí el brazo.

—¿Y cuando sus corpulentos amigos intentaron ayudarlo?

—Les rompí las rodillas. —Lo dijo sin humor, con los brazos cruzados y mirando al suelo fijamente.

De hecho, los Atanasios la habían arrancado de la Policía, la cual pensaba que estaba actuando contra un tumulto.

La ira de Bruni era frenada por un fiador de resorte y en las discusiones, a veces, explotaba soltando insultos y obscenidades. Pero estaba muy claro lo que Bruni quería; quería simple amor. Blake se preguntaba cómo iban a dárselo.

Y cuando le llegó el turno a Guy...

—Soy de Bayona, el País Vasco. Mis padres hablan la lengua antigua, pero yo no la aprendí. No estaba mucho en casa, porque vivía con el circo. —El circo, como reveló la posterior confesión, era un carnaval barato que trabajaba en el norte de España y, mientras estuvo con él, Guy aprendió muchas maneras de engañar—. Era muy bueno diciendo la buena ventura, pero me arrestaron por ello en Pamplona, y tuve que pasar una semana en su asquerosa cárcel antes de que me devolvieran aquí. —Sus aventuras después de la deportación, al ir desde la frontera hasta París, eran complicadas pero no interesantes, afirmó, pero expresó un confuso deseo, inspirado por el birlibirloque pseudo— egipcio de su adivinación del futuro... he de aprender la verdadera lengua de los antiguos egipcios. Porque he oído decir que los vascos son descendientes de una colonia de egipcios...

Ante esta seria declaración, todo el mundo hizo un educado gesto de asentimiento cortés.

En los pocos días que Blake había pasado en el País Vasco antes de regresar a París, había preparado esta historia, inventada con todo el cuidado que pudo. Si los Atanasios se molestaban en comprobarla, encontrarían que existía realmente un pequeño carnaval de mala fama, con un adivinador «egipcio» clandestino —Blake había tropezado con ellos en un viaje previo al continente— que en la actualidad se encontraba en Cataluña, si se había ajustado a su flexible itinerario. Blake esperaba que las negativas acerca de la existencia de Guy, por parte de los miembros del circo, serían tomadas por cualquier interrogador como convenientes lapsos de la memoria.

Blake participó en estas discusiones durante dos semanas, interpretando su papel con toda la habilidad de que fue capaz, observando a los demás interpretar los suyos respectivos, fijándose en las técnicas de Jean, Jacques y Catherine. Los líderes del grupo tenían sus agendas, y Blake estaba impresionado por la unidad de propósito de los tres, la habilidad que poseían para dar forma a los temperamentos y talentos eclécticos de los huéspedes hacia el conocimiento de una meta común: la meta que Jack Noble había definido a Blake un año atrás como «servicio».

Cada noche, después de la cena, había clases. Tres noches a la semana eran para el grupo entero, y uno de los líderes hablaba de los objetivos y los métodos de los

Atanasios. El lenguaje era suave; el mensaje, radical como había sido durante siglos: los humanos eran perfectibles, el pecado no existía, la sociedad justa —«o Utopía, o Paraíso, como a veces la llamamos»— era una cuestión de inspiración y de voluntad. El hambre sería erradicada, la guerra era una pesadilla que se desvanecía, Lo que se necesitaba era Inspiración. Voluntad. Servicio. La recompensa era la Libertad. El éxtasis. La unidad. La luz. Estos principios estaban en la antigua sabiduría de muchas culturas, pero una era la más antigua...

Otras noches de la semana había instrucciones privadas, que se llevaban a cabo en el cubículo de cada huésped o en uno de los despachos vacíos de Editions Lequeu, en el piso de arriba. Durante la segunda semana que Blake permaneció allí, el propio Lequeu reapareció y se ofreció para enseñarle a leer jeroglíficos. Un ofrecimiento que quizá se hizo por curiosidad, y que pronto se convirtió en algo serio cuando Lequeu descubrió a un alumno preparado y dotado.

Trabajaban en una pequeña sala de conferencias, desplegando sobre una gastada mesa los hermosos códices coloreados a mano y las holorreproducciones de esculturas murales. Lequeu no sólo conocía los sonidos, las sílabas, los ideogramas, sino que hablaba la lengua. Pero previno a Blake de que nadie sabía cómo sonaba en realidad.

—Los últimos hablantes nativos del egipcio antiguo fueron los coptos, los cristianos de Egipto —dijo a Blake—. Mucho me temo que hacia finales del siglo diecinueve todos habían muerto. ¿Quién puede decir qué transformaciones había sufrido ya su lengua?

Bajo la tutela de Lequeu, Blake pronto aprendió los sonidos de los textos en jeroglíficos, en la correspondiente escritura hierática, y en la posterior demótica.

—Guy, tiene usted talento —dijo, sonriendo—, y quizá pronto encontrará en los textos los secretos que místicamente ha adivinado que deben de existir allí.

Lequeu le decepcionó sólo en una cosa:

—Lo lamento, pero no existe ninguna conexión entre los egipcios y los vascos; sus antepasados llevaban viviendo en los Pirineos diez mil años, o tal vez más, antes de que se alzara la primera pirámide junto al Nilo.

Así, los Atanasios enredaron a Guy y a los otros en una red de dependencias: comida, ropa, refugio, amistad, trabajo cooperativo, la suave eliminación de las defensas del ego, la sutil sustitución de una meta común. No descuidaban nada. Antes de que Lequeu iniciara sus lecciones de jeroglíficos, las veladas de Blake habían sido administradas por Catherine; hacía sólo una semana que se encontraba allí cuando ella le anunció que la clase de la noche se celebraría en el cubículo de Blake. No llevó ningún libro.

La lámpara amarilla de lectura, junto a la litera, daba relieve a los bloques de piedra caliza en bruto que formaban la pared exterior del sótano. El cabello de

Catherine brillaba bajo aquella luz; su ajustado vestido le moldeaba la bien formada figura, hasta que empezó a quitárselo.

Blake no pudo fingir aversión, ni siquiera sorpresa. Pero cuando los ojos grises de Catherine y sus gruesos labios descendieron hacia él, cuando el frío y experto cuerpo de ella se unió al suyo, Blake sintió un escalofrío de rabia que se convirtió en tristeza. Él amaba a otra mujer, que le apreciaba profundamente, pero que nunca le había permitido nada más que un beso de niño.

Al cabo de tres semanas de permanecer como huésped de los Atanasios, Catherine dijo a Guy que le habían elegido para aprender los misterios más profundos.

## 6

Repentinamente, «Guy» estaba en la calle otra vez. Le habían dado una tarjeta de identificación, y crédito suficiente para comprar ropa y alquilar una habitación. Incluso le tenían preparado Un empleo, como mensajero en bicicleta eléctrica. Se esperaba que se presentara a los grupos de discusión semanales, que se celebraban en la misma habitación del patio pero, aparte de eso, era libre.

Era una prueba, por supuesto. ¿Qué haría con su libertad? ¿Cuánto habían logrado atarle a ellos?

Blake convirtió a Guy en un aprendiz modelo. Imitaba el estilo de Pierre y llevaba una chaqueta negra de cuello alto y pantalones negros ceñidos. Vivía en una pequeña *chambre de bonne*, en Issy, e iba a trabajar cada día moviéndose veloz por las atestadas calles, en su bicicleta eléctrica, como una sombra negra silenciosa, salvo por los frecuentes bocinazos. Pasaba su tiempo libre en las librerías y museos, dedicándose a un nuevo pasatiempo. Siempre llegaba temprano a las discusiones semanales. Evitaba el contacto con nadie que no fuera de los Atanasios, personalmente o a través del fonoenlace.

En la primera reunión semanal, la cara de Salomé y la de Lokele le eran familiares, pero el resto eran extraños. No sabía qué se había hecho de sus otros compañeros, y le pareció que era mejor no preguntar.

—Hola, Guy —murmuró Catherine aquella misma noche; pero no le miró. Esperó a que él se sentara y después, ella, se sentó lejos. Cuando repitió esta conducta en la siguiente reunión, él le preguntó por qué le esquivaba.

—Ten paciencia —respondió ella—. Pronto te llamarán para una gran empresa —sonrió débilmente—, y si tienes éxito, te prometo que estaremos unidos para siempre...

Una noche, dos meses después de haber llegado a París, Blake entregó un paquete de medicamentos a una farmacia de la Decimosexta. El serio farmacéutico le dijo que esperara, entró un momento en su despacho y después salió con un sobre.

—Para ti.

Blake cogió el sobre sin hacer ningún comentario y esperó a abrirlo hasta que hubo recorrido unas cuantas manzanas. La nota decía: *5.00 horas, mañana por la mañana, La Ménagerie, Jardins des Plantes. Solo.*

A finales de verano la luz penetra en París mucho antes de que salga el sol. Y el cielo, hacia el este, era de un verde manzana pálido tras la cúpula del Sacré Coeur. En el oeste, el borde de la luna llena iba descendiendo tras el oscuro follaje de los viejos y enormes árboles del Jardin des Plantes.

Las puertas de la Ménagerie estaban cerradas, pero cuando Blake encadenaba su bicicleta a la verja de hierro, vio que un hombre salía de la pequeña garita; a juzgar por su tamaño y su manera de andar, se trataba de Pierre. Las puertas se abrieron con un chirrido y Blake entró.

El zoo era pequeño y antiguo, construido por reyes en un romántico pasado; las jaulas eran de caprichoso hierro forjado, y las casas de los animales estaban construidas imitando cascotes y barro amontonado entre ramas de árbol disformes. El efecto tenía que ser primitivo, exótico. Edificios bajos de ladrillo con techumbres de tejas se alzaban a la sombra de grandes castaños y falsos plátanos.

Blake siguió a su tenebroso guía pasando por delante de una estatua de bronce de un joven negro en actitud de saltar, vestido como un indio, tocando la flauta de Pan para encantar una serpiente. La estatua llevaba la inscripción: «Age de Pierre». La Edad de Piedra. Quizás el taciturno Pierre había sido inspirado por ésta; sin duda el nombre le cuadraba. Pierre se detuvo al lado de la estatua y le entregó a Blake lo que parecía una bolsa de terciopelo.

—Ponte esto.

Era una capucha. Blake se la pasó torpemente por la cabeza y Pierre tiró de ella hacia abajo hasta los hombros. En la total oscuridad, Blake quedó sensibilizado al instante a los sonidos y olores del zoo. Cerca, unos pájaros chillaban formando una sobrecogedora cacofonía de granja y jungla. Felinos que gruñían acechaban en sus jaulas, esperando con impaciencia su comida de la mañana.

Blake pensó en la pantera de Rilke, entorpecida su voluntad tras mil rejas... y más allá de las rejas, ningún mundo.

Pierre cogió a Blake por el brazo y le hizo caminar. Blake pisaba con toda la audacia que podía. Caminaron un buen rato, en silencio. El camino de asfalto formaba una ligera pendiente, hacia abajo, hacia arriba, y otra vez hacia abajo. La temperatura del aire bajó cuando entraron en un bosquecillo. Blake notó una leve brisa. El camino era ahora de grava, y Blake pudo imaginar que se trataba de piedra caliza desmenuzada. Los olores de los animales se alejaron. Se olía a hierbas; reconoció el aroma de la salvia y el tomillo, pero el resto era como una bolsita de polvo aromático. Y un poco más tarde, percibió el fuerte perfume de los pinos mediterráneos.

—Entra.

Un coche eléctrico, aparcado en algún lugar... Blake entró, y el vehículo se puso en marcha con un suave murmullo, y se alejó a poca velocidad. El viaje duró quizá veinte minutos. Blake no sabía si Pierre seguía con él o no.

El coche se detuvo.

—Sal —Pierre aún estaba con él— baja. Escalera empinada. Sigue bajando hasta que yo te lo diga.

Los escalones eran de ladrillo o posiblemente de piedra, algo liso y frío. Pierre soltó el brazo de Blake, pero oyó el ruido de sus pasos cerca de él, detrás. Dos series de pasos resonaban en las paredes de un túnel, como si estuvieran descendiendo a una vieja estación de metro.

Al principio el aire era frío, pero después de unos cien escalones de esta aparentemente interminable escalera, Blake sintió que el aire se hacía más cálido. A lo lejos, una pesada puerta se cerró.

El calor era seco; el aire se hizo más caliente. Un susurro distante se convirtió en un suspiro firme, y después en un vibrante rugido. Blake siguió caminando a paso regular, pero de pronto dio un traspiés al dejar caer su peso sobre un suelo llano. Pierre no le había prevenido de que la escalera se terminaba.

Blake aguardó un momento, esperando notar la mano de Pierre en el brazo; pero no notó nada. El calor opresivo y el rugido como de alto horno, le habían impedido oír la silenciosa partida de Pierre.

Blake se quitó la capucha y la arrojó al suelo.

Se hallaba rodeado de una luz azulada, en la base de una torre redonda de cemento, grande como un silo. La parte más elevada resultaba invisible en la oscuridad de aquella altura. Detrás de él se encontraba la escalera por la que había bajado, un oscuro pasaje, infranqueable ahora a causa de una reja que lo cerraba.

El silo era un pozo de ventilación. Un viento cálido, procedente de arriba, soplaba hacia el enorme portal de piedra que tenía enfrente; a través de él, una luz anaranjada fluctuaba en una sala hipóstila, de columnas que formaban manojos de cañas de papiro. A ambos lados de la abertura se erguían grandes estatuas sentadas. Eran estatuas de estilo egipcio, pero cada una tenía tres cabezas de chacal: una fusión dieciochesca de Anubis y Cerbero, imaginativa, anacrónica, pero imponente.

A la débil luz azulada que se filtraba en el pozo, pudo descubrir unos jeroglíficos tallados en el dintel de piedra. Gracias a la habilidad que había adquirido recientemente para leer egipcio, reconoció que éstos no tenían ningún sentido o, como mucho, eran arcanos. Sin embargo, grabada debajo de los jeroglíficos, en el centro, había una inscripción en francés: *Ne regardez pas en arrière*. No mires atrás.

Avanzó lentamente. Mientras se acercaba al umbral, de las fauces de los chacales brotaron llamas, y una voz grave atronó haciendo temblar el aire:

—El que sigue esta ruta, solo y sin mirar atrás, quedará purificado por el fuego, por el agua y por el aire; y si puede dominar el miedo a la muerte, abandonará el seno de la tierra, verá la luz de nuevo y merecerá ser admitido en la sociedad de los más sabios y los más valientes.

Blake oyó esta solemne invocación medio temeroso y medio divertido; temeroso porque se preguntaba hasta dónde estaban dispuestos a ir los Atanasios para «purificarle», y divertido al ver que aquéllos tenían el humor de burlarse de sí

mismos. Aquellos sentimientos y aquellas frases floridas, al igual que la arquitectura, estaban sacados de la época de la Ilustración.

Penetró ostentosamente en la sala de columnas. Sus pasos eran osados, pero tenía los nervios tensos.

El calor y el estruendo aumentaron. En el otro extremo de la sala había una entrada con una puerta doble de hierro forjado, cuya ornamentación era tan tupida que poco podía verse a través de los intersticios, salvo un fuerte y fluctuante resplandor anaranjado. Las puertas calientes olían a fragua; al irse acercando, Blake pudo descifrar una palabra grabada en los espacios vacíos del trabajo de hierro, radiante de una luz color naranja que, según se dio cuenta, era un muro distante de llamas: *Tartarus*.

Otro paso. Las puertas gimieron y se abrieron y Blake, olvidando su actitud, jadeó al ver lo que se le ofrecía a la vista. Tenía ante sí un enorme pozo cubierto por una cúpula, lleno de llamas. El suelo era un lago circular de fuego, de veinte metros de diámetro; en el centro del lago se erguía una estatua de bronce, la figura de un hombre con barba, en actitud de dar un paso, con las piernas separadas, el brazo izquierdo hacia adelante y el derecho levantado verticalmente. En cada puño sostenía un rayo. De los ojos y la boca le brotaban chorros de fuego; la cara mostraba una expresión horrible. Sin duda se trataba del dios Baal.

La inmensa cámara estaba llena de humo y llamas. Éstas lamían los muros de ladrillo, que se curvaban como los muros de un horno y se elevaban quince metros hasta una amplia galería circular. Oleadas de humo negro eran arrojadas al aire, más allá de un anillo de fuego que había en el borde de la galería; en el ápice de la cúpula, en lo alto, una chimenea aspiraba el humo y mantenía vivas las llamas.

Blake permaneció durante un largo minuto contemplando la escena. Después, las puertas de *Tartarus* chirriaron de nuevo y empezaron a cerrarse. Él se apresuró a cruzarlas.

El calor era mortal. Por el olor, Blake juzgó que las llamas eran alimentadas por queroseno altamente volátil. El aire caliente que le venía por la espalda administraba oxígeno sin cesar a la parte inferior del horno, y la mayor parte del calor era arrastrado a la cámara superior y salía por la chimenea; pero sabía que no podía permanecer mucho rato allí sin caer víctima del exceso de calor.

No había ningún camino en torno de las paredes, que eran un muro de fuego hasta el borde del lago encendido. No existía ningún puente para cruzar el lago. Ante él sólo había los seis anchos escalones de ladrillo que conducían a las llamas flotantes.

El tejido de plástico de la ropa de Blake ya se estaba reblandeciendo con el calor. Se la quitó.

Desnudo, bajó los dos primeros escalones. El fuego resultaba atroz. Sabía que no podía seguir. Retrocedió, corrió hacia adelante y saltó...

... tan alto y tan lejos como pudo, envolviendo con los brazos las piernas encogidas y escondiendo la cabeza. Saltó a las llamas como una bala de cañón.

El lago era profundo, y las salpicaduras que produjo al zambullirse desparramaron las llamas; inmediatamente salió a la superficie en busca de aire. Utilizando la técnica que, por necesidad, había sido utilizada por los marineros náufragos y los aviadores caídos, nadó a través del fuego: tomaba aliento y se sumergía, nadaba por debajo del agua, y apartaba el líquido encendido que flotaba cuando salía a la superficie para coger aire. Lo único que podía suponer era que no existía ninguna salida.

La luz debajo de la superficie era una danza fantástica de ondulantes sombras anaranjadas, apenas lo bastante brillantes para ver las paredes de ladrillo bajo el agua. Blake dio la vuelta completa al lago tan rápido como pudo, evitando agotarse, y se encontró de nuevo en el punto de partida; no había visto ni asomo de abertura en la pared, ni siquiera un desagüe.

Quedaba la isla del centro, el pedestal de la estatua del dios del fuego. Blake avanzó hacia allí, desdibujándose su cuerpo en la vacilante luz submarina, aspirando aire con fuerza cada vez que salía a la superficie. Al acercarse a la estatua, sintió una corriente ligera que subía hacia la superficie, y una corriente más fuerte que circulaba hacia ésta, un metro más abajo. Blake emergió otra vez. Unas tuberías colocadas en el borde del pedestal de ladrillo vertían agua limpia al lago, creando una zona de agua clara. Podía esperar allí y recuperar el aliento, aunque de la boca de la estatua, que escupía llamas, caían gotas de combustible ardiendo que le chamuscaban el pelo y le levantaban ampollas en los hombros.

Tomó aliento y se sumergió. A un metro de la superficie había unos desagües con rejas en la obra de ladrillo, suficientemente anchos como para pasar los hombros. Probó dos de las rejas, pero estaban fijadas con cemento. La tercera se abrió al tocarla.

Blake emergió detrás de la estatua, evitando la lluvia de fuego. Respiró hondo, pensando en lo que tenía que hacer.

Como mínimo, tendría que nadar diez metros por debajo del agua antes de llegar a la orilla del lago. Se preguntó si el desagüe sería lo bastante grande como para recorrerlo a nado, o si dentro estaría bloqueado u obstruido. Si nadaba hasta el borde y allí se encontraba con una barrera, ¿tendría fuerzas suficientes para regresar?

Blake echó una mirada en torno al horno encendido, ennegrecido de hollín por el humo de siglos. Miró más allá de la estatua de bronce, hacia arriba, hacia la bóveda alta como una catedral llena de humo aceitoso y llamas. Todo esto no había sido construido para ahogar a los posibles iniciados de un modo miserable, invisible. Si tenía que ser sacrificado, sin duda le esperaba algún final más espectacular. Con este razonamiento, se decidió.

Cuando la cabeza le zumbaba debido a la hiperventilación y tuvo los pulmones llenos de aire, se sumergió.

La corriente le arrastró hacia el desagüe. Se dio un fuerte golpe en la cabeza cuando el desagüe giró con brusquedad y se enderezó. Blake se aferró a los lados pero eran resbaladizos a causa de las algas. Ni siquiera podía utilizar los brazos, pues el tubo de ladrillo era demasiado estrecho. Agitó los pies como si fueran aletas y mantuvo las manos a los lados, siguiendo la corriente lo mejor que pudo. En algunos momentos se encontraba en la oscuridad total. Los pulmones le dolían de un modo insoportable, pero sabía que le quedaban aún largos minutos antes de que realmente le faltara el oxígeno. Sacó los dedos para seguirse por la pared del desagüe, con la esperanza de medir su avance.

Para su sorpresa, vio que se precipitaba a través del desagüe como un delfín en el mar. No había sido capaz de sentir la veloz corriente que le aspiraba hacia adelante, cada vez más deprisa. El agua se hizo más fresca...

... después fría, y después dolorosamente fría, casi helada. Los tobillos y las muñecas le palpitaban de dolor. Los dientes eran como piedras congeladas en la dolorida mandíbula.

Se golpeó un hombro con la pared al tropezar con otra curva de la tubería. Un torrente de burbujas le alcanzó. Proveniente desde lo alto se derramaba una luz azulada.

Fue expelido al aire, pero cayó de nuevo al agua fría.

Se hallaba en otro lago, éste de un helado azul. Irregulares muros viscosos de color blanco azulado le rodeaban, perdidas sus cimas en brillantes nubes de espesos vapores de condensación. La abertura de la fuente que le había arrojado fuera tenía la forma de una gran jarra de bronce, cogida por los brazos de otra estatua colosal: una náyade tallada en mármol, lo suficientemente más grande que el dios del fuego como para empapar a éste completamente: *La Source*.

Blake tenía tanto frío que no podía mantenerse quieto. Nadó de costado a gran velocidad alrededor de la base de la estatua, examinando su nueva prisión. No parecía haber ninguna manera de salir, salvo, posiblemente, escalar las paredes, y el final de éstas resultaba invisible en lo alto. Pero sabía que tenía que salir del agua antes de que se evaporaran las últimas fuerzas que le quedaban.

Nadó a un lado y se dio impulso para salir. Las paredes eran de cemento húmedo—las habían moldeado y pintado para que parecieran la cara de un glaciar— apenas más cálido que el hielo que imitaban. Pero había salientes y hendiduras, suficientes para permitirle trepar a las nubes.

Cuando empezaba a subir el falso peñasco, oyó un rugido tembloroso y el sonido de grandes motores que latían rítmicamente, lentos al principio, y después con un tempo creciente. Aquel sonido le recordaba algo, pero no podía situarlo. Después se

dio cuenta de que se trataba del sonido de una anticuada máquina de vapor. La tecnología de esta cámara, la cámara de las aguas, era un siglo más avanzada que la tecnología de la cámara del fuego.

En el mismo momento recordó que las máquinas de vapor, al principio, eran utilizadas como bombas para aspirar el agua de las minas inundadas...

Un reguero de agua descendía a su lado por la pared. Se encontraba quizás a tres metros sobre la superficie del lago helado. Levantó la vista y le cayó a la cara una salpicadura de agua fría. Mientras se aferraba a la pared con una mano y se secaba el agua de los ojos con la otra, un gran chorro de agua que cayó de arriba le empapó. Levantó la vista otra vez, y vio torrentes de agua blanca que brotaban de la parte superior de todas las paredes. Apenas tuvo tiempo para agarrarse a una rendija, para apretarse con fuerza contra el muro. Después quedó empapado. El agua le golpeaba los hombros, le golpeaba la cabeza, le resonaba en el cerebro. Todo su peso dependía del brazo y puño derechos, y los dedos desnudos del pie izquierdo, que se aferraban a un pequeño saliente. Tenía que salir de la cascada de agua o abandonar y caer de nuevo al lago. Afianzándose para protegerse de las toneladas de agua que caían cada minuto palpó, a ciegas, en busca de otro punto donde aferrarse. Encontró un áspero nudo de cemento, y los dedos de los pies alcanzaron otro saliente. Con cuidado transfirió su peso al otro lado. El agua que caía era densa y cegadora. Repitió este cauteloso proceso, avanzando de lado otro medio metro. Los agujonazos del agua sobre la cabeza y los hombros parecieron disminuir.

Otro lento paso lateral y se encontró en una niebla de gotitas de agua, que ya no absorbían la fuerza plena del derramadero. En los siguientes metros, sobre él, una especie de tejadillo de cemento cortaba la cascada de agua y la hacía caer a ambos lados. Blake miró a su alrededor y vio que caía agua por todas partes, agua que salía de las nubes de debajo del tejado. El lago era un caldero hirviente, glacial.

Aunque era extraño, su nivel permanecía constante. Blake sintió un escalofrío de respeto por los diseñadores del ingenioso sistema hidráulico de este laberinto, que funcionaba con la misma eficacia que siglos atrás, cuando fue construido.

Prosiguió su ascensión, cambiando de lugar, lentamente, los dedos de las manos y de los pies. Más de una vez se agarró con precariedad al cemento mojado, después de resbalarle el pie o de que sus dedos engarfiados amenazaran con soltarse. Después de media hora de ascender, temblando, se encontraba a veinte metros sobre el lago; incluso la enorme estatua central parecía diminuta y distante.

Se introdujo en la brillante neblina. Por todas partes había luz blanca que se filtraba a través de la niebla, pero él no podía ver más allá de su propio brazo. A tientas, llegó al final del cemento desnudo; el risco por el que había trepado acababa en un borde afilado como un cuchillo. Por encima de éste, una lisa lámina de agua se derramaba sobre el borde invisible del muro.

Palpó la pared por debajo del agua que caía. La mano derecha encontró una hendidura; metió la mano en ella y flexionó el brazo. La mano izquierda halló una protuberancia; se impulsó para izarse. El agua se derramaba profusamente sobre los brazos y los hombros de Blake. Casi nadaba en sentido vertical, un salmón gigantesco que iba contracorriente. Sus pies encontraban salientes muy pequeños, suficientes para poder apoyarse y elevarse hasta otro punto de agarre para las manos, una vez y otra y otra...

Después, repentinamente, se halló sobre el borde de las cascadas, tumbado. La fuerza del agua amenazaba con hacerle caer, pero buscó a tientas puntos donde afirmarse con las manos y los pies, y se fue arrastrando mientras el agua le envolvía y le penetraba en los ojos y la nariz.

Cesó el estruendo de las grandes bombas. El agua se escurrió velozmente. Blake se encontró tumbado en un canal de piedra erosionada a causa de estas inundaciones repentinas que había sufrido durante siglos. El canal recorría la circunferencia del recinto cilíndrico, bajo un techo saliente con grandes claraboyas que imbuían de luz la neblina. En lo alto, brillaba el sol.

Oyó un silbido que ascendía, y un sonido aflautado más bajo. Apareció el viento. La niebla se agitó y formó zarcillos en los que, por un momento, le pareció ver formas humanas. Se puso de pie. A ambos lados de la pared curvada había enormes tuberías de desagüe abiertas, de las que había brotado el agua. Ahora descargaban aire cálido. Este aire era como un bálsamo después del agua helada; pronto la piel de Blake estuvo seca, aunque el pelo le seguía goteando. La brillante niebla se desvaneció al fin.

El risco desnudo le había llevado cerca de la única salida de la cámara de las aguas, un túnel arqueado, lo bastante grande como para poder ponerse de pie. Blake entró en el túnel y trepó por la corta y abrupta pendiente. El camino era fácil a lo largo de unos cuantos metros. Después, terminaba bruscamente.

Había penetrado en la cámara de aire.

Había estado en el interior de las nubes, y ahora se hallaba sobre ellas. A diferencia de las otras habitaciones, ésta no tenía paredes salvo las que había inmediatamente a su lado, lisas y lustrosas, que se curvaban por debajo de él hacia la invisibilidad como el interior de una gigantesca campana de cristal. Unos pocos metros más abajo se extendía el paisaje de nubes: cirros y altocúmulos en movimiento, a todo lo ancho hasta un horizonte lejano. En el este, de ser el este auténtico, el sol había salido y enviaba rosados arroyos de luz que iluminaba las oscuras torres de cúmulo-nimbos.

La ilusión de espacio ilimitado era perfecta; la tecnología de esta cámara había dado un salto hasta principios del siglo veintiuno.

Un rayo atravesó un lejano nubarrón. Retumbó el trueno distante. El viento se

hizo más fresco. Blake permaneció desnudo en el umbral de una puerta que daba a la tormenta, como el que se prepara para saltar desde el trampolín más alto. Se preguntó qué se esperaba de él ahora. A menos que alguna máquina voladora o algún gran pájaro se elevara a través de las nubes, no se le ocurría ninguna manera de avanzar.

El viento arreció. Le azotaba el cabello y lo hacía tambalear, empujándolo fuera del borde donde se hallaba. Se puso sobre las manos y las rodillas y retrocedió a gatas, de cara al viento. Era un viento fuerte y constante, tan constante como la ráfaga de un túnel gigantesco de aire.

Una vez, cuando Blake era pequeño y un huracán de finales de verano azotó Nueva York, le llevaron a la azotea del rascacielos para que sintiera los ochenta nudos del viento, protegido en los brazos de su padre. Este viento era más fuerte.

El paisaje de nubes siguió moviéndose con serenidad y majestuosamente; las nubes eran criaturas insustanciales de luz, a las que no afectaba la columna de aire material que ascendía a gran velocidad. Las palabras de la invocación resonaron en la mente de Blake: «... si puede dominar el miedo a la muerte, abandonará el seno de la Tierra...»

Entonces supo lo que se esperaba que él hiciera.

Gateó hacia atrás y se alejó del borde. Una vez más trató de convencerse de la cordura de sus anfitriones, o al menos de su sentido de lo práctico. Levantó los brazos y avanzó corriendo. Se zambulló desde el borde lo más lejos que pudo.

Lanzarse desde estas alturas no era una de sus aficiones. Se desplomó dando vueltas, golpeando en vano el aire con los brazos y las piernas. El viento le rugió en los oídos y las nubes se elevaban a su paso a una velocidad aterradora; en su caída atravesó una capa de cirros, descendió al azar hacia brumosos estratos, se vio a sí mismo ir a la deriva hacia los márgenes de una nube de tormenta en forma de hongo.

Sus instintos atléticos vinieron en su ayuda: extendió y curvó los brazos, y enderezó y separó las piernas. De pronto se encontró deslizándose como el gran pájaro que él había esperado que fuera a salvarle, aunque el rugido del viento le recordaba que su velocidad, a través del viento vertical, seguía siendo de más de cien nudos.

Escudriñó las nubes que había debajo. Ahora subían más despacio; pero todo era una ilusión. ¿Desde qué distancia había caído en realidad? ¿Cuánto faltaba para llegar al suelo? ¿Qué había allí abajo, además de las aletas giratorias de una turbina gigantesca?

Debajo de él, se abrió un gran cañón de nubes, de paredes negras de lluvia. Mientras descendía suavemente y penetraba en el cañón aéreo, vio lo que le parecieron pájaros volando en espiral en una corriente ascendente. Pero no eran formas de pájaro. Con un sobresalto se dio cuenta de que eran formas humanas. Se remontaban hacia él, con los brazos abiertos.

Se trataba de los iniciados que se habían ido antes que él. Se elevaban y se zambullían a su lado, sonriendo felices. Reconoció a Bruni, a Lokele, a Salomé, a Leo, a otros, que se precipitaban y daban vueltas en el aire, desnudos.

Blake se dio cuenta de que él también sonreía. A fin de cuentas, esto no estaba tan mal; de hecho, era divertido. Se dirigió hacia Lokele, que ascendía con rapidez. En el último momento Blake se desvió e intentó agarrarse a la mano que Lokele le tendía, pero calculó mal... y atravesó el cuerpo del hombre. Lokele siguió sonriendo.

Los voladores eran tan ilusorios como las nubes. Blake se recordó a sí mismo su situación auténtica. Estaba suspendido en un vasto túnel de viento. No sabía dónde se encontraban las paredes o el suelo, y no tenía ni idea de cómo iba a salir.

Otra figura desnuda se precipitó desde las nubes de arriba; esta vez no se trataba de un iniciado, sino de un adepto. Era Catherine. Volaba hacia él, sonriente, con las manos extendidas. Él observó su imagen, impasible, notando su realismo.

Ella le tocó la mano. Un roce palpable. Era auténticamente real. Sin dejar de sonreír, indicó a Blake con una seña que le siguiera. Giró y se zambulló en los flancos negros del nubarrón más cercano.

Él se zambulló tras ella. Mientras volaba en la nube, la lluvia le rozaba la piel y la luz se desvaneció. Un momento más tarde Blake chocó con una superficie ondulada que cedió bajo el peso de él como un seno enorme. Rebotó en el aire, pero el rugido del viento formó una hendidura y Blake cayó de nuevo sobre el tejido. Se dio cuenta de que estaba adherido a una enorme red de malla fina. En la oscuridad, gateó sobre sus blandos pliegues. Sintió bajo los pies unos cojines de aire más firmes, y después una superficie dura. El sonido del viento se desvaneció con el gemido agonizante de los grandes rotores.

Se hallaba en una virtual oscuridad, y los oídos aún le zumbaban debido al viento. Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, vio la figura de Catherine al frente, delineada por una débil luz azul. Ella le hizo señas, y después giró sobre sí misma y se alejó.

Aguzando la vista, él la siguió. Cuando recuperó el oído fue consciente de otro sonido: el trémolo de una sola nota tocada al órgano.

Mientras caminaba, aparecieron puntos de luz en la oscuridad, infinitamente lejos, arriba y abajo y a cada lado. La superficie dura y lisa sobre la que caminaba era invisible, no producía ningún reflejo. La figura de Catherine, delante de él, era una silueta negra en contraste con las estrellas. La esfera celestial no era una profusión de estrellas al azar, sino un verdadero mapa del cielo; constelaciones del plano galáctico formaban un arco en lo alto, Vela, Crux, Centaurus...

La nota del órgano aumentó de volumen, se convirtió en un acorde que crecía, y era enfatizada por instrumentos de cuerda, de viento y de madera que palpitaban, siguiendo todos ellos la única nota dominante. El sonido llenaba todo el espacio, y

era tan rico y dilatado que el pecho de Blake reverberaba como si se tratara del sonido prolongado del silbato de un barco.

De la distante oscuridad emergió una figura, vestida con una vaporosa túnica blanca, que avanzaba lentamente hacia ellos sobre un suelo formado por el espacio vacío. Detrás de ella aparecieron una docena de personas o más, con sencillas túnicas blancas, y detrás de ellas otras doce, y después otras cien.

La etérea sinfonía se convirtió en melodía. Blake sonrió al comprender el tópico y lo acertado de la elección; quizá tenían sentido del humor, al fin y al cabo. Se trataba del movimiento final de la Sinfonía número 3 de Saint-Saëns, la sinfonía de órgano: un himno gozoso, militante en su gozo. Las trompetas atronaban, el piano murmuraba como agua en movimiento, las cuerdas se encumbraban triunfantes.

El hombre de la túnica blanca, que encabezaba la procesión, hizo un gesto afirmativo a Catherine y pasó al lado de ésta; ella se unió a la fila que le seguía y le entregaron una túnica para cubrirse el cuerpo.

El hombre que iba en primer lugar era Lequeu. Se acercó y se detuvo. Sus ojos oscuros miraron a Blake con simpatía; una sonrisa se dibujaba en su refinada boca. Sin decir una sola palabra, levantó una túnica que llevaba doblada sobre el brazo y se la ofreció a Blake. Éste dio un paso al frente y dejó que Lequeu le colocara la túnica sobre los hombros.

—Bien venido, mi joven amigo —dijo entonces Lequeu. Alguien que estaba detrás de él le pasó un cáliz de bronce que ceñía una copa tallada en amatista, y se lo ofreció sosteniéndolo con ambas manos—. La poción de Mnemosyne. Para ayudarte a olvidar tu vida anterior. Aquí todo está bien.

Blake la cogió y se la bebió sin vacilar. No sabía más que a agua fresca.

—Bien venido al santuario de los iniciados, los satisfechos —anunció Lequeu, en voz alta para que lo oyeran todos; su voz rica era cálida y estaba llena de orgullo.

En lo alto estalló una estrella, inundando el espacio con una cascada de luz. En el fuerte resplandor que le sucedió, todas las demás estrellas desaparecieron. Cientos de voces rieron y lanzaron vítores, y Blake se sintió rodeado y palmeado por manos alentadoras. Cuando las luces aparecieron de nuevo, vio que se hallaban dentro de un modesto vestíbulo neoclásico más bien feo, cuyas paredes de piedra arenisca eran resaltadas sólo por unas columnas dóricas. Una cosa hacía del vestíbulo algo insólito: el fondo estaba dominado por la estatua de una Atenea con yelmo, entronizada, que se elevaba casi diez metros hasta el techo. Blake miró el gigante de bronce con momentánea confusión, antes de confirmar que el pedestal sobre el que se asentaba la diosa de la sabiduría, en realidad era un órgano. El siglo veintiuno había importado brevemente la Galaxia a este vestíbulo dieciochesco, pero la suprema tecnología del pasado conservaba su lugar.

Blake miró hacia los rostros sonrientes que se acercaban a él y le rodeaban. Ahí

estaba el auténtico Leo, la auténtica Salomé, el auténtico Lokele, la auténtica Bruni, llenándole todos ellos de felicitaciones, sinceramente felices de verle; quizás, incluso, un poco locamente felices de verle. Alguien le puso un vaso de vino en la mano.

Sus sentidos ya zumbaban. El agua de la copa era algo más que agua, y algo más que alcohol había encendido su sistema nervioso. Sonrió eufóricamente a los que le sonreían eufóricamente a él. Sus compañeros de iniciación hablaban de los viejos tiempos. Los veteranos hablaban de tiempos más antiguos, relatando sus propias experiencias y lo que los archivos revelaban de los ritos de iniciación de la época en la que el palacio subterráneo de la sociedad secreta era nuevo. Blake dedujo que había hecho ni más ni menos lo que se esperaba de él; la preselección de la sociedad era muy concienzuda. Quedó fascinado por las leyendas de soluciones originales, las historias de errores drásticos.

El tiempo transcurrió en medio de una confusión. Blake retuvo el vago recuerdo de que se había encontrado con Catherine en una habitación a oscuras, sin nada entre ambos más que unas sábanas de hilo y después, nada en absoluto.

Posteriormente, Blake apenas recordaba haber llegado a entrar en el aire crepuscular del desierto Jardin des Plantes, cuyas puertas habían sido cerradas cuando él entró y estaban cerradas otra vez. ¿Cuántas horas, cuántos días había estado bajo tierra? Mucho menos podía recordar haber regresado a casa, a su habitación alquilada de Issy, en su bicicleta eléctrica. Sólo recordaba haber sido convocado al despacho de Lequeu cuando despertó de lo que debía de haber sido un largo sueño.

—Ah, Guy, qué bien que hayas sido tan rápido. Por favor, toma asiento.

Lequeu, elegante como nunca, con pantalones de lana grises y camisa de algodón a cuadros pequeños, estaba sentado en el borde de su escritorio, con la actitud informal de costumbre. Se llevó un dedo a la oreja y presionó levemente.

—Catherine, reúnete con nosotros, por favor.

Ella entró desde el despacho contiguo, formal con su falda de plástico verde que le llegaba al suelo. Llevaba un maletín grande y estrecho.

—Guy, todo iniciado tiene el honor de servir en aquel campo para el que esté más cualificado —prosiguió Lequeu—. Tú posees una combinación única de talentos (habilidad física, rapidez, e intrepidez, por supuesto, como todos nosotros), pero también estás dotado para las lenguas antiguas, como he tenido el privilegio de observar. El progreso que has realizado con los jeroglíficos es notable. Y también eres un excelente..., actor. —Lequeu hizo un gesto de desaprobación—. Lo digo como cumplido. Quiero que trabajes con Catherine y conmigo en uno de nuestros proyectos especiales.

—Claro, ¿cómo puedo ayudar? —dijo Blake.

—Hay miles de papiros en el sótano del Louvre que han sido vistos una o dos

veces por los estudiosos pero nunca publicados —dijo Lequeu—. Algunos no aparecen en los catálogos de la expedición de Napoleón ni de ninguna otra expedición posterior. Algunos como éste —señaló la reproducción de un rollo de papiro que Catherine había extraído del maletín—, son vitales para nuestra misión. Nuestra tarea consiste en localizarlos y trasladarlos a un lugar seguro.

—¿Trasladarlos? —preguntó Guy. Echó una mirada curiosa a la reproducción.

—Para salvarlos del moho y la podredumbre —respondió Lequeu—. Y para que puedan ser devueltos a sus legítimos herederos. Quiero que te familiarices con esta reproducción para que puedas reconocer el original cuando lo veas. Podemos darte una idea aproximada de dónde está situado, pero tendrás que encontrarlo tú mismo.

Blake se inclinó sobre el grabado que Catherine había extendido sobre la mesa. Consistía en numerosos dibujos triangulares junto con unas prolijas anotaciones.

—¿Qué se supone que es esto? Tiene toda la apariencia de ser las instrucciones para construir una pirámide.

—En parte estás en lo cierto —dijo Lequeu—. Las pirámides en realidad eran modelos de los cielos, y una de sus funciones era actuar como observatorios. Este papiro, al parecer, da instrucciones para construir una pirámide modelo, la cual podía ser utilizada para situar un lugar determinado en el firmamento egipcio.

—¿Qué lugar?

—No estamos seguros —dijo Catherine, hablando por primera vez—. Esta copia tiene muchos errores, pero si el original está intacto, podré reconstruir un mapa de las estrellas a partir de la información que contiene.

Blake la miró con curiosidad.

—¿Tú eres matemática?

Ella miró a Lequeu, quien sonrió levemente.

—Como he dicho, Guy, todos poseemos múltiples talentos.

Tú tendrás que practicar varios de los tuyos para localizar el original de este papiro.

—¿Y cuando lo encuentre? —preguntó Blake.

—Bueno, entonces —dijo Lequeu— lo robarás.

Blake apenas titubeó antes de asentir.

—Será un honor para mí ayudar de la manera que pueda, señor.

—Buen chico —dijo Lequeu, y comenzó a dar a Blake los detalles de cómo debía efectuarse el robo.

A la tarde siguiente, Blake cruzó el Pont des Arts vestido como un turista corriente, con intención de visitar el Louvre. Su propósito era explorar el lugar donde iba a desarrollar la misión que emprendería al cabo de pocas semanas. Dentro de la atestada antesala del famoso museo, se detuvo ante una cabina de información pública y efectuó una rápida transmisión a su casa de Londres. Tenía que ser rápido;

el uso prolongado del ordenador de su hogar requería que se refrigerara su procesador central, y no había manera de poder hacerlo desde lejos.

La colección particular de Blake contenía un libro del que ayer había encontrado una copia en chip, en la Bibliothèque Nationale, De ella sacó una lista de números. Lo que transmitió a su ordenador fue esa lista.

Después pidió a su ordenador que enviara un faxgrama de una frase a Puerto Hesperus, con el código del remitente en clave: «Juguemos al escondite...»

Blake creía que había sido discreto. También suponía que ya no era vigilado por los Atanasios. Ambas suposiciones eran erróneas.

Dos semanas más tarde, tras un viaje rápido de quince días en un cúter de la Junta Espacial, Sparta viajaba en una lanzadera hacia la atmósfera de la Tierra. La nave espacial salió de su capa de ionización caliente y penetró en un cielo que parecía un salón de baile de color azul claro con el piso de mármol.

Sparta atisbó a través de la ventanilla de pasajeros. «Podrían decirse unas cuantas cosas de la Tierra», pensó. Era más grande que Puerto Hesperus y tenía más árboles, aunque había en ella menos espacio vital bueno per capita. Era más fresca que Venus y más cálida que la mayoría de lugares del sistema solar, y tenía un aire que se podía respirar... la mayor parte del tiempo. Pero a medida que la lanzadera descendía velozmente hacia la masa de nubes, éstas, que parecían mármol lechoso, cambiaron para adoptar la apariencia de nata montada flotando en café poco fuerte; la capa de smog se elevaba con rapidez, impidiendo la visibilidad.

La insignia de Sparta y sus órdenes le permitieron pasar rápidamente por la aduana. En veinte minutos estuvo en un magneplano, cruzando los humeantes pantanos de Jersey camino de Manhattan. Sus torres brillaban en la oscuridad como la Ciudad Esmeralda.

Manhattan, en agosto, ponía a prueba el afecto que cualquier humano viajero del espacio sintiera por el mundo de origen. No es que la primera ciudad de Norteamérica fuera sucia o ineficaz; eso no habría sido más tolerado en el Manhattan del siglo veintiuno de lo que lo fue en el Disney World del siglo veinte. Era la estación del año, la latitud, el clima natural del lugar lo que lo convertía en un baño de vapor de finales de verano.

La civilización lo empeoraba: en la costa este de Norteamérica, igual que en todo el Globo, la contaminación del aire seguía siendo la misma que en el cuarto siglo de la revolución industrial, a pesar de la energía «limpia» procedente de los reactores de fusión, y las estaciones orbitantes de microondas solares. Muchas naciones pequeñas todavía dependían del carbón y el petróleo y, en todas partes, las chimeneas de las fábricas seguían arrojando carbono a la atmósfera. La luz del sol penetraba, pero el calor re-radiante de la Tierra quedaba atrapado; las temperaturas globales subían, en un invernadero planetario no diferente del que había derretido y agotado Venus mil millones de años antes.

Esta tarde no había mucha gente en las calles del centro de la ciudad; todo el mundo permanecía en el interior donde el clima era poco natural y la temperatura — tradicional por el verano en Manhattan— era casi glacial. Calcúlese la pérdida de energía de todo ese intercambio de calor, conviértase en su equivalente en carbono de desperdicio, y obsérvese el circuito de alimentación positivo: obsérvese a la Tierra tratando de imitar a Venus.

Sparta, que bajó fresca del magneplano gracias al aire acondicionado, estaba ya empapada de sudor y aturdida antes de cruzar las puertas giratorias, que daban al vestíbulo de mármol de las oficinas en la Tierra de la Central de Control de la Junta Espacial. Dentro, se estremeció involuntariamente. Sólo había estado una vez en este edificio —el antiguo edificio de las Naciones Unidas, que daba al East River—, el día en que el comandante la había enviado a Puerto Hesperus.

En aquella ocasión también había venido directamente de Newark, donde había estado trabajando clandestinamente en los muelles del puerto de lanzaderas, como agente de la rama A & I (aduana e inmigración). Aquella vez, cuando por fin había logrado encontrar al comandante, éste llevaba su uniforme de la marina y ella un mono de estibador. No había podido quitárselo hasta que estuvo camino de Venus. Pero esta vez ella llevaba uniforme de la marina, con la intención de encontrarse con él en igualdad de condiciones... aunque las axilas de la camisa de estambre azul mostraban manchas negras de sudor.

Subió en ascensor hasta la cuadragésima planta. Mostró su distintivo al sargento que estaba apostado ante la puerta del comandante.

—Troy. Vengo a ver al comandante.

—Está en la sala de deportes —dijo el sargento, una flaca mujer rusa con el cabello rubio—. Cuarenta y cuatro pisos más abajo. Pregunte en información.

—Esperaré aquí hasta que termine —dijo Sparta.

—Troy, ¿verdad? Tiene especial interés en verla, en cuanto llegue... «no importa lo que esté haciendo», ha dicho. —El sargento le sonrió. Era de esa clase de personas que disfrutaban con los problemas de los demás—. Sería mejor que bajara, inspectora.

Cuando salió del ascensor, en el sótano, Sparta tuvo que detenerse un momento para calmar su estómago rebelde. El gimnasio subterráneo apestaba a sudor y hongos, y el aire estaba lleno de vapor en el que el frío del aire acondicionado se mezclaba con el calor de las saunas, de la piscina y de la sala de vapor.

El encargado del vestuario le señaló la dirección de la piscina. Sparta caminó por el corredor, pasando por delante de pistas de squash y de juego de pelota cuyas paredes de cristal rezumaban humedad condensada, y en las que hombres y mujeres se abalanzaban a las paredes, intentando mantener en el aire unas pequeñas pelotas de goma negra y azules. El pasillo enlosado giraba a la derecha y daba a la piscina.

Las paredes del fondo de la enorme habitación quedaban empañadas por el vapor; los pilares y terrazas de ésta estaban pavimentadas de modo opulento con mosaico azul y dorado. Cuerpos femeninos y masculinos, desnudos, chapoteaban en el agua azul química; sus voces resonaban reflejándose en las duras paredes. Sparta caminó con cuidado por el borde de la piscina, atisbando en la neblina. La luz doradoazulada era difusa, procedente de todas partes al mismo tiempo, y la visión aumentada de

Sparta le resultaba inútil.

Oyó detrás de sí ruido de pasos producido por unos pies descalzos y mojados, y se volvió viendo a un salvavidas vestido sólo con una toalla blanca ceñida alrededor de la musculosa cintura.

—No puede quedarse aquí vestida, inspectora. El vestuario está fuera, a la derecha.

—¿Puede buscarme al comandante...?

—Nosotros no buscamos a la gente —dijo él, interrumpiéndola—. Fuera.

El gran vestuario se encontraba lleno de hombres y mujeres que se estaban poniendo o quitando la ropa, aprovechando la hora del almuerzo para hacer un poco de ejercicio en lugar de comer. Sparta encontró un armario desocupado. Su uniforme ya se había ablandado a causa del vapor, y los pliegues que con tanto cuidado había arreglado ya se habían rendido. Se quitó la ropa, la colgó, y reprogramó la cerradura del armario.

De nuevo en la piscina, se zambulló en el agua, desnuda igual que los demás pero consciente de su desnudez, a diferencia de ellos, aun cuando sabía que lo extraño de su cuerpo no era visible desde fuera. Nadó despacio en la niebla, manteniendo la nariz a uno o dos milímetros del agua, buscando al comandante. Recorrió toda la longitud de la piscina olímpica en el carril destinado a los que iban despacio, sin agotarse. Cuando se acercaba al otro extremo, vio los ojos azules del comandante brillar en la neblina. Tenía las manos unidas detrás de la cabeza, y los codos apoyados en el saliente que había en la orilla del agua, para no hundirse.

Sparta nadó hasta que estuvo a un metro de él, y después flotó chapoteando.

—Comandante.

—Troy, has tardado.

Su voz, de acento canadiense, era ronca casi como un susurro, y su rostro enjuto tenía más arrugas de lo que correspondía a sus años. La piel mostraba dos tonos caoba quemada en las muñecas y del cuello hacia arriba, y un bronceado rojizo en todas las demás partes que ella veía, incluso bajo el agua. Había estado utilizando lámparas de ultravioletas en un intento de igualar su color, pero era difícil disimular aquella quemadura que producía el espacio profundo.

—¿Qué voy a hacer contigo, Troy?

«Oh, oh —pensó ella—, parece que volveré a Newark, después de todo».

—Estoy aquí para averiguarlo, señor.

—No eres sincera conmigo.

—¿Señor?

—¿Crees que te dejé en Puerto Hesperus sólo para que cuidaras a un par de arqueólogos?

—No, porque la oficina de la Junta Espacial necesitaba personal.

—Me sorprende que creyeras esa excusa.

Sparta chapoteó hasta la pared y apoyó un codo en el saliente.

—Al parecer, tampoco usted es sincero conmigo, señor.

—Te envié a Puerto Hesperus para que investigaras el incidente del *Star Queen*. Para cuando tú terminaste, teníamos otro par de cadáveres, un barco naufragado, un agujero en la estación y uno de nuestros hombres convertido en vegetal humano. Después de todo el alboroto, pensé que era hora de que yo hiciera algunas investigaciones por mi cuenta. Sin que tú estuvieras por allí para editarme las fichas.

—La miró de soslayo—. Uno de tus muchos talentos particulares.

Ella no dijo nada. Negar que con frecuencia había reescrito su biografía, adelantándose un poco a las comprobaciones de seguridad y otras averiguaciones, sería una tontería.

El comandante se pasó la mano por un mechón de pelo gris; en cada cabello relucía una perla de humedad condensada.

—De modo que me entrevisté con tus antiguos jefes, tus antiguos profesores en la escuela de comercio, de la escuela secundaria. Ninguno de ellos reconoció tu holograma.

—No fui una estudiante memorable.

—Pero algunos recuperaron la memoria cuando les mostré tus transcripciones. O al menos eso dijeron. Entonces lo intenté con tus padres.

—Murieron.

—Sí, eso dice el certificado de defunción. Fui a esa funeraria de Long Island. Nadie lo recordaba pero, claro está, también tenían archivos. Y las urnas están en el nicho.

—Las incineraciones son rutinarias, creo.

Sparta miraba fijamente el agua. Sus recuerdos eran diferentes de lo que fingía, pero no mucho: sus padres realmente habían sido incinerados, por decirlo de alguna manera, si lo que le habían contado a ella era la verdad.

—Encargué un análisis químico de las cenizas —dijo el comandante—. Algunas personas pedirían disculpas por ello, pero creo que entiendes por qué tuve que hacerlo.

—Podría decir que lo entiendo —dijo ella—, o podría decir que me irrita. —Pero no tanto, pensó, como cuando tuve que adquirir esas cenizas humanas auténticas—. ¿Efectuó toda esa investigación personalmente?

—En efecto. Me obligó a estar muchas horas fuera de la oficina.

—¿Puedo ver los resultados?

—¿Te detendría si te dijera que no? —Su arrugada cara se contrajo al esbozar una sonrisa de depredador—. En realidad, no tendrás acceso a mis resultados, porque no están en el sistema. Están aquí. —Se dio unos golpecitos en el cráneo.

Ninguno de los dos dijo nada durante medio minuto. Ambos parecían concentrados en el movimiento del agua, en los gruñidos y las salpicaduras de los nadadores que pasaban al lado de ellos, por los carriles contiguos.

—¿Has oído hablar alguna vez del proyecto *SPARTA*?

—Sí, he oído hablar de él —dijo Sparta—. Hace unos años leí algunas cosas acerca de ellos, cuando trabajaba en la Policía de inmigración.

—¿Qué sabes de *SPARTA*?

—Bueno, se trataba de un proyecto para la evaluación y el entrenamiento de los recursos de aptitud específica. Era un programa educativo que debía desarrollar inteligencias múltiples: lenguas, matemáticas, música, habilidades sociales, etcétera. En Puerto Hesperus conocí a un tipo que había estado en el proyecto.

—Blake Redfield.

—Eso es.

—El experto en libros antiguos.

—Exactamente.

—¿No habías conocido antes a Blake Redfield?

Sparta soltó el aliento, formando pequeñas ondas en el agua bajo la nariz.

—Tengo buena memoria, comandante...

—Una memoria extraordinaria —dijo él.

—... y sí, cuando le vi en Puerto Hesperus, supe que le había visto antes. Hace dos años intentó ligar conmigo en una esquina de la calle, aquí, en Manhattan. Me siguió un par de manzanas. Le perdí de vista.

—¿Qué ocurrió con *SPARTA*? —Oí decir que había desaparecido. Las personas que lo dirigían murieron en un accidente de aviación.

—Aproximadamente al mismo tiempo que el señor y la señora Troy de West Quoge, Nueva York, morían de un accidente de coche.

—No doy mucha importancia a las coincidencias sin sentido —dijo ella—. ¿Por qué me ha hecho venir hasta aquí, señor?

—Quería saber si eras una mujer real. De todos modos lo pareces. —Pareció estar examinándose los dedos de los pies, un metro y medio bajo el agua—. Está bien, esto es lo que quiero que hagas. Quiero que te sometas a un reconocimiento físico en la clínica de aquí. Ya lo he arreglado; sólo yo veré los resultados. Después quiero que te tomes un poco de tiempo libre. Unos días de permiso. Vete adonde quieras. Me pondré en contacto contigo cuando te necesite.

—¿A cualquier parte?

—En la Tierra, quiero decir.

—Gracias. Con mi sueldo, daré una vuelta por la parte baja de Manhattan.

—Gastos pagados... dentro de lo razonable. Guarda las facturas.

—Lo haré.

—He pensado que quizá te gustaría estar con Blake Redfield en Londres.

—¿Por qué iba a querer hacerlo? —Le miró fijamente con la expresión más vacía de que fue capaz.

Unos ojos azul zafiro en un rostro de caoba ajada la miraban fijamente también.

—Porque creo que te gusta ese tipo, por eso.

Levantó las rodillas y se dio impulso empujándose con los pies contra la pared de la piscina; se alejó nadando con un estilo cowl muy poco elegante.

Ella le observó desaparecer en la neblina. ¿Qué pretendía con sus investigaciones particulares, con todas esas preguntas nada ingenuas referentes a Sparta y a Blake?

*Ella se resiste a nuestra autoridad*

*William, es una niña*

Él podía ser uno de ellos. Podía haber hecho que le encargaran a ella la investigación de lo del Star Queen; sin duda se había tratado de un montaje. Pero si sabía quién era ella, ¿por qué avisarla? ¿Por qué someterla a revisión? Si él sabía quién era ella, lo sabía todo.

O sea que no era uno de ellos, pero tal vez estuviera tras ellos. Podía sospechar que ella lo era. O que Blake lo era. O podía ser simplemente que sintiera curiosidad.

Sparta era una anomalía, de eso no cabía duda, a pesar de su intención de mantener un perfil de aptitudes bajo. Fuera lo que fuese lo que el comandante pensaba, Sparta estaba segura de que la seguirían allá adonde fuere, a pasar sus días de permiso.

Media hora más tarde, Sparta se presentó en la clínica de la trigésimo quinta planta. No sabía qué buscaba el comandante; ni ella misma sabía todo lo que debería tener que esconder. Pero estaba acostumbrada a los reconocimientos médicos.

Las clínicas le resultaban más amistosas de lo que habían sido en otro tiempo, un poco más civilizadas. Te inscribías en la ventanilla, tomabas asiento en la sala de espera y ojeabas el último *Smithsonian* en la videoplatina de sobremesa. Cuando te llamaban, pasabas veinte minutos yendo de una habitación a otra, sin quitarte nunca la ropa y sin que te pincharan nunca con una aguja, y después ya habías terminado. Para obtener los datos que tomaban sin producir ningún dolor, en el siglo anterior habría sido necesaria una semana de ultrajes y turbación en la Facultad de Medicina de Harvard.

Los técnicos seguían recogiendo diversos fluidos corporales para analizarlos, pero la mayoría de pruebas y de los tratamientos no implicaban grandes máquinas, ni medicamentos nauseabundos, ni inyecciones dolorosas o incisiones traumáticas. Los aparatos de diagnóstico, que pesaban toneladas cuando fueron inventados, ahora eran

apenas más grandes que un sillón de dentista, gracias a superconductores de temperatura ambiente y magnetos de alto campo de densidad. Gracias a superordenadores miniaturizados, también eran altamente exactos.

En una habitación, un formador de imágenes magnético efectuaba un par de pases por tu cuerpo, mostrando en detalle las estructuras anatómicas, y revelando también las químicas internas. En otra habitación, una enfermera te entregaba un sabroso cóctel radioopaco; en cuestión de segundos penetraba en la corriente sanguínea y mostraba la fina estructura del sistema circulatorio —en todas partes, incluso en el cerebro— a unos rayos X estimulados procedentes de un tubo de radiación que el técnico pasaba por encima de ti. En una tercera habitación te servían otro cóctel; éste contenía una mezcla de isótopos unidos a enzimas adaptadas que, una vez en el interior del cuerpo, se agrupaban para esbozar el sistema nervioso antes de morir produciendo un estallido de radioemisiones. Podía determinarse la química de la sangre sin sacar una cantidad visible de sangre... pero aún tenías que orinar en un frasco.

Los superordenadores se ponían inmediatamente a trabajar con los datos, construyendo capas de imágenes de grano fino, columnas de números, curvas de gráficos; representaciones de estructuras, funciones y objetivos... y de patologías, si las había.

Las máquinas no podían ser engañadas por completo, pero algunas pruebas podían evitarse. A no ser que una persona se quejara de artritis, o padeciera algún otro problema específico, las yemas de los dedos no solían someterse a examen. Sparta nunca había mencionado sus púas hechas con un inserto de polímeros; si las descubrían, tenía preparada una historia acerca de una operación cosmética de precio reducido. Al fin y al cabo, estas púas se habían puesto de moda en ciertos círculos.

Además, Sparta poseía un grado de control sobre su metabolismo que habría asombrado a sus examinadores. Sabía convencerles de que era alérgica a las sondas químicas más sensibles, y en cuanto al resto, el truco consistía en comprender lo que los técnicos esperaban encontrar y dárselo, con la suficiente variación de la norma para persuadirles de que no estaban examinando un muñeco de prácticas.

No toda la anatomía no convencional de Sparta tenía que esconderse. Su ojo derecho era un macrozoom funcional, no debido a un cambio detectable en la estructura del propio ojo, sino a manipulaciones celulares del nervio óptico y la corteza de asociación visual. Su sentido analítico del olfato, su visión infrarroja, su oído templable se debían igualmente a un recableado neuronal, no a una reconstrucción que pudiera detectarse. Su memoria eidética sólo implicaba cambios en los transmisores neuroquímicos del hipocampo, que no eran accesibles a la diagnosis corriente.

Sólo sus habilidades con los números implicaban un cambio perceptible en la

densidad del tejido del cerebro anterior. Una y otra vez, los fascinados médicos se habían convencido de que el bulto que había justo debajo de la frente de Sparta, a la derecha de donde los hindúes y los budistas sitúan el ojo del alma, era un tumor. Pero repetidas pruebas neurológicas no habían mostrado ningún efecto aparente sobre su percepción, los procesos superiores o la conducta, y el «tumor» no había experimentado ningún cambio en varios años; si se trataba de un tumor, evidentemente era benigno.

A una escala mayor, las láminas de estructuras poliméricas bajo el diafragma no podían ocultarse, sólo explicarse. El «accidente» que había sufrido a los dieciséis años servía para tal fin. Las láminas poliméricas eran sustituciones de tejido experimental, necesarias debido al trauma abdominal, y tenía cicatrices para demostrarlo. En el esternón llevaba una grapa, para unirle el pecho que había quedado destrozado. Las costillas y los brazos estaban ensartados con injertos de hueso artificial, de un tipo de cerámica experimental.

Al fin y al cabo, ¿quién habría pensado siquiera en preguntar si estas estructuras mal acabadas eran realmente baterías, un oscilador, unas antenas de microondas bipolares...?

Sparta sospechaba que la razón de que sus explicaciones fueran tan persuasivas, era que las personas que habían implantado los sistemas reales habían tenido buen cuidado de disfrazarlos. Ella había adoptado la historia que le había sido destinada, aunque no podía recordar haberla ensayado nunca.

Media hora después de haber entrado en la clínica, la abandonó. Habría podido tener los resultados al cabo de una hora, si el comandante no lo hubiera prohibido. Sparta no sabría si había logrado engañarles otra vez, a menos que él quisiera decírselo.

Tomó un anticuado tren subterráneo para ir hasta el apartamento que compartía con otras dos mujeres. Hacía meses que no había visto a ninguna de ellas, y pocas veces lo había hecho anteriormente. Cuando ella llegaba no se encontraban en casa. Apenas echaba un vistazo a la casa antes de irse directamente a su dormitorio. Estaba pulcro como lo había dejado, sin plantas, las paredes desnudas, la cama hecha; sólo una fina capa de polvo en todas las superficies duras y un pequeño montón de correo bajo la lámpara de lectura de su escritorio, insinuaban que había permanecido fuera durante meses. El correo era publicidad; arrojó todo el montón a la basura.

Cinco minutos más tarde había preparado nuevamente bolsa de viaje y abandonado el apartamento. No tenía ni idea de cuándo regresaría.

De nuevo se encontraba en la plataforma subterránea, ahogándose de calor, preparada para coger el autobús supersónico transatlántico para ir a Londres...

Quería ver a Blake. Pero no quería ver a Blake. Le gustaba Blake. Tenía miedo de Blake. Tal vez estaba enamorada de Blake.

Se odiaba a sí misma cuando se ponía así, cuando su cerebro no hacía más que pensar tonterías. Se hallaba en una situación difícil. Quería averiguar qué había sido de sus propios padres, y era posible que Blake hubiera descubierto algo. Quería vengarse por lo que le habían hecho a ella. También quería sobrevivir. Unos meses en Puerto Hesperus, siendo sólo policía, y su convicción había empezado a disolverse.

Quizás el comandante tenía razón. Quizá realmente necesitaba un descanso.

El antiguo tren subterráneo entró en la estación con gran ruido, brillante su pintura amarilla. Sparta entró en el limpio vagón. Estaba vacío salvo por una pareja joven vestida con elegancia; a juzgar por los lustrosos cuadernos de notas negros que sostenían sobre las rodillas, regresaban de sus clases en la Universidad de Nueva York.

O quizá la seguían a ella.

Sparta se sentó al lado de las puertas, al fondo del vagón. Se echó la chaqueta sobre los hombros y se puso a cavilar. El comandante la había acorralado. No tenía otra opción más que ir hacia Blake, descubrir lo que él tenía que decirle. Estar con él.

Sparta subió con cautela la estrecha y maloliente escalera que conducía al apartamento de Blake Redfield, en la City de Londres. En el viaje desde Manhattan había tomado todas las precauciones para eludir la persecución, lo cual consistió en una pose de inocencia. No había intentado llamar a Blake, ni por intercomunicador personal ni por fonoenlace público. Había efectuado los preparativos del viaje con toda la discreción posible; después lo cambió todo en el último minuto, empleando dos días en un viaje que habría podido realizar en una tarde. Todo esto sería un juego de niños para la gente del comandante si la seguían, pero no se atrevía a probar nada más original.

Londres, a finales de verano, no era mejor que Manhattan. Ese día, el aire estaba muy saturado de humedad, pues había empezado a llover. Calada hasta los huesos, Sparta llamó a la puerta de Blake.

No obtuvo respuesta. Sparta escuchó, y después pasó la mano levemente sobre las jambas. La detuvo sobre el teclado alfanumérico de la anticuada cerradura magnética, analizando las pautas del campo. Al cabo de unos segundos, guiada por la intuición, había descifrado la larga combinación: CH3C6H2NO23246. Era muy característico de Blake, muy fácil de predecir y por lo tanto, muy estúpido por parte de él, era la fórmula química de la TNT, sin las subindicaciones, los paréntesis y las comas.

Los dedos de Sparta bailaron sobre el teclado. Vaciló antes de abrir la puerta. Blake no era estúpido, por supuesto. Blake era de los que avisarían a los visitantes inesperados y, en caso de que éstos ignoraran el aviso, les dejaría una pequeña tarjeta de visita. Un grano o dos de TNT o, más probablemente, nitroglicerina, ese tipo de cosa. Sparta acercó la nariz a la cerradura y olfateó.

No había rastro de ningún producto químico menos corriente que el aceite industrial. No había señales de que la puerta hubiera sido utilizada recientemente; bajo los infrarrojos, estaba más fría que el aire del ambiente.

Pero la última persona que había tocado el pomo de esta puerta no era Blake. Al inconfundible aroma picante de Blake se sobreponía el de alguien a quien Sparta no reconocía. Una mujer.

Quizá se tratase de su casera. Quiquiera que fuese, ahora no se encontraba dentro. Sus huellas estaban heladas —tenían más de una semana, dedujo Sparta—, y el persistente olor de perfume, que se filtraba por la rendija que formaba la puerta al no encajar bien en su antiguo marco, era rancio y tan débil, que sólo Sparta o alguien con su sensibilidad podía detectarlo. No obstante, Sparta se metió las manos en los bolsillos y extrajo un par de guantes de polímero muy finos y transparentes. Alguien había entrado en el piso de Blake desde la última vez que él había estado allí, y ese alguien podía regresar. Sparta no tenía intención de dejar huellas de su propia visita.

Empujó la puerta con suavidad y dio un paso atrás cuando se abrió. No hubo fuegos artificiales.

Atisbó con cautela en la sala de estar de Blake. Nunca había estado allí. Su ansiosa curiosidad amenazaba con echar a perder las precauciones, pero Sparta percibió la corriente de los cables de los sensores de presión debajo de la alfombra que cubría el suelo de roble barnizado y advirtió, montados en los rincones de las molduras del techo, los detectores de movimiento, invisibles para cualquier otra persona.

Sparta levantó los brazos para captar las pautas de las ondas. Por un instante su estómago ardió, y tres rápidos estallidos desarmaron las alarmas de Blake. Dejando su bolsa de viaje fuera, Sparta entró con cautela en la habitación.

A la izquierda había un mirador dividido por una columna, al que daba sombra un gran olmo. La fuerte lluvia hacía susurrar las hojas del olmo. La pálida luz verde de última hora de la tarde se filtraba a través de los cristales manchados de lluvia, y proporcionaba al interior del piso el aspecto líquido de un acuario.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de estanterías con libros; éstos se asemejaban a ladrillos irregulares colocados en vertical, y sus lomos parecían un espectro descolorido que iba del marrón rojizo al azul pizarra. Había álbumes de chips de libros recientes y libros más antiguos grabados en disco y en cinta, y un número impresionante de libros auténticos, de papel, tela y cuerpo, muchos de ellos desmenuzándose dentro de las fundas de plástico transparente, y otros en excelente estado.

Las partes de las paredes no cubiertas por estanterías con libros, estaban pintadas con esmalte de color crema y llenas de páginas de manuscritos enmarcadas, y de óleos europeos de principios del siglo xx.

Sparta recuperó su bolso de viaje y lo dejó dentro, cerrando la puerta con gran cuidado. Recorrió las silenciosas habitaciones. Blake vivía bien con los honorarios que recibía por su trabajo de asesor, por no mencionar los cuantiosos ingresos de un fondo fideicomisario; con ellos podía dar rienda suelta a su pasión de coleccionista, y a su afición a los muebles chinos y las telas orientales.

Los ojos de ella recorrieron superficies y texturas, sondeando las oscuras rendijas. Sus oídos escucharon más allá de la de frecuencia humana, por debajo del umbral de la perceptibilidad del ser humano. Su nariz olfateó para descubrir indicios de productos químicos. Si había algún engañabobos, o transmisores o receptores ocultos en la habitación, ella los descubriría.

Blake había dejado su apartamento al menos dos semanas Atrás, quizá mucho antes. No había señales de que las circunstancias de su partida fueran inusuales. Pero las huellas de aquella mujer visitante, presentes en todas partes, eran más recientes, aunque sólo por unos cuantos días; en ningún sitio las huellas de él se sobreponían a

las de ella.

Miró en el dormitorio. La cama estaba hecha con sábanas limpias y el armario estaba lleno de trajes, camisas y zapatos de todo tipo, desde zapatillas de cuero negras hasta botas altas de lunares. Blake era presumido, pero Sparta no tenía manera de saber si faltaba algo en este amplio guardarropa. Observó que la mujer había registrado las cosas de Blake.

En el armario del cuarto de baño no faltaba nada: el cepillo de dientes estaba en su lugar, y también la afeitadora, y los estantes estaban llenos de desodorantes, cremas para después del afeitado y otros artículos.

También aquí había estado la mujer, después de haberse marchado Blake.

El frigorífico contenía un paquete de seis cervezas checoslovacas —la afición a la cerveza fría confirmaba que Blake, a fin de cuentas, era americano— pero no había huevos, leche, verdura u otros alimentos perecederos; sólo un poco de queso seco y un frasco de mostaza. La cocina estaba imaculada. No había platos sucios en el fregadero. El conducto de reciclado no se había utilizado durante una semana. O bien Blake había planeado su partida, o bien alguien había limpiado después de marcharse él.

El porche trasero —en realidad, un pequeño rellano cerrado—. Había sido convertido en taller; a través de la única ventana, Sparta pudo ver una hilera de jardines traseros con muros de ladrillo, bien cuidados y de clase media. Filas de botellas de productos químicos, etiquetadas con pulcritud, revestían la pared junto a una mesa que no estaba precisamente pulcra; la superficie de ésta estaba llena de sobras de sustrato microelectrónico. Había rastros de numerosos compuestos con base de nitrógeno, y salpicaduras de metal solidificado sobre la superficie de trabajo, de fibra de carbono. Todos los restos estaban fríos.

En un rincón del pequeño taller, junto a un pequeño lavadero, se encontraban las tuberías de cobre del apartamento de Blake y las de los pisos de encima y de debajo del suyo. Pero Blake no se lavaba la ropa aquí. El dispositivo redondo de metal fijado en el extremo del grifo era un ordenador principal, un supermicro más pequeño que el filtro de agua al que estaba incorporado. El ordenador procesaba la complejificación y descomplejificación de enzimas artificiales; el aparato se calentaba tanto cuanto funcionaba a pleno rendimiento, que necesitaba un flujo constante de refrigerante.

La visitante de Blake había hecho girar el grifo, y había jugado con el mando a distancia que había sobre el escritorio de Blake. Sparta se preguntó si había tenido acceso a la memoria del ordenador.

Sparta abrió el grifo del agua fría. Se quitó el guante de la mano derecha e introdujo sus púas en los accesos de la parte posterior del teclado. En una fracción de segundo había franqueado el competente sistema de seguridad del ordenador, y las entrañas informacionales de éste empezaron a rebosar, más rápido que la humeante

agua que ya se vertía en la pila. Por una trampa que se soltó en el sistema de seguridad de Blake —y varias que todavía no lo habían hecho— Sparta supo que ningún intruso había logrado el acceso.

La pantalla plana se iluminó. Cualquiera que observara a Sparta habría visto a una mujer mirando hipnotizada un revoltijo de números sin sentido, letras y gráficos confusos que se repartían por toda la pantalla, pero ella no los veía; los datos entraban directamente en sus estructuras nerviosas.

El pequeño ordenador tenía tanta capacidad que ella tardó varios segundos, sólo para leer el directorio de los programas y archivos que guardaba. Había programas basados en los conocimientos para el análisis químico, algunos de ellos relacionados con gases venenosos, explosivos, corrosivos, incendiarios y cosas parecidas, y otros relacionados con el análisis de papeles y tintas. Había programas potentes para modelar las complejas interacciones de las ondas de choque, problemas tan complicados que demostraban que el interés de Blake por hacer explotar las cosas, era algo más que una afición malévola.

Los archivos más grandes eran bibliografías. A Sparta no le habría sorprendido que estuvieran reseñados allí todos los libros que se sabía que habían sido impresos en inglés durante los últimos trescientos años.

Pero un archivo minúsculo le llamó la atención. Su nombre era LÉEME.

Sparta sonrió. Blake conocía a Sparta como pocas personas. Una cosa que sabía de ella era que podía reventar cualquier ordenador casi sin esfuerzo, aunque no sabía cómo lo hacía y ella no tenía intención de decírselo. Estaba segura de que LÉEME iba dirigido a ella.

Sin embargo, LÉEME resultó ser ilegible. No es que fuera inaccesible, sino que no contenía nada excepto una lista de números aparentemente sin sentido. Los números estaban ordenados en grupos: 311, 314, 3222, 3325, 3447, 3519..., en total ciento dos grupos, ninguno de ellos de menos de tres números o de más de seis, y ninguno repetido. Los primeros grupos empezaban con el número 3, los siguientes con el 4 y así sucesivamente, en orden numérico creciente. Los últimos grupos comenzaban con el 10.

Sparta sonrió nuevamente. Reconoció lo que era aquella lista y al instante la introdujo en su propia memoria.

Así que Blake quería jugar al escondite. Volvió a ponerse el guante, desconectó el ordenador de Blake, y dejó el taller de éste tal como lo había encontrado. Se dirigió rápidamente, y en silencio, hacia la habitación principal del apartamento, moviéndose como una sombra en la oscuridad cada vez más profunda, sonriendo con satisfacción.

Fuera, la lluvia seguía tamborileando sobre las hojas del olmo. La luz era más vercosa.

Acercando la nariz a los libros de los estantes, Sparta pudo inhalar el olor residual

de las manos que los habían tocado, de los aminoácidos y otros productos químicos que eran tan característicos de cada individuo como sus huellas dactilares. Sólo Blake había manipulado las fundas de plástico que los protegían; Blake y, en algunos casos, la mujer misteriosa.

La mujer sólo había manipulado unos cuantos libros. Había sacado algunos de aquí y de allá, aparentemente al azar; a diferencia de Sparta, era evidente que no tenía ni idea de lo que buscaba.

Sparta buscaba un libro concreto. Blake le había dejado un mensaje escondido en un libro, un libro que sabía que Sparta reconocería como único, de una manera que nadie más podría hacerlo. La lista de números que había en LÉEME era una clave de libro.

Había un libro que les había llevado a ambos a Puerto Hesperus, y les había servido para volver a presentarse: un ejemplar de la primera edición de *Los siete pilares de la sabiduría*, de T. E. Lawrence, una impresión privada y de un valor fabuloso. En los estantes de Blake no había ningún ejemplar de ninguna versión de *Los siete pilares de la sabiduría*, pero en el pasado habían compartido otros muchos libros, cuando ambos eran niños en SPARTA. Entre la colección de libros de los siglos diecinueve y veinte que poseía Blake —novelas, memorias, diarios de viaje, ensayos y cartas literarias—, uno de ellos resultaba una anomalía, una anomalía que sólo alguien que conociera íntimamente la colección de Blake, o que hubiera formado parte de SPARTA, reconocería.

Lo sacó del estante y lo miró. El ojo impreso en la cubierta la miró a su vez. A lo largo de los más de cien años pasados desde que había sido publicado, el rojo brillante de la cubierta se había transformado en rosa pálido, pero el título era visible claramente a través del plástico: *Estados de ánimo. La teoría de las inteligencias múltiples*, de Howard Gardner. Era la exposición de un psicólogo genial, de lo que él llamaba «una nueva teoría de las competencias intelectuales», y había influido en una gran manera en los padres de Sparta, cuando éstos concibieron el proyecto SPARTA.

Sparta sacó el libro de su funda de plástico, estudió la cubierta durante un momento y después, con cuidado, lo abrió. Sonrió al ver la dedicatoria. «Para Ellen». Era una Ellen diferente en un siglo diferente —una Ellen real, a diferencia de la Ellen Troy ficticia—, pero a ella no le cabía duda de que Blake quería que se lo tomara como cosa personal.

Sí, ahora se hallaba en el estado de ánimo apropiado.

Pasó al primer capítulo: «La idea de las inteligencias múltiples». Empezaba así: «Una joven pasa una hora con un examinador...» Sparta conocía bien el párrafo, una breve parábola de una joven cuyos talentos diversos se resumen en un sólo número, un C. I. La fuerza del argumento de Gardner y del programa que los padres de Sparta habían creado, era elevar el índice de C. I.

La primera página de este capítulo era la número tres del libro. Y la primera letra de la primera línea era una U. Era la letra a la que le había dirigido LÉEME. El primer grupo de números de LÉEME era 311, que significaban página 3, línea 1, letra 1. El siguiente grupo de números de LÉEME era 314; la enviaba a la cuarta letra de la misma línea, que era una J.

El siguiente grupo de LÉEME era 3222, que podía interpretarse como página 3, línea 2, letra 22, o también como página 3, línea 22, letra 2, o incluso como página 32, línea 2, letra 2. El aumento constante de los dígitos iniciales indicó a Sparta que Blake había utilizado la forma más sencilla de la clave, tomando cada letra de manera seriada. Así, el primer dígito o los dos primeros siempre serían el número de página, de la página 3 a la página 10. El segundo o los dos segundos serían la línea de la página, y el restante o los dos restantes indicarían la situación de la letra en la línea.

En este sistema había pocas probabilidades de ambigüedad, pero era una mala práctica, porque esa regularidad revelaba al instante la existencia de una clave en un libro, incluso a un criptoanalista aficionado. Si el mensaje oculto hubiera estado en lenguaje llano, la clave se habría resuelto en gran parte sin saber siquiera en qué libro se encontraba.

El mensaje no estaba en lenguaje llano. Cuando, al cabo de unos segundos de concentración y de pasar páginas, Sparta hubo descifrado el último grupo, 102749, el mensaje completo de 102 letras era éste:

```
uitrkcfkocbrefraakavagcqfncqstrpbraucqfncqstso  
fycqitdusttifysdmtdpocuiraaakgbtrefdhwhqabyfkpdoxqc  
pmfdbrlarthpmolmxr
```

Sparta no se sorprendió. De hecho, era lo que esperaba. La invitación de Blake, escrita en inglés, para jugar al escondite, le había impuesto la condición de «jugar limpio». El lenguaje cifrado Playfair era uno de los más famosos de la historia.

Aunque un criptoanalista supiera que un mensaje estaba cifrado en Playfair, el texto era excesivamente difícil para descifrarlo sin la clave. Pero Sparta ya la tenía. La clave para conocer todo movimiento de Blake en este juego del escondite, era la experiencia común de ambos, compartida en SPARTA.

Con la clave sustituyó mentalmente un cuadro del alfabeto Playfair:

```
S P A R T  
B C D E F  
G H I J K L  
M N O A U  
V W X Y Z
```

Rompió la cadena de las letras cifradas del libro, formando pares, y rápidamente realizó la transformación. El primer par de letras era *ar*. Ambas letras estaban en la misma línea y por tanto, no había más que hacer que sustituir cada una de éstas por la que tenía a su izquierda de modo que, la primera pareja de letras del mensaje de Blake, era *PA*.

Con el siguiente par debía procederse de la misma forma y por tanto el resultado fue *RA*.

El tercer par era *kc*; la línea del cuadrado que contenía la letra *K*, interceptaba a la columna que contenía la *c*: la letra que había en esta intersección era la *H*. La línea que contenía la *C*, interceptaba a la línea que contenía la *K*, y la letra resultante de dicha intersección era la *E*. La tercera pareja del mensaje era *HE*.

Los pares de letras de la clave que se encontraban en la misma columna, se sustituían por las letras que cada una tenía encima. Pronto, Sparta, tuvo el texto de Blake:

PA RA HE LE ND ES DE PA RI SX SI EN CU EN TR AS ES TO EN CU EN  
TR AM EZ EN LA FO RT AL EZ AB US CA ND OL AP RI ME RA DE CI NC OR  
EV EL AC IO NE SN EC ES IT AR AS UN GU YA.

Después de eliminar las letras de sobra, el mensaje decía: PARA HELEN DESDE PARÍS SI ENCUENTRAS ESTO ENCUÉNTRAME EN LA FORTALEZA BUSCANDO LA PRIMERA DE CINCO REVELACIONES NECESITARÁS UN GUYA.<sup>[2]</sup>

Sparta se rio con placer. Blake la estaba llevando a una alegre caza, y esta vez las pistas eran un poco menos obvias. Volvió a meter *Estados de ánimo* en su funda protectora y lo restituyó al estante. Se acurrucó en el gran sillón de cuero rojo de Blake y miró a través de la ventana la lluvia que caía, las hojas en perpetuo movimiento y las sombras que se formaban en las ramas del olmo, mientras reflexionaba acerca del enigma.

PARA HELEN DESDE PARÍS. ¿Por qué Helen en lugar de Ellen? Porque Helena de Troya era de Esparta... y París era su amante.

¿Dónde se encontraba esa FORTALEZA en la que se suponía que lo encontraría? Seguro que no en Troya, en la colina de Hissarlik cerca de los Dardanelos; dos siglos después de que Heinrich Schliermann devastara las ruinas de la antigua Troya dejando lo que habían hallado expuesto a las inclemencias del tiempo, las torres de Ilión se desmoronaron y se convirtieron en un informe montón de barro. Compartían así el destino de casi todos los asientos antiguos que los impacientes arqueólogos habían dejado desprotegidos en los siglos XIX y XX.

El mito de Troya no tenía nada que ver con esto. Blake no se aplicaba a sí mismo el nombre de París, sino que se refería a que se encontraba en París.

Como la Bastilla había sido destruida, la fortaleza de París, comenzada a finales

del siglo doce, tenía que ser el Louvre. Blake estaba en el Louvre, buscando LA PRIMERA DE CINCO REVELACIONES. Sparta había oído hablar de la gente que buscaba revelaciones, o la ilustración, o lo que fuera, pero parecía extraño buscar cinco de ellas. ¿Y por orden?

Buscó con los ojos las antiguas Biblias que descansaban en un estante bajo de la librería de Blake. Al cabo de un momento se levantó de la silla y abrió uno de los pesados libros, pasando páginas hasta que encontró el Libro de la Revelación, capítulo cinco, versículo uno. En la traducción que había elegido, la Biblia de Jerusalén, el versículo decía: «Vi que en la mano derecha del que se sentaba en el trono había un rollo con escritura en el anverso y el reverso y que estaba sellado con siete sellos». Una nota a pie de página explicaba que el rollo era «un rollo de papiro en el que están escritos los mandatos de Dios, hasta ahora secretos». Parecía dudoso que Blake fuera tras los mandatos secretos de Dios, pero podía muy bien ser que estuviera buscando un papiro de la amplia colección de antigüedades egipcias del Louvre.

Pero si Blake se hallaba en París, trabajando en la colección egipcia del Louvre, ¿por qué ella necesitaría un GUYA para encontrarle? ¿Por qué estaba GUYA mal escrito?

Quizá en algún momento del proceso de Cambiar una letra por otra, contando tediosamente letras diminutas en un libro grande y anotando todos esos números, Blake había cometido un error. Pero el sistema Playfair hacía improbable una sustitución accidental en este caso, pues en el cuadrado alfabético basado en la palabra clave SPARTA, la letra *y* y la letra *i* no se encuentran en la misma línea o en la misma columna. Así pues, no podía haber confundido la una por la otra bajo ninguna de las reglas de transformación, que cambian el par *ya* por *xr*, como había descubierto Sparta, sino que habrían convertido el par *ia* en *dx*.

Así que, o bien Blake se estaba haciendo el listo, o bien le estaba diciendo algo. Ella sabía que no sería capaz de colocar la última pieza del rompecabezas en su sitio, si se quedaba allí sentada en el sillón. Sparta se levantó de un salto. Pasó tres minutos cerciorándose de que el apartamento de Blake quedaba exactamente tal como lo había encontrado; luego recogió su bolsa de viaje, volvió a instalar las alarmas y salió, apresurándose para coger el siguiente magneplano hacia París.

No tenía manera de saber que ya llevaba una semana de retraso.

Una semana antes de que Sparta abandonara Londres, Blake pasó la noche en un armario de París...

El amanecer se filtró por debajo de la puerta del armario con una débil luz grisácea. A través de la delgada madera, Blake oyó ruido de pasos y una maldición entre dientes. Bostezó y sacudió la cabeza con vigor. Hacía dos horas que estaba

despierto, y antes había dormitado a intervalos entre las escobas y las bayetas. Tenía hambre y sueño, y estaba envarado. Deseaba tomar una taza de café bien cargado.

También estaba nervioso. Había esperado, hasta cierto punto, que Ellen apareciera y le sacara de este aprieto, pero al parecer tendría que pasarlo.

Abrió la puerta y salió con cuidado del armario, con un tubo de decapante, y un puñado de trapos y cepillos. Llevaba un largo guardapolvo azul lleno de manchas de pintura. Con la cabeza baja, jugando nerviosamente con la mano que sujetaba la lata de diluyente, se unió a los demás pintores y carpinteros que se dirigían hacia el almacén.

Era un lunes por la mañana; el Louvre estaba cerrado al público, sólo podían entrar los estudiosos, los obreros y el personal.

—*Bon matin, Monsieur Guy* —alguien le dijo.

—*Matin* —rezongó él.

No miró al hombre. Seguramente era el capataz con el que se habían «arreglado» las cosas, el hombre al que habían sobornado —chantajeado, o aterrorizado— para que no advirtiera que había un hombre de más en su equipo.

Los obreros bajaron la amplia escalera de piedra arenisca. Delante de él iban cinco hombres y mujeres, vestidos todos ellos como él, con batas azules. Les seguía un guardia de seguridad, un caballero de cabello gris, con un anticuado uniforme negro que brillaba a causa del prolongado uso. Cruzaron un resonante pasillo del sótano, continuando tres de ellos hacia salas donde montones de cuadros almacenados se cubrían de polvo. Blake y los otros entraron en una habitación larga y de techo bajo, equipada con antiguas bombillas incandescentes que ardían con luz amarilla debido a la baja corriente. En el centro de la habitación había hileras de pesados armarios de madera. De las deslucidas paredes colgaban descoloridas litografías de ruinas egipcias.

Tras unos minutos de refunfuñar y remolonear, los obreros iniciaron su tarea de eliminar de la madera tres siglos de barniz ennegrecido. Blake dejó que sus compañeros trabajaran lejos de él, en los distantes rincones oscuros de la sala de archivos.

El capataz no le hizo caso.

Transcurrió una hora, y Blake se fue quedando atrás. A nadie le preocupaba realmente el trabajo; nadie lo consideraba necesario. El gobierno había dado autorización, y algún burócrata se había ocupado de que llegaran los fondos, incluso hasta las criptas más profundas del Louvre.

Los otros concentraban su esfuerzo en el fondo de la habitación, y Blake permanecía en el suelo, medio oculto por las hileras de grandes armarios de roble. Blake alzó la mirada del sucio zócalo. El aburrido guardia de seguridad se encontraba en algún punto del pasillo.

Blake se arrastró por un pasadizo entre los armarios. Encontró el cajón que Lequeu había sugerido, el segundo de arriba. Lo abrió. Allí, apoyados sobre algodón, en unas bandejas de cartón que se desmenuzaban, sin otra protección, había una docena de rollos de papiro. Con toda la rapidez y el cuidado que pudo, desenrolló cada uno de ellos lo suficiente como para determinar si coincidían con la reproducción que conservaba en su memoria.

Ninguno lo hacía. Cerró aquel cajón y probó el siguiente. Abrió los cajones de todo el armario sin tener éxito.

Blake atisbó nervioso por encima del armario. Sus compañeros seguían haciéndole caso omiso. Se agachó de nuevo, y trató de decidir si probaba con el armario de la derecha o con el de la izquierda. ¿O acaso Lequeu se había confundido de pasillo? Era como preguntarse qué hacer con un número de teléfono equivocado: probablemente sólo había un dígito erróneo, pero ¿cuál?

Sin ninguna razón especial, Blake eligió el armario de la izquierda y empezó con el mismo cajón. Clavada en la tela al lado de uno de los rollos, el tercero a partir de la izquierda, había una anotación marchita hecha con plumilla de acero, que identificaba su procedencia: *près de Heliopolis, 1799*. Las esperanzas de Blake renacieron.

En 1801, el Ejército inglés, después de un asedio de tres años, al fin desembarcó tropas en la costa de Egipto y obligó a las fuerzas de Napoleón a rendirse. El Hombre del Destino había partido hacía tiempo, dejando entre las antiguas ruinas, las ruinas de su sueño de un nuevo imperio egipcio bajo la bandera de la Revolución Francesa. También dejó atrás el magnífico Instituto de Egipto, sus filas de estudiosos y su magnífica colección de antigüedades, reunidas en el curso de tres años de intensa adquisición en el valle del Nilo. Las condiciones de la rendición indicaban que los ingleses se quedaban con todo, incluida la joya de la corona, la entonces indescifrada Piedra de Rosetta.

Los franceses trataron de conservar la Piedra afirmando que era propiedad personal de su comandante, el general Menou, y no entraba en las condiciones de la rendición, pero los ingleses no quisieron saber nada. La Piedra de Rosetta, junto con el resto del botín, fue enviada al Museo Británico, donde todavía permanece, «un glorioso triunfo de las armas británicas», como expresó el comandante británico.

No obstante, los británicos, magnánimos, permitieron que los franceses conservaran fragmentos de piedra tallada y pintada, y muchos rollos antiguos. El destino de estos tesoros desechados, fue salir también de la tierra donde habían sido creados, algunos para ser exhibidos en esa acumulación de trofeos gloriosos que es el Louvre, y otros para languidecer en cajones en el sótano, sólo accesibles a determinados estudiosos y a las termitas.

Blake desenrolló con gran cuidado el frágil pergamino, e inmediatamente supo que había encontrado lo que buscaba. El rollo no habría llamado la atención a ningún

investigador fortuito. Contenía unos dibujos geométricos, pero no se trataba de un texto de geometría. Había referencias a Ra, el dios del sol, pero no era un texto religioso. Había fragmentos de lo que seguramente eran historias de viaje, pero no era una obra de geografía.

El rollo estaba lleno de lagunas, y el texto que sobrevivía era un rompecabezas.

Sólo un miembro de los *prophetae* habría reconocido lo que era. Blake no era matemático o astrónomo profesional, pero tenía altamente desarrolladas sus inteligencias visual y espacial. Siguiendo la sugerencia de Catherine, había pasado sus horas libres estudiando mapas del cielo nocturno, y había deducido que la pirámide delineada en este rollo, si hubiera sido construida durante la era en que pintaron el papiro, habría señalado hacia una constelación del hemisferio sur del cielo, no muy por encima del horizonte, una región que los egipcios sólo podían haber visto a finales de verano.

Blake cogió el papiro de su lecho de tela, se abrió la bata, se levantó el fino jersey y deslizó el rollo en la bolsa de lona que llevaba bajo el brazo izquierdo. Se abrochó la bata, y después cerró el cajón. Volvió a su trabajo.

A las diez, los obreros se tomaron un descanso. Blake fue al lavabo que se encontraba en el pasillo, y cuya puerta era visible desde la puerta de la sala de papiros. El guardia no le prestó atención. Blake pasó de largo del lavabo, giró y subió la escalera sin hacer ruido.

Pasó por delante del armario en el que había estado toda la noche. Subió otro tramo de escaleras, cruzó suelos de madera, pasó por delante de esfinges pensativas y sarcófagos de piedra, por delante de estatuas de piedra caliza pintada, que representaban a escribas como aquél que había pintado, con su pincel untado de tinta negra, el rollo que él llevaba encima.

Entró en las galerías de altas ventanas del palacio y echó una mirada por encima del hombro hacia la gran escalinata, hacia Niké: la auténtica Niké de piedra desplegando sus pétreas alas, avanzando sobre un molde en fibra de vidrio, del trirreme que residía donde ella misma debería residir, en Samotracia.

La reja de hierro negra que impedía el paso a través de las altas puertas, llevaba la «N» imperial con la corona de laurel, pero la había colocado allí un Napoleón posterior, más burgués. Un guardia con bigote, que podía haber sido hermano del del sótano, estaba hablando por el intercomunicador: problema en famille.

—Abra, por favor. Tengo que coger una cosa de mi bicicleta.

El guarda le miró con irritación y siguió hablando mientras abría la verja de hierro. Las puertas principales ya estaban abiertas en esta húmeda mañana de verano. Blake las cruzó y se detuvo. Se volvió y miró al guarda, perplejo. Realmente no esperaba que fuera tan fácil; ¡podía irse de allí tranquilamente y nadie sabría jamás que faltaba algo!

Esto podía sentar muy bien a Lequeu y al resto de los Atanasios, pero no formaba parte del plan de Blake. Permaneció quieto un momento.

Después, le gritó al guardia que seguía hablando por el intercomunicador:

—*Toi! Stupide!*

El guardia se giró enojado. Blake dejó que le viera bien y después le lanzó al cuello un dardo con tranquilizante con el arma en miniatura que llevaba atada a la muñeca derecha.

Se alejó rápidamente, dirigiéndose hacia las Tullerías. Al girar en la esquina y quedar fuera del alcance de la vista, se despojó de la bata y la arrojó a un cubo de basura.

Blake cruzó el río sin prisa. Dio un par de vueltas perezosas por St. Germain des Prés, antes de regresar a la calle Bonaparte y subir la escalera de las oficinas de Editions Lequeu. Llamó a la puerta dos veces, con brusquedad.

—*Entrez.*

Blake hizo girar el pomo y entró. Lequeu le miró desde su escritorio, elegante como siempre con una camisa azul claro y pantalones de lino. Lequeu parecía distraído. Los ojos enfocaban algo fuera de la ventana.

—Lo tengo —dijo Blake.

—Fantástico —dijo Lequeu con indiferencia.

Blake se levantó la camisa manchada de sudor y sacó con gran cuidado el papiro de la bolsa. Lequeu no hizo ningún movimiento en dirección a él por lo que Blake avanzó y dejó el rollo sobre la mesa de Lequeu, con la actitud más ceremoniosa y correcta que pudo.

Lequeu lo miró durante un momento, y después conectó el intercomunicador.

—Catherine, ¿quieres venir, por favor? —Miró a Blake—. Ahora que pienso en ello, será mejor que me devuelvas el lanzador de dardos.

Blake se desató la pequeña arma de la muñeca y la dejó sobre la mesa. Lequeu la cogió y jugueteó con ella hasta que Catherine llegó. Ésta se dirigió directamente al escritorio. Blake se apartó y la observó.

Inclinada sobre el papiro, su silueta se perfilaba contra la difusa luz de las altas ventanas. Con destreza y precaución desenrolló los primeros centímetros del rollo. Levantó la vista hacia Lequeu.

—¿Puedes leerlo?

Él bajó los ojos y empezó a recitar:

—«Es el sumo deseo del faraón que este escriba ponga por escrito la conversación de los mensajeros de dios encubiertos... para honrarle. Por la mañana, mientras el calor de Ra estimulaba nuestros corazones, los mensajeros de dios encubiertos..., desde el hogar de Ra..., la cortés invitación del faraón llegó a su divina persona, aportando dádivas de oro y tela fina, y esencia y vino, en grandes

jarras de vidrio transparente como el agua y duro como el basalto»... esta parte está bastante estropeada..., «la cortés invitación del faraón..., más allá de los pilares del firmamento. Y demostraron con muchas manifestaciones del arte del observador... estrellas guiadas por... viaje para honrar al faraón...», y así sucesivamente. Es el papiro auténtico —dijo Lequeu—. Toma, vete.

Sin decir nada, Catherine enrolló el papiro y salió rápidamente de la habitación. Blake sintió una punzada de alarma.

—¿Qué va a...? —empezó a decir, pero Lequeu le interrumpió.

—Estaba seguro de que mi fe en ti no era equivocada —dijo Lequeu, mirándole directamente por primera vez—. Pero nadie con tus numerosos campos de experiencia se habría equivocado, ¿verdad Monsieur Blake Redfield?

Al salir Catherine alguna otra persona había entrado en la habitación. Blake se volvió. Pierre, por supuesto, enorme e impasible. Había varias maniobras que Blake podía utilizar para resistirse a lo inevitable, pero le pareció mejor ahorrar su fuerza para cosas con más posibilidades.

—Es hora de que tengamos una larga charla, Blake, amigo mío —dijo Lequeu.

Blake se volvió a él y esbozó una amplia sonrisa.

—Claro.

Le hicieron bajar en el ascensor. Pierre le cogía del brazo; Lequeu se mantenía a distancia, cauteloso. Los contactos silbaron levemente al descender la máquina.

El sótano estaba vacío. Personal e «invitados» habían recibido la orden de encontrar algo que hacer durante el día.

Pierre condujo a Blake a su antiguo cubículo y lo empujó dentro bruscamente. La puerta se cerró dando un golpe detrás de él.

Blake conocía bien aquel lugar; lo había estudiado en detalle cuando vivía allí. Pero nunca había pensado que se vería de nuevo en él, y sabía que esta vez no saldría hasta que ellos decidieran permitirselo.

## Tercera parte

# PROBLEMAS DE TRES CUERPOS

### 9

A un noventa por ciento del trayecto desde la Tierra a la Luna, en la estación de transbordo L-1, un agrónomo llamado Clifford Leyland iniciaba el tramo final de su viaje desde la colonia espacial L-5 hasta la Base Farside. Cliff realizó una última parada antes de subir a la lanzadera automática que le llevaría a la superficie lunar.

Fuera del muelle de la estación había una pequeña cabina, suficientemente grande para una persona. Entrabas allí, te quitabas la ropa y dejabas que los sensores te olfatearan, te palparan y te sacaran fotografías en cuatro diferentes longitudes de onda de radiación. Entretanto, tú soplabas en el tubo, un espectrómetro de masa por cromatografía de gas. Todo esto, sin contar el rato que tardabas en desvestirte, duraba unos cinco segundos. Si estabas limpio, te permitían volver a ponerte el traje espacial.

Las drogas eran un problema en L-1. No un problema de salud, sino un problema administrativo. El ochenta por ciento de todos los viajeros que iban a la Luna o volvía de ella, pasaban por la estación de transbordo L-1. También lo hacía la mitad de la carga. Las drogas eran muy populares en la Luna, especialmente entre los mineros y los técnicos de radiotelescopio, estacionados en la Base Farside. El aburrimiento tenía algo que ver con ello. Como sugirió una vez un bromista británico —y era tan cierto respecto a las minas de hielo de la Luna como a las minas de carbón inglesas— si buscabas una palabra para describir la conversación que se mantenía en las minas, aburrida era la que acudía a los labios.

Las diez primeras drogas del hit parade de la Luna, cambiaban constantemente al ir apareciendo productos más nuevos y mejores para producir euforia en el sugestionable cerebro humano, inventados por químicos que trabajaban por su cuenta. La colonia espacial de L-5 iba a la cabeza en la invención y elaboración de productos químicos hechos en casa, en parte debido a la demanda local, y en parte debido a que sólo había un cuello de botella entre L-5 y la Luna, L-1, mientras que todo lo que se enviaba desde la Tierra tenía que efectuar dos o más transbordos.

En cuanto a las autoridades de Farside y Cayley, las principales bases lunares, había quien decía que eran menos que diligentes en actuar contra el tráfico. Se decía, extraoficialmente, que algunas sustancias ilícitas aumentaban la productividad, al menos a corto plazo, y sin duda estimulaban la economía local; ¿y a cuánta gente perjudicaban realmente? De manera que la tarea de hacer cumplir la ley recaía en el personal de seguridad de L-1.

Ese personal estaba formado por una sola persona, un hombre llamado Brick. Tenía tendencia a estar irritado, y hoy no había dormido.

—Adelante —murmuró a Cliff, y le hizo una seña de que pasara por el control de seguridad sin molestarse en mirar las pantallas.

Cliff, que había efectuado viajes frecuentes de ida y vuelta a L-5 en los últimos meses, siempre había estado limpio.

En el muelle, con la ropa en la mano, Cliff se encontró con el otro pasajero que le había dicho que le acompañaría en la cápsula hasta Farside, una astrónoma rusa que regresaba de un permiso en el Transcáucaso.

—¿Eres Cliff? —le preguntó—. Soy Katrina, Me alegro de conocerte... disculpa un momento.

Katrina acababa de salir de la cabina de inspección y todavía se estaba vistiendo. No se molestó en girarse mientras Cliff se apresuraba a ponerse los pantalones y la camisa. Ella se tomó su tiempo para subirse la cremallera del mono sobre la piel desnuda; luego, le ofreció la mano y sonrió.

Él le estrechó la mano. Por un momento rodaron torpemente en el aire en la bahía sin gravedad. Él se aclaró la garganta y finalmente susurró:

—Encantado, estoy seguro.

La mayoría de hombres habrían quedado encantados al ver por primera vez a Katrina Balakian —era una rubia alta y de piernas largas, con unos impresionantes ojos grises de brillo malévolos— pero Cliff se puso nervioso al instante. No sólo porque ella era un par de centímetros más alta que el delgado inglés, sino también por el hecho de que Cliff había estado demasiado tiempo lejos de su esposa, y la piel morena de Katrina y aquella franca mirada, eran un desafío inesperado a su consciencia. Apenas pudo murmurar las frases apropiadas cuando subían a la pequeña cápsula y se acomodaban en ella.

El lanzamiento se produjo minutos más tarde, y durante treinta horas la cápsula cayó hacia la Luna en una larga y suave parábola. Cuando se acercaba el final del viaje, Cliff salió de la litera de aceleración en la que había pasado casi todo el tiempo desde que salieron de L-1, profundamente dormido. Katrina se removía soñolienta en la suya.

Les habían prescrito un medicamento para dormir, pues las autoridades sólo ponían objeciones a la automedicación; drogar a los viajeros del espacio era práctica común, ya que era evidente que les beneficiaba.

Cliff atisbó a través de la ventanilla triangular y contempló cómo el paisaje subía a gran velocidad.

—Siempre me desagrada esta parte —dijo su colega, rígida en su litera, ahora con los ojos abiertos de par en par. Ellos dos y el equipaje ocupaban casi todo el espacio de la cápsula, aunque en teoría estaba diseñada para acomodar a tres pasajeros—.

Una vez lo observé. Empieza subiendo de prisa como un enorme pastel de barro. Siempre me parece que vamos a pasar de largo de la base.

Un conductor de lanzadera de mando visual que intentará ver el camino para aterrizar en la Luna, podría apañárselas en Nearside, cuyas grandes llanuras oscuras y cuyos terrenos elevados, serpenteantes Y con cráteres habían producido, hacía tiempo, una imagen indeleble en la memoria humana, pero Farside era un laberinto sin rasgos distintivos para todos, salvo para los Pilotos más experimentados. Farside tenía cráteres espectaculares, claro, pero se encontraban esparcidos de manera regular por el hemisferio, y todo el espacio que quedaba entre ellos estaba lleno de otros cráteres, cráteres dentro de cráteres, hasta el límite de la visibilidad.

—Tu llegaste aquí mucho antes que yo. Creía que te habrías acostumbrado —dijo Cliff.

—Sí, pero tú viajas más. La aventura no está hecha para mí.

Éste era el sexto viaje de Cliff a la superficie lunar en el pasado medio año, y por primera vez consiguió localizar su destino antes de que la lanzadera automática le dejara encima.

—Ya veo el monte Tereshkova. En el horizonte, a la izquierda.

—Si tú lo dices. Pero ¿cómo lo sabes?

Finalizaba un largo día lunar. Por la noche, las luces de la Base Farside se habían visto; por el día, a menos que el sol se reflejara en los campos de girasoles metálicos que era la zona de antenas telescópicas, o las hileras de paneles solares que Proporcionaban casi toda la energía para la base, Farside casi se perdía en una monotonía de cráteres. Sin embargo, la base se encontraba dentro de uno de los pocos hitos reconocibles del terreno: la gran laguna llena de lava y rodeada de montañas conocida como el Mare Moscoviense, el Mar de Moscú, cuya existencia fue insinuada por primera vez en las sucias fotos devueltas a la Tierra, en 1959, por el Luna 3. La base se hallaba junto a las paredes montañosas, al oeste de la oscura llanura circular de doscientos kilómetros de ancho, a veintiocho grados norte de latitud y ciento cincuenta y seis grados oeste de longitud.

El otro puesto importante en la Luna, Cayley Base, se hallaba cerca del centro muerto de Nearside. En los primeros días, su situación ecuatorial había sido vital para ahorrar el preciado combustible; la mayor parte del tráfico, en el sistema Tierra-luna, todavía se centraba en el plano que cortaba ambos cuerpos y se extendía hacia las grandes colonias espaciales.

Cincuenta años antes, Cayley Base se había construido como mina a cielo abierto, Los mineros excavaban el polvo lunar rico en metal, formaban con él bloques compactos y después lo enviaban con una catapulta electromagnética a una estación de transbordo de L-2, detrás de la Luna, y de allí a la creciente colonia espacial de L-5.

La Base Farside era diferente, y su posición descentrada en la parte posterior de la Luna, se adaptaba a las demandas. La oscura lava del suelo del Mare Moscoviense escondía cuevas de agua helada —minas de hielo—, el recurso más apreciado de la Luna. Las elevadas paredes del enorme cráter y la propia Luna, aislaban la base de la radiocontaminación del espacio de la cercana Tierra, y cien radiotelescopios alzaban sus reflectores hacia el cielo en una continua búsqueda de inteligencia extraterrestre.

Cuando Cliff sintió el sólido golpe de los retrocohetes bajo los pies, Katrina chilló, un chillido de niña que salió de modo incongruente de su cuerpo de amazona, y en aquel momento los dos sintieron su propio peso por primera vez en varios días. La cápsula automática redujo velocidad al deslizarse sobre la llanura dirigiéndose a la base. Cliff permaneció sobre los pies atisbando por la ventanilla.

La característica más notable de Farside era el conjunto circular de más de cien reflectores de radiotelescopios de doscientos metros, que cubrían treinta kilómetros cuadrados del suelo del cráter. Hacia el borde de este círculo perfecto discurría una línea tangente, la catapulta electromagnética de la base, de cuarenta kilómetros; cuando entraron, Katrina y Cliff volaron casi paralelos al dispositivo de lanzamiento. Dos puntos blancos señalaban las cúpulas que eran el centro habitado de la base, y al lado de ellas se encontraba el campo de aterrizaje. Más allá del campo se extendía una llanura cuadrada de paneles solares.

El dispositivo de lanzamiento de Farside había sido construido para lanzar no sólo los bloques de polvo de diez kilos, sino también vehículos espaciales desde la Luna, vehículos como el que Cliff y Katrina utilizaban, cápsulas lo bastante grandes como para contener a tres personas con equipaje y manutención o, sujeta, una tonelada de carga. Después de un pesado viaje de dos días hasta L-1, las cápsulas se proveían de tanques de combustible atados con correas y eran reenviadas, frenando su caída mediante la combustión de abundante oxígeno de la Luna con hidrógeno, este último más raro y más caro.

Cuando el retrocohetes descendió sobre la pista de aterrizaje de polvo, la radio de la cabina crepitó:

—Unidad cuarenta y dos, sois Leyland y Balakian, ¿verdad? La mierda esa estará detenida durante veinte minutos, Leyland, así que puedes conectar la unidad de compuertas y guardar tu traje O-DOS. Balakian, aquel tractor de la pista es para ti.

Los retrocohetes se pararon y la lanzadera bajó el último medio metro que le faltaba para llegar al suave suelo. Katrina suspiró melodramáticamente y se soltó las correas.

—En el tractor hay mucho espacio. ¿Quieres venir?

Cliff sacó una gran caja de plástico de la red de la carga.

—Gracias. Yo...

—Soy tan encantadora, ¿no? —Katrina pestañeó.

Cliff sonrió.

—De veras. No me importaría poner los pies en el suelo... o lo que aquí hace las veces de suelo.

—¿Qué llevas ahí, otro ramo de aves del paraíso para el Gran Paseo?

—Brotos de arroz. La mejor cepa de G baja de L-5. Desde que llegó de China el nuevo contingente, parece que la demanda ha ido en aumento.

Se encendió una luz amarilla, avisándoles de que cerraran sus cascos. El sencillo diseño de la cápsula no desperdiciaba nada en una cámara de aire; cuando ambos pasajeros tuvieron cerrados los cascos, Katrina tecleó en el ordenador y una bomba aspiró el aire de la cabina y lo introdujo en botellas de conservación. Cuando se alcanzó todo el vacío que era posible alcanzar, la pequeña escotilla a presión se abrió. Katrina se deslizó a través de la abertura circular y Cliff lo hizo tras ella.

La sección inferior de la cápsula estaba rodeada por un módulo de combustible incorporado en forma circular; el retroceso de la cápsula asomaba por el interior del círculo. Cliff y Katrina descendieron por la estrecha escalerilla hasta el suelo, tres metros más abajo.

El polvo lunar del campo de aterrizaje estaba surcado por extrañas ondas de huellas de neumáticos, que se entrecruzaban formando círculos confusos. Un tractor de grandes ruedas se acercaba a ellos desde la formación de antenas, como una lancha motora sobre la estela de un barco, dejando también ella una estela. El tractor se detuvo al lado de la lanzadera provocando una nube de polvo que pronto se depositó.

Cuando apareció la luz verde en la escotilla trasera del tractor, Katrina la abrió e hizo entrar primero a Cliff. Después entró ella y cerró la escotilla tras de sí.

—Hola, Piet —dijo Katrina por el intercomunicador del traje—. ¿Te han rebajado a conductor de tractor durante mi ausencia?

—Muy divertido —gruñó el hombre.

—Éste es Cliff —presentó Katrina—. Le he dicho que le dejarías en Mantenimiento.

—¿Por qué no? Como has dicho, no soy más que un simple conductor.

—Piet en realidad es analista de señales —dijo animadamente Katrina—. Mi nuevo camarada, Cliff, es agrónomo. Cliff Leyland, Piet Gress.

Gress se giró en el asiento para tender una mano derecha enguantada. Cliff se la estrechó.

—Encantado —dijo.

Gress murmuró algo parecido. Apretó el acelerador y el tractor se puso en marcha con brusquedad, arrojando a Cliff y a Katrina el uno contra el otro en la parte trasera del tractor, la cual no estaba acolchada.

—Veo que tu famoso tío vuelve a ser noticia, Piet —dijo Katrina cuando recuperó la compostura.

—¿De veras?

—Tú, claro, nunca pierdes el tiempo mirando el vídeo. —Se volvió a Cliff—. Su tío es Albert Merck.

Cliff se interesó cortésmente.

—¿El arqueólogo? ¿El que rescataron de la superficie de Venus hace unas semanas?

—El mismo. El que tiene las ideas más definidas respecto a los extraterrestres.

—¿Ha traducido lo que encontraron en Marte? —preguntó Cliff.

—¡Qué si lo ha traducido! —gritó Katrina. Los intercomunicadores transmitieron, dolorosamente, con el mismo volumen en los oídos de todos—. Claro que lo ha hecho. Y es una traducción de lo más completa y larga. Como dices tú, la «última voluntad y testamento» de una civilización agonizante.

—Puedes ahorrarte la ironía, Katrina —dijo Gress—. Eso fue hace mucho tiempo. Era un comienzo. Elaboró varias hipótesis útiles.

Katrina se echó a reír.

—Traducir un texto que está en una lengua desconocida, por no decir extraterrestre, requiere algo más que hipótesis. Pero los que sabemos algo de análisis de frecuencias...

—Quienes quizá conocen bastante menos las lenguas naturales.

—Por favor, no me interpretes mal, Piet. Me alegro de que le salvaran, la vida a tu tío. —Se volvió a Cliff—. Es tradición familiar. El tío de Piet excava el pasado e imagina que lee mensajes en viejas botellas, mientras Piet mira hacia el futuro, ansioso por descifrar el primer mensaje de las estrellas.

—Habrá una —dijo Gress sencillamente.

—Si tu tío está en lo cierto, ya lo hubo, pero te lo perdiste —replicó Katrina—. Tu Cultura X murió hace mil millones de años.

Gress volvió la cabeza y miró a Cliff.

—No debes hacerle mucho caso. No es tan cínica como pretende.

—No soy cínica en absoluto —dijo Katrina—. Soy realista. No importa, con estos telescopios tan caros nosotros estamos consiguiendo algo en astronomía, mientras que vosotros perdéis el tiempo escuchando un fonoenlace vacío.

El tractor se acercaba de prisa a una de las dos grandes cúpulas de la base central. Un anillo de compuertas del tamaño de un vehículo rodeaba la base de la cúpula, y Gress se dirigió hacia la puerta abierta más cercana. Cuando el tractor cruzó la polvorienta abertura, la escotilla se cerró automáticamente detrás de ellos. De la pared salió un tubo a presión que ajustó sus deteriorados labios de policaucho que rodeaba el borde de la escotilla trasera del tractor. Éste pasó unos momentos robando aire de la cúpula; al notar la presión, la escotilla se abrió de golpe. Los ocupantes abrieron sus cascos.

—Gracias otra vez —dijo Cliff—. ¿Os veré en el Paseo?

—A mí seguro que sí —dijo Katrina—. Pero a él no. Se pasa todo el tiempo libre tratando de extraerle significado a las señales de las novas y otras cosas así.

Piet Gress se encogió de hombros, como para decir que no valía la pena replicar a las opiniones distorsionadas de su colega.

Como por impulso, Katrina cogió a Cliff por la manga.

—Antes de que te vayas...

—Sí...

—Estoy pensando en invitar a unas cuantas personas a mi casa más tarde. Para celebrar que he regresado sana y salva. ¿Vendrás? Es tan agradable hacer nuevos amigos...

—Gracias, yo... será mejor que diga que no. No he dormido demasiado bien durante el viaje de regreso.

—Pásate un rato. Por favor. —Miró de reojo—. Tú también estás invitado, Piet.

Cliff la miró. Sus ojos claros eran asombrosos. Él había intentado no admitirlo durante los dos últimos días, desde que el azar les había puesto juntos en la misma lanzadera. Se encogió de hombros.

—Me quedaré despierto unas horas por ti.

—Es una promesa, Cliff —dijo ella—. Hacia las siete, entonces. —Cuando se apartó, se había producido un sutil cambio en la expresión de ella, que ahora tenía un destello de triunfo.

Cliff se introdujo en el tubo. Miró hacia atrás. Piet Gress le hizo un brusco gesto de despedida; Katrina seguía mirándole fijamente con sus ojos conmovedores.

Cuando Cliff llegó a la puerta interior, el chirriante mecanismo chocó, resolló y soltó el tractor. A través de la ventanilla de grueso cristal de la compuerta, Cliff observó al tractor salir al día lunar y dar la vuelta, dirigiéndose hacia el distante grupo de antenas. Lamentó su falso coqueteo. Al fin y al cabo, era un hombre felizmente casado.

El gran tractor avanzaba veloz al lado del lanzador lineal, hacia los distantes radiotelescopios.

—Buena actuación —murmuró Gress—. Ten cuidado de no exagerar.

Katrina bostezó ruidosamente, sin hacerle caso.

—¡He dormido un día entero! Estoy llena de energía.

—¿De verdad querías invitarme a tu fiesta? —preguntó Piet Gress.

—No seas tonto. Tú ya has tenido tu oportunidad conmigo. Más de una vez.

—No sé si sentir lástima de ese pobre hombre o envidiarle.

—Si tuvieras imaginación, Piet, le envidiarías. Pero ya decidimos que no sabes lo que te pierdes. Él es bastante mono, ¿no crees?

Gress rezongó algo y se concentró en la conducción. Al cabo de un rato preguntó:

—¿Vas a mantenerme en suspenso eternamente?

—Muy bien, ya que estás tan impaciente... —Su tono se hizo más serio—. La noticia no es exactamente ideal.

—¿Qué sector?

—Como sospechábamos, el que está programado que investiguemos a continuación —respondió ella—. Crux.

Condujo en silencio un momento.

—Pareces alegrarte bastante —dijo con acritud—. ¿Te interesa de verdad el objetivo real de esta operación? ¿O tu interés es puramente astrofísico, como no dejas de decirle a todo el mundo que quiera escucharte?

Katrina dijo con amabilidad.

—Me interesa, Piet. ¿No te excita saber que estamos tan cerca de nuestra meta? ¿Todos nosotros?

—Crux, entonces. —Su voz estaba llena de frío cansancio—. No puedo decir que no estuviera preparado.

—Claro que estás preparado. No te preocupes, todo irá bien.

Cliff Leyland se sacó el casco y se lo puso bajo el brazo. Con la mano derecha cogía fuertemente la gran cartera que había traído con un esfuerzo considerable, desde L-5. Introdujo la cartera en una ranura de la pared y esperó a que terminara la inspección pasiva. Un segundo más tarde se abrió la puerta interior de la compuerta y Cliff penetró en el interior de la cúpula. Eso era todo: en Farside no existían los registros corporales.

Las dos grandes cúpulas eran las estructuras más antiguas de la base. En un principio había albergado a los obreros de la construcción y la maquinaria de éstos pero en cuanto fue posible la gente se trasladó bajo tierra. La cúpula en la que Cliff se hallaba ahora era un garaje, hangar y taller de reparaciones para equipamiento grande; era un hervidero de hombres y mujeres ocupados en reparar coches lunares estropeados, transformadores defectuosos, tramos de la Vista del lanzador que necesitaban reparación. El resplandor y los destellos de los sopletes proyectaban extrañas sombras en el interior curvado de la cúpula, un lugar más frío que su gemelo, que había sido convertido en zona de recreo y jardín y, por tanto, estaba lleno de plantas lo bastante fuertes como para resistir la radiación a nivel de la superficie, la cual podía ser intensa donde no había atmósfera que interceptara el viento solar y el bombardeo constante de los rayos cósmicos.

Cliff caminó hasta la parada de trolebús más cercana. Al cabo de pocos segundos llegó uno de los coches abiertos, produciendo un monótono pitido de advertencia, y Cliff subió a bordo sentándose al lado de una pareja de mineros de hielo a los que reconoció, pero los cuales no le habían sido presentados. La Base Farside no era

grande, pero en una población de casi mil personas, la mayoría de ellos adultos, los recién llegados pueden seguir siendo extraños durante mucho tiempo.

El trolebús avanzó zumbando por un corredor ancho y bajo de grava compacta lunar color gris, pasando por delante de corredores laterales más pequeños que conducían a dormitorios, oficinas, comedores, campos de juego, restaurantes, teatros, salones de reunión... La mayor parte de la base era así, enterrada cinco metros bajo tierra, bien protegida contra las energías fortuitas del espacio natural. En cada parada subía y bajaba gente, algunos con traje espacial, la mayoría en mangas de camisa. Los mineros de hielo se apearon cerca de sus habitaciones; Cliff prosiguió hasta la estación de agronomía.

Cuando bajé del trolebús, un hombre en mono de técnico de transporte le esperaba.

—¿Es usted Leyland? Tengo un cargamento de materia seca y negra para usted.

—¿Ah, sí? ¿Cómo sabía que yo estaría aquí?

—No se haga el gracioso —dijo.

Cliff no reconoció al tipo aunque, mientras firmaba la conformidad en el albarán, el hombre estuvo mirándole fijamente. Era joven y tenía el cabello oscuro y abundante, y la sombra de una barba oscura bajo la piel transparente de la bien afeitada mandíbula. No parecía un técnico de grado medio.

Cliff le devolvió el albarán y se volvió para marcharse.

—Eh. ¿Tiene algo para mí? —susurró el hombre con urgencia.

Cliff se giró.

—¿Qué?

—¿Tiene algo?

—No, que yo sepa —respondió Cliff, perplejo.

—Vamos, hombre... Usted es Cliff Leyland, ¿no?

—Sí.

El hombre echó la cabeza hacia atrás, boquiabierto e incrédulo.

—Leyland, ¿no recuerda una pequeña conversación que sostuvimos en el salón un par de días antes de marcharse a L-5? Iba usted a buscar a un amigo de unos amigos míos.

—Ah —exclamó Cliff con el rostro gélido—. Eras tú. Tienes un aspecto diferente con este mono de trabajo.

—Ahórrese la comedia, amigo, y límitese a darme la mercancía.

—He reflexionado sobre la proposición. Me he decidido en contra.

La incrédula boca estuvo a punto de abrirse más esta vez, antes de cerrarse de golpe.

—¿Que qué?

—Ya me has oído. Diles a tus amigos, quienesquiera que sean, que he pensado en

su propuesta y me he decidido en contra.

—¿Sabe lo que está diciendo, amigo?

El rostro de Cliff se iluminó de ira.

—Sí, creo que sí, amigo.

El tipo parecía sinceramente preocupado.

—No, amigo, ¿sabe lo que esto significa?

Cliff avanzó un paso.

—Oye, quiero que te vayas de aquí ahora mismo. Mantente lejos de mí. Diles a tus amigos que tampoco se me acerquen. O te entregaré.

—Vamos, amigo...

—No tienes que preocuparte por nada si te mantienes apartado de mí. No repetiré nada de lo que me has dicho, pero no quiero que nadie, nadie en absoluto, vuelva a plantearme, ese tema.

—Amigo, no sabes lo que pides...

—Vete. —Cliff se volvió.

—Oh, amigo, ooh... —Las palabras sonaron casi como un canturreo: El obrero de transportes parecía trastornado como si llorara la pérdida de un amigo. Echó una última mirada herida a Cliff y se alejó despacio, dejando junto a la puerta el cargamento de tierra vegetal.

Cliff le observó alejarse; después, atravesó la puerta doble de Agronomía, y entró en las brillantes cuevas cuadradas de los invernaderos experimentales. Que otro se ocupara de la tierra que no había solicitado.

Para cuando hubo plantado los delicados brotes de la nueva cepa de arroz, eran las cinco de la tarde; Cliff se dio cuenta de que estaba hambriento. Ordenó sus cosas y fue al comedor que utilizaban los otros solteros y separados. Era un lugar lujoso en comparación con las instalaciones similares de la Tierra, con diferentes niveles, reservados e iluminación indirecta, y comida preparada soberbiamente aunque fuera servida en una barra de cafetería. Cliff comió solo, en una mesa para cuatro; el mantel y las velas, las paredes de terciopelo y brocado, la gruesa alfombra meticulosamente limpia, el techo de madera de pino rojo y la luz cálida, sólo sirvieron para recordarle a Cliff que se encontraba atrapado bajo tierra en un mundo extraño.

Después de la apresurada comida se fue al cubículo que compartía, y redactó unas cartas para que fueran enviadas por radioenlace a Myra y los niños. Habría hablado con ellos por vídeoenlace si hubiera podido permitírselo, pero los recursos de la familia eran limitados. Así que, con gran dolor, escribió las palabras que serían transmitidas en fragmentos, fragmentos que serían reagrupados en la unidad de fax del apartamento que Cliff y Myra poseían en El Cairo...

«Mi querida Myra. He realizado con éxito otro viaje de ida y vuelta a L-5. Allí han desarrollado una cepa de arroz de alto rendimiento que les ha dado buen

resultado, y nosotros vamos a probarlo aquí. El viaje transcurrió sin incidentes, aunque debo admitir que después de tantos viajes como éste, sigo sin acostumbrarme a los cambios. Me siento solo como siempre. Te quiero y ruego para estar pronto con vosotros. Mi amor también para nuestro nuevo hijo, como sólo tú puedes darlo. Con todo mi amor, Clifford...»

Y en la segunda parte del mensaje:

«¡Hola, Brian y Susie! Tengo muestras de polvo lunar de muchos sitios, Brian, y también muchas rocas que he intercambiado con personas que han estado en otras partes de la Luna, algunas de las cuales puedes ver desde donde vives, cuando hay luna llena, aunque no puedas ver el lugar donde vivo ahora. Susie, cuando pueda venir a casa, que será pronto, te traeré un poco de seda lunar, que la hacen unos gusanos de seda que viven en la Luna y es diferente de todo lo que hay en la Tierra. Os quiero mucho a los dos, y no tardaremos tanto tiempo como parece en estar juntos de nuevo. Cuidad de vuestra madre. Os quiero. Papá».

Cliff Pulsó la tecla de envío y se recostó en la silla. Debería meterse en la cama. Sin duda estaba suficientemente cansado, si tenía que ser sincero consigo mismo. Tenía la piel gris, estirada como un pergamino desde los pómulos hasta la barbilla. Pero le había Prometido a Katrina que iría un rato a su fiesta. Y a decir verdad, cansado como estaba, no tenía sueño. Con tanto ir y venir entre Puntos extraños en el espacio, realmente ya no sabía qué hora era.

También le preocupaba otra cosa. Le preocupaba sentirse tan distante de su familia. Le preocupaba no poder pensar en el recién nacido con los sentimientos que un padre debería experimentar. Le preocupaba el estar permitiéndose ser algo más que simplemente cordial con Katrina... permitirse ser arrastrado. Probablemente sería mejor parar antes de empezar, pero...

Se levantó de la silla y entró en el pequeño cuarto de baño. Se salpicó la cara con agua, agua que cayó con lentitud y se aferró a su piel hasta que él la apartó con el secador de manos. Se miró al espejo. No se había molestado en afeitarse el último día de su largo viaje desde L-5. Tenía la piel pálida como la mayoría de habitantes de la Luna, quizá incluso un poco más gris, ya que a la piel blanca se sobreponía la melanina de varios años, producto de un profundo bronceado en el Sáhara descolorida ahora. No obstante, seguía siendo un apuesto hombre de treinta y cuatro años, delgado y con el pelo oscuro, de aspecto pulcro y movimientos precisos hasta el remilgo. Se entretuvo un buen rato con la máquina de afeitar, hasta que la piel le quedó reluciente.

Sacó del armario una chaqueta de plástico, se la puso y salió de la habitación.

Había que recorrer un largo trayecto en trolebús subterráneo para llegar al conjunto de antenas, donde vivían y trabajaban los astrónomos; Cliff efectuó el viaje

en silenciosa contemplación. Casi antes de darse cuenta se encontró ante la puerta del apartamento de Katrina Balakian. Hizo una breve pausa, tomó aliento y llamó.

La puerta se abrió y apareció ella con una amplia sonrisa en los labios.

—Cliff. —Llevaba un vestido negro ceñido y corto, hasta medio muslo; un collar de aluminio y obsidiana descansaba sobre su pecho suave y bronceado artificialmente. Con sus largas uñas le cogió la crujiente manga y le hizo entrar.

Cliff se encontró en otra habitación iluminada con velas. Aquí las velas ardían con más brillo porque el aire era rico en oxígeno —el oxígeno era barato y el nitrógeno, caro—, pero una habitación iluminada con velas era tan sugerente aquí como en cualquier otra parte. Una botella de Luna Spumante se mantenía fresca en un cubo sobre el aparador, junto a sólo dos vasos.

—¿Dónde están los demás? —preguntó Cliff.

—Es demasiado temprano para el grupo con el que salgo. Dame la chaqueta. — Ya estaba detrás de él, retirándosela de los hombros—. ¿Puedo servirte una copa?

—La verdad es que estoy bastante cansado... Esta noche será mejor que beba soda.

—Prueba esto. —Quitó el tapón a presión del vino espumoso—. Garantía de que no tendrás resaca. —Sirvió una copa y se la ofreció. Él vaciló aceptándola finalmente.

Animada, se sirvió ella, levantó su copa y la hizo chocar con la de Cliff.

—¿Lo ves? Se te puede convencer —dijo.

Él probó el vino, ácido y chispeante.

—Es bueno.

Cliff no estaba acostumbrado a esta bebida burbujeante. Sus hábitos eran sencillos, aunque tenía que admitir que no era del todo por elección suya. Se dio cuenta de que tenía la vista fija en los grandes ojos grises de Katrina.

Echó un vistazo al apartamento, el doble de grande que el que compartía él con otro soltero temporal. De las paredes colgaban grandes hologramas en color, de lugares donde ella había trabajado anteriormente. Había una buena fotografía de los cilindros gemelos de L-5, tomada a cinco kilómetros de distancia con una Tierra llena saliendo detrás de ellos; también había una fotografía del Conjunto de Abertura Sintética de las estepas de Khaaki.

¿Qué había hecho con las sillas? El único asiento al parecer era el sofá. «Realmente no debería estar aquí», pensó Cliff al sentarse.

Un momento más tarde Katrina se hallaba al lado de él casi rozándole la rodilla con la suya propia e inmovilizándole con aquellos ojos hipnóticos. Al parecer conocía muy bien su efecto.

—¿Has estado en L-5? —preguntó Cliff.

Ella sonrió y decidió interpretar su papel un poco más.

—Fue mi primera misión fuera de Novo Aktyubinsk. Ayudé a instalar las antenas ULB del espacio profundo. Y de alguna manera conseguí quedarme en el espacio.

—¿Las primeras antenas ULB? —Trató de parecer impresionado—. Debió de ser un reto, en aquellas condiciones. La estación ni siquiera estaba a medio construir, ¿no?

Ella le puso una mano sobre la rodilla.

—No hablemos de trabajo, Cliff. Gracias por venir.

—Bueno, gracias por invitarme —dijo él, sintiéndose torpe. Se movió para mirarla de frente, lo cual tuvo el efecto de convertir su rodilla en una barrera entre ellos. Katrina apartó los dedos con suavidad.

—Háblame de ti —dijo—. ¿Dices que has estado seis meses entrando y saliendo de aquí, y no nos habíamos encontrado nunca? Yo no he estado fuera tanto tiempo. ¿Cómo has conseguido evitarme?

—En realidad, no lo he hecho. Sinceramente, nunca te había visto.

La sonrisa de Katrina se hizo más amplia.

—Entonces, ¿tan fácil es pasarme por alto?

—Claro que no. Lo siento. La verdad, nunca sé qué decir. Quizá porque en realidad no sé qué hago aquí.

Ella no hizo caso de este comentario y bebió un sorbo de champaña.

—¿Echas mucho de menos la Tierra?

Él asintió.

—Echo de menos el Nilo... —Quería decir que echaba de menos a Myra y a sus hijos, pero por alguna razón esas sencillas palabras no le salieron—. El proyecto del Sáhara. Sólo por su escala..., pasarán uno o dos siglos antes de que podamos experimentar esa clase de renovación del paisaje en cualquier otra parte, excepto en la Tierra.

—Marte es un desierto tan grande como todo el suelo de la Tierra, y reclamarlo... Yo digo que allí es donde el hombre y la mujer socialistas ganarán su independencia. —Se echó a reír—. ¿Lo ves?, después de todo me has hecho hablar de trabajo. O de política, que es peor. —Bebió otro sorbo.

—¿Piensas trasladarte a Marte?

—Tal vez aquello me gustaría. Ya te he dicho que no soy aventurera, pero hay cosas que merecen una aventura. Ser astrónoma, sí. Aún más, ser algún día pionera de la ciencia en tierras nuevas. —Los ojos le brillaban a la luz de las velas—. Déjame decirte una cosa, Cliff: es difícil pertenecer siempre a la minoría. Como mujer, me refiero. No soy del tipo ama de casa. Tampoco soy una de tus monjas cristianas, pero la manera como los hombres importunan a las mujeres en estos sitios... esperan que elijamos a uno de ellos sólo para mantener alejados a los demás. —Se levantó rápidamente, un movimiento común en la poca gravedad, dejando el vaso detrás del

sofá—. Lo siento, te estoy poniendo nervioso.

La mirada de Cliff había quedado cautivada al vislumbrar los muslos de Katrina, largos y firmes, bajo la falda.

—¿Por qué lo dices? —Carraspeó para aclararse la garganta.

Ella le miró.

—No eres el tipo de hombre al que le gusta que le digan que es difícil resistirse a él.

Cliff suspiró.

—Katrina, sabes muy bien que estoy...

—Que estás casado, que tienes hijos pequeños y que amas a tu familia. Sí, sí, ya me lo has dicho. Eso me gusta.

—Bien, mmm..., tú también eres muy atractiva, la verdad. Es decir...

Ella se le acercó y le hizo poner en pie, sin esfuerzo. Apoyó la cabeza en su hombro. Los senos de la joven rozaban el pecho de Cliff.

—Nada de complicaciones. Un día de estos yo me iré a Marte, y tú regresarás al Sáhara. Entretanto, podemos ser muy discretos. Y las largas noches no serán tan largas como serían.

—Oye, yo... —Cliff enrojeció—. Tus amigos estarán a punto de llegar.

Ella rio suavemente.

—Esta noche no hay amigos, Cliff. Tú eres el único.

—Pero has dicho...

—Tranquilízate, ¿quieres? Hablemos un minuto.

Él la cogió de los brazos y retrocedió.

—Creo que no tenemos nada de que hablar.

—Cliff...

—Lo siento. Lo siento de veras. Estoy enamorado de mi esposa, creo. Quiero decir que no es esto lo que siento, pero... Katrina, eres una mujer realmente hermosa. Lo único que ocurre es que no quiero complicarme la vida..., de la manera que tú sugieres.

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—De acuerdo. Entiendo..., el mensaje. No te enfades. Siéntate, termínate la copa. Relájate. —Levantó ambas manos—. Mantendré las zarpas quietas.

—Creo que... Gracias de nuevo. Debo irme. —Cruzó la habitación y cogió la chaqueta de donde ella la había colgado.

Su sonrisa se desvaneció.

—¿Eres tan cándido como aparentas?

—Supongo que sí. —Cliff se dio cuenta de que todavía tenía la copa en la mano—. Lo siento, ¿podrías...? —Se la entregó; luego se puso torpemente la chaqueta—. Bueno, oye...

—Piérdete, ¿quieres?

Arrojó la copa al suelo con toda la fuerza, la suficiente para elevarse ella misma a uno o dos milímetros del suelo alfombrado. Gotitas de líquido salpicaron la habitación. La copa chocó despacio; intacta, rebotó en el aire.

Cuando la copa cayó suavemente al suelo, la puerta se cerraba tras de Cliff. Katrina se encogió de hombros y recogió la copa. En pocos minutos reordenó el apartamento; no quedó rastro de que hubiera tenido visita.

La mente de Cliff estaba tan confusa y llena de culpabilidad, mezclado todo ello con el deseo frustrado, que no se dio cuenta de que dos hombres le seguían hacia el corredor principal. Este sector se encontraba lejos de los bulliciosos pasillos de la base central. Los techos eran bajos, las paredes gruesas, y no había nadie cerca.

Cliff giró en otra esquina. Ellos también. Apretó el paso, hasta caminar lo más de prisa que podía sin correr realmente. Cuando les oyó avanzar a grandes zancadas hacia él, intentó correr.

Llegaron hasta él en cuestión de segundos. Estos hombres estaban acostumbrados a la Luna; sus movimientos eran rápidos y precisos, a diferencia de los torpes esfuerzos de Cliff por no perder el equilibrio. Uno de ellos le cogió por el cuello de la chaqueta y tiró de él. El otro le dio una fuerte patada en las corvas y Cliff cayó. El primero le tapó la cabeza con la chaqueta. Su forcejeo era débil, ineficaz; sus gritos aterrados quedaban amortiguados. Los hombres le arrastraron como un saco de patatas, y le llevaron tras las puertas de acero de una subestación de servicios públicos.

Al principio ninguno de ellos dijo una sola palabra. Empezaron a golpearle: uno mantenía inmovilizado a Cliff sujetándole los codos hacia atrás, mientras otro le daba puñetazos en el estómago. Cuando el primer hombre se cansó, cambiaron de lugar. Evitaron escrupulosamente golpearle en las zonas donde era probable que aparecieran cardenales.

Por fin, dejaron caer al suelo a Cliff. Éste permaneció inmóvil, sintiendo náuseas.

—La próxima vez que te pidamos que hagas algo para nosotros, no digas que no—dijo uno de ellos entre jadeos. Sacudió los brazos y los hombros, para relajar los músculos; estaba extenuado—. O será lo último que digas.

Entonces Cliff perdió el conocimiento. Pero la voz de su torturador le quedó grabada en la memoria.

El magneplano de Sparta se detuvo silencioso a gran profundidad bajo la estación de St. Lazare, tras un breve viaje supersónico a través del Túnel, el túnel de gran vacío que discurría por debajo del Canal de la Mancha, para enlazar Londres con París. Las credenciales de la Junta Espacial pertenecientes a Sparta habían pasado por la aduana electrónica de Londres, y por tanto pudo bajar en el atestado andén de París con la misma ceremonia con la que hubiera descendido de un vagón de metro. Subió en ascensor hasta el nivel de la calle y salió de la grandiosa estación del siglo XIX, de hierro forjado y techo de vidrio.

Sobre el elevado arco de hierro que se abría a la bulliciosa calle, una gran pantalla plana proyectaba, en silencio, titulares de noticias y anuncios. Sparta ya casi se encontraba fuera de la resonante estación, cuando uno de los titulares despertó su curiosidad.

SIGUE SIN APARECER EL APRECIADO PAPIRO DEL LOUVRE  
LA POLICÍA, DESCONCERTADA  
LAS PESQUISAS PARA HALLAR AL MISTERIOSO «GUY» ENTRAN  
EN SU SEGUNDA SEMANA

Las parpadeantes noticias iban acompañadas de imágenes de la escena del crimen, incluida una reconstrucción robot, hecha electrónicamente, del aspecto de «Guy», al parecer basada en descripciones dadas por testigos. La madre de Blake Redfield probablemente no habría reconocido el retrato, pero a Sparta le pareció observar cierto parecido.

Aparentemente no iba a necesitar a aquel GUYA, después de todo. Blake no tenía costumbre de llamar la atención pública sobre sí mismo; era evidente que había tratado de que su disfraz fuera identificado. Quería ser reconocido. Pero también era evidente que si hubiera querido que la Policía le atrapara, lo habría conseguido.

Blake esperaba sencillamente que Sparta le encontrara mientras aún se encontraba en el Louvre, antes de verse obligado a mostrarse de manera tan espectacular. ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Por qué trataba de anunciarlo? ¿Y dónde se hallaba ahora?

La puerta del cubículo de Blake se abrió dando un golpe. Pierre entró y le cogió por un hombro de la manchada camisa, poniéndole en pie bruscamente. Blake se tambaleó y su cuerpo cedió bajo la garra de Pierre. Medio sostenido y medio arrastrado por Pierre, salió al pasillo dando traspiés.

Pierre le condujo hacia el lavadero, al final del pasillo. Blake representaba su debilidad, deseando no sentirse casi tan débil como fingía. Los demás cubículos

permanecían con las puertas entreabiertas y todo el mobiliario de éstos había sido trasladado. En los anteriores días de confinamiento solitario y raciones inferiores a las necesarias, Blake había oído voces y movimiento en las otras habitaciones del sótano, pero no había podido saber qué ocurría. Ahora comprendió que los Atanasios habían estado de mudanza. Tal vez el incidente de «Guy» no tenía nada que ver con aquel traslado, que debía de haber sido planeado con anterioridad al robo. Pero el descubrimiento de la identidad auténtica de Blake podría haberlo acelerado.

Llegaron al final del pasillo. En el lavadero había montones de cajas de cartón y sábanas sucias; nadie había lavado nada allí últimamente. Además del olor a ropa sucia, se percibía el persistente olor a moho de los antiguos desagües de París.

Blake meneó la cabeza, mareado. Advirtió la presencia de Lequeu. El hombre estaba sentado sobre una pila de cajas de embalaje al lado de la puerta, balanceando un pie elegantemente calzado. Miró a Blake inexpresivamente e hizo una rápida seña afirmativa a Pierre.

Apoyada en uno de los fregaderos de acero se encontraba una silla plegable de madera.

—Siéntate —ordenó Pierre, empujando a Blake hacia la silla. Blake se golpeó la espinilla contra el asiento y tropezó, chocando contra la pila; se dio un golpe doloroso en la cabeza con el borde de un estante que había encima, y una botella grande de lejía cayó al fregadero, donde estalló y se hizo añicos.

Lequeu dio un respingo, tapándose la nariz, pero Pierre había aferrado los brazos de Blake y le arrojó bruscamente a la silla.

—Una maniobra estúpida, Redfield —dijo Lequeu, dirigiéndose hacia la puerta—. Puede quedarse aquí sentado y respirar eso.

Blake le miró, con los ojos inyectados en sangre. El olor del hipoclorito sódico era fuerte cerca del fregadero, pero Pierre lo desafió para permanecer, amenazante, junto a Blake. Lequeu recuperó con esfuerzo su actitud de dignidad indiferente; luego sacó un pequeño inyector de droga en forma de pistola, que llevaba en el bolsillo del pecho de su camisa de seda. La sostuvo en alto para que Blake la viera.

—Esto es un cóctel neuroestimulante con el objetivo de llegar al Área Broca y al Área Wernicke, los centros del habla del cerebro —dijo Lequeu con suavidad—. Al cabo de cinco minutos de recibir una inyección subcutánea, empezará a hablar de modo incontrolable. Si nadie le pregunta nada, usted divagará sobre cualquier cosa que acuda a su mente. Por otro lado, en caso de que yo le interrogue, hablará sobre cualquier tema que yo le pida que hable, con todos los detalles que yo quiera. Será totalmente consciente de lo que diga, y lamentará gran parte de ello. Algunas cosas serán embarazosamente personales. Y otras serán desleales. No obstante, no reprimiré nada.

Blake dijo:

—Conozco la técnica.

—Entonces sabe que no exagero.

—Le creo, Lequeu.

—¿Tal vez preferiría hablar conmigo sin ayuda del estimulante?

—¿Qué quiere saber?

—Había una chica —dijo Lequeu como de paso—, Linda... el primer sujeto del programa conocido como SPARTA. ¿Dónde está ahora?

Blake escuchó con atención la entonación de Lequeu. No parecía familiarizado con el proyecto SPARTA, pero quizás actuaba con astucia.

—No sé dónde está. Ahora tiene un aspecto diferente. Se hace llamar de otro modo.

—De hecho, se hace llamar Ellen Troy. Es inspectora de la Junta de Control Espacial.

—Si lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

—Vamos, Blake... ¿Cuándo la vio por última vez?

—En Puerto Hesperus, como seguramente ya sabe. El caso del *Star Queen* fue divulgado ampliamente por todos los medios de comunicación.

—¿Y no tenía ninguna duda de que ella era Linda?

—La había visto en otra ocasión, en Manhattan. Fue una sorpresa... Yo creía que ella había muerto. De todos modos, resultó evidente que ella no quería ser reconocida. La seguí unas cuantas manzanas, pero la perdí.

—¿Por qué creía que había muerto?

—¿Cuánto sabe de SPARTA, Lequeu?

La expresión de Lequeu era blanda como siempre.

—¿Por qué no me cuenta lo que cree que debería saber?

—Bien —dijo Blake—. No revelaré ningún secreto. Puede leerlo todo en los archivos públicos.

—Más tarde le daré oportunidad de contar secretos —dijo Lequeu—. De momento, continúe.

—Linda era el único sujeto de SPARTA cuando era niña, cuando todavía era un asunto particular entre ella y sus padres. Ellos eran psicólogos, inmigrantes húngaros en Norteamérica. El trabajo inicial fue un éxito, llamaron la atención, consiguieron suficientes fondos para montar un proyecto educativo a gran escala en la Nueva Escuela.

—¿La Nueva Escuela?

—La Nueva Escuela para Investigación Social, en Manhattan..., Greenwich Village. Tiene unos ciento cincuenta años de antigüedad. No tantos como el Pont Neuf.

Lequeu le obsequió con una sonrisa gélida.

—Continúe.

—Después de Linda, yo fui uno de los primeros en ingresar allí. Tenía ocho años; mis padres lo vieron como una oportunidad para aventajar intelectualmente al resto del mundo.

—Apenas lo necesitaba.

—Mis padres nunca fueron proclives a correr riesgos. En su opinión, si ser rico es algo bueno, ser listo y rico es mejor. De todos modos, sólo soy un año menor que Linda; era el que me acercaba más a su edad. Durante seis o siete años todo fue magnífico. Después, el Gobierno se hizo cargo de SPARTA. Linda fue enviada a otra parte para recibir «entrenamiento especial». Un año más tarde, sus padres murieron en un accidente de helicóptero. SPARTA se desintegró. Ninguno de nosotros volvió a ver jamás a Linda, que yo sepa..., hasta aquel día, en Manhattan.

—¿Qué le sucedió a Linda?

—Cuando la vi, decidí averiguarlo. Corrieron rumores de que había perdido la razón, de que había muerto en un incendio en la clínica donde estaba siendo tratada.

—¿Qué más averiguó, Blake?

Blake miró fijamente a Lequeu. Si había secretos que Lequeu no conocía —o no sabía que Blake conocía— ahora estaban cerca de ellos. Pero Blake tenía que decirle la verdad. No podía arriesgarse a recibir una inyección que le haría balbucear a la ventura lo que estaba a punto de decir.

—La agencia que se hizo cargo de SPARTA había cambiado el nombre por el de Proyecto de las Inteligencias Múltiples. Lo clasificaron. Francamente, Lequeu, las fichas del Gobierno de lo que queda de los Estados Unidos están llenas de lagunas. Lo único que se necesita es olfato para las guerras burocráticas. Se puede obtener una gran cantidad de información «necesaria» sólo con lo que se duplica.

—¿De qué se enteró respecto a este proyecto de las «Inteligencias Múltiples», Blake? —preguntó Lequeu.

—Me enteré del nombre de la persona que lo dirigía.

—¿Cuál es?

—William Laird.

—¿Y dónde está ahora Laird?

La pregunta le salió del fondo de la garganta, y Blake se dio cuenta de que esto era lo que Lequeu más temía.

—No lo sé —respondió Blake—. Poco después del incendio que supuestamente mató a Linda, y sin duda mató a alguien que se parecía a ella, él desapareció. Ni siquiera se molestó en dimitir. Encontré su biografía oficial; era esquemática y ambigua, pero contenía algo que me llamó la atención. Laird era miembro de una sociedad filantrópica.

—¿Sí?

—Los Tappers.

—¿Conoció alguna vez a William Laird, Blake?

—No.

—Lo imaginaba. Si le hubiera...

Pero en ese momento Blake giró el hombro para golpear a Pierre en la entrepierna. Dejó la silla y empujó a Pierre con toda su fuerza contra la pila. Pierre se dobló con dolor, pero fue lo bastante rápido como para levantar la frente y defenderse de los brazos de Blake. Pero éste no iba tras la cara de Pierre; pasó de largo y agarró una botella de desatascador del estante de encima de la pila de acero. Golpeó la frágil botella de cristal contra el borde de la pila con toda la fuerza que pudo reunir, aunque Pierre tiró de él hacia atrás para impedirlo. Blake mantenía apretados con fuerza los ojos y la boca, y contenía el aliento; se tapó la cara con la camisa. Pierre se dio la vuelta mientras Blake se agachaba. Pierre gritó repentinamente.

Lequeu aullaba de dolor y se aferraba la garganta. La lejía y el producto cáustico, al reaccionar en la pila, habían producido una densa nube de gas de cloro en la habitación, abrasándoles los ojos, la piel, las membranas mucosas, los pulmones.

Blake se dirigió hacia la puerta con los ojos cerrados. Casi consiguió llegar a ella, pero Lequeu extendió un brazo y el inyector rozó el hombro de Blake cuando tropezó a su lado corriendo a ciegas. Blake dejó tras de sí dos cuerpos incapacitados jadeando y retorciéndose en el suelo.

El neuroestimulante era real. Antes de llegar a la calle, Blake balbuceaba de modo incontrolable. Corrió por la calle Jacob, con lágrimas en los ojos, mientras mantenía un abrupto monólogo espontáneo.

—... Pierre Gatito, deberían llamarte, todo músculos artificiales gracias a la máquina de hacer ejercicio, nunca has tenido un día de trabajo auténtico en tu vida...

Blake tenía intención de ir directo a la Comisaría de Policía, pero sabía que tardaría horas en hablar con cordura. Hasta entonces, tenía que ir a algún sitio donde nadie prestara atención a su súbito ataque de logorrea.

Se encaminó a los muelles que había llegado a conocer tan bien, donde en una tarde soleada como ésta, bajo los castaños, podría encontrar a uno o más de sus antiguos colegas vagabundos arengando a los transeúntes, quienes hacían todo lo que podían para fingir que no oían nada.

Mientras, seguía diciendo tonterías:

—Y en cuanto a ti, Lequeu, ¿quién es tu sastre? Deberías decirle que probara otra línea de trabajo...

—Francamente, Mademoiselle...

—Soy inspectora, teniente.

—Ah, sí —dijo el oficial de Policía, metiéndose un dedo en el interior del cuello

alto y rígido del uniforme—. Inspectora..., Troy. De todas maneras, respecto a este «apreciado papiro»..., el director ha admitido que jamás se habría notado la falta del rollo de no haber sido porque el lamentable incidente con el guarda, obligó al personal del museo a llevar a cabo una concienzuda búsqueda y el inventario de la zona en la que este hombre, Guy, había trabajado.

Estaban sentados en el pequeño y atestado despacho del teniente, en la Comisaría de Policía de la Ile de la Cité. A través de la sucia ventana que estaba detrás del teniente, Sparta podía ver los castaños llenos de hojas y los tejados abuhardillados de los apartamentos de la margen derecha, en el extremo lejano del Sena.

—¿Cómo fue atacado el guardia? —preguntó Sparta.

—Con una dosis mínima de tranquilizante, aplicado con gran pericia vía dardo hipodérmico en el cuello.

—Una zona peligrosa.

—Aquí está el dardo. —Levantó una bolsa de plástico que contenía un diminuto filamento de metal—. Casi microscópico. Habría podido perforar la arteria carótida sin producir graves daños aunque, de hecho, no pinchó cerca de la arteria. En mi opinión, Monsieur «Guy» sabía exactamente lo que hacía. Lo que no sabemos es por qué lo hacía. ¿Puede usted ayudarnos, inspectora?

—Lo único que puedo decirle es que «Guy» es un agente encargado de la investigación de un grupo conocido como los prophetae del Espíritu Libre... o al menos así eran conocidos hace varios siglos. No sabemos cómo se llaman en la actualidad. No hemos tenido noticias de Guy en más de cuatro meses.

—Pero usted está aquí —señaló con sequedad el teniente.

—Recibí un mensaje cifrado pidiéndome que me reuniera con... Guy... en el Louvre.

—¿Dice que estaba encargado de una investigación? —El francés moreno y de pelo gris la miraba con suspicacia profesional, y con lo que ella había aprendido a reconocer como la predisposición endémica del flic de París—. ¿De qué naturaleza era esta investigación? ¿Quiénes son estos llamados Espíritus Libres?

—Lamento profundamente que, como representante de la Junta de Control Espacial, no esté autorizada a decir más —indicó Sparta fríamente—. He acudido a usted porque es evidente que nuestro hombre trató de llamar la atención, pues de lo contrario no le habría dado al guardia oportunidad de reconocerle.

—Es posible —dijo el teniente. No mencionó que la posición del cuerpo dormido del guardia indicaba que le habían disparado el dardo cuando el ladrón ya había escapado.

—Y porque esperaba que ustedes podrían proporcionar alguna pista respecto a la importancia de este papiro.

—En cuanto a eso, sólo puedo repetir: el papiro tiene poco valor intrínseco.

—¿Pondría alguna objeción a que yo visitara el Louvre personalmente?

—Como es natural, los asuntos oficiales de la Junta Espacial tienen prioridad sobre nuestros asuntos locales —respondió el teniente, invitándola a hacer lo que decía.

—Muy bien; tenga la amabilidad de prepararme una comunicación con la Central de la Tierra —dijo ella, aceptando el ofrecimiento.

Se miraron fijamente. Luego, con un suspiro casi imperceptible, el teniente alargó la mano hacia su anticuada consola de fonoenlace.

Sin embargo, antes de que sus dedos llegaran al teclado, la consola sonó. Él vaciló, y luego apretó la tecla de conexión.

—¿Qu'est-ce que c'est?

—Pour l'Inspecteur, Monsieur. De la Terre Centrale.

El teniente alzó la vista hacia Sparta.

—Al parecer nos ahorran esa molestia.

Le entregó el auricular.

—Aquí Troy —dijo Sparta.

—Troy —dijo una voz grave.

—Comandante —dijo ella, sorprendida—. ¿Cómo ha...?

—Eso no importa. Te llamo desde una infocabina del Quai d'Orsay.

—Otra vez fuera de la oficina —dijo ella con sequedad—. De todas maneras, tengo información importante referente a nuestro amigo...

—Tendrá que esperar, Troy. Lamento interrumpir tu diversión, pero acabo de recibir una comunicación de la Central. Ha ocurrido algo.

—¿Sí? ¿Dónde?

—En la Luna.

## Cuarta parte

# TORBELLINO

### 11

No era el primer hombre, se dijo Cliff Leyland con amargura, que conocía el segundo exacto y la manera precisa de su muerte. Un número incontable de veces, los criminales condenados habían esperado su último amanecer. Sin embargo, hasta el mismísimo final podían esperar un indulto; los jueces humanos pueden mostrar misericordia. Pero contra las leyes de la Naturaleza no hay apelación.

Sólo seis horas antes estaba silbando feliz mientras preparaba sus diez kilos de equipaje personal para el largo descenso a casa. ¡Bendita sorpresa! Le habían liberado pronto de su tarea en la Luna; le necesitaban de nuevo en el proyecto del Sáhara, lo antes posible. Reservó plaza en la primera cápsula tripulada disponible y esperaba, sinceramente, no regresar jamás.

Aún recordaba (incluso ahora, después de todo lo que había ocurrido) cuántas veces había soñado que Myra ya se encontraba entre sus brazos, que realizaba con Brian y Sue aquel crucero por el Nilo que les había prometido. En pocos minutos, cuando la Tierra se alzara sobre el horizonte, podría ver de nuevo el Nilo; pero la memoria sólo podía devolverle los rostros de su esposa y de sus hijos.

Había pasado por el momento de nerviosismo usual al subir a bordo, por supuesto; en realidad nunca se había acostumbrado a vivir en la Luna o a viajar por el espacio. Era una de esas personas que habría estado encantada de permanecer en la Tierra toda su vida. No obstante, en el curso de sus frecuentes viajes de trabajo entre Farside y L-5, se había acostumbrado a las cápsulas automáticas que le trasladaban de un lado a otro, desde la estación de transbordo de L-1. Seguía sin confiar en los pesados remolcadores modulares que efectuaban las trayectorias del tráfico entre los puntos de libración y la órbita baja de la Tierra. Y desde hacía mucho tiempo estaba interiormente aterrorizado ante la idea de volver a penetrar en la atmósfera de la Tierra en una de las veloces lanzaderas aladas.

De hecho, Cliff había montado en la catapulta las suficientes veces como para que la gente como Katrina le consideraran algo así como un experto. La primera vez como había oído contar muchas historias increíbles del «meneo» electromagnético, esperaba que el lanzamiento fuera brusco. Pero la cápsula estaba suspendida tan rígidamente por los campos magnéticos que rodeaban a los propios imanes superconductores de a bordo, que en realidad no sintió ningún movimiento lateral mientras era fustigado a lo largo de los treinta kilómetros de la llamada pista de

«aceleración brusca».

Tampoco había esperado con ganas los diez G de aceleración que tendría que soportar durante veinticuatro largos segundos, antes de que la cápsula alcanzara la velocidad de escape de la Luna, unos dos mil cuatrocientos metros por segundo. No obstante, cuando la aceleración se había apoderado de la cápsula, apenas había sido consciente de las fuerzas inmensas que actuaban sobre él. Como mucho, era igual que estar tumbado bajo un montón de colchones en el suelo de un ascensor que subía velozmente.

El único sonido había sido un débil crujido de las paredes metálicas; para alguien que había soportado el rugir del lanzamiento de un cohete desde la Tierra, el silencio era pavoroso. Y apenas pudo creerlo cuando la fatigada voz del director de lanzamiento sonó en la radio de su casco:

—T más cinco segundos; velocidad, quinientos metros por segundo.

En las unidades inglesas tradicionales, naturales aún para Cliff, ¡iba a más de mil millas por hora!

Mil millas por hora en cinco segundos desde un origen fijo... diecinueve segundos aún por transcurrir cuando los generadores lanzaron sus rayos de poder a la catapulta. Dirigía el rayo a través de la cara de la luna. Y cuando la aceleración cesó finalmente y Cliff, de pronto, se encontró ingrávido, fue como si una mano gigantesca se hubiera abierto dejándole con suavidad en el espacio.

Había navegado en el rayo cinco veces en seis meses, y aunque estaba lejos de sentirse complacido por esta sexta y última vez, descansaba casi cómodamente en la cápsula en aceleración. Pero esta vez, a T más veintidós segundos, el rayo falló.

Incluso protegido en la litera de aceleración, Cliff se dio cuenta al instante de que algo iba mal. La cápsula no había dejado de lanzarse con violencia por la pista, pero en este kilómetro final antes de que la aceleración tuviera que cesar, hubo un momento de arrastre que le hizo subir el estómago.

No tuvo tiempo de sentir miedo, ni siquiera de preguntarse qué había sucedido. La caída libre duró menos de medio segundo, antes de que se reanudara la aceleración con una sacudida. Una esquina de la red de carga se aflojó y una de las bolsas cayó al suelo, al lado de Cliff. La explosión final de la aceleración duró sólo un segundo más, y después Cliff quedó ingrávido otra vez. A través de las ventanillas triangulares de delante, que ya no estaban «encima», Cliff vio pasar los picos de la cordillera del Mare Moscoviense en un abrir y cerrar de ojos. ¿Eran imaginaciones suyas? Nunca habían parecido estar tan cerca.

—Control de lanzamiento —dijo con urgencia al radioenlace—. ¿Qué demonios ha ocurrido?

La voz del director de lanzamiento no revelaba aburrimiento precisamente.

—Todavía lo estamos comprobando. Te llamaré dentro de medio minuto. —

Después, con retraso, añadió—: Me alegro de que estés bien.

Cliff dio un tirón a las hebillas del cinturón que le mantenía sujeto al asiento y se levantó, ingrátido, y miró por la ventanilla. ¿El paisaje lunar realmente estaba más cerca, o sólo lo parecía? La superficie de la Luna se estaba alejando suavemente, y el campo de visión se llenaba de estrellas. Al menos había despegado con casi toda la velocidad planeada, y no había peligro de que volviera a caer y se estrellara en la superficie inmediatamente.

Pero volvería a caer tarde o temprano. No era posible que hubiera alcanzado la velocidad de escape. Estaba subiendo en el espacio formando una gran elipse, y en pocas horas estaría de nuevo en el punto de partida. O podría estarlo excepto que nunca atravesaría aquel último pedazo de roca sólida.

—Hola, Cliff, soy Frank Penney. —El controlador de lanzamiento casi parecía alegre—. Hemos hecho una primera valoración; hemos sufrido una inversión de fase transitoria en el sector de aceleración de precisión, Dios sabe por qué. Eso te ha conferido suficiente resistencia como para caer apartándote unos mil Klicks de tu velocidad final. Esa órbita te pondría de nuevo sobre nosotros en poco menos de cinco horas si no pudieras cambiarla, pero no te preocupes. Tu retro de a bordo tiene suficientes delta-V almacenados como para colocarte en una órbita estable; incluso podrías conseguirlo sólo con los vernier. Tienes alimentos en cantidad, y aire suficiente para tres personas, más márgenes de seguridad. Lo único que has de hacer es permanecer sentado hasta que podamos mandar un remolcador desde L-1.

—Sí, claro... no parece demasiado complicado.

Poco a poco Cliff se fue relajando. Con el pánico, se había olvidado por completo del retrocohetes, aunque no tenía intención de admitírselo al control de lanzamiento. Con la poca potencia que tenían, incluso los cohetes de maniobra podrían colocarle fácilmente en una órbita más circular, que le separaría de la luna por un cómodo margen. Aunque retrocediera cayendo más cerca de la superficie de lo que jamás había volado —excepto al aterrizar— la vista al pasar rozando sobre las montañas y llanura sería sobrecogedora. Estaría perfectamente a salvo. No debía dejar de repetirse eso.

—Bueno, si no tienes nada mejor que hacer, ¿por qué no nos dejas explicarte el procedimiento? —dijo Penney alegremente—. ¿Ves un panel marcado B-2 a la izquierda del cuadro de instrumentos?

—Sí.

—Busca la palanca grande de en medio, en forma de T, que está en la posición de abajo, ENG, es decir conectada, y ponla en la posición de arriba, DISENG, es decir, desconectada. Debe encenderse una luz roja.

Cliff encontró la palanca de cromo y la empujó. Se deslizó con suavidad pero actuó con firmeza.

—Tengo una luz roja en la posición de desconectado.

—Bien, eso significa que, hagamos lo que hagamos aquí, no explotará nada antes de que hayamos terminado. Ahora quiero que busques la palanca marcada MAN/AUTO, en la parte superior derecha del panel, y que confirmes que está en AUTO. La palanca tiene una luz, que debería ser amarilla.

—Sí, la he encontrado. Está en AUTO y la luz es amarilla.

—A su lado hay una palanca similar marcada LOC/REM, que debería ser amarilla y estar en la posición REM, que quiere decir remoto.

—Confirmado.

—Bien. Lo que vas a hacer aquí es insertar un nuevo programa, para que cuando conectemos de nuevo, el sistema de control de maniobra inicie el encendido cuando se lo ordenemos. Pensamos en una especie de situación minimax, Cliff. Cuanto más tarde encendamos, mejor podremos sintonizar tu órbita. Pero al mismo tiempo, preferimos hacerlo mediante transmisión óptica que conectando a través de las estaciones de transbordo; no te aburriré con tecnicismos. Así que, bueno, confirmemos primero que el MCS recibe nuestras transmisiones como debiera. ¿Hay una luz verde en la pantalla plana de banda estrecha de BC? Es una ventana cuadrada de cristal líquido que está abajo, en la parte inferior izquierda del panel, y está marcada BC NARROW.

—Sí, hay una luz verde.

—Bien, vamos a enviarte un poco de información inofensiva desde aquí, que deberá aparecer en la pantalla como un montón de signos seguidos de un mensaje, sólo la palabra RECEIVED, recibido. ¿Lo tienes?

—Sí, entiendo —dijo Cliff—. Estoy listo.

Hubo una pausa.

—¿Qué tienes en la pantalla, Cliff?

—Nada. Podéis empezar cuando queráis.

Esta vez la pausa fue más larga.

—¿Qué hay ahora?

—Ningún cambio —dijo Cliff.

—Está bien, Cliff... —Hubo un silencio—. Al parecer vamos a tener que hacerlo manual. La banda estrecha parece que no funciona bien.

—Por favor, dilo otra vez —pidió Cliff.

—Bueno, hemos enviado tres veces nuestro mensaje de prueba y al parecer no lo has recibido. Hemos investigado tu banda estrecha con telemetría y no recibimos nada más que ruidos, como chisporroteos. Pon la palanca REM/LOC en LOC.

Cliff lo hizo.

—Está en Loc. Ahora la luz es roja.

—Magnífico. No te preocupes por eso, todavía estamos desconectados. Ahora

busca el botón PROG en la tercera hilera, el segundo a partir de la izquierda, y dime si ves una pequeña luz azul.

—Sí, es azul.

—Bien, eso significa que el ordenador está listo para recibir instrucciones. Así que voy a leerte una lista de números, no demasiado larga, y tú los tecleas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, sí.

«Adelante», pensó Cliff, empezando a irritarse un poco. El controlador del lanzamiento actuaba con tanta calma, que casi parecía condescendiente.

—Está bien, Cliff, ahí van.

Penney leyó una lista de coordenadas en tres ejes, más especificaciones para la intensidad y duración del encendido. Cliff los leyó a su vez cuando los tecleaba.

—Bien, Cliff, ahora aprieta la tecla ENTER y ya está. Esa luz parpadeará y se pondrá verde.

—Acabo de apretar ENTER. La luz ha parpadearado, pero sigue azul.

—Ese pícaro... Bueno, confirmemos que la palanca en forma de T está en DISENGAGE, el piloto en AUTO, y el control LOCAL...

—Confirmado.

—Danos un segundo.

Durante un largo rato Cliff miró por la ventanilla al horizonte que se alejaba de él.

—Te diré lo que vamos a hacer, Cliff —la voz de Penney era aún más animada—, ¿por qué no lo dejamos en MAN y ENGAGE, e intentamos separar el ordenador del circuito de órdenes?

—¿Ahora mismo?

—Claro, amigo. Te enviamos a una órbita más elevada ahora mismo, qué demonios, y más tarde ya calcularemos la trayectoria. No llevará más de unos segundos una vez que tengamos un par de Dopplers tras de ti.

—Si estoy lejos, ¿el remolcador podrá llegar hasta mí?

Cliff esperaba que su voz no traicionara el temor que sentía.

—Demonios, no vas a ir tan lejos. Puede que la trayectoria no sea ideal, pero puedes permitirte esperar un poco más para la cita.

«Es mejor eso que no poder esperar nunca más», pensó Cliff.

—¿Qué hago?

—Ponlo en manual.

Cliff empujó la palanca hasta el rojo.

—Hecho.

—Ahora conecta los controles.

Bajó la palanca en forma de T y la luz se puso verde.

—Hecho.

—Está bien Cliff, ahora cógete fuerte a algo. La aceleración será la retrocombustión usual, alrededor de medio G, pero no queremos que te rompas nada.

—Ahora, Frank Penney se mostraba francamente jovial.

Cliff se cogió con fuerza en la red de carga.

—De acuerdo —dijo.

—Mira en el panel B-1, Cliff. Hay un botón grande de color rojo con una tapa de seguridad. Saca la tapa y pulsa el botón. Hazlo ahora.

La tapa de seguridad tenía unas rayas negras y amarillas pintadas en diagonal; la etiqueta de debajo decía MAIN ENG. Con la mano derecha, Cliff la levantó. La mano izquierda se aferró más fuerte a la red de carga. Los dedos de la derecha le temblaban cuando pulsó el gran botón rojo.

No ocurrió nada.

—No ha ocurrido nada —dijo Cliff en un susurro.

—¿Nada, amigo? —gritó Penney—. Bien, Cliff... —La alegría del controlador se desvaneció de repente—. Tendrás que darnos unos minutos para arreglar esto. Volveremos a ponernos en contacto contigo.

Cliff apenas pudo reprimir un grito, rogando al controlador que no se marchara. Pero el hombre no iba a ir a ningún sitio, y no tenía nada de que hablar. Por la razón que fuera, los cohetes de la cápsula, que un momento antes Cliff había creído que le salvarían, eran completamente inútiles. En cinco horas completaría su órbita... y regresaría al punto de lanzamiento.

Cliff flotaba ingrávido en la pequeña lata, mirando por la ventanilla cómo retrocedía la Luna. «Me pregunto si al nuevo cráter le pondrán mi nombre —pensó Cliff—. Supongo que podría pedirlo. Mi última voluntad: Cráter Leyland, diámetro... ¿Qué diámetro? Será mejor no exagerar; supongo que no tendrá más de doscientos metros de diámetro. No merecerá la pena ponerlo en el mapa».

El control de lanzamiento seguía silencioso, pero esto no era sorprendente. Era evidente que no tenía ninguna idea brillante y: ¿qué se le dice a un hombre que ya está igual que si estuviera muerto? Y no obstante, aunque sabía que nada podía alterar su trayectoria, Cliff no podía creer que pronto él mismo estaría desparramado por casi todo Farside. De ser eso cierto, ellos tendrían que preocuparse más que él. Él seguía alejándose de la Luna, cómodo y abrigado en su pequeña cabina. La idea de la muerte era incongruente, igual que lo es para todos los hombres, incluso para aquéllos que la buscan, hasta el instante final.

Por un momento Cliff se olvidó de su problema. El horizonte que tenía delante ya no era una curva moteada de roca con cráteres. Algo más brillante incluso que el resplandeciente paisaje lunar iluminado por el sol se elevaba junto a las estrellas. Al girar la cápsula por el borde de la Luna, se produjo la única salida posible de la Tierra, una salida artificial, no menos hermosa por ser producto de la tecnología

humana. En un minuto terminó, tal era la velocidad de la órbita de Cliff. Mientras su cápsula subía por encima de la Luna, la Tierra salió por el horizonte y se elevó velozmente en el firmamento.

Era visible en sus tres cuartas partes, y tan brillante que apenas podía mirársela. Era un espejo cósmico, no hecho de rocas oscuras y llanuras polvorientas sino de nieve, nubes y mar. En realidad casi todo era mar, pues el Océano Pacífico estaba vuelto hacia Cliff y el reflejo cegador del sol eclipsaba las islas de Hawai. La niebla de la atmósfera —ese suave lienzo que tenía que haber levantado las alas de la lanzadera atmosférica llevándole a casa—, borraba todos los detalles geográficos: quizás aquella mancha oscura que emergía de la noche era Nueva Guinea, pero él no estaba seguro.

Era una amarga ironía saber que se abría directamente hacia aquella hermosa aparición. Otros mil kilómetros por hora y la habría alcanzado. Mil kilómetros por hora... era todo. Daría igual que pidiera mil millones.

Ver la Tierra que se elevaba le recordó, con fuerza irresistible, el deber que temía pero que no podía aplazar por más tiempo.

—Control de lanzamiento —dijo, haciendo un gran esfuerzo por mantener firme la voz—, por favor, ponedme en comunicación con la Tierra.

—Ya la tienes, amigo.

Cliff indicó al control de lanzamiento con quién quería hablar. Por un momento el éter se llenó de ecos y chasquidos.

Ésta era una de las cosas más extrañas que había hecho en su vida: estar sentado por encima de la Luna y escuchar cómo sonaba el fonoenlace en su casa, a cuatrocientos mil kilómetros en el lado opuesto de la Tierra. Para ahorrar dinero, hasta entonces sólo había escrito faxgramas: un fonoenlace directo era un lujo muy caro.

El teléfono seguía sonando. En África era casi medianoche, y pasaría un rato hasta que hubiera respuesta. Myra se revolvería en la cama, soñolienta; después, como vivía ansiosa desde que él había salido al espacio, se despertaría de golpe, temiendo una desgracia.

Pero a los dos les desagradaba tener teléfono en el dormitorio, y mucho menos les gustaba llevar un intercomunicador en la oreja, como la mitad de la gente vanidosa de estos días. Así que al menos tardaría quince segundos en encender la luz, ponerse algo sobre los hombros desnudos, cerrar la puerta de los niños para no despertar al bebé, ir hasta el final del pasillo y...

—¿Diga?

La voz de Myra le llegó clara y dulce a través del vacío del espacio; Cliff la reconocería en cualquier parte del universo. Percibió enseguida el tono de ansiedad.

—¿Señora Leyland? —dijo el operador de la Tierra—. Tengo una llamada de su

esposo. Por favor, recuerde el retraso de dos segundos.

Cliff se preguntó cuántas personas estarían escuchando esa llamada en la Luna, en la Tierra o, a través de los repetidores, en todo el resto del sistema solar habitado. Era difícil hablar con los seres queridos por última vez cuando no sabías cuántos oídos estaban escuchando, en especial los sabuesos de los medios de comunicación, que pronto podrían estar divulgando aquel diálogo en todos los boletines de noticias de la noche.

—¿Cliff? ¿Estás ahí?

En cuanto empezó a hablar, no existió nadie más que Myra y él.

—Sí, cariño, soy Cliff. Me temo que no iré a casa como te prometí. Ha habido un... fallo técnico. Por el momento estoy bien, pero me encuentro en un grave apuro.

Tragó saliva, tratando de paliar la sequedad de la boca; después prosiguió rápido, adelantándose a la interrupción de ella:

—Cliff, no sé qué...

—Myra, escúchame un momento. Después hablaremos. —Con toda la brevedad que pudo le expuso la situación. Por su propio bien y por el de ella, no abandonó todas las esperanzas—. Todo el mundo está haciendo el máximo posible —dijo—. Quizá puedan enviarme a tiempo un remolcador de órbita elevada. Pero en caso de que... bueno, quería hablar contigo y con los niños.

Ella se lo tomó bien, como ya sabía él que lo haría. Sintió orgullo y amor cuando le llegó la respuesta desde la cara oscura de la Tierra.

—No te preocupes, Cliff. Estoy segura de que te harán regresar y podremos irnos de vacaciones. Tal como habíamos planeado.

—Yo también lo creo —mintió—. Pero sólo por si acaso, ¿quieres despertar a los niños? No les digas que algo va mal.

Hubo un siseo antes de que ella dijera.

—Espera.

Transcurrió medio minuto interminable antes de oír las voces soñolientas, aunque excitadas, de los niños.

—¡Papá! ¡Papá!

—¡Hola, papá! ¿Dónde estás?

Cliff habría entregado gustoso estas últimas horas de su vida a cambio de ver sus rostros una vez más, pero la cápsula no estaba equipada con semejante lujo como es una videoplatina. Quizá era mejor así, pues de haberles mirado a los ojos no habría podido ocultar la verdad. Lo sabrían enseguida, pero no por él. Él sólo quería darles alegría en estos últimos momentos que pasaban juntos.

—¿Estás en el espacio?

—¿Cuándo vendrás?

Resultaba difícil responder a sus preguntas, decirles que pronto les vería, hacerles

promesas que no podría cumplir.

—Papá, ¿de verdad tienes polvo lunar? No lo has enviado nunca.

—Lo tengo, Brian; está en mi equipo. —Necesitó todo el autocontrol que poseía para añadir—: Pronto podrás enseñárselo a tus amigos. —«No, pronto está de nuevo en el mundo del que procede»—. Y tú, Susie, sé buena chica y haz todo...

—¿Si, papá?

—Y haz todo lo que mamá te diga. El último informe del colegio...

—Lo haré, papá, te lo prometo.

—... no era muy bueno, ya lo sabes, en especial aquellos comentarios respecto a la conducta...

—Papá —dijo Brian.

—Pero me comportaré mejor, papá —dijo Susie—. Te lo prometo.

—Sé que lo harás, cariño...

—Papá, ¿hiciste los hologramas que me dijiste que harías de las cuevas de hielo?

—Sí, Brian, los tengo. Y el pedazo de roca de Aristarchus. Es lo que pesa más, de todo mi equipaje...

Trató de esbozar una sonrisa. Era duro morir a los treinta y cinco años, pero también lo era para un niño perder a su padre a los diez. ¿Cómo le recordaría Brian, en los años sucesivos? Quizá sólo como una voz desde el espacio. Seis meses de separación era mucho tiempo para un niño de diez años. En los últimos minutos, mientras se alejaba y se acercaba de nuevo a la Luna, poco podía hacer salvo proyectar su amor y sus esperanzas a través del vacío que jamás volvería a cruzar. El resto era cosa de Myra.

—Déjame hablar con mamá, Brian. Te quiero hijo. Te quiero, Susie. Adiós.

Esperó, contando los latidos del corazón hasta que les oyó decir:

—Adiós, papá.

—Yo también te quiero, papá.

Cuando los niños se retiraron, alegres pero perplejos, era hora de hacer algo, hora de conservar la cabeza, de ser práctico.

—¿Cliff?

—Myra, hay algunas cosas de las que deberíamos hablar...

Myra tendría que hacer frente al futuro sin él, pero al menos podía hacer más fácil la transición. Le pase lo que le pase al individuo, la vida prosigue, y en este siglo, eso aún implica pagos de hipotecas y de plazos, pólizas de seguros y cuentas bancarias conjuntas. De una manera casi impersonal, como si se tratara de otra persona —cosa que pronto sería bastante cierta—, Cliff habló de estas cosas. Había un tiempo para el corazón y un tiempo para el cerebro. El corazón diría su última palabra al cabo de tres horas, cuando iniciara su último acercamiento a la superficie de la Luna.

Nadie les interrumpió. Debía de haber monitores silenciosos que mantenían la

conexión entre los dos mundos, pero para ellos era como si fueran los dos únicos seres vivos. Mientras tras hablaba, Cliff mantenía los ojos fijos en la Tierra, ahora elevada a más de medio camino en el cielo. Era imposible creer que fuera el hogar de siete mil millones de almas. Ahora a él, sólo le importaban tres.

Deberían ser cuatro, pero con toda la mejor voluntad del mundo no podía poner al bebé en el mismo lugar que los otros. Nunca había visto a su hijo menor; ahora, nunca lo haría.

—... Supongo que no sé qué decir.

Para algunas cosas, toda una vida no era suficiente, pero una hora era demasiado.

—Lo entiendo, Cliff.

Se sentía física y emocionalmente exhausto, Y la tensión de Myra debía de ser igual de grande. Quería estar solo con sus pensamientos y con las estrellas, apaciguar su mente y hacer las paces con el universo.

—Me gustaría terminar la comunicación por ahora, cariño —dijo. No había necesidad de dar explicaciones; se comprendían demasiado bien el uno al otro—. Volveré a llamarte... con más tiempo.

Esperó los largos segundos hasta que ella dijo:

—Adiós, amor mío.

—Adiós por ahora.

Desconectó el circuito y miró, inexpresivo, el pequeño panel de control. Inesperadamente, sin deseo ni voluntad, las lágrimas se desbordaron de sus ojos y él se echó a llorar como un niño.

Lloró por su familia, y por si mismo. Lloró por sus errores y por la segunda oportunidad que no tendría. Lloró por el futuro que podría haber sido y las esperanzas que pronto serían vapor incandescente flotando entre las estrellas. Y lloró porque no tenía otra cosa que hacer.

Al cabo de un rato se sentía mucho mejor. En realidad, se dio cuenta de que estaba tremendamente hambriento. En una situación normal, habría aliviado el hambre durmiendo hasta que la cápsula atracara en L-1, pero llevaba raciones extra y no se le ocurría ninguna razón para morir con el estómago vacío. Rebuscó en una de las redes y encontró el equipo de alimentación. Mientras se llevaba a la boca un tubo de pasta de pollo y jamón, llamó el control de lanzamiento:

—Leyland, ¿me recibes?

—Estoy aquí.

—Soy Van Kessel, Jefe de Operaciones. —Esta voz era nueva para él; era una voz energética y competente, como si no fuera a tolerar ninguna tontería por parte de la maquinaria—. Escuche con atención, Leyland. Creemos que hemos encontrado una salida. Es larga, Pero es la única posibilidad que tiene.

Las alternancias de esperanza y desesperación resultan duras para el sistema

nervioso. Cliff sintió un vértigo repentino; si hubiera habido un lugar donde caer, lo habría hecho.

—Adelante —dijo con voz débil, cuando se hubo recuperado.

—De acuerdo, creemos que todavía es posible efectuar un ajuste orbital cuando llegue al apogeo...

Cliff escuchó a Van Kessel con una avidez que poco a poco se transformó en incredulidad.

—¡No lo creo! —dijo al fin—. ¡No tiene sentido!

—No se puede discutir con los ordenadores —respondió Van Kessel—. Hemos repasado las cifras de veinte maneras diferentes, y sí tiene sentido. No se desplazará rápido en el apogeo; no cuesta mucho cambiar sustancialmente la órbita en ese punto. ¿Nunca se ha dado un paseo por el espacio?

—No, claro que no.

—Es una lástima, pero no importa, sólo es cuestión de realizar un pequeño ajuste psicológico. En realidad no es muy diferente de caminar por el exterior en la Luna. De hecho, es más seguro. Lo más importante es que durante un rato dependerá del oxígeno del traje. Ahora vaya al armario de emergencia y saque el sistema de oxígeno portátil.

Cliff encontró la escotilla cuadrada que tenía pintado un 02 azul y, SÓLO EMERGENCIAS, en rojo. Dentro había un envase de oxígeno que se conectaba a una válvula de la parte frontal del traje, y aumentaba el suministro incorporado a éste. Era un procedimiento que Cliff había practicado como ejercicio.

—Lo tengo conectado.

—Ahora no abra la válvula. Pero no se olvide de abrirla cuando esté fuera. Examinemos el procedimiento para activar la escotilla.

El estómago de Cliff empezó a flotar en una dirección diferente al resto de su cuerpo, cuando él se encontró frente al gran tirador rojo de doble acción que había junto a la escotilla. PELIGRO, PERNOS EXPLOSIVOS.

—Ese tirador sale recto hacia fuera y gira hacia arriba y hacia la izquierda. La escotilla a presión se abre. Habrá descompresión, así que el procedimiento adecuado es asegurar los pies a ambos lados de la escotilla antes de abrirla, para no darse un golpe en alguna parte vital al salir.

—Entiendo —dijo Cliff con voz suave.

—Tiene unos diez minutos hasta el apogeo. Queremos mantenerle con el aire de la cabina hasta entonces. Cuando le demos la señal, cierre su casco, abra la escotilla, salga de ahí y salte.

Finalmente comprendió las implicaciones de la palabra «salte». Cliff miró en torno a la pequeña cabina, familiar y reconfortante, y pensó en el vacío solitario que le esperaba entre las estrellas, el abismo no reverberante por el que un hombre podía

caer hasta el final de los tiempos. Él nunca había estado en el espacio libre; no tenía ninguna razón para haberlo hecho. No era más que el hijo de un granjero con un título de agronomía, que había dejado temporalmente el Proyecto de Reclamación del Sáhara, e intentaba producir cultivos en la Luna. El espacio no era para él; él pertenecía a los mundos del suelo y la roca, del polvo lunar y la piedra pómez formada al vacío. Y, sobre todo, suspiraba por el rico barro del Nilo.

—No puedo hacerlo —susurró—. ¿No hay ninguna otra manera?

—No la hay —respondió rápidamente Van Kessel—. Estamos haciendo todo lo posible para salvarle. Docenas de hombres se han encontrado en situaciones mucho peores, Leyland, malheridos, atrapados en un naufragio a un millón de millas de toda ayuda. ¡Usted no ha sufrido ni un rasguño y ya está quejándose! Contrólese ahora mismo o cortaremos la comunicación y le dejaremos morir.

Cliff enrojeció. Transcurrieron varios segundos antes de que respondiera.

—Está bien —dijo al fin—. Repasemos las instrucciones.

—Eso está mejor —dijo Van Kessel con muestras evidentes de aprobación—. Dentro de diez minutos, cuando esté en el apogeo, cierre su casco, conecte el oxígeno, manténgase firme, abra la escotilla y salga de ahí. No podremos comunicarnos con usted; lamentablemente, el repetidor va a través de la banda estrecha que no funciona. Pero le seguiremos la pista con el radar y podremos hablar con usted directamente cuando pase de nuevo sobre nosotros. Ahora recuerde, cuando esté ahí fuera...

Los diez minutos pasaron rápidamente. Al término de ese plazo, Cliff sabía exactamente lo que tenía que hacer. Incluso había llegado a creer que podría ir bien.

—Es hora de salir —dijo Van Kessel. La cápsula se encuentra aún en posición encabritada y no ha rodado... la escotilla a presión apunta hacia la dirección en que usted quiere ir. La dirección precisa no es una cuestión crítica. Lo que importa es la velocidad. ¡Ponga los cinco sentidos en ese salto! Y buena suerte.

—Gracias —dijo Cliff—. Lamento...

—Olvídelo —le interrumpió Van Kessel—. Ahora cierre el casco y muévase.

Cliff cerró su casco. Echó una última mirada a la pequeña cabina, preguntándose si había olvidado algo. Tendría que abandonar todos sus objetos personales, pero sería fácil remplazarlos. Entonces recordó el pequeño paquete de polvo lunar que había prometido a Brían.

Esta vez no decepcionaría al muchacho. Se hundió en la red de la carga y abrió su bolsa. Apartó la ropa y los artículos de aseo hasta que encontró la bolsita de plástico. La diminuta masa de la muestra —sólo unas onzas— no cambiaría su destino. Se la metió en el bolsillo del muslo. En el bolsillo había algo que no recordaba haber metido, pero ahora no era el momento de pensar en ello. Cerró la cremallera.

Conectó el cordón de seguridad. Agarró con ambas manos el tirador de

emergencia y se agachó sobre la escotilla, un pie a cada lado. Antes de girar la palanca volvió la cabeza para ver si había algo flotando en la cabina. Todo parecía estar sujeto.

Tiró de la palanca. Ésta no se movió. No se paró a preocuparse; tiró con todas sus fuerzas. La palanca soltó un chasquido y Cliff la hizo girar. Hubo una explosión simultánea de seis pernos que él sintió a través de los pies. La escotilla a presión desapareció en una corriente de vapor.

La descompresión fue más suave de lo que él esperaba. El volumen de aire en la cápsula era pequeño, y la escotilla relativamente grande; la salida de aire pronto se quedó en nada.

Con los dedos enguantados, se impulsó fuera de la escotilla y, con cuidado, se puso de pie en el curvado casco de la pequeña lata, afianzándose con fuerza contra ella con el cordón de seguridad. El esplendor de la escena le paralizó. El miedo al vértigo se desvaneció; incluso su inseguridad le abandonó cuando miró a su alrededor, su visión no limitada ya por la estrechez de las ventanillas.

La Luna era gigantesca, y la línea divisoria entre la noche y el día era un arco mellado que atravesaba una cuarta parte del firmamento. Allí abajo, el sol se ponía y la larga noche lunar comenzaba, pero las cimas de las montañas aisladas aún, resplandecían con la última claridad del día, desafiando a la oscuridad que ya las rodeaba.

Aquella oscuridad no era completa. Aunque el sol se había retirado de la superficie de allí abajo, la Tierra casi llena la inundaba de gloria. Cliff pudo ver, débiles pero claros en la rielante luz reflejada por la Tierra, los contornos de los «mares» y las regiones de las tierras altas, las confusas cimas de las montañas, los oscuros círculos de los cráteres. Directamente debajo, punzando la oscuridad con sus alegres luces, se encontraba el diminuto contorno de la base Cayley. Salvo por esa única señal de humanidad, volaba sobre una tierra fantasmal y soñolienta, una tierra que intentaba arrastrarle a la muerte.

Y muy por encima de su cabeza se encontraba el anillo de vida que no podía alcanzar, la estación espacial L-1, demasiado lejanos sus cables y puntales, como para ser visibles entre las estrellas.

Ahora Cliff se hallaba suspendido en el punto más elevado de su órbita, exactamente en la línea entre la Luna y la Tierra. Era hora de saltar.

Dobló las piernas agachándose sobre el casco. Luego, con toda la fuerza que pudo reunir, se lanzó hacia las estrellas y la lejana estación espacial, invisible en lo alto. Su cordón de seguridad se desenrolló velozmente detrás de él; hasta que no se hubiera aflojado toda su longitud, aún podía cambiar de opinión.

La cápsula empequeñeció con sorprendente velocidad, hasta que no fue más que una mancha sobre la Luna iluminada por la Tierra. Mientras se alejaba, Cliff sintió

una sensación completamente inesperada. Había supuesto que sentiría terror, o al menos vértigo, pero no esta inconfundible sensación de *déjà vu*. Todo esto había sucedido antes. A él no, por supuesto, sino a otro. No podía recordarlo con precisión, y ahora no había tiempo para intentarlo.

Echó un rápido vistazo a la Tierra, la Luna y a lo que podía ver de la lanzadera que retrocedía, y llegó a una decisión sin pensarlo de manera consciente. Con gesto rápido se desconectó. El cordón de seguridad se alejó rápidamente y desapareció.

Cliff estaba solo, a más de tres mil kilómetros sobre la Luna, a cuatrocientos mil kilómetros de la Tierra. Lo único que podía hacer era esperar; tardaría dos horas y media en saber si viviría. Si sus músculos habían realizado la tarea que los cohetes no habían logrado realizar.

Y mientras las estrellas giraban lentamente a su alrededor, recordó de súbito el origen de aquel recuerdo acuciante. Hacía muchos años que había tropezado con las historias de Edgar Allan Poe, pero ¿quién podía olvidarlas?

Él también se hallaba atrapado en un remolino, que le arrastraba hacia su sino; él también esperaba escapar abandonando su nave. Aunque se trataba de fuerzas totalmente diferentes, el paralelismo era asombroso. El pescador de Poe se ataba a un barril porque los objetos gordos, cilíndricos, eran succionados en el gran remolino más despacio que el barco. Era una brillante aplicación de las leyes de la hidrodinámica. Cliff sólo podía esperar que su empleo de los mecanismos celestiales fuera igual de inspirado.

¿Con qué rapidez había saltado de la cápsula? Sus delta-V totales, eran unos buenos dos metros por sección —cinco millas a la hora como mucho—, insignificante según los patrones astronómicos, pero suficientes para lanzarle a una nueva órbita, una órbita que, como Van Kessel le había prometido, le alejaría de la Luna varios kilómetros. No era un gran margen, pero sería suficiente en este mundo sin aire, donde no había atmósfera que tirara de él hacia abajo.

Con un repentino espasmo de culpabilidad, Cliff recordó que no había vuelto a llamar a Myra. Era culpa de Van Kessel; el ingeniero le había hecho moverse, se había asegurado de que no tuviera tiempo para pensar en sus propios asuntos. Van Kessel tenía razón, claro: en una situación así, un hombre sólo podía pensar en sí mismo. Todos sus recuerdos, físicos y mentales, debían concentrarse en la supervivencia. No era momento ni lugar para los vínculos emocionales, que distraen y debilitan.

Ahora se dirigía veloz hacia la cara oscura de la Luna, y la parte iluminada se iba encogiendo mientras él la contemplaba. El intolerable disco del sol, al que no se atrevía a mirar directamente, descendía rápido hacia el horizonte curvo. El paisaje lunar fue menguando hasta convertirse en una línea e luz, un arco de fuego contrapuesto a las estrellas. Luego el arco se fragmentó en una docena de relucientes

cuentas que, una por una, se apagaban mientras él se dirigía hacia la sombra de la Luna.

Al marcharse el sol, el reflejo de la tierra parecía más brillante que nunca y recubría de plata el traje de Cliff, mientras él daba vueltas lentamente siguiendo su órbita. Tardaba unos diez segundos en efectuar cada giro completo; no podía hacer nada para frenarlo, pero en realidad le agradaba el constante cambio de paisaje. Ahora que sus ojos ya no se distraían echando ocasionales vistazos al sol, podía ver las estrellas a miles, donde antes sólo había cientos. Las constelaciones conocidas quedaban sumergidas, e incluso los planetas más brillantes eran difíciles de localizar con aquel resplandor.

El disco oscuro del paisaje lunar nocturno se hallaba al otro lado del campo de estrellas, como una sombra que se eclipsaba y, poco a poco, iba creciendo al irse acercando él. A cada instante, alguna estrella, brillante o tenue, pasaba por el borde y desaparecía. Casi era como si en el espacio se estuviera formando un agujero que devoraba el firmamento.

No había ninguna otra indicación del movimiento de Cliff o del transcurso del tiempo, excepto su giro regular de diez segundos. Cuando miró el cronómetro que llevaba en el antebrazo del traje, le sorprendió ver que ya había pasado media hora desde que abandonara la cápsula. La buscó entre las estrellas, sin éxito. Ahora estaría varios kilómetros por detrás de él. Pero según Van Kessel, pronto le adelantaría, ya que se movía en su órbita inferior, y sería la primera en llegar a la Luna.

Cliff seguía tratando de resolver esta aparente paradoja —las ecuaciones de la mecánica celestial que los físicos encontraban tan sencillas a él le resultaban opacas, y él se encontraba cómodo con la complejidad de los principios de la selección y los diploides y triploides que los mismos físicos, invariablemente, comprendían al revés—, cuando la tensión de las pasadas horas, junto con la euforia de la ingravidez inacabable, produjeron un efecto que le habría costado creerlo posible. Arrullado por el suave susurro de la entrada de aire, flotando más ligero que una pluma mientras giraba bajo las estrellas, Cliff se entregó a un sueño tranquilo...

La sala de control subterránea del lanzador electromagnético era una habitación atiborrada con dos baterías de consolas de pantalla plana frente a una pared de pantallas más grandes. Media docena de controladores humanos vigilaban el suministro de energía, los sistemas de control de la energía, la alineación de la pista, trabajos de cargamento, el mantenimiento de los vehículos espaciales, y todos los demás complejos subsistemas de la catapulta.

Arriba, normalmente, el trabajo era realizado por robots endurecidos por radiación, y teleoperadores; la catapulta operaba sin cesar, y la radiación excluía a los seres humanos para los trabajos en la superficie. Pero ahora la catapulta había sido cerrada. Los reactores auxiliares que habían proporcionado energía durante la larga noche lunar, estaban enfriándose con toda la rapidez que la seguridad permitía. La energía de los paneles solares, que una vez más disminuía en la mañana lunar, era desviada a capacitores y a baterías de ruedas volantes monstruosas. La catapulta quedaría fuera de servicio hasta que se comprendiera su fallo, y se resolviera.

En las grandes pantallas murales, enormes videoplacas mostraban la superficie de la base Farside con gran detalle: la pista de la catapulta se extendía en línea recta hacia el este, desapareciendo en el infinito definido sólo por las distantes cimas de la cordillera del Mare Moscoviense. A un lado, los radiotelescopios estaban aureolados por la luz del sol poniente, como cien orejas redondas formando una sola, muy grande.

La alarma se había difundido por traje-conexión, a todos los que trabajaban en la superficie en las proximidades de la Base Farside. Los hombres y mujeres con traje espacial dejaron lo que estaban haciendo y se alejaron. Los tractores y vehículos lunares dieron media vuelta y rodaron majestuosos, con lentitud, hacia los hangares y las cúpulas centrales de la base.

En el interior de las cúpulas y en el laberinto de instalaciones subterráneas, las luces amarillas de alarma centelleaban, y las sirenas ululaban en todos los rincones y corredores. Los grupos de control de averías reunieron su equipo y se situaron en las posiciones de espera. Todos aquellos cuyo trabajo no era esencial para el mantenimiento de la vida, las comunicaciones y los servicios de emergencia, recibieron la orden de dirigirse a los refugios profundos que se habían creado en las minas de hielo.

Las áreas habitadas de la base estaban suficientemente protegidas bajo tierra contra los meteoritos, desde motas de polvo cósmico hasta gigantes de mil kilos, monstruos éstos que podrían golpear algún punto del perímetro de la base una vez cada diez millones de años, pero que incluso entonces no acertarían en ninguna estructura importante.

La cápsula errante de lanzamiento era mucho más grande que un meteorito gigante. Un poco más de aceleración, y la cápsula habría navegado por encima de ellos sin ningún peligro; un poco menos, y habría chocado con la Luna mucho antes de llegar al Mare Moscoviense. Pero como era una probabilidad muy pequeña, no se había tenido en cuenta cuando diseñaron y construyeron el acelerador lineal, y éste apuntaba directamente a la base. El único ápice de optimismo en este sombrío escenario era que, con un mínimo margen de error, se podía predecir el momento del impacto.

Van Kessel y un grupo de preocupados controladores se apiñaban en torno a la mesa del oficial de servicio. La brillante cabeza de Van Kessel tenía una aureola de indomable pelo gris, dándole un aspecto levemente cómico que contrastaba con la mirada dura y el gesto firme de su boca. Él y los otros no prestaban atención a las señales de emergencia. Miraban con atención la pantalla plana de un ordenador que suministraba continuamente datos actualizados sobre la trayectoria de la cápsula. Cada vez que los radares de la Luna podían captar el objeto en descenso, verificaban su progreso comparando las proyecciones de su recorrido, con su rumbo real.

—Sigue sin parecer muy bueno —murmuró Frank Penney. Era un hombre joven y apuesto, de tipo atlético, con un profundo bronceado artificial que resultaba incongruente entre las pálidas caras de los demás controladores.

—Ninguna desviación significativa —coincidió Van Kessel.

—¿Tiene idea Leyland de lo que realmente le ocurrirá? —preguntó Penney.

—No en absoluto —respondió Van Kessel—. No me he atrevido a decírselo. De hecho, ha estado a punto de desmayarse.

—Esperemos que no haya sido para nada.

—Al menos mantenemos ocupado durante unos minutos a ese pobre diablo. Será un buen paseo turístico.

Por algún estímulo del subconsciente, el «pobre diablo» despertó. ¿Dónde se encontraba? ¿Dónde estaban las paredes de su hogar? No, de su habitación en la Luna. De la cápsula espacial. No podía ver más que estrellas y...

Entonces Cliff recordó. La Luna estaba allí abajo. Él volaba desnudo, salvo por unas capas de lona, a través del duro vacío.

La Tierra blancoazulada se hundía hacia el horizonte de la Luna. Esa visión casi le produjo otra oleada de autocompasión; durante un momento, Cliff tuvo que esforzarse por controlar sus emociones. Ésta podría ser la última vez que viera la Tierra, ya que su órbita le llevaba de nuevo sobre Farside, hacia el lugar donde el resplandor de la Tierra no brillaba nunca. Los brillantes casquetes de hielo antártico, los cinturones de nubes ecuatoriales, el centelleo del sol sobre el Pacífico..., todo se hundía velozmente tras las montañas lunares. Después, desaparecieron; ahora no

tenía sol ni Tierra que le iluminara, y el invisible terreno bajo sus pies era tan negro que los ojos le dolían si lo miraba.

Dentro del disco oscuro había aparecido un grupo de estrellas, donde no podía haberlas. En estado aún soñoliento, Cliff las miró confundido hasta que se dio cuenta de que estaba pasando sobre uno de los distantes puestos de búsqueda de Farside. Allí abajo, en las bóvedas a presión portátiles, hombres y mujeres esperaban la noche lunar: durmiendo, trabajando, descansando, quizá discutiendo o haciendo el amor. ¿Sabrían que él recorría su firmamento velozmente, como un meteoro invisible, desplazándose sobre sus cabezas a más de seis mil kilómetros por hora? Casi seguro que sí; porque ahora toda la Luna y toda la Tierra debían de conocer el aprieto en que él se encontraba. Los de abajo ya debían de estar buscándole en el radar y algunos, incluso era posible que le estuvieran buscando con telescopios, pero tendrían poco tiempo para encontrarle. En cuestión de segundos la desconocida estación de búsqueda había desaparecido de la vista, y una vez más él se encontraba solo sobre la cara oscura de la Luna.

Era imposible juzgar su altitud sobre el vacío que se extendía a sus pies, pues no existía el sentido de la escala o la perspectiva. Algunas veces parecía que podía alargar la mano y tocar la oscuridad que estaba atravesando; sin embargo sabía que en realidad tenía que estar a muchos kilómetros.

Pero también sabía que él seguía descendiendo, y que en cualquier momento una pared de un cráter, o la cima de una montaña que permanecían invisibles, podían despedazarle.

En la oscuridad, más adelante, se encontraba el obstáculo final, el peligro al que más temía. En torno al Mare Moscoviense se alzaba una cordillera de montañas de dos kilómetros de altura. Aquellas cimas familiares que había sobrevolado tantas veces en los meses pasados, cuando las cápsulas automáticas le lanzaban de uno a otro lado, tenían una superficie engañosamente suave; como todas las colinas y valles de la Luna, se habían ido llenando de arena por los incontables impactos de micrometeoritos, a lo largo de millones de años, y sus desfiladeros estaban llenos de restos. Pero eran montañas tan escarpadas como en la Tierra, y elevadas como para destrozarle antes de que llegara a la base.

La primera erupción del alba le cogió completamente por sorpresa. La luz explotó frente a él, saltando de pico en pico hasta que todo el arco del horizonte estuvo encendido. Él se alejaba de la noche lunar, y se precipitaba directamente hacia el sol. No moriría en la oscuridad.

El mayor peligro era el acercamiento rápido. Miró el cronómetro del traje y vio que habían pasado cinco horas; casi se encontraba de nuevo en el punto de partida, cerca del punto más bajo de su órbita. Dentro de unos momentos chocaría con la Luna... o pasaría por su lado sin ningún peligro.

Por lo que podía juzgar, se encontraba a treinta kilómetros por encima de la superficie y seguía descendiendo, aunque ahora muy lentamente. Bajo él, las largas sombras del amanecer lunar eran dagas de negrura que se clavaban en la tierra nocturna. La luz del sol, que caía oblicua, exageraba cada elevación del terreno convirtiendo en montaña la más pequeña colina.

Y ahora, inconfundible, el terreno que tenía delante iba adquiriendo la forma que le había costado tantos viajes aprender a reconocer. Acercándose, al frente y a la derecha, se hallaba el profundo cráter Shatalov, un macizo aislado del cráter más grande Belyaev, al pie de las montañas. La gran cordillera occidental del Mare se destacaba al frente, a más de ciento cincuenta kilómetros todavía, pero aproximándose a más de un kilómetro por segundo. Era como una ola que ascendía desde la cara de la Luna.

Él no podía hacer nada para evitarlo; su rumbo estaba fijado, era inalterable. Hacía dos horas y media que ya se había hecho todo lo que se podía hacer.

Era evidente que lo que se había hecho no era suficiente. No iba a elevarse por encima de esas montañas; ellas se elevaban sobre él. Directamente al frente, distinguió la forma inconfundible del monte Tereshkova, el pico más alto del borde occidental del cráter.

Cliff lamentaba no haber realizado aquella segunda llamada a la mujer que aún esperaba, a tantos miles de kilómetros de distancia. Sin embargo, quizá no importaba; quizá no tenían nada más que decirse.

Otras voces llenaron el éter cuando el receptor de su traje entró en el ámbito de la base, llamándose unos a otros, no a él. Aumentaron, y después disminuyeron de nuevo cuando penetró en la sombra de la cordillera; algunas hablaban de él, aunque apenas se dio cuenta de ese hecho. Escuchaba con un interés impersonal, como si fueran mensajes de algún punto remoto del espacio o del tiempo que no pudieran concernirle.

Oyó la voz de Van Kessel que decía, con bastante claridad:

—... confirmando que recibirás órbita de interceptación inmediatamente después de que Leyland pase el perigeo. La hora del encuentro se estima ahora en menos una hora, cinco minutos.

«Lamento decepcionarte —pensó Cliff—, pero nunca llegaré a ese encuentro».

Ahora la pared de roca sólo se encontraba a ochenta kilómetros, y cada vez que Cliff giraba en el espacio sin poder evitarlo, estaba quince kilómetros más cerca. Ya no había espacio para el optimismo. Iba a más velocidad que una bala de rifle hacia aquella barrera implacable, y de repente se hizo muy importante saber si chocaría con ella de cara, con los ojos abiertos, o de espaldas, como un cobarde.

Ningún recuerdo de su vida pasada cruzó por la mente de Cliff mientras contaba los segundos que le quedaban. El paisaje lunar que se desplegaba velozmente rotaba

bajo él, claro y preciso a la luz del amanecer. Sólo le quedaban tres de los días de diez segundos. Estaba de espaldas a las montañas que se acercaban a él a gran velocidad, y él miraba hacia atrás, hacia el camino que había recorrido, el camino que le habría conducido a la Tierra, cuando, para su asombro...

... el paisaje que se extendía debajo de él explotó, formando una llama silenciosa. A su espalda, una luz fuerte como la del sol desterraba las largas sombras, sacaba fuego de las crestas de las cumbres, aureolaba los cráteres que se extendían abajo con un brillo ardiente. La luz sólo duró una fracción de segundo, y cuando él se volvió hacia su origen ya se había desvanecido por completo.

Directamente delante de él, a sólo treinta kilómetros de distancia, una gran nube de polvo se expandía hacia las estrellas. Era como si un volcán hubiera entrado en erupción en el flanco del Monte Tereshkova pero eso, claro está, era imposible. Igualmente absurdo fue el segundo pensamiento de Cliff: que por alguna proeza fantástica de organización y logística, la división de ingeniería de Farside había hecho explotar el obstáculo que se interponía en su camino.

Porque había desaparecido. Un fragmento enorme, en forma de medialuna, había sido arrancado de la línea del cielo que se acercaba; aún salían rocas y escombros de un cráter que cinco minutos antes no existía. Sólo la energía de una bomba atómica, que hubiera explotado en el momento preciso en la trayectoria de Cliff, habría podido producir semejante milagro. Y él no creía en milagros.

La extraña visión se apartó de su vista cuando inició otro giro. Había dado toda la vuelta y casi se encontraba sobre las montañas, cuando recordó que durante todo ese tiempo había habido una bulldozer cósmica moviéndose invisible frente a él. La energía cinética de la cápsula abandonada —muchas toneladas, que viajaban casi un kilómetro y medio cada segundo— era suficiente para romper la brecha por la que pasaba. Aterrado por el alcance de la destrucción, Cliff se preguntó qué catástrofe habría causado en la Base Farside el impacto del meteorito fabricado por el hombre.

Cliff conservó la buena suerte. Su traje recibió una breve lluvia de partículas de polvo, pero ninguna lo perforó —la mayor parte de los restos habían sido arrojados hacia fuera y hacia delante— y vislumbró por un instante las rocas incandescentes y el humo que pronto se dispersó alejándose bajo él. ¡Qué extraño era ver una nube sobre la luna!

Después cruzó las montañas occidentales, sin nada al frente más que cielo negro, vacío. Por el momento.

A menos de un kilómetro, más abajo y a la izquierda, vio la pista de la catapulta electromagnética que pasaba a toda velocidad como una valla de estacas al lado de un coche de carreras. La catapulta era una línea muy fina que atravesaba el Mare. De vez en cuando, un destello de luz y una bocanada de polvo hacían erupción en el regolito, abajo, señalando el curso de los restos de la explosión.

Cliff hizo otro giro perezoso, y cuando acabó de dar la vuelta media pista quedaba atrás y la otra media delante. Las cúpulas gemelas, sobre las partes más densamente pobladas de la base, se alejaron bajo sus pies, hacia la derecha. Frente a él, a quince kilómetros, se hallaban los cien paraboloides de plata del grupo de antenas. De súbito se iluminaron con pequeñas chispas de luz, como un momentáneo escaparate navideño...

Otro giro. El panorama que Cliff veía retrocedió detrás de él como en un barrido de cámara, y si Farside había sufrido algún daño, éste no le resultaba visible. Pero cuando sus ojos volvieron a estar de frente, ya pasaba directamente sobre las grandes antenas. Éstas estaban bañadas de luz solar y parecían anchas y redondas, y estructuralmente fuertes como nunca. Sin embargo, Cliff tuvo la débil impresión de que estaban acribilladas de algo negro...

Luego ya las había pasado. ¿Eran de verdad manchas negras en los brillantes discos? ¿O eran agujeros en el reluciente aluminio? Aquellas chispas... La metralla más ligera de la explosión tenía que haber ido a parar a alguna parte, y las antenas se hallaban directamente en su camino.

—Leyland, adelante. Leyland, ¿nos recibes?

Cliff se dio cuenta, de pronto, de que la voz de Van Kessel había estado sonando en sus oídos varios segundos.

—Aquí Leyland. Le oigo. Le oigo.

Hubo la vacilación más breve antes de que Van Kessel dijera, aún más áspero que antes:

—Ya es la hora. Supongo que está bien, ¿no?

—Bien, dadas las circunstancias —dijo Cliff—. ¿Los fuegos artificiales formaban parte del plan?

—Francamente, no me ha parecido buena idea decírselo con claridad, Leyland. Todo el asunto era muy arriesgado.

—Sí, lo supongo.

Van Kessel cambió de tono; ahora era práctico.

—Mientras le tenemos en línea visual: en menos de una hora se reunirá con el remolcador Callisto que sale de L-1. Harán salir a un hombre con una correa para cogerle. Tenga en cuenta que todavía habrá un poco de delta-V. Debería ser fácil, pero por el amor de Dios, preste atención y no estropee el contacto porque realmente será su última oportunidad.

—No se preocupe, Van Kessel. No lo estropearé. Y gracias.

—De nada —dijo Van Kessel—. Por cierto, si le parece que le queda aún un poco de miedo, será mejor que cierre los ojos ahora...

Cliff se estaba acercando a otra confrontación de cabeza con las montañas lunares, esta vez con la margen oriental del Mare Moscoviense. En realidad no las

había olvidado, pero tampoco había querido pensar en ellas; se destacaban altas y siniestras, como las de la margen occidental, y de pronto el corazón empezó a latirle nuevamente con violencia. ¿Qué le despejaría el camino esta vez?

Él era un frágil hombre con traje espacial que se acercaba velozmente a los escarpados acantilados falsamente blandos. Seguro que golpearía el borde... Pero esta vez no había Monte Tereshkova que le impidiera el paso. Cliff pasó por encima de la margen mellada a diez metros de distancia.

Un momento más tarde reanudó algo parecido a su respiración normal.

—Otra sorpresa, Van Kessel, y Juro que le estrangularé.

—No habrá más sorpresas, Leyl... —La voz de Van Kessel fue tragada por unas interferencias, al pasar Cliff a la zona de la orilla oriental donde no se oía la radio.

Cliff no malgastó ansiedad por la pérdida de contacto radial. Allí arriba, entre las estrellas, a una hora en el futuro al principio de su segunda órbita, le esperaba un remolcador. Pero ahora no había prisa: había escapado al torbellino. Para bien o para mal, se le había concedido el don de la vida.

Y cuando finalmente subió a bordo de aquel remolcador pudo efectuar la segunda llamada a la Tierra, a aquella mujer, su esposa, que seguía esperando en la noche africana.

Las lanzaderas y los remolcadores usuales, tardaban más de una semana en llegar a la estación de transbordo L-1 desde la órbita baja de la Tierra, pero un cúter de la Junta Espacial en una emergencia, podía cubrir esa distancia en un día. El cúter de Sparta paró el reactor y se acercó a una colección desvencijada de cilindros, Puntales y paneles solares. La cámara de aire se abrió, y Sparta atravesó el tubo de entrada hacia la estación, arrastrando tras de sí dos bolsas de viaje. Le zumbaban los oídos y tenía un dolor de cabeza que amenazaba con hacerle saltar los ojos.

—Bienvenida, inspectora Troy. Soy Brick, de Seguridad.

Brick era negro, nacido en Norteamérica como Sparta, pero con la agilidad física de un hombre que había pasado su vida en el espacio.

Sparta dejó flotar los bolsos mientras le rozaba la mano, suspendida en el área de la puerta, acolchada y cilíndrica.

—Señor Brick.

Sólo un Pestaño traicionó la sorpresa de Brick ante la juventud y complexión menuda de Sparta.

—¿Quiere ver a Leyland ahora mismo?

—Primero tengo que orientarme. ¿Hay algún sitio donde podamos hablar?

—Mi despacho. Deme eso, y así tendrá una mano para guiarse.

Le cogió uno de los bolsos y se encaminó al núcleo de la estación. Pasaron junto a otros trabajadores, que iban y venían. Muchas de las zonas habitadas de L-1 eran cilindros de fibra de vidrio y acero, las cubiertas de los depósitos de combustible con los que se había construido la estación cincuenta años atrás, que se conectaban entre sí.

—¿Es su primera visita? —preguntó él, volviéndose un poco para mirarla.

—Sí, y no sólo a L-1. Es mi primer viaje a la Luna.

—Pero usted es una de las únicas nueve personas que han aterrizado en la superficie de Venus, ¿verdad?

—No es una distinción que yo persiguiera.

—Un buen trabajo, si son ciertas la mitad de las historias que cuentan.

—Menos de la mitad —dijo ella—. Cuénteme algo acerca de L-1, señor Brick.

—¿Quiere el discurso clásico, o cambia de tema para que me calle?

—Lo digo en serio.

—Está bien, el discurso clásico. Allá en los años 1770, Joseph Louis Lagrange estaba estudiando el llamado problema de los tres cuerpos, y descubrió que en un sistema de dos masas, en órbita cada una de ellas (la Tierra y la Luna, por ejemplo), habría ciertos puntos en el espacio, de gravitación estable alrededor de éstas, de manera que un objeto situado allí tendería a permanecer. —Brick hizo una pausa—.

Avíseme si ya le han contado todo esto.

—Hace mucho tiempo. Me irá bien refrescar la memoria.

—De acuerdo; tres de estos puntos, llamados puntos Lagrangianos, se hallan en el eje entre las dos masas y sólo son parcialmente estables: un objeto situado en uno de estos puntos (nosotros, por ejemplo), si fuera perturbado a lo largo del eje, tendería a caer. En nuestro caso, hacia la Tierra o la Luna. Otros dos puntos, que se hallan en la órbita de la masa más pequeña alrededor de la mayor, pero a sesenta grados hacia delante y hacia atrás, son muy estables. Estos puntos, L-4 y L-5, son algunos de los «bienes» más valiosos del espacio Tierra-Luna.

—Las colonias espaciales.

—Sí. Por supuesto, debido a la influencia del sol, las colonias no se asientan exactamente en L-4 y L-5, sino que siguen órbitas alrededor de ellos.

—De manera que la Tierra y el Sol se orbitan el uno al otro, la Luna y la Tierra se orbitan la una a la otra, y la colonia L-5 orbita alrededor de L-5. órbitas de órbitas de órbitas.

—Sí. Ptolomeo las llamaba epiciclos, pero éstas son reales, no imaginarias. Dan forma al espacio. L-3 está en la cara de la Tierra opuesta a la Luna y no sirve para nada a nadie, pero L-1 y L-2, los puntos Lagrangianos casi estables próximos a la Luna, son diferentes. Aquí, en L-1, con un poco de combustible de maniobra, mantenemos una posición estratégica justo sobre el centro de Nearside. Allí es donde se encuentra la mayoría de la población lunar, especialmente en Cayley. Verificamos la superficie, la navegación cislunar y las comunicaciones. L-2, más allá de la Luna, estaba bien situada para el traslado de materiales de construcción lunares desde las minas de Cayley, cuando construían L-5.

—¿Estaba?

—La estación quedó prácticamente desmantelada cuando terminó el trabajo pesado en L-5. Cuando construyeron la catapulta en la Base Farside, las telas de araña de L-2 se trasladaron aquí.

—¿Las telas de araña?

—Venga.

La condujo a la abertura de grueso cristal más cercana, que estaba en la pared cilíndrica de la estación. Sparta vio, recortadas sobre las estrellas, dos enormes estructuras de aspecto delicado, extrañas marañas de raíles y tejido.

—Básicamente son grandes redes de carga. Nos encontramos casi a media órbita de distancia del lanzador de Farside. Ellos lanzan una carga muerta que llega aquí a una velocidad de unos doscientos metros por segundo. El radar la hace entrar y esas redes la recogen del espacio y la detienen, para que pueda ser descargada. Sesenta redes en cada juego de carriles. Rube Golberg auténticas, ¿no? Tenían cinco juegos en L-2, que funcionaban las veinticuatro horas del día, recogiendo rocas lunares que

enviaban desde Cayley. Siempre se enredaban, de manera que siempre había dos fuera de servicio. Nosotros no manipulamos tanta carga, casi todo es oxígeno líquido y hielo de las minas de Farside. —Se puso de espaldas a la ventana—. O sea que, por el momento, somos la única estación espacial de la luna. Todo pasa a través de aquí, arriba y abajo. Incluso las drogas ilegales. A veces pienso que en especial las drogas.

Brick acompañó a Sparta, a través de corredores estrechos que giraban en ángulo recto, hasta una oficina estrecha, con paredes curvas: el suyo; ocupaba una cuarta parte de uno de los cilindros.

—Es pequeño, pero tiene una vista magnífica. ¿Alguna otra pregunta que pueda contestarle?

—¿En qué estado se encontraba Leyland cuando llegó hasta usted?

—Bastante alegre. El piloto del remolcador dijo que había estado un par de horas hablando. No podía dormir, sólo quería hablar. Le hizo un reconocimiento físico cuando llegó y le encontró en excelente forma; no tenía nada extraño.

—¿Con quién ha hablado?

—Con la tripulación del Callisto, conmigo. Salvo para los asuntos oficiales, ha estado incomunicado. Sólo le he dejado hablar con su esposa. Montamos un canal de radio reservado, para que pudiera hablar sin que todos los periodistas del sistema solar escucharan.

—Bien, aunque supongo que usted escuchó.

—Procedimiento operativo clásico.

—¿Y?

Brick se encogió de hombros.

—Nada nuevo. Su estado de ánimo era de alivio, y quizás un poco de culpa. No por lo que dijo. La manera como lo dijo.

—¿Sólo un poco de culpa?

—Eso es, inspectora. No parecía un hombre que acababa de ser atrapado con medio kilo de un polvo blanco muy caro en el bolsillo del muslo del traje espacial.

—¿Qué resultado ha dado el análisis?

—Ácido gabafórico.

—Ése es nuevo para mí.

—También lo es para nosotros. Elaborado en L-5, con toda probabilidad. Al parecer es muy popular en la Luna. Te mantiene alegre durante seis meses. Después el hipocampo se hace papilla; no te reconocería ni tu propia madre. Hemos tenido dos casos así.

—¿Por qué lo sacaba de la luna?

—Mmm. —Brick extendió los dedos de una mano y los fue doblando con la otra, uno por uno, al enumerar las posibilidades—: Porque es adicto a la sustancia y no tiene manera de conseguirla en la Tierra. Porque quien lo estaba utilizando a él de

camello le pagó en especias. Porque querían que abriera un mercado nuevo en la Tierra... —Brick vaciló.

—Adelante —dijo Sparta.

—Porque alguien se la metió allí.

—¿Y qué supone usted?

Brick se encogió de hombros.

—Hay muchas posibilidades. Se lo dejo a usted.

—Hablaré con él, ahora. A solas, sería mejor.

—Un momento. Le haré venir.

—Brick... la prohibición sigue en pie. Excepto para los que ya estamos en ello. No quiero que nadie sepa lo que Leyland llevaba.

Cuando apareció Leyland, iba vestido con un mono de trabajo prestado, una talla más grande. Estaba serio.

—¿Usted es de la Junta de Control Espacial?

—Sí, señor Leyland. Soy la inspectora Troy.

—¿Es inspectora? —Cliff la miró fijamente—. Habría dicho que era oficinista.

—No le reprocho que esté irritado, señor Leyland. He venido aquí lo más de prisa que he podido, y no le retendré más que lo absolutamente necesario.

—Un día en el remolcador, un día en esta hedionda lata. Preferiría estar dando vueltas alrededor de la Luna.

Sparta le examinó con atención, de una manera que él no podía sospechar. Su ojo con macrozoom inspeccionó los iris de sus ojos castaños, y los poros de la pálida piel que quedaba expuesta. El registro químico de Leyland le llegó a Sparta a través del aire; lo guardó para posterior referencia. Su olor, igual que su voz, indicaba exasperación, pero no temor ni engaño.

Le entregó uno de los bolsos de viaje.

—Antes de partir me dieron esto. Dijeron que eran de su talla.

Él cogió la ropa que ella le ofrecía.

—Bien... alguien ha sido muy considerado.

—¿Quiere ponérsela ahora?

—No, terminemos. Debo decir que no entiendo por qué esto no podía esperar hasta llegar a la Tierra.

«Porque según las respuestas que des, no vas a ir a la Tierra», quiso gritarle Sparta. Se frotó el cuello con la mano y dijo, tranquila:

—Existen buenas razones, señor Leyland. Para empezar, las drogas que había en su bolsillo.

—Como he explicado repetidas veces, cualquiera pudo ponerlas en mi traje. ¡Era un bolsillo exterior! Si fuera contrabandista, sin duda no las habría llevado donde

podieran ser encontradas en cuanto pusiera un pie en L-1.

—Pero, por supuesto, habría tenido dos días para efectuar otros arreglos. Su viaje fue interrumpido. Con la excitación, podría haber olvidado lo que llevaba.

—Entonces, ¿estoy arrestado? —preguntó con aire desafiante.

—No es necesario, a menos que usted insista. Pero hay otras razones para retenerle aquí, que creo que usted pronto entenderá.

—Por favor, dígamelas —dijo él, tratando de ser sarcástico.

—En primer lugar, cuénteme exactamente lo que ocurrió. Necesito oírlo...

—Lo he estado repitiendo a...

—... de usted, personalmente. Empiece por el momento en que hizo el equipaje.

—Está bien.

Cliff suspiró. De mal humor, comenzó a contar la historia una vez más. A medida que lo hacía, iba reviviendo la experiencia.

Inmóvil, en el diminuto despacho, Sparta le escuchó con gran concentración, aunque todos los detalles de los hechos que contaba le resultaban familiares; cada detalle excepto el timbre de la voz, que le revelaba sus emociones en cada fase de su aterrador descenso y su salida del remolino de la gravedad.

Sparta permaneció callada durante un momento cuando él terminó. Después dijo:

—¿Cuánta gente podría querer matarle, señor Leyland?

—¿Matarme? —Cliff se sobresaltó—. ¿Quiere decir...?

—Asesinarle. Por algo que hizo. O que no hizo. O que aún podría hacer. O a modo de ejemplo para otros.

Cliff la miró con inocencia herida. Sparta estuvo a punto de echarse a reír; ¿se había vuelto tan cínica en tan poco tiempo?

—Tengo experiencia con la rama de aduana e inmigración, señor Leyland. Lo primero que se me ocurrió, cuando revisé su historial, fue que sus viajes entre L-5 y Farside llevando muestras agrícolas, le convertía en un perfecto camello.

—¿Un qué?

—Un camello es el correo de un contrabandista. En las cajas de muestras agrícolas podía haber escondido pequeños objetos. Tarjetas de identidad falsas. Cultivos de micromáquina. Secretos. Joyas. Drogas es lo más evidente y lo más probable. También se le ocurrió a alguien en Farside.

Leyland enrojeció.

—Eran drogas —dijo ella, leyéndole la expresión—. ¿Era usted un camello, señor Leyland? ¿O se negó?

—Me negué —dijo en un susurro—. Me parecía que lo había dejado claro con ellos. Incluso después de que me dieran una paliza. —Su voz estaba llena de autocompasión.

—Bueno, eso es un comienzo, ¿no? —dijo, tratando de estimularle—. Deme los

nombres y las circunstancias, por favor.

—No sé los nombres, no con seguridad. Podría reconocer a uno de ellos, pero no es importante...

—Yo decidiré eso —le interrumpió Sparta.

Leyland vaciló.

—Un momento. La voz...

—¿De qué se trata, Leyland?

—El encargado del lanzamiento... el que me ató justo antes de que la cápsula entrara en el lanzador. Estoy seguro de que era la misma voz. Uno de los hombres que me golpearon.

—¿Cree que pudo ponerle el ácido en el bolsillo?

—Podría haberlo hecho..., mientras comprobaba las correas del asiento. No noté nada.

—Está bien, será fácil de identificar.

—El hombre que me puso encima las drogas no intentó matarme, seguro. ¿De qué le habría servido?

—Tiene razón. ¿Quién más? ¿Quién se le ocurre que podía tener un motivo para vengarse? —Flotando ingrávida, se inclinó hacia delante para dar énfasis a su pregunta—. Cualquiera cosa, señor Leyland, por insignificante que sea.

Él no dijo nada; se limitó a encogerse de hombros, y Sparta supo que ocultaba algo.

—Es usted un hombre atractivo, señor Leyland. ¿Ninguna mujer de la base se lo dijo?

—Hubo una mujer —susurró—. No sé cómo...

—¿Su nombre?

—Katrina Balakian. Astrónoma de la división de telescopios.

—Se sintió atraída por usted. Lo demostró.

Él asintió. A Sparta le hizo gracia la reacción de Leyland, ante lo que éste evidentemente interpretaba como intuición de ella.

—Y usted la rechazó —dijo ella—. O quizá no. Pero, sea como fuere, usted regresaba a casa con su esposa y sus hijos.

—Sólo la vi otra vez. ¿Acaso...?

—No tengo intención de ponerle en evidencia ni de divulgar esta confidencia, señor Leyland. Pero necesito conocer todos los hechos.

De mala gana, Cliff le contó la historia. Cuando hubo terminado, Sparta dijo:

—Será bastante sencillo descubrir si Balakian disponía de medios, y si tuvo la oportunidad de sabotear la catapulta. No será necesario que usted intervenga.

—¿Por qué insiste en que fue sabotaje, inspectora? —protestó él—. ¿Por qué no un accidente? Estas cosas han fallado en otras ocasiones, ¿no?

—A veces.

No era toda la verdad. Sparta sabía que el lanzador electromagnético de Cayley había sufrido muchas averías en los primeros días. Disparar cinco bloques de diez kilos de roca lunar aglomerada cada segundo durante días, era una tensión suficiente en el lanzador de Cayley para causar numerosos fallos del control de energía. Aunque el área de alcance era un poco más segura que una galería de tiro, había una pequeña zona de la Luna, al este de Cayley, llena de cráteres de un metro de ancho, perforados por los bloques que erraban el blanco.

Los ingenieros que construyeron la gran catapulta de Farside, se habían beneficiado de la experiencia de Cayley. El accidente de Cliff Leyland era el primer fallo de la catapulta de Farside durante un lanzamiento.

—No puedo demostrar que fue deliberado, o que le escogieron a usted —dijo Sparta, sonriendo—. De hecho, admito que no parece probable, a menos que esta mujer que usted menciona, sea el arquetipo de la arpía vengativa; pero soy de ideas fijas. Tengo que iniciar la investigación por alguna parte.

Casi contra su voluntad, Leyland también sonrió.

—Bueno, si alguien de verdad quiere matarme, quizá debería darle a usted las gracias por retenerme aquí.

—Esperaba que lo entendiera. Sólo unas preguntas más, señor Leyland...

Una hora más tarde, Sparta descendía hacia Farside, el ocupante pasivo de una cápsula como la que Clifford Leyland había abandonado a mitad de vuelo; en lugar de conducir un cúter de la Junta Espacial hasta la superficie, quería probar, dentro de lo posible la experiencia de Leyland.

Le había permitido proseguir su viaje a la Tierra. El tan esperado regreso a casa del pobre hombre, iba a ser estropeado por los periodistas, razón por la que la Junta Espacial le había retenido en L-1: no para protegerle de los asesinos, sino de los medios de comunicación.

Para ella sería un viaje soñoliento, y después pisaría la Luna por primera vez...

## Quinta parte

# EN LA ENCRUCIJADA

### 14

Enviaron un vehículo lunar a recogerla del campo de aterrizaje. Pasó media hora en el pequeño despacho de Seguridad de Farside, investigando los ficheros del ordenador, antes de telefonar a Van Kessel al control de lanzamiento.

—Inspectora Troy, de la Junta de Control Espacial. Veamos si podemos averiguar lo que le pasa a su sistema, señor Van Kessel.

—Estaré ahí para recogerla dentro de veinte minutos —respondió Van Kessel.

—Aquí es donde controlamos toda la operación —dijo Van Kessel, dándose importancia, mientras un hervidero de hombres y mujeres pasaban por su lado y ocupaban sus lugares ante las consolas, o salían para ir a la parada del trolebús; Van Kessel y Sparta habían llegado a la sala de control, a la hora del cambio de turno.

—La mayor parte de sistemas son totalmente automáticos —dijo él—, pero a los humanos nos gusta vigilar lo que hacen nuestros amigos robots.

Sin hacer ningún comentario, Sparta le escuchó explicar extensamente las funciones de cada consola, aunque la mayoría eran evidentes a simple vista. Ésta fue la primera parada de lo que ya prometía ser un largo recorrido por la catapulta electromagnética; la cabeza le palpitaba otra vez. Centró su atención en las grandes pantallas de vídeo de la pared de enfrente. Éstas mostraban que, salvo la propia catapulta, que estaba inactiva, la Base Farside había reanudado sus actividades normales.

Lo único fuera de lo ordinario eran los ocasionales fogonazos de luz sobre las sombras cóncavas de las distantes antenas de los radiotelescopios. La cámara de observación que inspeccionaba la parte oriental del paisaje, estaba montada a medio camino de la pista de la catapulta; la pista se extendía veinte kilómetros hacia el sol, y las antenas, a un lado de aquélla, apenas eran visibles en el cuadro, una hilera ancha y plana de círculos iluminados en el borde, como una balsa de pompas de jabón vista de canto. La gran pantalla tenía mucha resolución, y el ojo derecho de Sparta se concentró en este sector, ampliando la imagen de los telescopios. Éstos estaban colocados apuntando hacia el cielo del sur, con la línea de trayectoria de enfoque cruzando la pista de lanzamiento. Las chispas procedían de los soldadores eléctricos; hombres con traje espacial y simples servos de metal, se arrastraban sobre las caras

de algunos reflectores, reparando los daños causados por los escombros del «Cráter Leyland».

—Frank, quiero presentarte a la inspectora Troy —dijo Van Kessel.

Sparta volvió a prestar atención a la sala de control. Un apuesto hombre de treinta y tantos años, rubio y de piel bronceada en solarium, la miraba sonriente.

—Éste es Frank Penney, inspectora —anunció Van Kessel—. Está a cargo de este turno. Frank era el director de lanzamiento que estaba de servicio cuando encontramos nuestro pequeño fallo.

—Usted rescató a esos tipos de Venus, ¿no? —dijo él con entusiasmo infantil, tendiéndole la mano—. Fue una auténtica proeza.

—Encantada, señor Penney. —Cuando le estrechó la mano, la sonrisa de Frank se hizo más amplia, mostrando una dentadura perfecta. Sparta no pudo evitar fijarse en el corpulento pecho que vibraba bajo la fina camisa de manga corta, en los musculosos brazos, en la firmeza de su apretón de mano.

—*Realmente es un honor.* —Sostuvo la mirada. Frank empleaba todo su encanto.

Sparta soltó la mano. Su interés por él no era lo que él esperaba. Mientras le observaba, Sparta inhaló su débil olor. Bajo el perfume de la loción para después del afeitado y el sudor humano ordinario, había un extraño aroma; su fórmula saltó a la mente de Sparta sin que ella la pidiera: un esteroide complejo con cadenas laterales usuales. ¿Se inyectaba, Penney, adrenalina? Nada en él sugería temor o excitación; de hecho, parecía un carácter más frío.

—Vamos a ver todo esto, Frank —dijo Van Kessel—. ¿Te gustaría venir con nosotros?

—Me encantaría, si no os importa.

—No seas tonto —dijo Van Kessel, haciéndose el jefe gracioso con el empleado favorito—. Pongámonos un traje y salgamos.

—Eso es el fin de la pista de aceleración brusca (veintisiete kilómetros), y ahora vamos a entrar en el tramo de tres kilómetros de pista de aceleración de precisión.

Van Kessel llenaba con creces el asiento del conductor del vehículo lunar, y Sparta y Penney iban apretujados detrás. Avanzaban dando saltos a un lado de la sólida estructura de la pista de la catapulta, que parecía extenderse indefinidamente a través del terreno llano del Mare Moscoviense, y cada vez que Van Kessel levantaba una mano enguantada para gesticular, el vehículo se balanceaba peligrosamente hacia los puntales de la pista. No era buen conductor. Sparta se moría de ganas de hacerse cargo de los controles del vehículo.

—¿Qué brusquedad representa? —preguntó con aspereza.

—Toda la pista está construida con secciones propulsadas de manera independiente, de diez metros de longitud cada una —gritó por encima del hombro

—. En toda la longitud de la pista de aceleración brusca podemos permitir un descentrado de hasta cuatro o cinco milímetros. Más de eso significaría oscilaciones en la cápsula que haría saltar los dientes. Aquí nos interesa menos el ritmo de aceleración precisa; dejamos que varíe hasta un centímetro por segundo elevado al cuadrado. En la sección de precisión no toleramos más de un milímetro de variación de una línea Perfectamente recta y no más de un milímetro Por segundo elevado al cuadrado, de desviación de la aceleración ideal.

—¿Cómo mantienen tres kilómetros de Pista recta con menos de un milímetro de desviación? —le preguntó a Penney. El dolor de cabeza se le había calmado, y ahora estaba logrando parecer más interesada, pero en realidad había memorizado los planos y las especificaciones técnicas de la catapulta de Farside, antes de abandonar la Tierra, y podía hacerlos aflorar a su mente en un instante. No quería que nadie supiera que lo sabía.

—Para empezar, las variaciones no son muy grandes —explicó Penney—. Principalmente son la expansión y la contracción provocadas por el día y la noche lunares. Y tenemos una leve comba entre los puntales de la pista. La tecnología de la alineación activa es antigua, desarrollada el siglo pasado para los aceleradores de partículas, telescopios ópticos compuestos, cosas así.

Van Kessel intervino. Le gustaba hablar más que escuchar.

—Básicamente trabajamos con rayos láser y elementos de pista activa... esos pistones, puede verlos en los puntales, que empujan continuamente la pista por aquí y por allá, si el rayo empieza a desviarse del objetivo. La aceleración es controlada activamente por la propia cápsula, emitiendo lecturas del acelerómetro a las unidades de control de energía de la siguiente sección de la pista.

—¿Cuál es la razón del reglaje preciso?

—La puntería —dijo Penney.

—Bien —gritó Van Kessel—. Si una carga abandona la catapulta con un centímetro de desviación de su trayectoria auténtica, o un centímetro por segundo demasiado de prisa, cuando llegue al apogeo eso serán cientos de metros. Podría no llegar a la tela de araña de L-1. Estamos hablando de cargas muertas, por supuesto. Las cápsulas pueden ajustar su trayectoria de vuelo después de abandonar el lanzador.

—Si los primeros treinta kilómetros de pista aceleran la carga, ¿para qué son los diez últimos? —preguntó Sparta.

—Pista de deriva —dijo Penney—. La carga ya va a velocidad de escape (es decir, se supone), y se limita a deslizarse sin fricción mientras nosotros efectuamos los ajustes finales de puntería. Al final la pista se curva ligeramente hacia abajo, siguiendo la inclinación de la Luna, y la carga sigue yendo recta hacia el espacio, por encima de las montañas, tan limpiamente como se quiera.

En ese momento Van Kessel tiró de la palanca de mando hacia un lado, y el

vehículo se detuvo.

—Hemos llegado. En esta sección se produjo la inversión de fase.

Cerraron sus cascos. Van Kessel conectó las bombas para aspirar el aire de la cabina y meterlo en los tanques de almacenamiento. La burbuja del vehículo se abrió y ellos salieron a los oscuros cascos grises que cubrían el suelo del cráter.

Van Kessel trepó por una de las patas rechonchas que sostenían la pista de aceleración.

—Cuidado.

Sparta le siguió, y Penney fue tras ella. Permanecieron de pie en la pista.

Era la mañana lunar, Y el reluciente metal, ni erosionado ni oxidado, de la catapulta inactiva, señalaba directamente al sol. Los bucles del imán de guía les rodeaban a los tres. Los relucientes bucles retrocedían a ambos lados, al parecer hasta el infinito, estrechándose hasta que parecían convertirse en un sólido y brillante tubo de metal, desapareciendo finalmente en un punto radiante. Era como mirar a través de un cañón de rifle recién limpio. Cuando Sparta se volvió y miró en dirección opuesta, tuvo la misma sensación.

Torrentes de corriente eléctrica fluían a través de la pista de aceleración cuando funcionaba, pero por el momento podían caminar por ésta sin temor alguno.

—Hemos examinado esta parte con mucha atención —dijo Van Kessel—. No creo que encuentre gran cosa.

Sparta no respondió, sólo afirmó con la cabeza. Después dijo:

—Esperen aquí, por favor.

Dejó a los hombres y recorrió la sección, de medio kilómetro.

La catapulta era un acelerador de inducción lineal; de hecho, un motor eléctrico desarrollado longitudinalmente. La cápsula en movimiento hacía el papel de rotor, mientras que la pista hacía de estator. Cuando la cápsula, levantada sobre campos fuertes generados por sus propios imanes superconductores, pasaba de una sección de pista a la siguiente, los campos eléctricos de la pista cambiaban de fase detrás y delante de aquélla, empujándola aún más de prisa, igual que en un motor eléctrico, el rotor gira más de prisa a medida que la corriente que va al estator se alterna más de prisa.

Pero si la alternancia invierte la fase, el rotor puede ser detenido con violencia. Antes de visitar la sala de control, Sparta examinó los registros de la secuencia del lanzamiento casi fatal; éstos confirmaron el informe de Van Kessel, acerca de que la fase se había invertido en estas varias secciones de pista durante el lanzamiento de Cliff Leyland, reduciendo la velocidad de la cápsula de manera tal que ésta no logró alcanzar la velocidad de escape.

Los monitores de la pista habían tardado una fracción de segundo en advertir el fallo y desconectar toda la pista, conservando el impulso de la cápsula. Pasó otra

fracción de segundo, y los campos regresaron restaurando la aceleración de la cápsula, pero dicha aceleración era demasiado escasa, y ya era demasiado tarde para impulsar la cápsula hasta la velocidad de escape.

Mientras recorría la pista, inspeccionándola con unos sentidos que habrían asombrado a los dos ingenieros, Sparta no vio ninguna señal de deterioro. Se detuvo en el lugar del accidente y permaneció allí un minuto. Iba a regresar cuando, de pronto, tuvo una sensación extraña, una especie de náusea acompañada de un zumbido inaudible en la cabeza. Miró a su alrededor, pero no vio nada insólito. La sensación desapareció con la misma rapidez con que había venido.

Despacio, Sparta regresó a donde la esperaban los ingenieros.

—¿Eso es la estación de control de energía de esta sección? —preguntó, señalando con la cabeza una caja negra con antenas, sobre un poste que había al lado de la pista.

—Sí. Funciona perfectamente. Lo hemos verificado.

—A ver si lo he entendido: mientras acelera, la cápsula o la cubeta para cargas pesadas, transmite información cifrada referente a su posición exacta y el ritmo de aceleración, a estas estaciones de control de energía, indicándoles en qué fase, con potencia de campo y cuándo, conectar las secciones de la pista.

—Correcto.

—¿La cápsula podría transmitir información errónea? ¿Podría haber enviado una señal que invirtiera la fase de esta sección de la pista?

—Se supone que es imposible. Antes de enviar las señales, tres procesadores de a bordo efectúan dictámenes independientes, basados en las lecturas del acelerómetro. Después, votan.

—O sea, que si la cápsula envió una señal errónea —dijo Sparta— es que: o bien los tres procesadores se volvieron locos de la misma manera en el mismo preciso instante, o bien alguien los programó para que mintieran.

Van Kessel afirmó con la cabeza con aire solemne.

Sparta le obsequió con una leve sonrisa.

—Señor Van Kessel, no es usted un hombre reticente. Pero no ha mencionado ni una sola vez la palabra sabotaje.

Él sonrió ampliamente.

—Imaginaba que llegaría a esa conclusión por sí misma.

—No necesitaba venir hasta la Luna para llegar a esa conclusión. Era evidente.

—¿Ah sí? —intervino Frank Penney—. Entonces usted sabía más que nosotros.

—Lo dudo. No es que el lanzamiento fallara —dijo ella—. Fue la manera cómo falló.

—Extraño, ¿no? —dijo Van Kessel, afirmando con la cabeza otra vez—. Un ajuste tan preciso en la velocidad de lanzamiento, que la órbita de Leyland le

devolvería exactamente al punto de partida. Las probabilidades en contra, son casi imposiblemente grandes.

—Y el fallo se produjo cuando no se podía hacer nada para impedirlo: no quedaba suficiente pista para acelerar la cápsula hasta la velocidad de lanzamiento, ni quedaba la suficiente para detenerla sin destrozar a Leyland.

—Exacto —dijo Penney con placer—. Si hubiéramos intentado desacelerarlo en la sección de deriva, se habría desintegrado como un insecto en un parabrisas.

—Pensé que se trataba de un sabotaje —dijo Van Kessel—, pero los ingenieros viejos somos supersticiosos. Sabemos que tarde o temprano cualquier cosa que pueda funcionar mal, funcionará mal. Es la Ley de Murphy.

—Sí, y es un pensamiento estadístico sensato. Por eso quería ver yo misma el material. —Sparta permaneció callada durante un momento, mirando fijamente en la dirección de lo que todo el mundo ya llamaba el Cráter Leyland, en las distantes laderas del Monte Tereshkova. Se volvió y preguntó—: ¿Podemos echar una mirada al hangar de carga?

Descendieron de la catapulta y se metieron en el vehículo. Van Kessel empujó la palanca hacia delante, y el artefacto de grandes ruedas rodó y galopó por la superficie de la Luna.

Unos minutos más tarde, Sparta y Van Kessel se encontraban mirando el hangar de carga a través de una ventana de grueso cristal. El cobertizo de acero, iluminado por hileras de tubos de luz azul, se extendía a lo largo de casi medio kilómetro al lado de la pista de la catapulta, al nivel del suelo; un bosque de postes de acero sustentaba el techo plano de éste.

El suelo del enorme hangar era un área de conexiones, como una fuente de espaguetis de carriles magnéticos distribuidos de manera que, las cápsulas vacías y las cubetas para cargas muertas, pudieran ser cargadas en la parte alejada del cobertizo, desviadas hacia delante de manera gradual, de una en una, y guiadas hasta los lugares designados en la línea. A medida que las cápsulas se acercaban a la catapulta, eran cogidas por campos más fuertes e impelidas a la recámara.

—La catapulta puede manipular hasta una cápsula o una cubeta por segundo —explicó Van Kessel—. Como la pista está construida por secciones, cada carga es acelerada de modo independiente, incluso si hay treinta cargas viajando por ella a la vez.

Las cargas muertas y las cápsulas de carga inerte eran manipuladas por camiones robot y grúas aéreas, pero para los pasajeros humanos y otras cargas frágiles había, en un extremo del cobertizo, una habitación presionizada, con tubos de embarque. Sparta y Van Kessel se hallaban allí ahora, de pie ante la gran ventana, aún con el traje puesto pero con el casco abierto. En el borde de la plataforma se alineaban las

cápsulas que esperaban. El lugar tenía todo el encanto de un andén de ferrocarril subterráneo.

En el cobertizo nada se movía, excepto las sombras que arrojaba el soplete de un solitario robot. Sparta se apartó de la ventana. Atravesó uno de los tubos de embarque, y se metió en una cápsula vacía a través de la escotilla.

Empleó unos momentos en confirmar que la distribución interior era idéntica a la de la cápsula que la había llevado a ella hasta la Luna: panel de control, literas de aceleración, redes para equipaje, suministros de emergencia, etcétera.

—¿Cuánto tiempo les dan a los pasajeros para subir a bordo? —gritó a Van Kessel.

—Nos gusta que estén aquí una hora antes, pero la gente que viaja mucho suele atarse sola y efectuar un control del sistema con bastante rapidez, unos diez minutos más o menos. —Van Kessel le tendió la mano para ayudarla a salir de nuevo al tubo de embarque—. Disponemos de personal para ayudar en los lanzamientos tripulados.

—¿O sea que los pasajeros no entran y toman cualquier cápsula que esté disponible?

—No, las cápsulas se designan con antelación, normalmente el día antes. No nos gusta enviar masa extra para que regrese otra vez, de manera que hablamos con L-1, y procuramos calcular aquí las necesidades de combustible del viaje de regreso.

—Quien saboteara la cápsula, ¿podía saber con un día de antelación que Cliff Leyland iba a ir en ella, solo?

—Eso es. Como ahora; tenemos a una docena de personas esperando a que arreglemos la catapulta. Cada una de estas cápsulas tiene asignado el orden de lanzamiento.

—Sin embargo, ¿somos libres de entrar y salir de ellas?

—Si no fuéramos quienes somos, inspectora, le aseguro que no habríamos podido entrar en esta área. Está bien protegida por sistemas robots que no se paran a preguntar.

Sparta no dijo nada, pero siguió mirando a Van Kessel. Éste se retorció, con gesto nervioso, un mechón de su flequillo gris.

—¿Ocurre algo?

—¿Sabe quiénes eran los ayudantes de los lanzamientos tripulados en esta área, el día del contratiempo de Leyland?

—Penney tendrá esa información. Como le he dicho, era su turno.

—Penney, la inspectora Troy necesita cierta información —dijo Van Kessel.

—¿Inspectora? —Frank Penney giró la silla, dirigiéndose a Sparta. Se pasó levemente los dedos por el pelo.

—Entiendo que tiene clientes esperando a que la catapulta reanude su

funcionamiento.

—Ésa no es toda la verdad. —Penney esbozó su encantadora sonrisa—. Aquí está la lista, puede verla: todos a la espera. Señaló una pantalla plana llena de nombres y números de carga.

Sparta la miró, y en un instante la guardó en su memoria.

—Como ve, la economía de la Base Farside depende de usted, inspectora —dijo Penney ligeramente—. Todos estamos esperando que nos deje volver a nuestro trabajo.

Sparta recorrió la habitación con la mirada. Todos los controladores la estaban observando. Se volvió a Van Kessel.

—Lo resolveremos lo antes posible. Una cosa si puede hacer por mi.

—¿De qué se trata?

—Necesitaré utilizar un vehículo lunar —dijo ella.

—Estaré encantado de llevarla adonde...

—Conduciré yo misma. Pasé el examen.

Van Kessel pensó que una mujer que podía conducir un rover de Venus, también podría conducir un vehículo lunar.

—Coja el que hemos utilizado antes.

—Gracias. Por cierto, señor Van Kessel, he observado que esta instalación permite que cualquiera en la sala pueda ejecutar, de manera unilateral, una instrucción de anulación sin que la corroboren los sistemas robot.

—¿Anulación manual? Ésa es una medida de emergencia. Nunca la hemos utilizado.

—Nunca habíamos tenido un fallo antes del de Leyland —intervino Penney—. De todas maneras, la anulación manual no nos habría servido de nada en ese caso.

—Podrían pensar en poner barreras contra fallos en los procedimientos de anulación dirigida —sugirió Sparta.

—¿Es una recomendación oficial?

—No, hagan lo que les parezca mejor; éste es su departamento. En lo que concierne a la Junta de Control Espacial, pueden reanudar las operaciones a su discreción. Me satisface ver que no tiene ningún problema con el equipo.

—Estudiaremos lo de la anulación.

—Háganme saber lo que decidan. —Se volvió hacia la puerta.

—Ah, inspectora —dijo Van Kessel—, ¿no quería preguntarle a Frank...?

—¿Los nombres de los ayudantes de lanzamiento el día del fallo? No, señor Van Kessel, ya los sé: Pontus Istrati. Margo Kerth. Louisa Oddone. Le he preguntado si usted sabía quiénes eran.

Van Kessel observó a Sparta salir de la sala de control. Su presión era extrañamente pensativa. Penney, que de ordinario se mostraba alegre, contemplaba su

consola con gesto adusto.

La noche de su huida, Blake pasó horas perorando a las aguas del Sena desde el Quai d'Orsay, antes de que su irresistible necesidad de hablar por fin se calmara; entonces cayó exhausto al suelo y se quedó dormido.

La luz cobriza de la mañana se reflejaba en las ondas del aceitoso río, antes de que Blake creyera que podía confiar en su boca. Al fin, fue hasta un café e hizo una llamada anónima a la Policía, para informar de un «accidente» en el sótano de Editions Lequeu, de la rue Bonaparte.

En al estado de ánimo en que se encontraba, no habría lamentado mucho la muerte de Lequeu y Pierre, pero sabía demasiado acerca de las toxinas y las dosis como para creer que los dos hombres sufrieran algo peor que toses persistentes. No le cabía duda de que habrían escapado hacía rato; pero no haría ningún daño dejar que la Policía hurgara en lo que quedara de la Sociedad Atanasia.

Blake colgó el fonoenlace y se fue rápidamente, a otro café, donde se tomó un expreso mientras pensaba en el siguiente movimiento. Comprendió que se hallaba en grave peligro físico, quizá tanto como Sparta. Sabía demasiado; en realidad, sabía más incluso de lo que los miembros del Espíritu Libre sabían que sabía.

Aunque Blake no poseía una memoria o unas habilidades de cálculo aumentadas quirúrgicamente, el proyecto SPARTA le había desarrollado al máximo las habilidades naturales. Había tenido oportunidad de estudiar a fondo el papiro robado antes de entregárselo a Lequeu, y había dispuesto de más de una semana para pensar en su importancia a la luz de las enseñanzas del Espíritu Libre.

El papiro era un mapa de estrellas. Evidentemente, a los miembros del Espíritu Libre les interesaba una estrella en particular, y habían asignado a Catherine la tarea de averiguar de qué estrella se trataba. Más aún, la habían enviado para que hiciera algo al respecto.

¿Qué podía hacerse con respecto a una estrella? Nada, salvo observarla. ¿Y qué podía revelar su observación? A Blake no se le ocurría una cosa que interesaría al Espíritu Libre. El Espíritu Libre creía en el retorno de la Edad de Oro. Sin duda esperaban descubrir desde dónde regresaba.

En los días de soledad e introspección, Blake había reconstruido mentalmente la pirámide descrita en el antiguo papiro. El texto del rollo mencionaba los días en que la pirámide especificaría una línea a través del firmamento que señalaría el camino, como decía el papiro, a las estrellas por las que los «mensajeros de Dios» se habían guiado. La relación entre el cielo visible y la Tierra, y el cálculo de los días por el calendario, había cambiado mucho en los últimos miles de años; sin acceso a los programas de ordenador adecuados, Blake no podía elegir una estrella, pero sí un grupo de candidatas probables, y sabía exactamente en qué constelación mirar.

Blake encontró otra infocabina y se puso en comunicación con su ordenador de Londres. En pocos segundos determinó que alguien, supuestamente Sparta, había accedido al fichero LÉEME. Si ella había leído el fichero, seguro que había encontrado y descifrado el mensaje. ¿Por qué no había ido tras él?

Interrumpió la comunicación para que su ordenador no se calentara en exceso, prometiéndose instalar, en cuanto llegara a casa, un medio de controlar a distancia el sistema de refrigeración. Después hizo otra llamada, a través de su dirección de Londres, a las oficinas de la Central de La Tierra de la Junta de Patrulla Espacial.

—Me llamo Blake Redfield. Tengo un mensaje para la inspectora Ellen Troy.

—¿Dónde está usted ahora, señor Redfield?

—No puedo decírselo. Mi vida podría correr peligro.

—Espere, señor Redfield.

—Volveré a llamar —dijo con rapidez—. Por favor, localice a Troy y dígame que estoy intentando dar con ella. —Desconectó el fonoenlace y se alejó rápidamente.

Blake se dirigía hacia el Boul Mich para encontrar otra infocabina, cuando un sedán eléctrico color gris se detuvo en silencio junto al bordillo, unos pasos más adelante. Del lado del pasajero descendió, con un movimiento atlético rápido y ágil, un hombre alto de ojos azules y pelo gris, la piel tan oscura que, por un momento, Blake le tomó por árabe. Levantó la mano izquierda con la palma extendida para mostrar que estaba vacía, mientras que en la derecha llevaba una placa con la estrella dorada de la Junta de Patrulla Espacial.

—Usted debe de ser Redfield —dijo, pronunciando las palabras en un ronco susurro—. No hay manera de ponerse en contacto con Troy, pero por casualidad yo estaba cerca.

—¿Quién es usted? —preguntó Blake.

—Lo siento, no hay tiempo para presentaciones —susurró el hombre de ojos azules—. Sea lo que sea lo que tenga que decir a Troy, me encargaré de que reciba el mensaje.

Blake se había puesto de lado, reduciendo el tamaño del blanco que presentaba, y tenía el peso del cuerpo equilibrado para echar a correr.

—Lo que tengo que decirle es sólo para ella.

El hombre de ojos azules asintió.

—Eso puede arreglarse.

—¿Cómo? —preguntó Blake.

—Dejaré que se ocupe de esto usted solo, si eso es lo que quiere. Pero tenga cuidado, Redfield. Hemos localizado su llamada a través de Londres en cinco segundos. Tiene suerte de que Troy me dejara instrucciones para encontrarle.

—¿Trabaja para ella?

—Podría decirse así. Si quiere hablar con ella, venga conmigo ahora... o si lo

prefiere, vaya a De Gaulle usted solo. Esta noche, a las veinte y veinte. Terminal C, puerta de lanzadera nueve. Le llevaremos hasta ella. Si no se presenta, olvídalo.

—¿Dónde está ella? —Preguntó Blake.

—Reconocerá el lugar cuando llegue allí.

—De acuerdo —dijo Blake, relajándose—. Supongo que da lo mismo si voy con ustedes.

El hombre de la voz grave dejó a Blake ante la puerta de la lanzadera. La lanzadera de la Junta Espacial salió unos minutos después.

En menos de una hora, Blake era acompañado a través de los corredores ingravidos de la estación de la Junta Espacial, en la órbita baja de la Tierra, hasta otra nave. Todo el mundo le trataba con fría cortesía, aunque le respondían incluso las preguntas más indiferentes. Cuando Blake se dio cuenta de que le habían metido en un cúter de la Junta Espacial, algo parecido al pavor se infiltró en su actitud impasible. Habían puesto a disposición de Sparta recursos inmensos. Pero él no tenía manera de saber que Sparta habría estado tan atemorizada y confusa como él...

El cúter dejó la órbita con una aceleración brutal y, en poco más de un día, Blake vio su destino en las pantallas de la cabina. Sí, reconocía el lugar. El cúter se dirigía hacia la Base Farside, en la Luna.

—¿Es usted la inspectora Troy? —Los ojos de Katrina Balakian examinaron el cuerpo menudo de Sparta—. ¿La inspectora Troy que salvó la vida a Forster y a Merck en la superficie de Venus?

—Tuve suerte —murmuró Sparta. No le agradaba ser tan famosa, pero suponía que sería mejor acostumbrarse a ello.

—Es un honor conocerla —dijo la astrónoma, ofreciéndole la mano enguantada. Ambas mujeres aún llevaban el traje presionizado; Katrina acababa de volver de inspeccionar el avance de las reparaciones de las antenas.

Katrina condujo a Sparta a una pequeña área de café, en un extremo de un corredor de las instalaciones del telescopio. Parecía que no le importaba la intimidad; hombres y mujeres pasaban con frecuencia por allí, lanzándoles miradas de curiosidad. El subsuelo estaba impregnado de olores corporales y entre ellos, Sparta notó una molesta nota de un aroma personal que había percibido antes en algún otro lugar.

—Mi colega Piet Gress tendrá envidia de mí —dijo Katrina.

—¿Ah sí? —Sparta tardó una fracción de segundo en buscar ese nombre en su memoria; se dio cuenta de que lo había visto en la lista de pasajeros y carga que esperaban para utilizar el lanzador.

—Albert Merck es su tío. —Katrina sonrió ampliamente; sus altos pómulos brillaban—. Tendrá envidia de que yo la haya conocido. Y ya está bastante enfadado conmigo.

—¿Por qué está enfadado con usted? —preguntó Sparta. Katrina parecía muy dispuesta a compartir sus pensamientos, tuvieran o no que ver con lo que estaban tratando.

—Es analista de señales; desarrolla programas para estudiar las señales de radio que recibimos, buscando pautas. Su sueño es recibir un mensaje de una civilización distante, ser el primero en descifrarlo. Está enfadado conmigo porque nuestro programa de investigación está estudiando áreas que él no considera fructíferas. Y yo apoyo el programa actual.

—¿De un modo tan personal se lo toma?

—Está ansioso por realizar su gran descubrimiento. Mientras tanto los telescopios apuntan a un lugar más interesante para nuestros astrónomos.

—Debe de ser la constelación Crux, ¿no es así? —Claro que era así.

—Veo que se ha puesto al corriente de nuestro trabajo. Aunque estaremos un tiempo sin poder hacer nada de astronomía, hasta que las antenas estén reparadas. Sufrieron daños superficiales a causa de los cascotes, cuando la cápsula que Leyland había abandonado, impactó.

—Sí, lo sé. El objetivo principal de esta instalación es buscar civilizaciones extraterrestres, ¿verdad?

—Buscamos señales de comunicación inteligente, sí. Según lo que cuentan los medios de comunicación, se diría que *ese* es nuestro único objetivo. Pero le aseguro que también conseguimos hacer un poco de ciencia básica.

—Bien, espero que el señor Gress no siga enfadado con usted.

—En otra época me preocupaba lo que él pensara. A él le daba igual que me preocupara. —Se encogió de hombros—. Ahora no importa. Ni hacemos astronomía ni esperamos oír extraterrestres, hasta que las antenas estén reparadas. —Katrina sonrió—. ¡Mire hablo y hablo! Usted ha venido para hacer preguntas. —Al parecer, la perspectiva de ser interrogada por la ley no incomodaba lo más mínimo a Katrina Balakian.

—Alguien intentó matar a Clifford Leyland —prosiguió Sparta—. Usted le conocía...

Katrina se rio, con una risa fuerte, llena de auténtico buen humor.

—¿Cree que me preocuparía? Es un gusano.

—Leyland dice que, después de su primer encuentro con usted..., una copa en su apartamento, creo..., él decidió pedirle que se vieran otra vez. —En realidad, había dicho bastante más, que no podía quitarse de la cabeza a Katrina, quizá sólo por la novedad que representaba, tan corpulenta, atrevida y franca: la robusta astrónoma no

era en absoluto como su esposa. Fuera cual fuese la atracción de Katrina, había dicho Cliff, no podía alejarse de ella.

—Un encuentro, sí. Si ésa es la palabra. —Katrina parecía divertida aún—. Al día siguiente de haber intentado ligar con él, me llamó. Se disculpó conmigo y dijo que necesitaba hablar con alguien, que yo era la única amistad que había hecho en la Luna. Me pidió que fuéramos a comer juntos. Dije que sí, de acuerdo, tomemos una copa antes, en mi habitación. Vino y me contó que la noche anterior, al salir de mi habitación, unos hombres le habían dado una paliza. Le convencí de que me mostrara las contusiones. Eran tiernas, pero nada serio. —Sonrió con aire lobuno—. No fuimos a cenar.

Sparta asintió con la cabeza con gesto solemne. Según lo que Leyland le había contado, pasó la noche con Katrina, y cuando fue a trabajar al día siguiente aún estaba aturdido por la fatiga, lleno de culpabilidad... sólo para descubrir que de pronto había sido trasladado a la Tierra, de vuelta con su familia. Ni siquiera se molestó en informar a Katrina. Aterrado por lo que había hecho desconectó su intercomunicador, y durante los días siguientes se negó a responder a los mensajes de ella.

—Dejas que un hombre se acueste contigo, y él después finge que no existes, se niega a hablar contigo, ni siquiera para decir «se acabó»; ¿cómo se sentiría usted? —La sonrisa de Katrina había desaparecido, y la piel le brillaba por la indignación.

Sparta nunca se había encontrado en una situación igual, y no podía imaginársela. Por un momento se sintió más como fisgona escuchando tras una puerta, con bastante ansia, que como una inspectora efectuando una sombría investigación. Se dio cuenta de que simpatizaba con Katrina. Había algo en Cliff Leyland, algo disfrazado de timidez, que podía engañar a una mujer, una o dos veces, pero al final, de manera inevitable, la enfurecería. Aquel hombre le parecía a Sparta una víctima que caminaba esperando a que se desatara el desastre. Sin embargo, no reveló a Katrina lo que sentía.

—Entonces, ¿admite usted que tenía motivo?

—Si —respondió Katrina con fuerza—. Si cree usted que ése es un motivo fuerte. Pero a fin de cuentas, ¿qué importancia tiene? Además, si yo le hubiera matado, todo el mundo lo sabría. Le habría roto el cuello.

—Entiendo.

Las manos de Katrina quedaban ocultas por los guantes del traje presionizado, pero sus brazos eran largos y sus hombros anchos; parecía nacida para domar caballos... quizá sus antepasados se encontraban entre los legendarios escitas. De todos modos, Katrina daba la impresión de ser una mujer que actuaba de acuerdo con sus deseos, de inmediato, si es que tenía intención de hacerlo, la clase de mujer que olvidaba sus pérdidas, no las lamentaba interminablemente.

El fallo en el lanzamiento de Cliff Leyland se había producido el día en que Sparta había viajado de Londres a París, en busca de Blake, poco después de que Cliff conociera a Katrina Balakian, cuando ésta regresaba de su largo permiso. Si Katrina lo hubiera querido, habría tenido el tiempo necesario para urdir la muerte de él, aunque en privado; Sparta dudaba que aquella mujer tuviera nada que ver con ello.

—Si resulta necesario, ¿puede decir dónde estuvo las veinticuatro horas anteriores al lanzamiento?

Katrina sonrió.

—En un lugar pequeño como éste, todo el mundo sabe dónde están todos en cada momento. O creen que lo saben.

—Suponiendo que usted no intentara matar a Leyland...

—Lo siento, no sé quién lo hizo. Él me dijo que los hombres que le habían dado la paliza querían que hiciera contrabando, y él se negó. Quizá decidieron ir más lejos, para asegurarse de que no iría contando cuentos.

—¿Sabe usted quiénes eran?

—Una oye nombres. —Se echó hacia atrás.

—¿Uno de los nombres en Pontus Istrati?

—Tal vez.

—¿Otros?

—Aquí, mucha gente emplea drogas, no es difícil encontrar un proveedor. No me gusta repetir los rumores —dijo Katrina.

—No estamos en el siglo xx —replicó Sparta—. No metemos a la gente en la cárcel sin tener pruebas suficientes. Dígame los nombres.

Katrina se tomó un segundo para pensar. Exhaló el aliento por la nariz.

—Está bien —dijo, y dio a Sparta media docena de nombres—. Pero, inspectora, ¿no cree que podría haber sido un accidente?

—Es casi seguro que la cápsula fue sabotada.

—Quiero decir, el hecho de que Cliff estuviera a bordo de esa cápsula. Quizá, querían destruir la cápsula misma. O algo que había en ella.

Sparta sonrió.

—Una hipótesis interesante.

—Pero para usted, evidentemente, no es una idea nueva.

—Le haré saber cómo se resuelve el asunto. —Sparta se levantó sin esfuerzo en la gravedad fraccionada—. Gracias por su ayuda.

Katrina se puso en pie y esta vez se quitó el guante, estrechando la mano de Sparta con fuerza. Después titubeó, mirando por encima del hombro de Sparta. Ésta se volvió y vio a un joven, alto y de mirada triste, que pasaba por el pasillo. Iba vestido con traje presionizado y llevaba una maleta.

—Adiós, Piet —le dijo Katrina.

El hombre no dijo nada, sólo hizo un gesto afirmativo con la cabeza y siguió andando.

Katrina miró de nuevo a Sparta; después sonrió y se dio la vuelta.

Sparta pensó que su sonrisa era más bien triste. Pero éste sólo era uno de los hechos alarmantes que había observado en el breve intercambio. Al tocar la piel desnuda de la mano de Katrina, Sparta analizó la signatura de aminoácidos de la mujer, y de repente identificó el aroma, hasta ahora mezclado con los olores del transitado corredor, que no había podido identificar.

Katrina Balakian era la mujer que había estado en el apartamento de Blake Redfield.

Los retrocohetes de una nave espacial que llegaba, estallaron en llamas por encima de la cabeza de Sparta, mientras el vehículo lunar de ella cruzaba a gran velocidad la llanura gris. La nave blanca con la banda azul y la estrella dorada, se dirigía suavemente hacia el campo de aterrizaje más allá de las cúpulas. Sparta se preguntó qué podía haber hecho regresar el cúter a la Luna, tan pronto, después de haber salido ella de L-1.

Al cabo de veinte kilómetros de conducir dando saltos entre polvo, al lado de la interminable Pista de la catapulta, Sparta se acercaba al centro de la base. Durante casi todo el recorrido había estado reflexionando acerca de la conexión que podía existir entre Blake Redfield y Katrina Balakian. Lo que Sparta sabía de Balakian, por los archivos, indicaba que la astrónoma había estado en la Tierra disfrutando de un permiso de tres meses, los cuales había pasado en las costas del Mar Caspio. Nadie sabía mejor que Sparta, con cuánta facilidad podían ser falseados esos archivos.

¿Podía haber alguna explicación inocente al hecho de que las huellas de Balakian estuvieran en el apartamento de Blake? A Sparta no se le ocurría ninguna. Por otra parte, la relación de Balakian con Blake no tenía nada que ver con el no accidente casi fatal de Cliff Leyland, de eso estaba segura, Porque la respuesta al misterio de Leyland ya estaba clara...

Sonó su intercomunicador.

—Aquí Van Kessel, inspectora Troy. Hemos instalado los dispositivos contra fallos que sugirió.

—Qué rapidez.

—Era un cambio de circuito fácil. Una orden manual unilateral, ahora, requiere el acuerdo de al menos un ordenador de control de energía.

—Bien. ¿Cuándo volverán a poner en marcha la catapulta? —Mire a su derecha.

Sparta levantó la vista y vio una cubeta con una carga muerta que se dirigía en silencio hacia ella y desaparecía por la pista. Un segundo después pasó otra cubeta. Después, otra. Y después, otra. Pronto una sarta invisible de diminutos proyectiles se extendía por el espacio ante ella.

Sparta detuvo el torpe vehículo fuera de la cúpula de mantenimiento. No se preocupó de las cámaras de aire del vehículo; llevaba el casco cerrado y había dejado el interior del vehículo en vacío. Salió de un salto y se dirigió a la entrada de personal más cercana.

El intercomunicador sonó otra vez.

—Mensaje del campo de aterrizaje, inspectora Troy. Acaba de llegar un cúter de la Junta Espacial. El piloto dice que quiere que salga a recoger a un pasajero.

—Póngame en comunicación, por favor.

—Está en la línea.

—¿Quién es su pasajero, piloto? —preguntó Sparta.

—No estoy autorizada a divulgarlo —respondió la piloto—. Mis órdenes son entregarle el pasajero a usted, y a nadie más.

Sparta reconoció a la mujer.

—¿Cuánta prisa tiene, capitán Walsh?

—Estaremos una hora repostando combustible —respondió la piloto—. Después, nos iremos.

—Tengo algo que hacer. Me pondré en contacto con ustedes antes de que terminen.

—De acuerdo, inspectora Troy.

Lo que Sparta tenía que hacer era mantener una entrevista no programada con un técnico de lanzamiento, a quien tenía intención de acompañar hasta el departamento de Seguridad de la Base, antes del siguiente cambio de turno de la catapulta. El nombre de Pontus Istrati era de los primeros de la lista de sospechosos de Sparta, desde poco después de que ésta pusiera los pies en la Luna. Había obtenido el nombre directamente de las fichas del personal: Istrati era una de las tres personas que se encontraban de servicio como ayudantes, el día del lanzamiento casi fatal de Clifford Leyland. Los otros dos eran mujeres. La voz que Cliff Leyland oyó antes de que se cerrara la escotilla, era de hombre.

Y era una voz característica. A Sparta le había divertido descubrir, tras algunas comprobaciones, que Istrati no se molestaba en ocultar los tonos melifluos que Leyland había encontrado tan notables; Istrati gozaba de fama en la base, como cantante de un grupo de jazz.

En cuanto a la pandilla de contrabandistas de Farside, de la cual Istrati era un miembro tan incauto, Sparta tenía pocas dudas respecto a que era dirigida por Frank Penney. Éste tenía más que medios y oportunidad: tenía bajo su control la operación de lanzamiento completa. Incluso olía a drogas. Katrina Balakian no era la única persona que había mencionado a Penney, como una de las personas que supuestamente podía conseguirle a uno lo que quisiera.

No había pruebas de nada de ello, ni siquiera una evidencia admisible. Sparta esperaba que el señor Istrati la condujera a esto. Estaba en juego algo más que un grupo de contrabandistas. Sparta estaba segura de que Frank Penney, en un momento de pánico y creyéndose muy listo, había intentado matar a Cliff Leyland.

Sparta penetró en la cámara exterior de la esclusa de aire, para el personal, más próxima. Entró una ráfaga de aire y ella abrió el casco. Estaba sacudiéndose el polvo de las botas, esperando que el portero robot confirmara su identidad, cuando las sirenas de emergencia empezaron a ulular.

—¿Qué pasa? —preguntó Sparta.

—Despejen canales, por favor —dijo la voz robótica del ordenador central de la base.

Sparta se quitó el guante de la mano derecha. Introdujo sus púas INP en la ranura de información, y pasó al ordenador central su código de identidad.

—Aquí, Troy. ¡Canal de mando!

—Confirmando acceso a mando —dijo el robot.

—¿Naturaleza de la emergencia? —preguntó Sparta.

—Aparente intento de secuestro de remolcador orbital actualmente en marcha.

—Situación —gritó Sparta.

—El remolcador está incapacitado. El supuesto secuestrador no está en posesión de los códigos de elevación adecuados.

—¿Identidad del secuestrador?

—El supuesto perpetrador del aparente intento de secuestro se ha identificado en un primer momento como el señor Pontus Istrati. Es posible que esté armado, y debería considerársele peligroso.

Sparta retiró sus púas de la ranura, se puso los guantes y cerró su casco. Abrió la puerta de la cámara de aire sin esperar la descompresión gradual de las bombas de vacío. Casi salió disparada por la puerta, pero se mantuvo sobre los pies mientras saltaba a grandes trancos hacia el vehículo que la esperaba.

A los pocos momentos se dirigía rápidamente hacia el campo de aterrizaje.

Tenía que saber que había una emergencia para reconocer la situación en el campo. En un extremo, el alto cúter blanco estaba siendo atendido por una grúa, mientras el gordo remolcador cislunar, que supuestamente estaba secuestrado, se hallaba solo en el rincón opuesto del campo, iluminado por unos focos. Unos segundos antes que Sparta, un único vehículo lunar desarmado, con una luz roja destellando sobre su burbuja, se detuvo a una distancia prudente de los motores del remolcador. Esa luz roja destellante representaba una tercera parte del total de las fuerzas móviles de seguridad de la Base Farside.

Sparta detuvo su vehículo al lado de aquél. Por el intercomunicador del casco dijo:

—Seguridad de Farside, soy la inspectora Troy de la Junta de Control Espacial. Pido permiso para acercarme al remolcador.

Hubo un momento de vacilación. Una áspera voz de hombre dijo:

—Puede que el hombre esté armado, inspectora.

—¿Qué le hace pensarlo?

—Mmm..., sólo es posible.

—¿Es una conjetura basada en información?

Esta vez la pausa fue más larga.

—Realmente no sabemos gran cosa, inspectora.

—Conocen a Istrati, ¿verdad? ¿Es la clase de hombre que utilizaría un arma?

—No hay antecedentes de ello, inspectora.

—Repito: ¿me autoriza a acercarme al remolcador?

El patrullero respiró con disgusto.

—Es su piel.

—Gracias —murmuró ella.

Sparta abrió la tapa del vehículo lunar y salió. La gravedad de la Luna todavía era nueva para ella, y adelantó con cautela al vehículo de seguridad para dirigirse hacia el remolcador.

Nadie la desafió mientras subía fácilmente la escalerilla, de nueve pisos, al costado de los tanques de combustible, hasta que llegó al pequeño módulo de mando. La escotilla estaba cerrada por dentro. Sparta metió la mano enguantada en la salida de emergencia y la escotilla se abrió de golpe, añadiendo su oxígeno a la efímera atmósfera lunar. Sparta se metió dentro rápidamente.

Se puso a descodificar la cerradura magnética del interior del remolcador, tarea que calculaba le llevaría unos quince segundos.

—Si en verdad estás ahí dentro, Istrati —dijo con la boca pegada al intercomunicador del traje—, será mejor que lleves puesto el traje, porque voy a entrar. Y cuando...

La escotilla le explotó en la cara, golpeándola la tapa interior al saltar todos sus tornillos. Sparta fue lanzada contra una pared de la cámara de aire y a través de la escotilla exterior. Girando y agarrando el vacío, cayó.

Cayó treinta metros. Cuando alguien cae del noveno piso de un edificio en la Tierra, llega al suelo en menos de dos segundos y medio y el impacto es lo bastante fuerte para reventarle. Cuando alguien cae de la misma altura en la Luna, no llega al suelo hasta pasados seis agonizantes segundos. El impacto es considerable —como un paracaídas al aterrizar en la Tierra— pero si se cae de pie con las rodillas flexionadas, se sale de él, ileso. Las contorsiones de Sparta tenían un objetivo. Aterrizó de pie, igual que un gato.

Sobre ella, Istrati se deslizaba por la escalera. Cuando vio que ella había recuperado el equilibrio, él puso los pies en un peldaño y saltó con toda su fuerza, un salto elevado que le llevó muy por encima de la cabeza de Sparta. Dio en el suelo unos segundos más tarde, rodó dos veces y se puso de pie. Corrió dando largos saltos a través de la llanura.

La reacción inmediata de Sparta fue correr tras él, pero se detuvo. Giró hacia el vehículo de seguridad.

—¿Adónde va? —preguntó ella.

La voz del patrullero sonó amortiguada en el casco de Sparta.

—A ninguna parte. En esa dirección no hay nada. Será mejor que vayamos a recogerle antes de que se haga daño.

—Me ocuparé de eso. Les necesitan en la sala de control de lanzamiento.

—¿De verdad?

—Les necesitarán, se lo garantizo. Vayan allí y espérenme.

—Si usted lo dice, inspectora.

El vehículo de seguridad se puso en marcha inmediatamente.

Sparta se limpió el polvo del traje y regresó a su vehículo. Se alejó conduciendo a poca velocidad, persiguiendo a la blanca figura de Istrati, ahora cada vez más pequeña, que seguía saltando hacia el distante borde, a cien kilómetros de distancia.

Recorrieron dos o tres kilómetros de esta manera. Al principio, Sparta esperaba que el hombre se diera cuenta de que no tenía otra elección, y que debía entregarse. Pasaron otros dos kilómetros bajo los enormes neumáticos del vehículo, y Sparta empezó a cansarse de la persecución. Aceleró.

Mientras se acercaba a Istrati, trató de hablarle a través del intercomunicador.

—Señor Istrati, me estoy cansando de este juego y no estoy haciendo ningún esfuerzo. ¿Y usted? Hace cinco minutos que corre. ¿Por qué no ahorra sus fuerzas? Deténgase y hablemos. No me acercaré más de lo que usted me permita.

El intercomunicador del traje de Istrati estaba conectado, pero lo único que Sparta oyó fue su respiración desigual.

Sparta conducía con una mano, guiando el vehículo por dentro de los cráteres más grandes que mellaban el suelo del Mare, y rodeando los más pequeños. Los motores eléctricos de las ruedas del vehículo gemían levemente. Por debajo del crepitar de la radio.

—No puede ir a ningún sitio. Hagamos las cosas más fáciles, ¿de acuerdo? Deje de correr. Y yo dejaré inmediatamente de perseguirle.

Delante de ella, el hombre que corría pasó de un salto un ancho cráter de diez metros, y desapareció tras él. Sparta introdujo el vehículo lunar en el cráter —era más profundo de lo que parecía— y ascendió la pared del otro lado. Llegó arriba con las cuatro ruedas en el aire, y aterrizó entre una nube de polvo.

—Pronuncie la palabra, señor Istrati, Me alegraré de hacerle sitio para volver al... No estaba allí. Sparta se detuvo.

Algo golpeó la burbuja de plástico sobre su cabeza. Istrati había saltado desde detrás del vehículo con una piedra de basalto de un metro de ancho en las manos, la cual dejó caer sobre el techo del vehículo. Seguía sujetando la enorme roca; volvió a golpear la burbuja. Estaba intentando entrar en el vehículo por la fuerza.

Sparta le vio los ojos enrojecidos y furiosos a través del traje espacial, y vio que tenía espuma en la boca. Istrati no era presa del simple pánico. Se hallaba en un estado de rabia inducida químicamente.

La muchacha puso el vehículo en marcha atrás, y retrocedió, soltando los cierres del cinturón de seguridad. Istrati estaba a punto de saltar otra vez cuando ella abrió la burbuja y salió. Él balanceó la roca para golpear a Sparta pero erró; y ella, en la engañosa gravedad, erró el ataque que había pretendido.

Istrati se había sujetado a su arma, y el impulso del balanceo le había hecho perder el equilibrio. Cayó sobre el hombro y rodó, y después resbaló en el polvo. Lentamente consiguió ponerse de rodillas, y por fin de pie. Sparta se preparó para

saltar otra vez, pero él se anticipó de nuevo, arrojándose hacia delante con todas sus fuerzas.

Sparta contempló con horror cómo se lanzaba adrede sobre la roca que aún sostenía entre las manos enguantadas. Un borde de basalto afilado como un hacha de mano primitiva le destrozó la placa frontal. Aún estaba vivo cuando Sparta llegó a él, pero no podía hacerse nada. Sus ojos enrojecidos, enrojecieron aún más cuando se inyectaron en sangre. Tuvo un violento espasmo cuando su último aliento escapó al vacío, y luego murió.

Sparta se arrodilló unos segundos al lado del cuerpo. Era consciente de que en el intercomunicador sonaban ruidos de parásitos, pero no hizo nada. La picazón que sentía en los ojos eran lágrimas, el comienzo de un torrente de airada tristeza. No estaba hecha para estas cosas. Fuera lo que fuera para lo que la habían hecho, no era esto.

Dejó que la tristeza la llenara y disminuyera poco a poco, hasta que quedó exhausta y dolorida. Lentamente se puso en pie, y levantó el cuerpo voluminoso y ligero de Istrati.

Sparta lo llevó al vehículo lunar. Lo colocó en el asiento trasero, lo más recto que pudo, y lo ató. Subió al asiento del conductor, bajó la cubierta y presurizó la cabina con el aire almacenado. Cuando la presión fue normal se soltó el casco y olió el aire.

Largas fórmulas químicas aparecieron en la pantalla interior del consciente de Sparta, un complejo cóctel de drogas a las que todavía olía el cuerpo de Istrati.

Puso en marcha los motores del vehículo y se dirigió lentamente hacia la base.

—Troy a Seguridad de Farside. Canal de mando.

No hubo respuesta. Sparta alzó la vista y vio que el ataque inicial de Istrati había roto las antenas. Su intercomunicador no funcionaba.

Condujo hacia la distante base, hundida en una negra depresión. Había venido a Farside para investigar un intento de asesinato. Ahora tenía entre las manos un asesinato consumado. Istrati había recibido una sobredosis deliberada, y el responsable era el mismo hombre, y por los mismos motivos. Penney estaba intentando desesperadamente cubrir sus propias huellas...

Los Pensamientos de Sparta fueron interrumpidos por una visión fantasmagórica. Claramente visible en el claro espacio sin atmósfera de la Luna, en el extremo cercano de la pista de aterrizaje donde la brillante punta del cúter blanco resplandecía sobre el cielo estrellado, una figura a contraluz, en traje espacial, caminaba hacia ella, gesticulando. Sparta enfocó los ojos en esa figura que aún estaba a cinco kilómetros de distancia, acercándola en su campo de visión...

Se trataba de Blake Redfield.

Cerró su casco y despresurizó la cabina. Unos minutos más tarde se detenía junto a él. Cuando abrió la burbuja, vio su sonrisa a través de la Placa frontal.

La radio del traje de Sparta crujió.

—¿Eres el pasajero que me dijeron que tenía que recoger?

—El mismo. Les convencí de que me dejaran abandonar la nave. —Estaba muy satisfecho del efecto que había conseguido.

—¿Te importa compartir el asiento trasero?

—En ab... —Su sonrisa se desvaneció cuando se dio cuenta de que el hombre de atrás tenía el casco destrozado.

—Hasta que Seguridad me lo quite de las manos. —El tono de ella era impaciente, desafiándole a hacer una broma de aquello.

—En ese caso...

Se acomodó rápidamente en la parte posterior apoyándose en sus correas, lejos del cuerpo de Istrati. Sparta bajó la burbuja. El vehículo reanudó su viaje hacia la base.

Tras unos momentos de silencio, ella dijo:

—¿Qué haces en un cúter? Se reservan para los casos de prioridad triple A.

—Me dio la impresión de que me lo enviabas tú.

—¿Quién te dio esa impresión?

—Un tipo alto, pelo gris, ojos azules, voz como la marea alta en una playa de guijarros. No quiso darme su nombre, pero dijo que trabajaba para ti.

Sparta, por poco se ahoga; hizo ver que se aclaraba la garganta.

—Bien —dijo con dificultad—. Encontré tu mensaje, Blake, y fui a París, pero llegué demasiado tarde. Entonces surgió este asunto.

—¿Qué asunto? Nadie me ha dicho qué pasa. O por qué estás aquí.

—Hace unos días, el lanzador de Farside falló y estuvo a punto de matar al ocupante de la cápsula. Me enviaron aquí para averiguar si había sido un accidente. No lo fue. En estos momentos me dirijo a arrestar al que lo hizo.

—Ah —exclamó Blake—. Supongo que has estado muy ocupada.

Hubo un silencio en la cabina, exceptuando el gemido de los motores.

—Ellen ¿no te alegras de verme?

Ella miró fijamente al frente durante un largo minuto, y luego meneó la cabeza.

—Lo siento. Solo es que... tengo tantas cosas de las que ocuparme. Me estoy quedando sin energías.

—Una de las cosas que quería decirte es que encontré a William Laird. O como se llame.

Sparta tragó saliva y fue como tragar arena. Laird. El hombre que había intentado matarla. El hombre que debía de haber matado a sus padres, si es que estaban muertos.

—¿Dónde? —preguntó con un susurro.

—En París —respondió él—. Se hacía llamar Lequeu. Descubrió quién era yo,

antes de que a mi se me ocurriera quién era él; me tuvieron encerrado más de una semana hasta que pude escapar.

—¿Por qué robaste aquel rollo?

—Ahora soy miembro del Espíritu Libre. Fue mi primera misión. Esperaba que aparecieras a tiempo de salvarme de una vida delictiva. Lo hice de la manera más chapucera que pude, y dejé un rastro que llevaba a Lequeu. Pero él era demasiado listo para los flics.

—Blake, ¿conoces a una mujer llamada Katrina Balakian?

—No. ¿Qué le pasa?

—Sus huellas estaban por todas partes en tu apartamento. Lo registró después de que te marcharas.

—Maldita sea. Debieron de pillarme enviando el mensaje del juego del escondite —dijo—. ¿Qué sabes de Balakian?

—Es astrónoma de Farside. Soviética. Una rubia corpulenta y musculosa, de ojos grises...

—¡Catherine! —exclamó Blake.

—¿Quién?

—La socia de Lequeu, Catherine. ¿Dices que es rusa?

—Transcaucásica. Una auténtica devoradora de hombres. Acento seductor.

—Catherine habla un francés impecable —dijo Blake. Luego, con suavidad, añadió—: Y, por supuesto, es astrónoma...

—¿Por supuesto?

Blake se inclinó hacia delante, excitado.

—Lo que en realidad quería decirte... Descubrí lo que intentaban hacer contigo. Con todos los que participábamos en SPARTA. Sé cuál es su programa.

—¿Qué tiene que ver con ello Catherine/Katrina?

—Lequeu, Laird, quiero decir, él y el resto creen que ha habido dioses entre nosotros, observando la evolución durante mil millones de años, observando el progreso humano, esperando a que llegue el momento oportuno. Los prophetae se han erigido en sumos sacerdotes de toda la raza humana. Creen que su tarea es crear el humano perfecto, el equivalente humano de los dioses, el emisario perfecto. Para expresarlo como lo hacen ellos, pretendían proclamar el Emperador de los Últimos Días, cuya función sería dar la bienvenida a las Huestes Celestiales descendentes, cuando entraran en el Paraíso...

—Me estás mareando. Ve al grano.

—Se trata de lo siguiente, Ellen: tú tenías que ser el Emperador, la Emperatriz, supongo, de los Últimos Días. Eso es lo que intentaban hacerte. El enviado de la Humanidad.

Sparta se rio amargamente.

—Lo hicieron mal.

—Todo esto podría parecer muy ambiguo, y una locura, excepto que ellos saben de dónde venían esos supuestos dioses.

—Blake —dijo ella, exasperada—, ¿qué...?

—Su estrella hogar está en Crux.

—¡Crux!

—¿Por qué te sorprende?

—¿Cómo sabes que está en Crux? —preguntó.

—Poseen lo que ellos llaman el Conocimiento: ¡inscripciones originales de visitas de estos dioses suyos, en tiempos históricos! Ese papiro, por ejemplo, identifica a Crux para cualquiera que pueda construir una pirámide y reconocer un mapa de estrellas.

El vehículo resbaló al girar con brusquedad, arrojando a Blake contra sus correas. Se encontró mirando fijamente a los ojos inertes de Istrati.

—¿Qué pasa...?

—Las antenas de Farside apuntaban a Crux cuando la cápsula de Leyland se estrelló. Siguen así.

El vehículo avanzaba dando tumbos en el paisaje lunar, tan rápido como sus motores le permitían, alejándose de las cúpulas de la distante base, y el hangar de carga de la catapulta electromagnética, hacia el otro extremo de la pista de ésta. Sparta avanzaba en línea recta hacia los radiotelescopios.

—Está a punto de suceder otra vez. Se producirá otro fallo de lanzamiento.

—¿Sí? ¿Cómo...?

—Cállate, Blake. Déjame pensar.

—Llama a la catapulta, si estás tan segura —dijo él—. ¡Haz que la desconecten!

—El tipo que está a tu lado me ha roto las antenas. Si estoy contando bien los segundos —ella no dudaba que los estaba contando bien— la cápsula que en este momento están cargando en la recámara de la catapulta, es la que está destinada a chocar contra Farside.

—Maldita sea, Ellen, ¿cómo puedes saberlo?

—Porque sé quién está en ella.

La catapulta se extendía a ambos lados, frente a ellos. Una cubeta cargada pasó a una velocidad de mil metros por segundo, acelerando enérgicamente aún. Desapareció en la pista. Un segundo después, otra cubeta pasó volando. Un segundo más tarde pasó otra, y siguieron pasando, con la regularidad de un reloj, un reloj que marcaba la hora disparando balas de rifle. Pero el ruido del disparo estaba ausente, de un modo misterioso.

—¡Estamos en medio de ninguna parte! —protestó Blake—. ¿Adónde vas?

Sparta permanecía callada, concentrándose. El vehículo lunar gimió dirigiéndose hacia la pista durante otro medio kilómetro.

—Diez segundos para entrar en acción —dijo ella—. Guía tú. Mantennos en línea recta.

Blake se soltó las correas y se inclinó hacia delante por encima del asiento. Sparta dejó la palanca de mando y él la cogió.

—¿Qué..., estás..., haciendo...? —Su estómago golpeaba repetidamente contra el respaldo del asiento, mientras el vehículo lunar avanzaba dando bandazos a través del terreno lleno de cráteres.

—Agárrate bien.

—Oh, sí..., claro...

Sparta abrió la cápsula. Los grandes neumáticos delanteros del vehículo lanzaban una lluvia de polvo al vacío.

—Dentro de dos segundos voy a saltar. Procura no soltar esa cosa.

—¿Mi...?

Pero ella ya se había ido. Tras pronunciar la última palabra, había saltado del vehículo. Blake vio de modo confuso cómo se alejaba volando, con los brazos extendidos en el vacío, como si fuera una criatura alada, mientras una cápsula tripulada se acercaba a ellos, a gran velocidad, por la pista de la catapulta. Sparta curvó los brazos y las manos. Por un momento pareció una diosa, levitando...

La burbuja del vehículo lunar bajó dando un golpe. Blake alcanzó el acelerador mientras el polvo acumulado en la muy utilizada carretera para vehículos lunares, la cual discurría junto a la pista, atrapaba una rueda. Blake notó que la palanca de mando se le escapaba de la mano. El vehículo patinó y dio una sacudida. La parte posterior resbaló y después se detuvo. Se deslizó prácticamente hasta debajo de la pista de la catapulta, antes de quedar quieto.

Blake se echó hacia atrás y cerró los ojos, tragando aire.

Cuando los abrió, dio un grito. Había olvidado que aún tenía compañía en el vehículo: los ojos inertes y enrojecidos de Istrati le miraban fijamente con ira paralizada.

Blake abrió de golpe la burbuja y salió del vehículo lunar, con las rodillas temblorosas a causa del exceso de adrenalina. Entonces vio a Sparta. Se encontraba tumbada en el polvo junto a la pista. Blake echó a correr hacia ella, pero su salto era largo y perdió el equilibrio, cayendo de rodillas a su lado.

Sparta se incorporó.

—Cálmate un poco antes de que te hagas daño —le dijo ella con aspereza.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —respondió. Con un movimiento rápido se irguió—. Será mejor que vayamos al control de lanzamiento. ¿Puedes ponerte de pie tú solo?

—Sí, puedo ponerme de pie —dijo con petulancia, y se lo demostró—. ¿Qué ha ocurrido?

—Te lo contaré más tarde, limpiémonos este polvo. —Empezó a sacudirse el polvo lunar que se le había pegado al traje.

Sparta no tenía intención de contarle todo lo que había para contar.

Cuando Sparta y Blake llegaron a la sala de control, parecía que se había terminado casi toda la conversación. Algunos controladores estaban interrogando con ansia a sus ordenadores; otros miraban con indiferencia las pantallas. Frank Penney estaba sentado ante la consola del director de lanzamiento. Van Kessel miró a Sparta con severidad. Abrió la boca, pero al parecer no se le ocurrió nada que decir. Entonces soltó:

—¡Otra vez, Troy! Un fallo en un lanzamiento tripulado. Sparta no miró a Van Kessel.

—Frank Penney —éste volvió el rostro hacia ella—, queda usted arrestado por conspirar para cometer asesinato, y por el asesinato de Pontus Istrati, y por tráfico ilegal de drogas, violando numerosos estatutos del Consejo de los Mundos. Tiene derecho a permanecer en silencio. Tiene derecho a un abogado, que estará presente en toda entrevista oficial. Entretanto, cualquier cosa que diga podrá ser utilizada contra usted ante un tribunal. ¿Entiende sus derechos según la carta constitucional del Consejo de los Mundos?

El bronceado rostro de Penney enrojeció, El hombre, a quien le gustaba llamar la atención, era consciente de que todos los controladores presentes le estaban mirando perplejos.

—¿O prefiere correr, Frank? Como Istrati —susurró ella, incapaz de contener la malicia—. No intentaré detenerle.

—Quiero ponerme en contacto con mi abogado —dijo Penney con voz ronca.

—Hágalo en otro sitio, aquí tenemos cosas de que ocuparnos.

Penney, se levantó de la silla con rigidez y salió de la habitación. Dos patrulleros de seguridad le aguardaban junto a la puerta. Todos los ojos contemplaron su retirada.

Blake enarcó una ceja.

—¿Cómo lo sabían?

—Antes de iniciar la persecución de Istrati, les he dicho que les necesitaría aquí.

—¡Inspectora Troy! —rugió Van Kessel detrás de ella.

—Diga, señor Van Kessel —dijo ella con suavidad—. El fallo del lanzamiento. Estoy enterada. Nos quedan unas cuantas horas para hacer algo al respecto, ¿verdad?

—¡Lo sabe! ¡Cómo puede saberlo!

—Porque, señor Van Kessel, me enviaron aquí para descubrir por qué falló el lanzamiento de Cliff Leyland, y no he pensado en otra cosa desde que llegué. De no haber sido así, no habría preparado de antemano el arresto del señor Penney.

—¿Qué tiene eso que ver? —explotó Van Kessel—. ¡Todo el mundo sabe que Frank e Istrati se llevaban algo entre manos! —Se calló de golpe. Su pálido rostro enrojeció.

Sparta sonrió con aire cansado.

—Bien, habría podido decírmelo, pero no fue necesario. Ahora podría decirme esto: ¿sabía que Istrati intentó reclutar a Cliff Leyland para la operación de Penney?

—Si usted supiera cómo eran las cosas aquí... —dijo Van Kessel con voz ronca—. No espíamos.

—No soy juez ni fiscal —dijo ella, tratando de tranquilizarle—. Istrati trabajaba como cargador en los lanzamientos. Fue idea suya reclutar a Cliff Leyland, porque Leyland hacía viajes frecuentes de ida y vuelta a L-5. Leyland se negó, incluso después de que le dieran una paliza, pero no denunció a Istrati; lo cual no fue su único error de juicio, sino casi el último que efectuaba. Istrati pensó que sería una buena idea darle una lección, colocándole drogas encima, donde los servicios de seguridad de L-1 las encontrarían sin lugar a dudas.

Sparta miró en torno a la habitación; tenía un público extasiado.

—Como al parecer saben todos ustedes —prosiguió—, Penney era el jefe de la banda, y era el controlador de lanzamiento aquel día. Istrati debió de fanfarronear ante él; acerca de lo que había hecho, en cuanto la cápsula de Leyland estuvo en la pista. Debe haber sido obvio para Penney, que aquello era algo más que un error estúpido; era un desastre que podía hacer estallar toda la operación. De manera que Penney decidió destruir la cápsula de Leyland, una cápsula que sólo estaba a medio camino en la pista. Si Penney suprimía la energía inmediatamente y la enviaba a poca distancia, el lanzamiento se abortaría; la cápsula nunca abandonaría la pista.

—¿Cómo pudo suprimir...?

—Su sistema de anulación directa no tiene autoprotección, señor Van Kessel —dijo con firmeza Sparta—. Cualquier persona en esta sala de control podría haber saboteado la cápsula. Pero Penney tenía motivos. Y medios para enviarla lejos, al espacio profundo, o cerca, a la Luna. —Hizo una pausa—. Enviarla lejos no era

ninguna opción, desde luego: a Penney no le importaba lo que le ocurriera a Leyland, pero no podía permitir que la cápsula fuera recuperada jamás. Así que esperó hasta que el ordenador le indicó que era demasiado tarde para abortar; pero en el último instante aún podía hacer que la cápsula se estrellara. Eso le daba una órbita extraña, una órbita que colocaría a la cápsula prácticamente encima de la base. Mientras fingía que trataba de ayudar a Leyland, se aseguró de enviar señales que estropearan el sistema de maniobra de la cápsula.

Van Kessel gruñó.

—¿Ha resuelto todo esto...?

—Formulé la hipótesis antes de llegar a la Luna. Tenía la mayoría de datos que necesitaba.

Van Kessel respiró profundamente.

—Supongo que debería felicitarla.

—No lo haga. Estaba totalmente equivocada —dijo Sparta—. Penney no tenía nada que ver con el fallo en el lanzamiento de Leyland.

—¿No? —Van Kessel estaba más confundido que nunca.

—Penney es un asesino, sí; no creo que resulte difícil de demostrar que Istrati se volvió loco y se suicidó porque Penney le hizo tomar, deliberadamente, hiperesteroides poco antes de que comenzara el turno. Sabía que yo estaba acercándome a él. Pero él no fue el responsable del fallo en el lanzamiento.

—Entonces, ¿quién fue? —preguntó Van Kessel.

—Piet Gress.

—¡Gress! —exclamó Van Kessel—. ¡Está en la...!

Sparta asintió con la cabeza.

—Es el hombre que está en la cápsula ahora mismo. Es un analista de la instalación de antenas. El trabajo del personal de la instalación consiste en buscar inteligencia extraterrestre, pero es evidente que Piet Gress está dispuesto a entregar su vida para asegurarse de que nunca la encontrarán.

—¿Quieres decir que pretendía destruir las antenas? —preguntó Blake.

—¿Quién es usted? —preguntó Van Kessel, mirando a Blake como si advirtiera su presencia por primera vez.

—Es Blake Redfield, mi socio —dijo Sparta, sin molestarse en completar la presentación—. Porque estaban a punto de comenzar a mirar en Crux —dijo a Blake—. Donde, según tú, puede que encuentren la estrella hogar de los «dioses»... de la Cultura X.

—¿La Cultura X? La Cultura X. ¿Qué demonios tiene que ver con esto un montón de garabatos en viejas placas? —interrogó Van Kessel, pero nadie le prestó atención.

—Pero ya lo intentó una vez y falló —protestó Blake—. Usted me dijo que la

cápsula de Leyland se estrelló contra las montañas. Las antenas están protegidas por la cordillera.

—Ya no.

Entonces Blake lo comprendió.

También Van Kessel, aun cuando el significado de todo aquello se le escapaba.

—El cráter Leyland —murmuró Van Kessel.

Gress había utilizado la cápsula de Leyland para perforar un agujero en la cadena de montañas que protegía las antenas de la Base Farside. Una segunda cápsula, en la misma trayectoria, pasaría a través de la brecha... y acertaría de lleno.

—¿Cuál es la órbita de la cápsula de Gress? —preguntó Sparta a Van Kessel.

—Es demasiado pronto para precisarla. El fallo se ha producido exactamente en la misma sección de la pista de lanzamiento que el de Leyland. La primera aproximación es que Gress sigue la misma trayectoria.

—¿Se han puesto en contacto con él?

—No responde. Debe de tener la radio desconectada.

—Déjeme probar.

Sparta se sentó ante la consola del director de lanzamiento, y conectó el intercomunicador.

—Piet Gress, aquí Ellen Troy, de la Junta de Control Espacial. Usted cree que está a punto de morir. Sé por qué. Pero no morirá ni llevará a cabo su misión.

Los altavoces no le devolvieron más que el siseo del éter.

—Dr. Gress, usted cree que su órbita es la misma de Leyland, o muy próxima a ella. Pero su cápsula no pasará por la brecha en la cordillera. No puede efectuar correcciones del rumbo sin nuestra cooperación. No chocará con las antenas. Puede salvarse, o puede morir por nada.

Durante unos segundos los altavoces permanecieron silenciosos, exceptuando el sonido del cosmos. Luego, una voz seca, triste, salió de ellos:

—No es cierto.

Sparta captó la mirada de Van Kessel. Éste bajó la cabeza.

—Señor Van Kessel —dijo ella con calma—, sólo para que sepa contra lo que peleamos le diré que, según mi colega, el señor Redfield, Piet Gress representa a una secta de fanáticos que creen que nuestro sistema solar fue invadido por extraterrestres en el pasado lejano y está a punto de serlo de nuevo. La cuestión es que Gress y sus amigos, en realidad, esperan con gusto la invasión. Pero desean mantenerlo en secreto frente al resto de mundos habitados. Lo desean tanto, de hecho, que algunos de ellos, como Gress, están dispuestos a matarse y a matar a otra mucha gente, sólo para que nosotros, el populacho, permanezcamos en la ignorancia.

Los ojos de Van Kessel se salían de sus órbitas.

—Es la locura más grande que jamás he oído.

—No podría estar más de acuerdo —dijo Sparta con fervor—. Pero no es la primera vez que unos cuantos maníacos se han sacrificado a sí mismos, y han sacrificado a un buen número de inocentes seguidores de sus creencias, y dudo que sea la última.

Se volvió hacia el micrófono de nuevo.

—No, Gress, no miento —dijo al invisible ocupante de la cápsula—. Conocía sus planes antes del lanzamiento —«unos dos minutos antes del lanzamiento, gracias a Blake»—, y se han dado los pasos necesarios para alterar su trayectoria —«pasos, saltos, medidas desesperadas: he saltado de un vehículo lunar que circulaba a toda velocidad, y he leído la aceleración de tu cápsula, y he leído la inversión de fase; y mi estómago ha ardido; y he derramado un torrente de telemetría en dirección al receptor del control de energía de la pista, en el código que había memorizado; y he hecho todo lo posible para anular las señales que tu cápsula también enviaba; hice todo eso antes de caer de nuevo al suelo, y ruego porque haya tenido éxito, pero ¿quién sabe?»— y no chocará contra la Base Farside. Puede chocar contra la Luna, pero no donde usted quiere. Puede que siga navegando por el espacio eternamente. Pero no destruirá las antenas. Sálvese, Gress. Utilice los cohetes de maniobra.

La voz de Gress salió por los altavoces.

—Yo digo que usted miente.

Blake se inclinó junto a Sparta y tocó el micrófono. Alzó las cejas: ¿me dejas hablar?

Sparta asintió con la cabeza.

—Piet, soy Guy —dijo Blake—. Te traigo un mensaje del santuario de los Iniciados. —Hizo una pausa—. Todo irá bien.

—¿Quién es usted? —La airada pregunta de Gress llegó al instante.

—Uno de nosotros —dijo Blake—. Un amigo de Katrina. De Catherine —miró a Sparta: «perdóname, pero ¿puedo estar muy equivocado?»—. Es demasiado tarde. Han interferido en el lanzamiento. Te pase lo que te pase, no vas a chocar con las antenas. Y, Gress, ahora ellos saben dónde buscar. Podrían encontrar la estrella hogar con un reflector de treinta metros en la Tierra. Blake le dejó digerir esa información. En los altavoces no se oía nada más que el siseo del espacio vacío.

De repente, la voz de Gress, fuerte, llenó la habitación.

—Es un impostor, un traidor. —Parecía al borde de las lágrimas.

—¡Sálvate! —gritó Blake.

No se oyó nada en los altavoces, ni se vio ninguna imagen en las pantallas planas, que centelleaban produciendo solamente ruido.

Blake se apartó del micrófono.

—Lo siento. Supongo que quiere morir.

La observación prosiguió. La cápsula de Piet Gress, igual que la de Leyland, se elevó y al fin comenzó a caer lentamente, otra vez hacia Farside.

En la sala de control cambió el turno, pero Sparta, Blake y Van Kessel se quedaron. Bebían café fuerte y hablaban de manera inconexa sobre Istrati, Penney y Leyland. Sobre Gress y Balakian. Penney se hallaba bajo custodia, ejerciendo su derecho a mantenerse callado, e Istrati estaba en el depósito, pero el departamento de seguridad de la base informó que otros miembros de la banda contrabandista, a los que habían detenido por sospechosos, habían comenzado a hablar por iniciativa propia.

Catrina había sido puesta bajo custodia protectora. Nadie le había leído sus derechos. Nadie le había explicado nada.

Lo que había hecho exactamente Gress —¿con ayuda de Balakian?— para provocar la casi muerte de Leyland, seguía siendo un misterio sin resolver. Sparta ordenó a seguridad de la base que reconstruyera los movimientos de ambos, durante las veinticuatro horas anteriores al lanzamiento de la cápsula de Leyland. La gente de seguridad informaron casi con demasiada rapidez: al parecer ninguno de ellos había abandonado la zona de operaciones del radiotelescopio.

—Si no tuvieron acceso a la cápsula, ¿cómo pudieron interferir en el lanzamiento? —preguntó Van Kessel.

Sparta permaneció callada, absorta en sus pensamientos. Debajo de los ojos se le habían formado profundas ojeras. Estaba encorvada, y se aferraba el estómago.

—Tal vez yo pueda responder a eso —dijo Blake a Van Kessel—. Gress es analista de señales; probablemente le resultó fácil descifrar las señales, del control de energía, que ustedes enviaban. Lo único que necesitaba era un transmisor cargado con un código preestablecido, preparado para hacer efecto cuando la cápsula de Leyland alcanzara el punto adecuado en su lanzamiento: una señal suficientemente fuerte como para anular el transmisor de a bordo de la cápsula. Con la misma facilidad pudo haber anulado los ordenadores de la cápsula con un mando a distancia, en cuanto dejó la pista.

—¿Un transmisor remoto...? —Van Kessel se mostró escéptico.

—Ahora mismo hay uno que apunta a la pista —susurró Sparta—. Los radiotelescopios. Cada receptor puede ser utilizado como transmisor. Cada transmisor puede ser un receptor. —Ahora sabía, aunque no dijo nada acerca de ello, que el origen de la extraña sensación de desorientación que había tenido cuando estuvo en la pista de la catapulta, era una explosión de telemetría de prueba de las antenas que aún estaban en reparación.

Van Kessel se encogió de hombros.

—Veremos —miró a Sparta—. ¿Cree usted que, después de todo, ella eligió deliberadamente a Leyland?

—Eso fue mala suerte para ella y para él —respondió—. Dio la casualidad de que él era la siguiente carga de la pista. Se encontraba en el lugar adecuado, en el momento inadecuado.

El tiempo transcurría con lentitud. A medida que las lecturas Doppler de las estaciones de radar en la Luna iban llegando a la sala de control, las estimaciones de la trayectoria de Gress se hicieron cada vez más ajustadas.

Van Kessel fue el primero en expresarlo con palabras.

—Gress no chocará con la Luna.

Gress no podía saberlo, por supuesto, ya que al parecer se negaba a creer lo que le decían y había dejado de responder al intercomunicador. Sparta observaba las brillantes líneas de las pantallas de gráficos, las líneas que diagramaban el avance de Gress hacia la Luna, y trató de imaginar en qué debía estar pensando, qué debía de sentir, mientras las iluminadas montañas de Farside se precipitaban hacia él. El hombre quería morir, quería que la faz de la Luna se abalanzara sobre él y le aplastara...

Van Kessel miraba a Sparta. Ésta no había demostrado sorpresa, ninguna emoción, al conocer la noticia de que Gress no chocaría con la Luna.

—Mentía usted, ¿no es cierto? —preguntó Van Kessel.

—Hemos debido de tener suerte —dijo ella con un susurro.

—Pero si Gress pudo programar la cápsula de Leyland con tanta precisión, con una transmisión a distancia —quiso saber Van Kessel—, ¿por qué no ha podido programar la suya? ¡Él va en la cápsula!

Sparta miró el rostro redondo y agraciado de Blake, y vio aquella ceja que se alzaba otra vez. ¿Por qué, en verdad?, se preguntaba Blake; ¿y en qué había andado Sparta cuando había saltado del vehículo lunar en marcha? No era la clase de pregunta que Blake le haría en público.

Sparta se dirigió a Van Kessel con frialdad:

—Tal vez con Leyland tuvo... la suerte de principiante.

Van Kessel gruñó.

—¿Está diciendo que hay algo en todo esto que la Junta Espacial no quiere que se sepa?

—Es una excelente manera de expresarlo, señor Van Kessel —dijo ella.

—Debería haberlo dicho enseguida —rezongó. Después se guardó sus preguntas para sí. Fuera lo que fuese lo que la Junta Espacial no le decía, dudaba de que él jamás lo averiguara.

Una vez más, sonó la alarma en la base. Esta vez, la medida era estrictamente

preventiva. Unas cuantas personas se trasladaron a los refugios profundos, pero los trabajadores más osados salieron a la superficie para contemplar cómo la cápsula de Gress pasaba sobre la cresta de la cordillera del Mare Moscoviense.

Cuando la cápsula pasó veloz y silenciosa sobre sus cabezas, brillantemente iluminada por el sol que aún se hallaba bajo, en el este, aún quedaba un margen de un kilómetro de altitud.

Unos segundos más tarde, Gress se elevaba de nuevo en el espacio.

Sparta, al borde del agotamiento, le llamó de nuevo.

—Hemos calculado su órbita con mayor precisión, doctor Gress. Cada vuelta será más amplia. Al final, acabará en la tela de araña de L-1. Probablemente sus raciones no durarán tanto.

No se oyó nada más que el siseo del éter. Duró tanto que todo el mundo, excepto Sparta y Blake, habían abandonado cuando, de repente, unas luces parpadearon en las consolas y los cansados controladores se movieron. Las pantallas planas se pusieron en marcha. Poco después, la voz desfigurada de Gress se oyó en el radioenlace.

—Ahora ustedes tienen el control de esta cápsula —dijo—. Hagan lo que quieran.

—Ha desconectado los sistemas de maniobra manual de la cápsula —dijo Van Kessel.

Antes de que nadie más en la habitación pudiera responder, Sparta había introducido las coordenadas en la consola del director de lanzamiento.

—Dentro de unos segundos experimentará cierta aceleración, doctor Gress. Por favor, asegúrese de que está bien firme.

Sparta había reescrito el programa de la cápsula y lo había introducido, antes de que Van Kessel pudiera confirmar sus cálculos.

—Nosotros habríamos podido hacer eso —gruñó Van Kessel.

—No quería darle tiempo a Gress, de cambiar de opinión.

Las consolas indicaban que, en algún lugar sobre la Luna, los motores de la cápsula de Gress arrojaban fuego...

... y la dirigían hacia L-1 para ser recuperada pronto.

Sparta estaba muerta de cansancio.

—¿Necesitas estar aquí más tiempo? —preguntó Blake.

—No, Blake. Necesito estar contigo.

Había que efectuar otra parada antes de terminar aquel largo día. Katrina Balakian estaba retenida en la pequeña instalación para detenidos, en el departamento de Seguridad de la Base, bajo la cúpula de mantenimiento. Sparta y Blake miraron la imagen de Katrina, en la pantalla plana del guardia. La astrónoma estaba sentada tranquilamente en un sofá, en la habitación cerrada con llave, contemplándose las manos que tenía enlazadas sobre el regazo.

—¿Es Catherine? —preguntó Sparta a Blake.

Él afirmó con la cabeza.

—Entraremos ahora —dijo Sparta al guardia.

El guardia marcó la combinación en el teclado de la pared, y la puerta se abrió. Katrina no se movió ni les miró. El olor que salió de la habitación era extrañamente tradicional, identificable al instante. Era un olor a almendras amargas.

Unos segundos más tarde, Sparta confirmó que Katrina Balakian había muerto envenenada con cianuro, administrado por ella misma mediante aquel sistema tan antiguo: un diente de plástico vacío. Sus facciones estaban paralizadas, con el rostro azulado y los ojos abiertos de par en par, con la expresión de quien, de pronto, de modo irrevocable, se queda sin aliento.

—Le sonrió a Gress la última vez que le vio —dijo Sparta a Blake—. Creí que era porque le amaba. Tal vez era así, pero también sabía que iba a morir por la causa.

—Ella ha sido más valiente que él, al final —dijo Blake. Sparta meneó la cabeza.

—No lo creo. Creo que cuando abran esa cápsula en L-1, encontrarán en ella a un hombre muerto.

—¿Por qué nos ha dejado enviarle a L-1? —preguntó Blake.

—Por despecho. Para que sepamos que ha muerto adrede.

—Dios mío, Ellen, espero que esta vez te equivoques.

No se equivocaba, pero ninguno de los dos lo sabría hasta el siguiente...

Aquella noche encontraron una habitación inclasificable en el área de los visitantes, con paredes de brocado y el suelo y el techo alfombrados. El mobiliario era moderno, frío, pero no lo miraron. Ni siquiera se molestaron en encender la luz.

La armadura de Sparta fue quitada lentamente. Ella no se lo puso fácil, pero tampoco se resistió. Y cuando ambos estuvieron sin protección, se mantuvieron muy juntos largo rato, sin apenas moverse, sin hablar. La respiración de Sparta se hizo más profunda, más lenta, y él la ayudó a tumbarse en la cama. Cuando se echó a su lado, se dio cuenta de que ella se había quedado dormida.

La besó en la parte posterior del cuello. Casi antes de darse cuenta, también él se quedó dormido.

A una tercera parte de la distancia desde la Base Farside, hasta el sol, y más, Puerto Hesperus giraba indefinidamente sobre las nubes de Venus. Un hombre alto y de ojos tristes estaba sentado en una habitación oscura, examinando una pantalla plana llena de símbolos extraños, símbolos que eran viejos amigos para él. Su contemplación fue interrumpida de súbito.

—Merck, me temo que tengo malas noticias para ti —dijo J. Q. R. Forster, ocultando su gozo. Él trabajaba ante una pantalla similar, en el extremo opuesto de la gran habitación, una galería vacía del Museo Hespérico. Aunque el museo era una propiedad valiosa, situada en la bulliciosa vía pública que rodeaba la esfera del jardín de Puerto Hesperus, de manera temporal no era utilizada por nadie, salvo por Forster y Merck.

—¿Malas noticias? —Albert Merck levantó la vista de la pantalla encendida, con una sonrisa ambigua en los labios. Se apartó el mechón de cabello rubio, que le caía sobre los ojos cada vez que movía la cabeza.

—He identificado los signos terminales que tanto nos desconcertaban.

—Ah, ¿de veras?

—Sí, en este mismo momento. Debería haber sido evidente.

—¿Hummm?

—En caso de no haber parecido imposible.

—¿Imposible?

—Habíamos supuesto que las tablas tenían mil millones de años de antigüedad. —«Qué tontos», sugirió Forster con su tono.

Pero Merck asintió solemnemente con la cabeza.

—Es la única suposición razonable. Tanto tiempo como Venus ha permanecido inhabitable, y así lo confirman los datos de los estratos de la cueva.

Forster se levantó bruscamente y empezó a pasear a lo largo de la habitación, que de por sí parecía una cueva. El techo era una brillante cúpula de vidrio coloreado, aunque muchos de los cristales estaban rotos y la habían cubierto con un plástico negro opaco. En otro tiempo, la galería había estado llena de objetos de arte rococó, los favoritos del fundador del museo.

Ahora aquel hombre estaba muerto, y el lugar había adquirido una fama lúgubre. Los depositarios del museo, que se encontraban entre los patrocinadores de la expedición a Venus, habían permitido que los arqueólogos utilizaran la estructura vacía para albergar su investigación.

—No cabe duda de que la cueva tiene mil millones de años —dijo Forster—. Existen cuevas de esa antigüedad en el Gran Cañón del Colorado. Eso no significa que nadie las haya visitado desde que se formaron. —Forster alzó la mano—. No, no

te molestes en decirlo; admitiré, por respeto a la discusión, que quizás algunos de los artefactos de la cueva podrían tener mil millones de años, aunque no tenemos medios para fechar las muestras que no tuvimos tiempo de coger. Pero esta noche, a altas horas de la madrugada, se me ha ocurrido (¿por qué no lo vi antes?) que los seres de la Cultura X podían haber utilizado este emplazamiento durante un periodo muy largo...

Merck exhaló un suspiro de exasperación.

—De verdad, Forster, seguramente eres el único arqueólogo de los mundos que podría creer en esa posibilidad. ¡Una civilización que durase mil millones de años! Que nos visitara de vez en cuando. Mi querido amigo...

Forster había dejado de pasear.

—Los signos, Merck, los signos. En cada sección de escritura, los signos de la izquierda son la imagen de espejo de los signos de la derecha. Copias perfectas en todo detalle; excepto los signos terminales de la última línea de la sección izquierda...

—La última línea de cada sección de la izquierda tiene un signo final diferente, que no aparece en ningún otro sitio —terminó Merck por él—. Está claro que se trata de expresiones honoríficas.

—¡Sí! —dijo Forster con entusiasmo—. Y me atrevo a decir que la propia escritura de espejo es honorífica; una manera de copiar textos que se consideraron dignos de ser conservados. Seguramente no es la norma; la placa de Marte no es escritura de espejo.

Merck sonrió tímidamente.

—Perdona que vuelva tu propio argumento en tu contra, pero en mil millones de años, o en cien, o incluso en diez, las costumbres podrían cambiar.

—Sí, sí —accedió Forster, irritado. Merck tenía cierta razón, pero no era el momento de admitirlo—. Merck, digo que podemos descifrar estos textos. ¡Qué ya conocemos los signos finales!

Merck miró a Forster con una expresión que oscilaba entre la diversión y el temor.

—¿De veras?

—Este... del tercer grupo de paneles. Es un jeroglífico egipcio, un disco solar, el sonido *kh*...

—Forster, es un simple círculo —dijo Merck.

—Y éste, del quinto grupo: cuneiforme sumerio para el cielo...

—Que se parece perfectamente a un asterisco.

—Del segundo grupo, el ideograma chino del caballo: ¿crees que eso es universal? Del noveno grupo, el carácter Minoico Lineal A de vino. ¿Bebían vino? Del segundo grupo, la letra hebrea aleph, que significa buey. Del séptimo grupo, un

signo en forma de pez del manuscrito indescifrado de Mohenjodaro...

—Por favor, amigo mío —dijo Merck con amabilidad—, esto es demasiado para que pueda absorberlo. ¿De verdad me estás proponiendo que la Cultura X vino a la Tierra durante la Edad de Bronce, y después voló a Venus para dejar una memoria de su viaje?

—*Tienes una manera muy educada de decir que estoy loco* —dijo Forster—, *pero no lo estoy, Merck. He hallado la Piedra de Rosetta.*

—¿En Venus?

—Quizá no teníamos que encontrarla... no sin ayuda. Pero de todos modos es la Piedra de Rosetta.

—Dejando a un lado la cuestión de quién tenía que ayudarnos —dijo Merck—, no hay ni un fragmento de lenguaje que podamos reconocer; excepto, posiblemente, estos signos aislados.

—Esos signos quieren indicar que conocían a los humanos entonces, que nos respetaban lo suficiente como para grabar nuestros símbolos; que querían que algún día los comprendiéramos. El significado está aquí, en estas tablas.

—Que maravilloso sería que tuvieras razón —dijo Merck—. Pero ¿cómo podemos hacerlo, con una sola correspondencia dudosa en cada bloque de...?

—Es un alfabeto, Merck. Hay cuarenta y dos signos, alfanuméricos...

—No acepto...

—No me importa. Límate a escuchar. Pudimos recuperar treinta bloques pareados de texto, y cada bloque de la izquierda termina con un signo perteneciente a las primeras lenguas escritas de la Tierra. Cada signo terminal de la izquierda, se corresponde a un signo de la Cultura X del texto de la derecha. Ésos son sonidos. El egipcio para *kh*. El minoico para *we*. El hebreo, no sonoro pero seguramente *ah*. Originalmente debía de haber uno de nuestros signos por cada uno de los suyos. Algunos, de lenguas que ya no conocemos. Podemos extraer el significado, podemos llenar los huecos —Forster hizo una pausa—. Cuando lo hagamos, podremos leer lo que escribieron.

Enfrentado al entusiasmo de Forster, Merck alzó las manos con un gesto de disgusto y volvió a su pantalla.

Forster también volvió a su ordenador. Al cabo de una hora tenía lo que él creía que era una buena aproximación de los sonidos del alfabeto de la Cultura X. Al cabo de otra hora, lo había utilizado para deducir los significados de varios bloques de texto. Miró fijamente la pantalla, lleno de excitación, cuando aparecieron las primeras traducciones.

Una especie de excitación terrible se apoderó de él. No esperó a que el ordenador terminara de escribir las traducciones para enfrentarse a Merck.

—¡Merck! —gritó, arrancándole de su sombría meditación.

Merck le miró, venciendo en la lucha por ser educado; pero la sensación de tristeza, de tragedia incluso, que planeaba sobre él, hizo que el entusiasta Forster hiciera una pausa momentánea.

—Después nos ocuparemos de las dudas... —Arremetió—. Aquí hay un punto apropiado para comenzar: el texto que tiene la *aleph* al final. Tranquilo, amigo... «En el principio, Dios creó el cielo y la Tierra...»

Merck, inexpresivo en las sombras, miró a Forster, que saltaba de gozo mientras leía de la lámina de plástico.

—Otro, el tercer texto, que terminaba con el disco solar jeroglífico. Empieza: «Qué hermoso eres, en el horizonte del este...» Un himno egipcio al sol. Otro, de China: «El camino que se conoce, no es el camino».

—Basta, por favor —dijo Merck, levantándose de la silla—. Ahora no puedo ocuparme de esto.

—Pronto tendrás que ocuparte de ello, amigo —dijo Forster exultante, casi con crueldad—. No veo ninguna razón para no anunciarlo mañana.

—Mañana, entonces. Discúlpame, Forster. Tengo que marcharme.

Forster observó la figura alta y desgarbada del arqueólogo, salir de la oscura galería. Ni siquiera se había molestado en apagar su pantalla plana.

Forster se acercó a ella para pulsar la tecla de SAVE. Le llamaron la atención los signos gráficos que mostraba la pantalla, signos de la Cultura X con anotaciones de Merck, al margen. Merck insistía en tratar aquellos signos como ideogramas, no como letras alfabéticas. Insistía en hallar significados arcanos para los textos que, para Forster, de pronto se habían hecho transparentes.

No era extraño que Merck no quisiera pensar en nada hasta el día siguiente. El trabajo de toda su vida había sido destruido.

Merck no iba a tener alivio; noticias peores viajaban ya por el espacio a la velocidad de la luz.

Toda la noche, Puerto Hesperus fue un hervidero de revelaciones del último desastre de lanzamiento, en la Base Farside. Llegó la mañana artificial, y Forster se quitó de la cabeza la idea de una conferencia de Prensa; en parte por respeto a su colega. Y en parte por una simple cuestión práctica. Los terribles acontecimientos de la Luna eran tan espectaculares, que ninguna revelación de avance arqueológico podía competir para atraer la atención del público.

Transcurrieron más de veinticuatro horas. Forster estaba cenando solo en su cabina, cuando oyó la última noticia horrible: la cápsula de Piet Gress había llegado a L-1 con su cadáver dentro. Forster dejó la cena enfriándose y fue en busca de su colega...

La única fuente de luz en la galería era una brillante pantalla plana, en blanco.

Albert Merck estaba sentado ante una larga mesa, mirando fijamente, no la pantalla en blanco, sino a través de ella.

—Albert... —La voz de J. Q. R. Forster resonó en la oscura galería, insólitamente suave—. Acabo de oírlo. ¿Eras muy íntimo del chico?

—Era el hijo de mi hermana —susurró Merck—. Les había visto poco a ambos, desde que él era muy pequeño.

—¿Te crees lo que han dicho? ¿Qué intentó destruir las antenas de Farside?

Merck se volvió lentamente para mirar a Forster. El pequeño profesor estaba de pie, junto a la puerta, con las manos a los lados, flácidas, con un aspecto extrañamente indefenso. Había venido a consolar a su viejo amigo y rival, pero tenía poca práctica en estas cosas.

—Sí, claro —respondió simplemente Merck.

—¿En qué estaría pensando? ¿Por qué intentaría destruir ese magnífico instrumento?

—Eso a ti debe de resultarte muy difícil de entender.

—¡Difícil de entender! ¡Se ha matado! —En su indignación, Forster casi olvidó que se encontraba allí para consolar a Merck—. Trató de matar a ese otro hombre. Habría podido matar a muchísima gente.

La expresión de Merck permaneció inalterable.

Forster tosió.

—Por favor, perdóname, yo... Quizá debería dejarte sólo.

—No, quédate —dijo Merck ásperamente, y se puso de pie con lentitud. En la mano derecha llevaba una cosa negra y reluciente, apenas más grande que la palma de la mano—. En realidad, Forster, el destino de Gress no me interesa. Tenía una misión. Falló. Ruego porque yo no haya fallado ya la mía.

—¿Tu misión? ¿Qué significa eso?

Merck se dirigió hacia el fondo de la galería, más allá de las hileras de vitrinas. Algunas de éstas albergaban fósiles reales, fragmentos de escultura natural, recogidos por los robots mineros de Venus, en el transcurso de los años. Otras contenían duplicados recientes de las criaturas que Merck y Forster habían visto conservadas en la cueva, reconstruidos laboriosamente según sus anotaciones.

Merck se inclinó sobre una mesa-vitrina que contenía una réplica de las tablas. Contempló las líneas de signos grabados en una superficie metálica pulida, que se parecía misteriosamente a la auténtica. La auténtica estaba enterrada bajo las rocas de Venus. Esperaría allí tanto tiempo como había esperado ya; su metal era duro como el diamante.

Merck murmuró unas palabras que Forster no pudo oír. Parecía hablar directamente a las tablas.

—Habla más alto —le dijo Forster, acercándose—. No te entiendo.

—He dicho que nuestra tradición no nos ha preparado para estos acontecimientos. El Pancreator tenía que hablar a aquéllos que hemos aceptado y preservado el Conocimiento. Sólo a nosotros. Pero éstas —miró las tablas— son accesibles a cualquier filólogo.

—¿De qué estás hablando, Merck? ¿Quién o qué es el Pancreator?

Merck dejó sobre la vitrina el objeto que llevaba en la mano. Era un disco plano de plástico. Después se volvió hacia Forster, irguiendo en las sombras toda su imponente figura.

—Llegaste a gustarme, Forster, a pesar de nuestras diferencias. A pesar de la frecuencia con que has frustrado mis esfuerzos.

—Necesitas un descanso, Merck —dijo Forster—. Es evidente que te has tomado todo esto muy a pecho. Lamento haber sido yo quien te ha demostrado que estabas equivocado respecto a las traducciones, pero era inevitable.

Merck prosiguió, haciéndole caso omiso.

—A veces, he estado tentado de ayudarte con la verdad, aun cuando la misión de mi vida ha sido alejarte de ella, a ti y a todos los demás.

—Estás diciendo tonterías —dijo Forster con aspereza.

—Lamentablemente para ti, has llegado a la verdad tú solo. De manera que he tenido que destruir tu trabajo...

—¿Qué? —Forster se volvió hacia la pantalla en blanco de la mesa de trabajo de Merck. Se abalanzó sobre la consola y tecleó con furia, pero la pantalla plana sólo le mostró ficheros vacíos—. No puedo... ¿Qué significa esto? ¿Qué has hecho, Merck?

—Lo que he hecho aquí se está haciendo en todos los sitios donde estos datos han sido recogidos y guardados, Forster —dijo Merck en un susurro—. En la Tierra, en Marte, en todas las bibliotecas, museos y universidades. En todas partes. Sólo quedan por destruir las dos mentes que podrían revelar la verdad. Tú lo harías de buena gana. No puedo reprochártelo. Y, por supuesto, a mí podrían obligarme.

Forster miró el objeto que había sobre la vitrina, al lado de Merck.

—¿Qué demonios es...?

Se precipitó sobre Merck. Una llamarada de luz intensa, y un muro de aire chamuscado, le hicieron saltar hacia atrás. La última imagen que tuvo de Merck, fue la de un hombre alto y rubio envuelto en llamas.

## EPÍLOGO

El comandante esperaba a Sparta y a Blake cuando éstos descendieron de la lanzadera, en Newark. Iba vestido con el uniforme azul. Ellos llevaban ropa de vacaciones.

El saludo de Sparta no fue cálido.

—Nuestra cita es mañana en su despacho.

—Ha sucedido algo —dijo roncamente el comandante. Volvió la mirada hacia Blake—. Hola, Redfield.

—Blake, es hora de que sepas quién es este hombre realmente. Es mi jefe, el comandante...

—Lo siento, pero no hay tiempo para presentaciones —dijo él, interrumpiendo a Sparta y dándole a Blake un rápido y fuerte apretón de manos—. Tendremos que hablar por el camino —dijo a Sparta.

Blake miró a ésta.

—¿Estoy incluido?

—No lo sé —respondió ella—. No me pierdas de vista.

Se apresuraron para poder seguir al comandante, abriéndose paso entre los demás pasajeros del transportador de gran velocidad, para llegar a su lado.

—Alguien ha arrojado una bomba en el Museo Hespérico —dijo el comandante, turbado—. Proboda salvó a Forster. Tiene quemaduras graves en el setenta por ciento del cuerpo; nada que la medicina no pueda arreglar en pocos días. Merck murió; no quedó suficiente cuerpo para reconstruirlo.

—¿Qué ocurrió?

—No estamos seguros. A Forster le cuesta un poco recordar los últimos minutos anteriores a la explosión.

—¿Proboda le salvó?

—Llegó allí al cabo de tres minutos, entró como pudo, sufrió quemaduras. Vik no es un intelectual, pero acaba de ganarse otra recomendación. —El comandante cogió a Sparta del brazo para indicarle que debía torcer a la derecha, cuando llegaron a donde el corredor se ramificaba hacia la helipista.

—¿Vamos a las oficinas centrales en helicóptero?

—No vamos a las oficinas centrales —dijo el comandante—. Nos tienen preparada una lanzadera cargada. Va a regresar en cuanto estés a bordo.

Sparta se quedó callada un momento.

—Ahí va el permiso que usted me ha estado prometiendo —dijo al fin.

—Te lo deberemos.

Sparta miró a Blake y, por un momento, se le humedecieron los ojos. Blake nunca la había visto llorar, y ahora tampoco iba a hacerlo. Con torpeza. Sparta le cogió la

mano. Se miraron fijamente mientras el transportador avanzaba, pero ella no se acercó a él y él no se acercó a ella.

El comandante apartó la mirada y permaneció en silencio, hasta que al fin se aclaró la garganta y dijo:

—Cuidado. Vamos a girar a la derecha.

Blake y Sparta se separaron. Sparta no dijo nada; tenía un nudo en la garganta por el esfuerzo que realizaba para controlar sus emociones.

—La bomba arrojada en el museo parece parte de un patrón —dijo el comandante—. Material arqueológico. En todo el museo. Algunas cosas robadas, otras destruidas. —Su tono indicaba que no podía imaginar que a nadie le interesara el «material arqueológico»—. ¿Y usted, Redfield? ¿Tiene alguna idea?

—Bueno, señor...

—¿Lo que le contó a Troy que hacía en París, por ejemplo? —Miró a Sparta—. ¿Dejaste de poner algo en ese informe, Troy?

—Nada de importancia, señor. —Lo dijo con un susurro, pero en tono desafiante.

—Ahora que se ha descubierto su pretexto, Redfield, probablemente deberíamos reclutarle; pero eso deberá esperar.

—¿Adónde me envía, señor? —preguntó Sparta con sequedad.

—Lo que está causando más agitación, es esa placa marciana.

—¿La placa marciana?

—Desapareció ayer de Labyrinth City. Tú vas a recuperarla.

—Marte. —Tragó saliva—. Comandante, me pregunto si me permitiría hablar unos minutos con Blake, antes de embarcar.

—Lo siento, no hay tiempo.

—Pero, señor —dijo enojada—, si me envía a Marte, estaremos meses sin vernos.

—Eso depende de él —dijo el comandante—. Hay dos asientos, pero él es civil. No tiene que ir contigo si no quiere.

Tardaron un momento en comprender. Después, Blake lanzó un grito y Sparta sonrió. Se abrazaron. El comandante no sonrió en ningún momento.

## Apéndice: EL LENGUAJE CIFRADO PLAYFAIR

El lenguaje cifrado Playfair fue ideado por el científico Charles Wheatstone en 1854. Su amigo el barón Playfair presionó con tanta eficacia para que esta clave fuera adoptada por el Gobierno británico, que se hizo famosa con el nombre de Playfair en lugar del de Wheatstone. Playfair convierte un texto normal en un texto cifrado preparando primero el texto normal de una manera determinada, y transformando luego el texto normal según ciertas reglas, utilizando un cuadrado con el alfabeto.

El texto de Blake era:

PARA HELEN DESDE PARÍS SI ENCUENTRAS ESTO ENCUÉNTRAME EN LA FORTALEZA BUSCANDO LA PRIMERA DE CINCO REVELACIONES NECESITARÁS UN GUYA.

Las reglas para preparar el texto normal son:

1) Las letras del texto se dividen en pares; por ejemplo, PARA HELEN se convierte en PA RA HE LE, etc.

2) Las letras dobles, si aparecen en un par, tienen que dividirse con una X o una Z. Si se utiliza X una vez y la Z siguiente, se evita llamar la atención hacia una letra que ha sido cifrada dos veces de la misma manera. Esto podría traicionar parte de la composición del cuadrado del alfabeto.

3) La J, en el texto normal, es tratada como si fuera una I.

De manera que el primer paso fue escribir así el texto normal:

PA RA HE LE ND ES DE PA RÍ SX SI EN CU EN TR AS ES TO EN CU ÉN  
TR AM EZ EN LA FO RT AL EZ AB US CA ND OL AP RI ME RA DE CI NC OR  
EV EL AC IO NE SN EC ES IT AR ÁS UN GU YA.

El cuadro del alfabeto de Playfair tiene cinco letras de ancho y cinco letras de alto, Primero se escribe la palabra clave (sin repetir ninguna letra), y después se escriben las restantes letras del alfabeto, tratando a la I y a la J como si fueran la misma letra. La palabra clave de Blake era SPARTA, y así, su cuadrado de Playfair era:

S P A R T  
B C D E F  
G H I J K L  
M N O Q U  
V W X Y Z

La transformación de Playfair se basa en el hecho de que las letras de cada par, en el texto normal, pueden aparecer sólo en una de tres situaciones. El par puede estar junto en la misma línea, junto en la misma columna o, lo que es más común, no estarlo en ninguna de las dos.

1) Cada letra de un par de letras que aparece en la misma línea, se sustituye por la letra que está a su derecha; por ejemplo, ED se convierte en *fe*. La letra de la «derecha» de la última letra de una línea, es la primera letra de la misma línea.

2) Cada letra de un par de letras que aparece en la misma columna se sustituye por la letra que está debajo de ella; por ejemplo, RQ se convierte en *ey*. La letra de «debajo» de la última letra de la columna, es la primera de la misma columna.

3) Cada letra de un par de letras que no aparece ni en la misma línea ni en la misma columna, se sustituye por la letra que está en la intersección de su propia línea y la columna de la otra letra del par. Hay que conservar el orden del par: primero se determina la intersección de la línea de la primera letra con la columna de la segunda letra, y después la intersección de la línea de la segunda letra con la columna de la primera letra. Sirve de ayuda imaginar que las dos letras del texto normal representan dos esquinas de un cuadrado dentro del cuadrado del alfabeto; las letras del texto cifrado están en las esquinas opuestas de este cuadrado más pequeño. Por ejemplo, HE se convierte en *kc*.

4) Como I y J son idénticas, la transformación de IJ puede escribirse como J, según el gusto de cada uno.

Blake transformó así el texto normal:

PA RA HE LE ND ES DE PA RÍ SX SI EN CU EN TR AS ES TO  
ar tr kc fk oc br ef ar ak av ag cq fn cq st rp br au  
EN CU ÉN TR AM EZ EN LA FO RT AL EZ AB US CA ND OL AP RI ME  
cq fn cq st so fy cq it du ts tj fy sd mt dp oc ui ra  
RA DE CI NC OR EV EL AC IO NE SN EC ES IT AR ÁS UN GU YA  
ak qb tr fe dh wh qa by fk pd ox qc pm fd br la rt rp mo lm xr

Sparta encontró la clave de esta forma:

artrkcfkocbrefarakavagcqfncqstrpbraucqfncqstsofyqcitdutstjfydmtdpocuiraaakqbtrfedl

Como sabía que el sistema era Playfair, y suponiendo que la clave era SPARTA, Sparta sólo tuvo que dividir en pares el texto cifrado, reconstruir el cuadrado del alfabeto y, utilizando las misma reglas, transformar cada par cifrado en su equivalente de texto normal:

ar tr kc fk...

PA RA HE LE...

# TORBELLINO

## Epílogo por Arthur C. Clarke

No pueden existir muchas novelas de ciencia ficción que terminen con un apéndice de cuarenta páginas llenas de ecuaciones matemáticas y diagramas de circuitos eléctricos. No se preocupe, ésta no es una de ellas; pero un libro así la inspiró, hace medio siglo. Y con un poco de suerte, a lo largo del próximo medio siglo dejará de ser ficción.

Debió de ser en 1937 o 1938, siendo yo tesorero de la Sociedad Interplanetaria Británica, que a la sazón tenía cinco años de antigüedad, cuando nos enviaron un libro con un título muy extraño, escrito por un autor con un nombre aún más extraño. *Zero to Eighty* (Princeton: Scientific Publishing Company, 1937), de «Akkad Pseudoman» debe de constituir actualmente una rareza: le debo a mi viejo amigo Frederick I. Ordway III (responsable de los diseños técnicos de *2001. Una odisea espacial*) el ejemplar que poseo.

El subtítulo que lleva lo dice todo:

«Siendo los actos de toda mi vida, reflexiones e invenciones, también mi viaje alrededor de la Luna».

Por supuesto, en realidad no era Mr. Pseudoman, como aclaraba el prefacio. Éste estaba firmado por E. F. Northrup, y explicaba que el libro había sido escrito para demostrar que puede llegarse a la Luna mediante tecnologías conocidas, sin «invocar rasgos físicos o leyes de la Naturaleza, imaginarios».

El doctor E. F. Northrup fue un distinguido ingeniero electricista y el inventor del horno de inducción que lleva su nombre. Su novela, que evidentemente es una fantasía, describe un viaje a la Luna (y a su alrededor), en un vehículo lanzado desde la Tierra por un cañón gigantesco, como en el clásico de Julio Verne: *De la Tierra a la Luna*. Sin embargo, Northrup intentó evitar los evidentes defectos de la propuesta ingenua de Verne, que habría convertido rápidamente a *Ardan et al.*, en pequeñas pompas de protoplasma dentro de una esfera de metal fundido.

Northrup utilizaba un cañón eléctrico, de doscientos kilómetros de largo, la mayor parte horizontal pero con la sección final curvada, hacia el Monte Popocatepetl, para que el proyectil estuviera a una altitud de más de cinco kilómetros cuando alcanzara la velocidad de escape precisa, de 11,2 kilómetros por segundo. De esta manera, las pérdidas de resistencia del aire quedarían reducidas al mínimo, pero una pequeña cantidad de energía del cohete quedaría disponible para cualquier corrección

necesaria.

Bien, es más sensato que el cañón lunar de Verne, pero no mucho. Incluso con doscientos kilómetros de pista de lanzamiento, los infortunados pasajeros tendrían que soportar treinta G durante más de medio minuto. Y el coste de los imanes, estaciones de energía, líneas de transmisión, etc., sería de miles de millones; los cohetes serían más baratos, y también mucho más prácticos.

Estoy seguro de que a «Akkad Pseudoman» le habría sorprendido —y encantado—, saber que el hombre dio la vuelta a la Luna a bordo del Apollo 8 en Navidad de 1969; la fecha que él daba en su novela era el 28 de junio de 1961. Digamos de paso que no fue el primero en proponer este esquema: el número de invierno de 1930 de la *Science Wonder Quarterly*, publica una hermosa ilustración de Frank R. Paul, de electroimanes gigantescos que lanzan una nave espacial en la ladera de una montaña. Habría podido servir muy bien como portada de *Zero to Eighty*.

Unos años después de leer el libro del doctor Northrup (que sigue lleno de ideas interesantes, incluido un tratamiento notablemente comprensivo —en especial para la época— de la tecnología rusa), se me ocurrió que había cometido un leve error. Había colocado su catapulta eléctrica en un mundo equivocado; no tenía ningún sentido en la Tierra, pero era ideal para la Luna.

En primer lugar, no hay atmósfera que caliente el vehículo o destruya su impulso, de modo que toda la pista de lanzamiento puede trazarse horizontalmente. Una vez se le haya dado velocidad de escape, la carga útil se elevará poco a poco de la superficie de la Luna, y se dirigirá hacia el espacio.

En segundo lugar, la velocidad de escape lunar sólo es una quinta parte la de la Tierra, y por lo tanto puede alcanzarse con una pista de lanzamiento consiguientemente más corta... y un veinticincoavo de la energía. Cuando llegue el momento de exportar mercancías de la Luna, ésta será la manera de hacerlo. Aunque yo pensaba en cargas inanimadas, y catapultas de sólo unos kilómetros de largo, podrían utilizarse sistemas más grandes para pasajeros humanos debidamente protegidos, si hubiera suficiente tráfico que lo justificara.

Escribí esta idea, con los cálculos necesarios, en un artículo titulado «Lanzamiento electromagnético como gran contribución al vuelo espacial», que fue publicado en el *Journal of the British Interplanetary Society* (noviembre, 1950); puede localizarse más fácilmente en mi *Ascent to Orbit: A Scientific Autobiography* (Wiley, 1984). Y, como una buena idea debe ser explotada de todas las maneras posibles, lo utilicé en novela en dos ocasiones: en el capítulo «The Shot from the Moon» (*Islands in the Sky*, 1952) y en el relato «Maelstrom II» (*Playboy*, abril 1965, reimpresso en *The Wind from the Sun*, 1972). Ésta es la historia que Paul Preuss ha convertido ingeniosamente en *Venus Prime*, volumen 2.

Unos veinte años después de la publicación de «Lanzamiento electromagnético»

por el BIS, el concepto fue llevado mucho más lejos por Gerald O'Neill, que lo convirtió en un elemento clave de sus proyectos de «colonización del espacio» (ver *The High Frontier*, 1977; Gerry O'Neill está molesto, con razón, por la apropiación del título por parte de los Guerreros de las Estrellas). Demostró que los grandes hábitats del espacio que él imaginó, podían construirse de manera muy económica con materiales extraídos y prefabricados en la Luna, y puestos después en órbita mediante catapultas electromagnéticas a las que daba el nombre de «conductores de masa». (Yo le he desafiado a producir algún dispositivo de propulsión que no entre en esta descripción).

El otro elemento científico de «Torbellino II», tiene una historia mucho más larga; es la rama de la mecánica celestial conocida como «teoría de la perturbación». He podido ir mucho más allá, desde que mi profesor de matemáticas, el cosmólogo doctor George C. McVittie, me introdujo en el tema en el Kings College, Londres, a finales de los años cuarenta. Sin embargo, sin darme cuenta, había tropezado con ello en las queridas Wonder Stories, casi dos décadas antes. He aquí un reto para el lector: localizar el defecto en el siguiente guión...

La primera expedición ha aterrizado en Fobos, la luna interior de Marte. Allí la gravedad sólo es una milésima la de la Tierra, de modo que los astronautas se divierten mucho viendo cómo pueden saltar. Uno de ellos salta demasiado y excede la velocidad de escape del pequeño satélite, de unos treinta kilómetros la hora. Se aleja en el cielo, hacia el rojo paisaje de Marte; sus compañeros comprenden que tendrán que ir a rescatarle antes de que se estrelle en el planeta que se halla sólo seis mil kilómetros más abajo.

Una situación dramática que inicia el serial de 1932, de Lawrence Manning, *The Wreck of the Asteroid*. Manning, uno de los escritores de ciencia ficción más precavido de los años treinta, fue uno de los primeros miembros de la American Society, y era muy cauto con su ciencia. Pero esta vez, me temo, decía tonterías: su personaje, que saltaba tan alto habría estado perfectamente a salvo.

Examinemos su situación desde el punto de vista de Marte. Si el hombre simplemente está de pie en Fobos, está orbitando el planeta a casi ocho mil kilómetros la hora (una luna tan cercana a su planeta primario tiene que moverse bastante de prisa). Como los trajes espaciales son objetos voluminosos, y no están diseñados para acontecimientos atléticos, dudo que el descuidado astronauta pudiera alcanzar esos críticos treinta kilómetros por hora. Aunque lo hiciera, sería menos del cincuenta por ciento de la velocidad que ya tiene, relativa a Marte. Por lo tanto, saltara como saltara, no cambiaría prácticamente su situación; seguiría viajando en casi la misma órbita que antes. Retrocedería unos kilómetros de Fobos, y volvería al punto de partida, ¡sólo una revolución más tarde! (Por supuesto, entretanto podría quedarse sin oxígeno, pues el viaje en torno a Marte le llevaría siete horas y media,

Así que sus amigos deberían ir tras él... con toda comodidad).

Éste es quizás el ejemplo más simple de la «teoría de la perturbación», y yo la desarrollé mucho más en «Júpiter V» (reimpreso en *Reach for Tomorrow*, 1956). Esta historia se basaba en lo que a principios de los años cincuenta parecía una idea ingeniosa. Una década antes, LIFE Magazine había publicado las famosas pinturas de los planetas exteriores del artista espacial Chesley Bonestell. ¿No sería hermoso, pensé, que en el siglo veintiuno, LIFE enviara allí a uno de sus fotógrafos, para fotografiar la realidad y la comparara con las visiones que tuvo Chesley, cien años atrás?

Poco imaginaba yo que, en 1976, la sonda espacial Voyager haría precisamente esto; y que, felizmente, Chesley aún estaría aquí para ver el resultado. Muchas de sus pinturas, cuidadosamente investigadas, acertaron; aunque no podía anticipar sorpresas tan grandes como los volcanes de Io, o los múltiples anillos de Saturno.

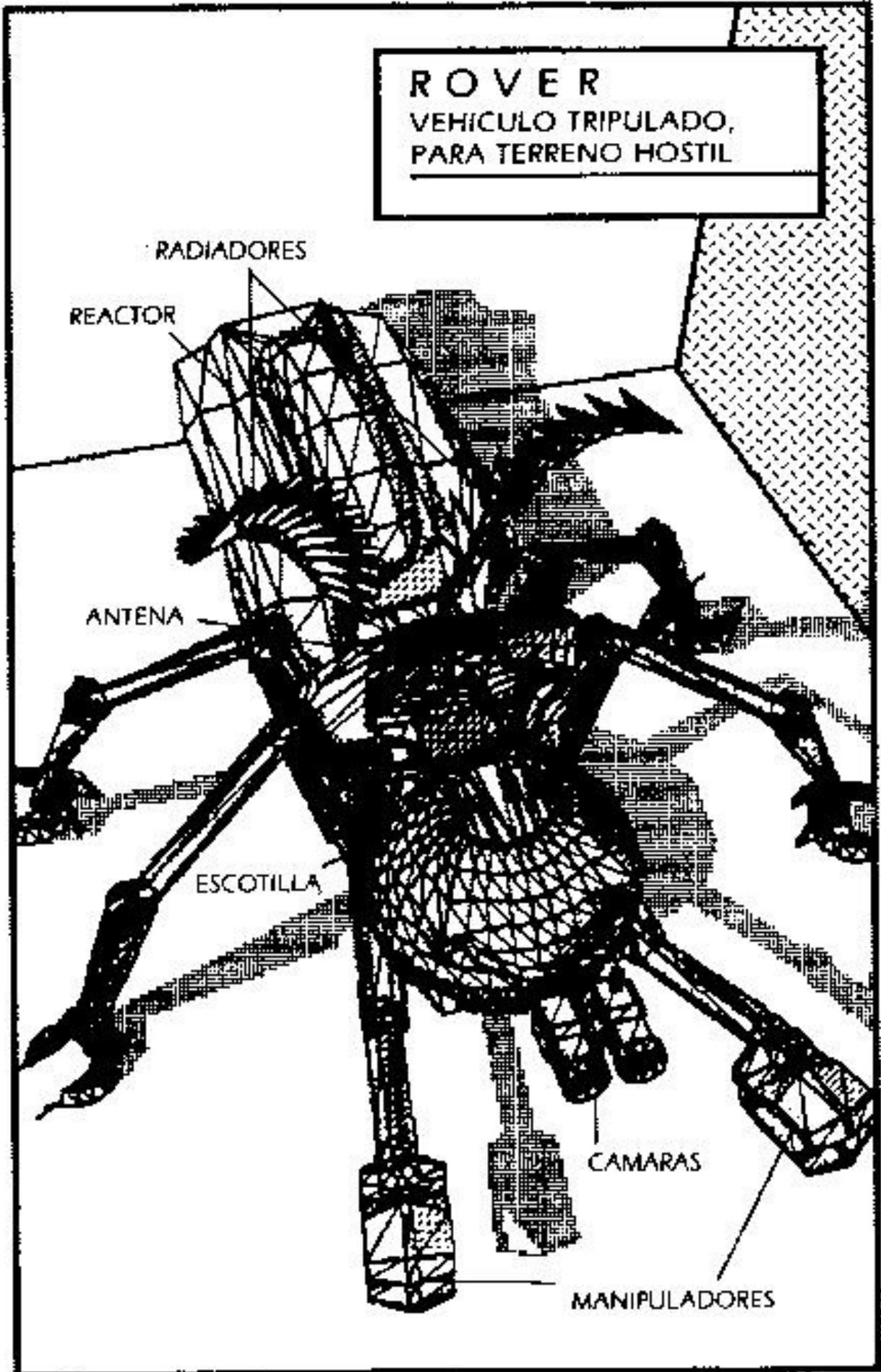
Mucho más recientemente, la Teoría de la Perturbación tiene un papel clave en *2061: Odisea tres*; y no prometo no volver a utilizarla algún día. Ofrece toda clase de oportunidades para sorprender al lector.

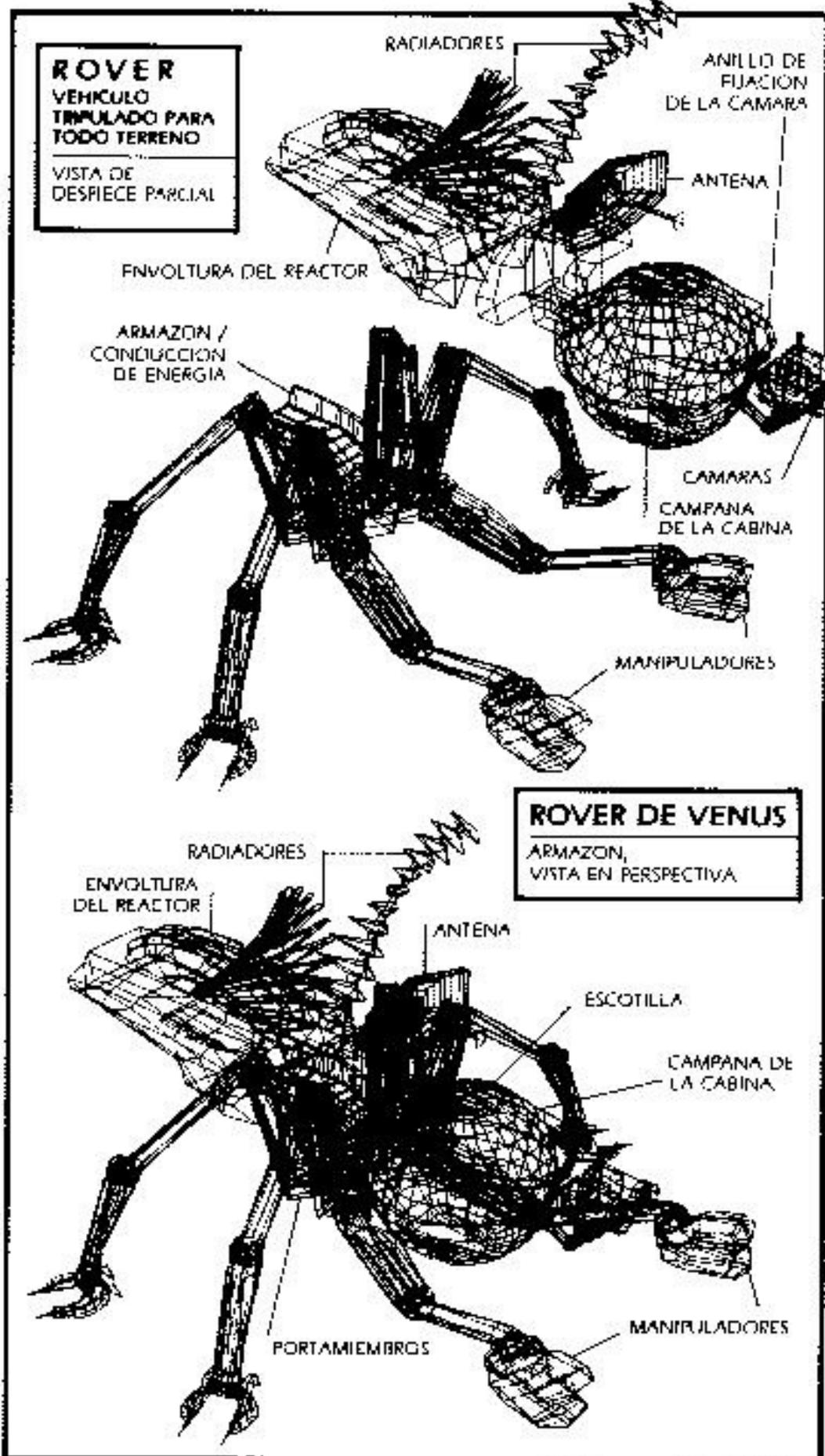
ARTHUR C. CLARKE  
*Colombo. Sri Lanka*

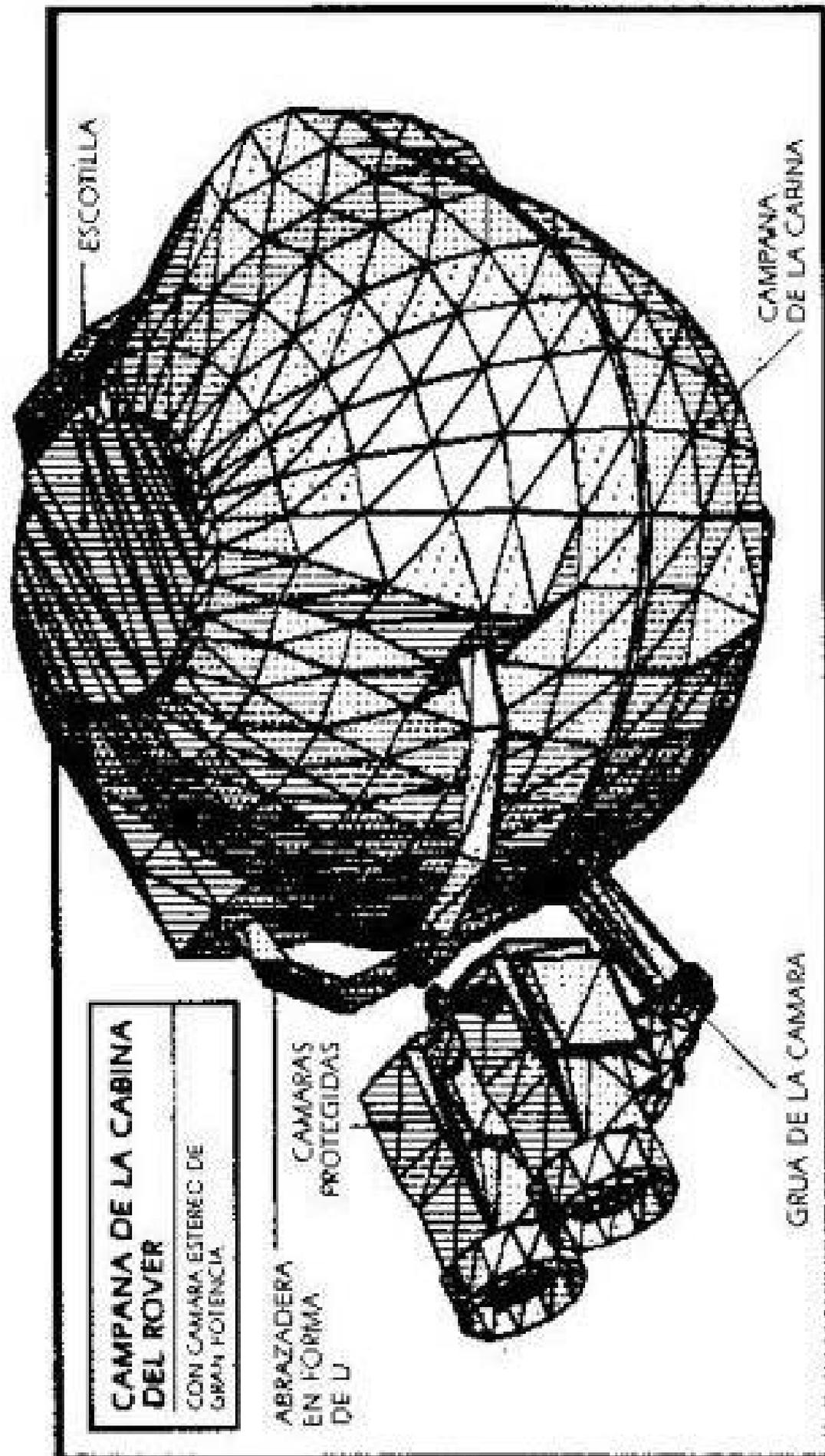
## ILUSTRACIONES TÉCNICAS

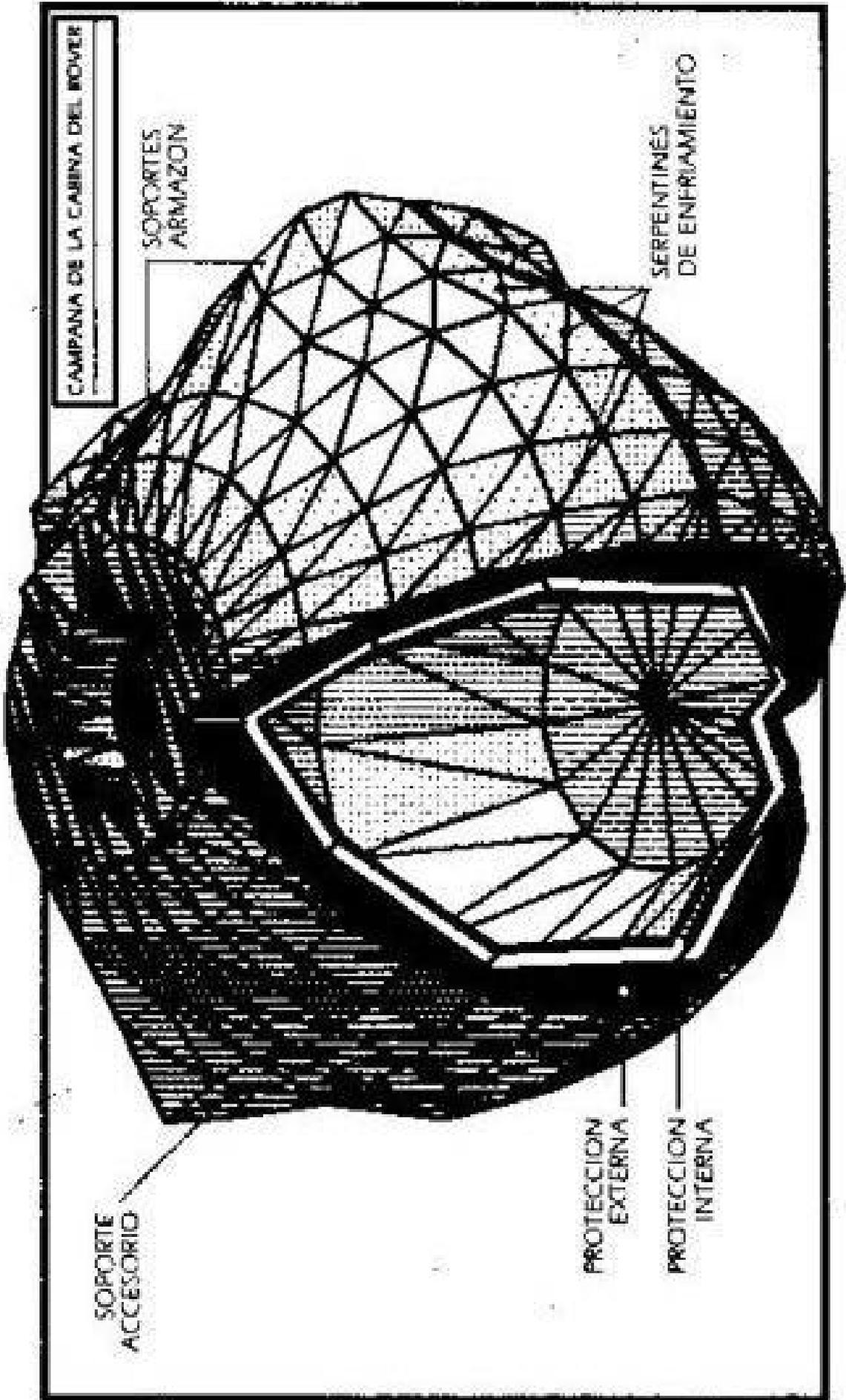
En las siguientes páginas aparecen diagramas generados por ordenador, que representan algunas de las estructuras y la ingeniería que se encuentran en *Venus Prime*.

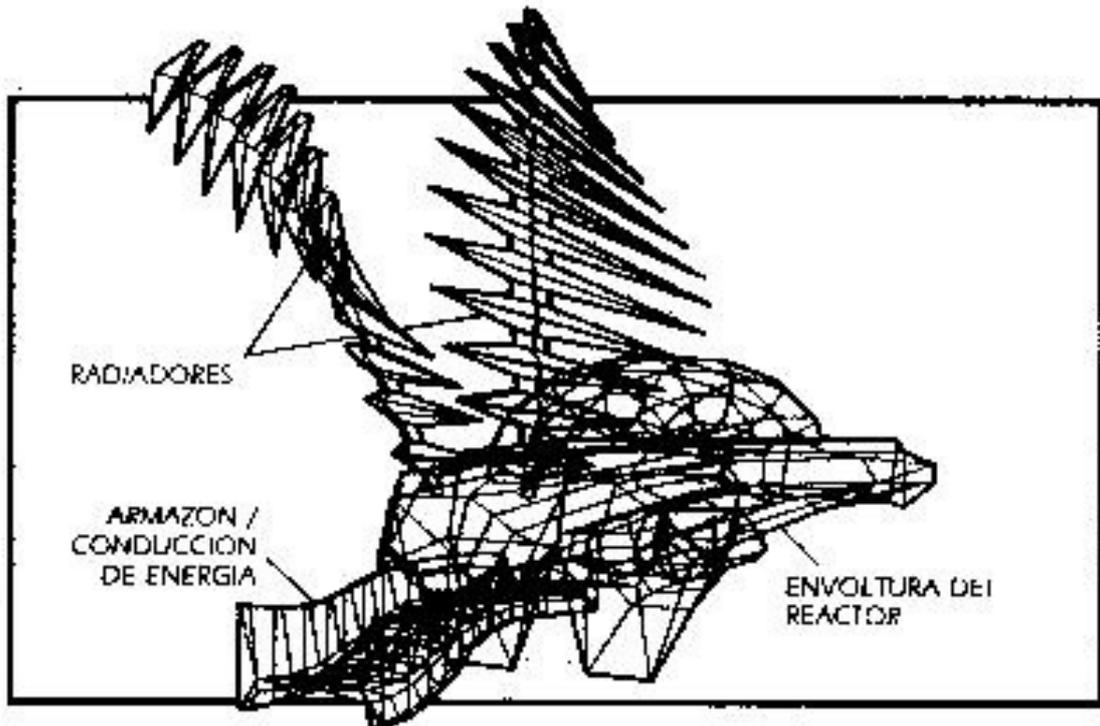
- Páginas 2-7: *Rover de Venus*. Vehículo tripulado de explotación y búsqueda, para terreno hostil: perspectiva general, vista de despiece parcial; perspectiva del almacén; campana de la cabina, componentes de la comunicación y control sensorial.
- Páginas 8-9: *Puerto Hesperus*. Estación espacial que orbita Venus: perspectiva, en corte, del almacén; componentes axiales.
- Páginas 10-13: *Sistema de realidad artificial*. Traje de análisis sensorial generado por ordenador: vista general de los sistemas; componentes sensoriales; matriz sensora de tejido ortotáctico I/O.
- Página 14: *Mare Moscoviense*. Meseta lunar; *Base Farside*. Equipo para investigación con radiotelescopio; mapa aéreo general; sección elevada típica.
- Páginas 15-16: *Sistema de lanzamiento de inducción lineal*. Mecanismo de transporte lunar entre estaciones; vista del almacén de la cápsula; esquema de la pista.





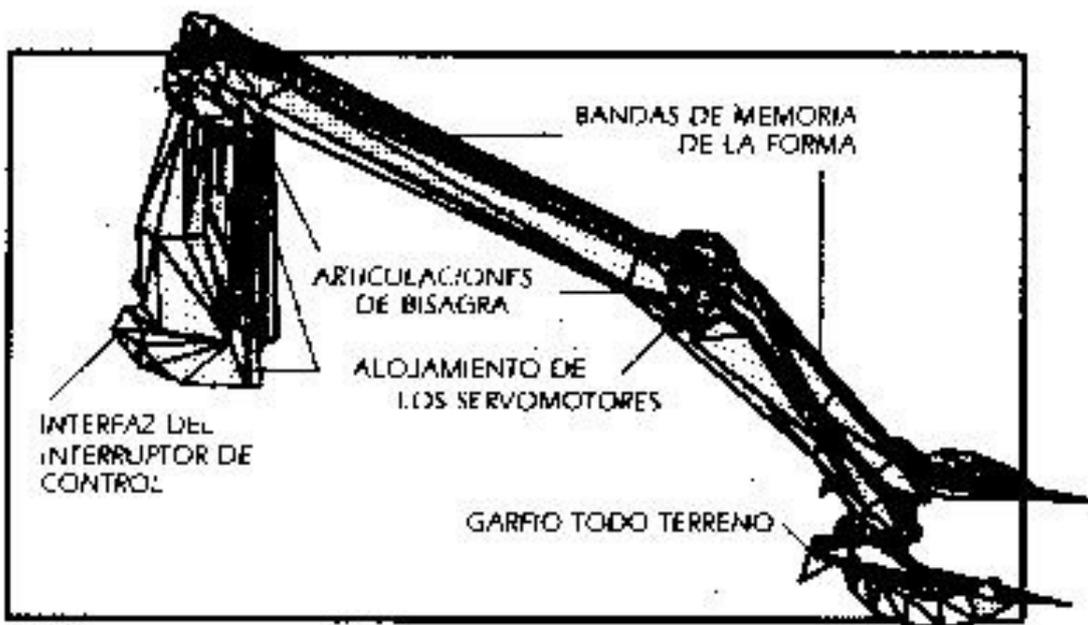






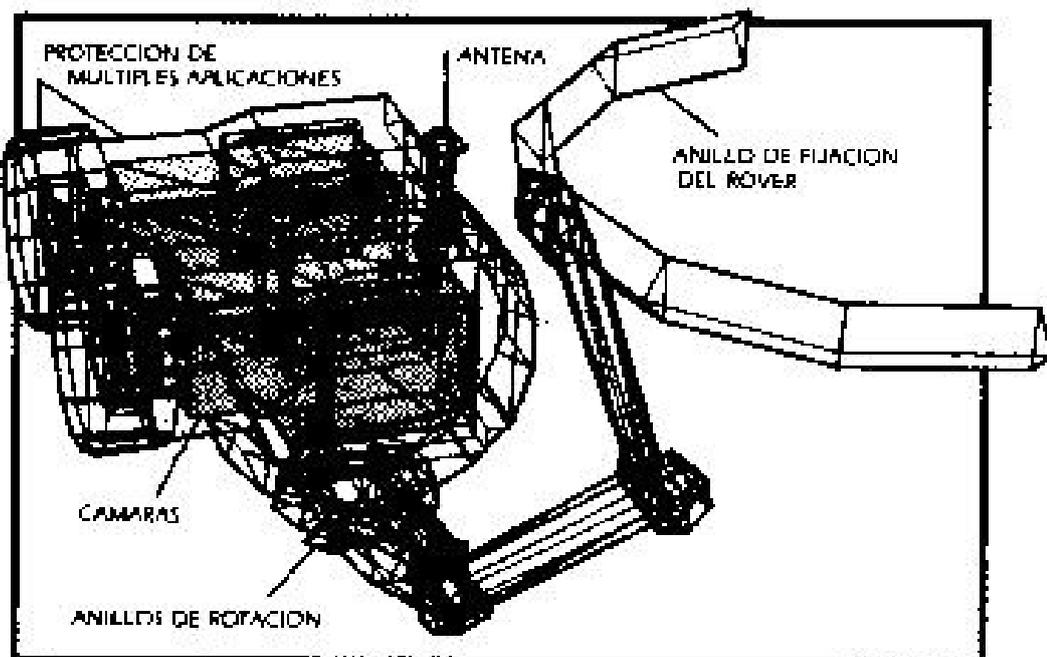
### ROVER DE VENUS

COMPONENTES DEL REACTOR



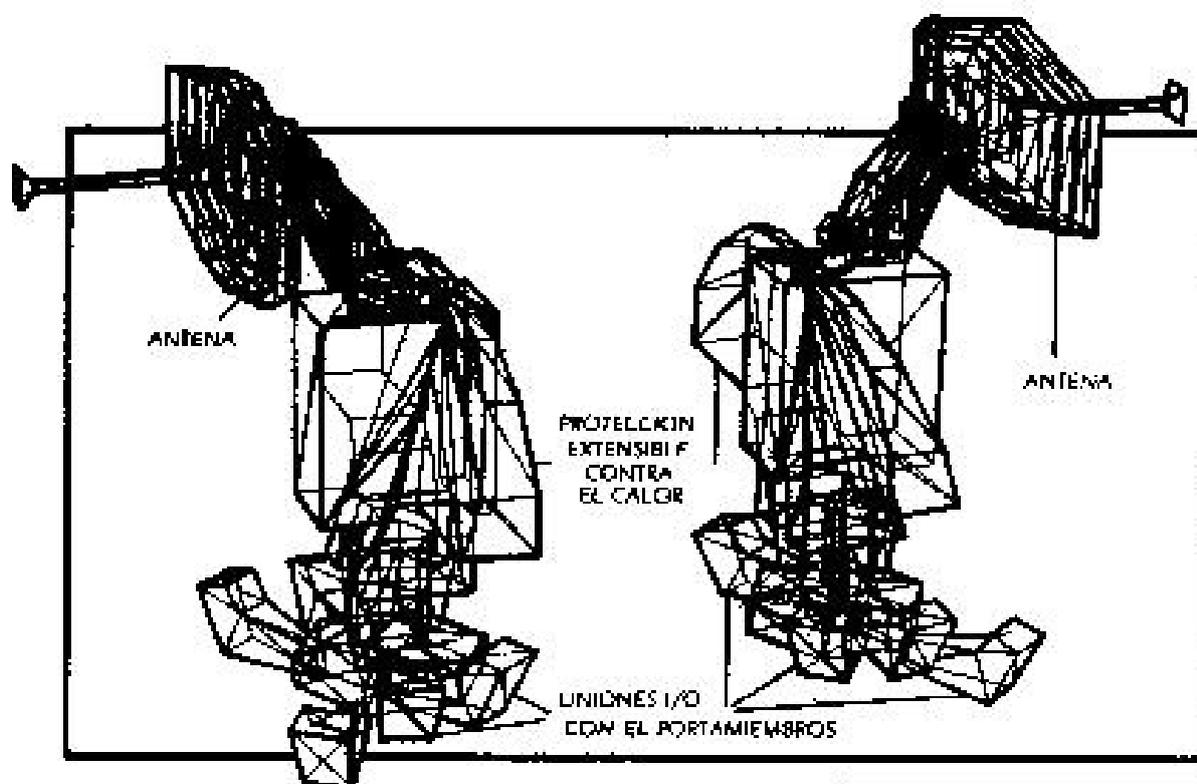
### MIEMBRO DEL ROVER

UNIDAD INTERCAMBIABLE AUTONOMA



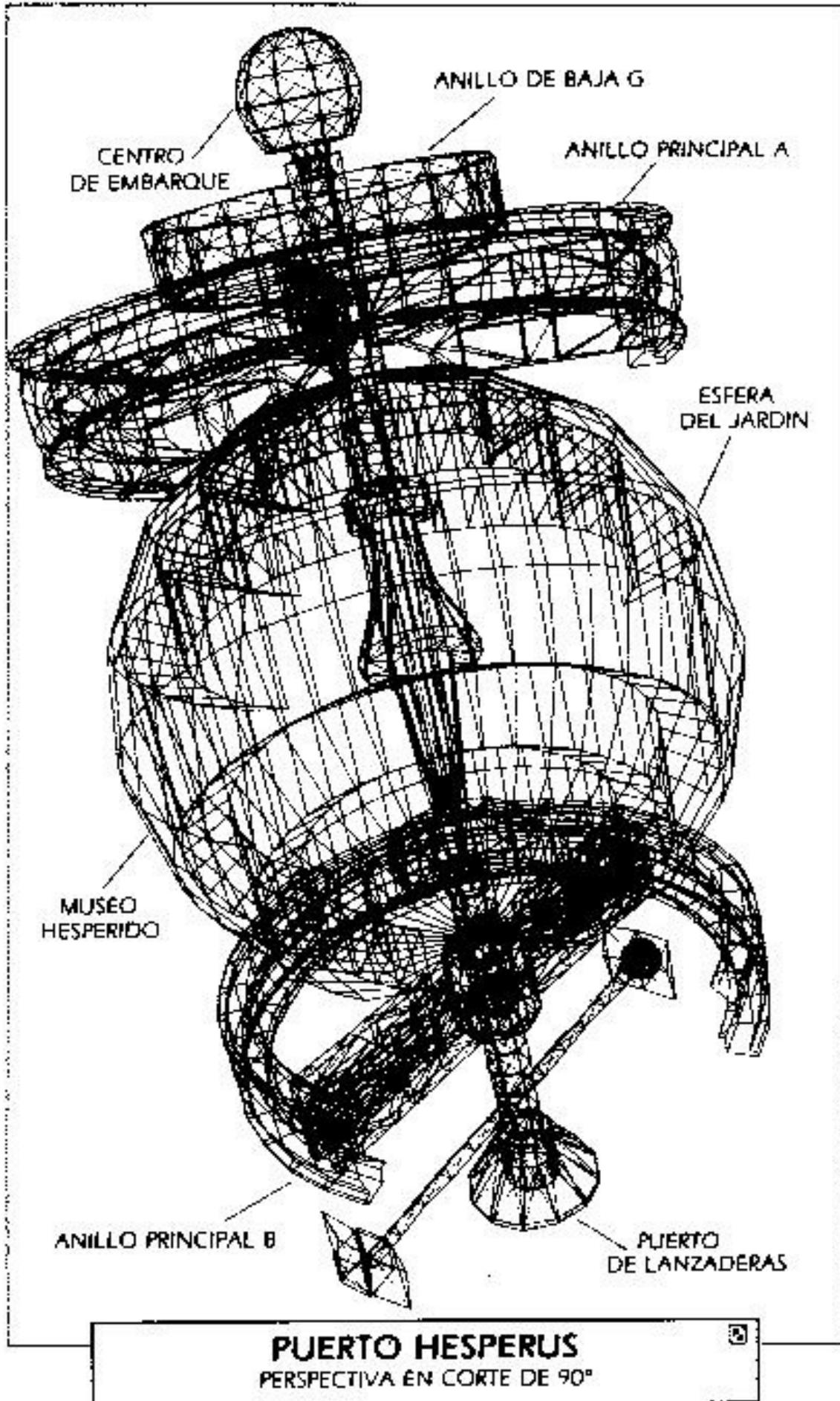
### CAMARA ESTEREO

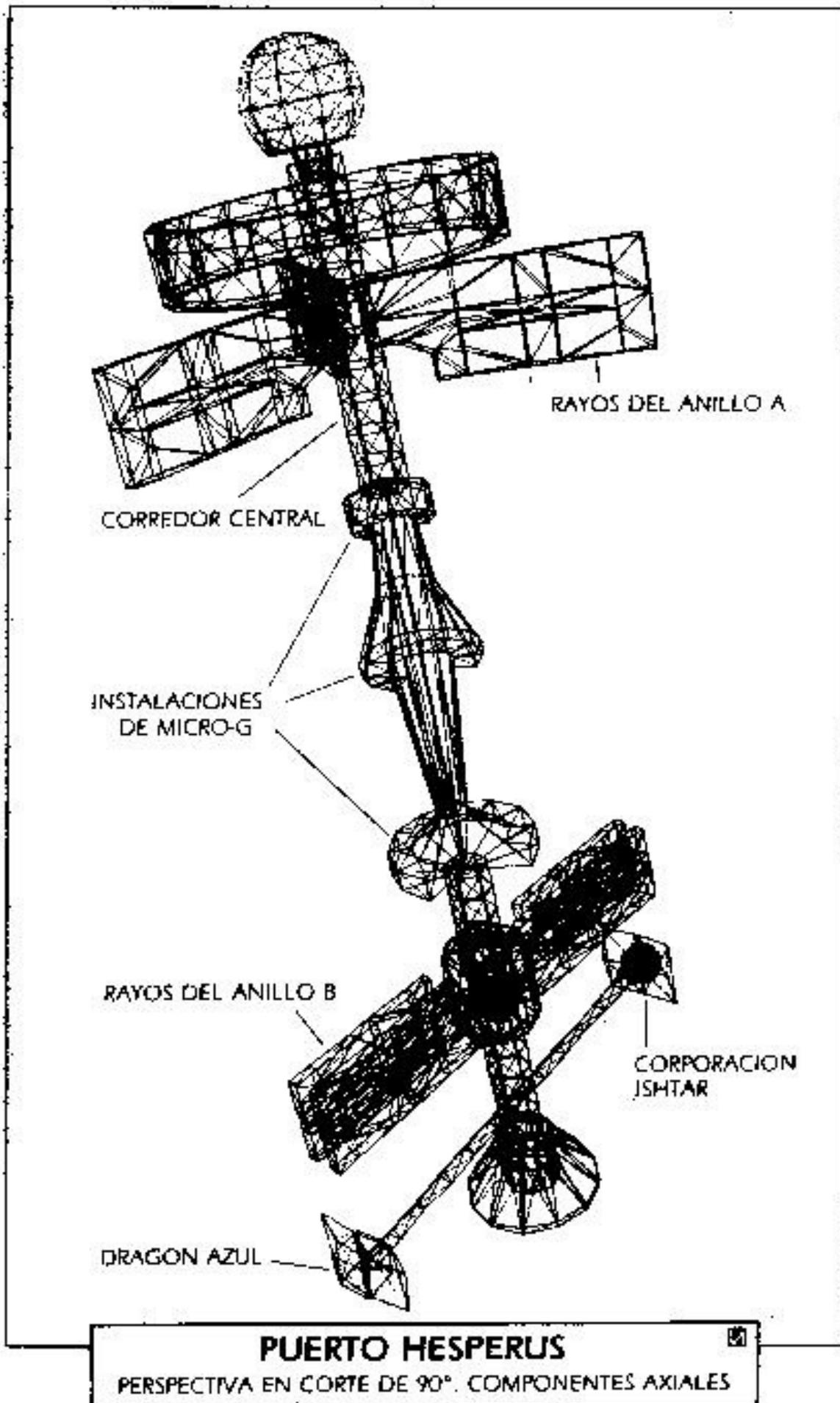
MONTAJE DE LA TELEGRUFA

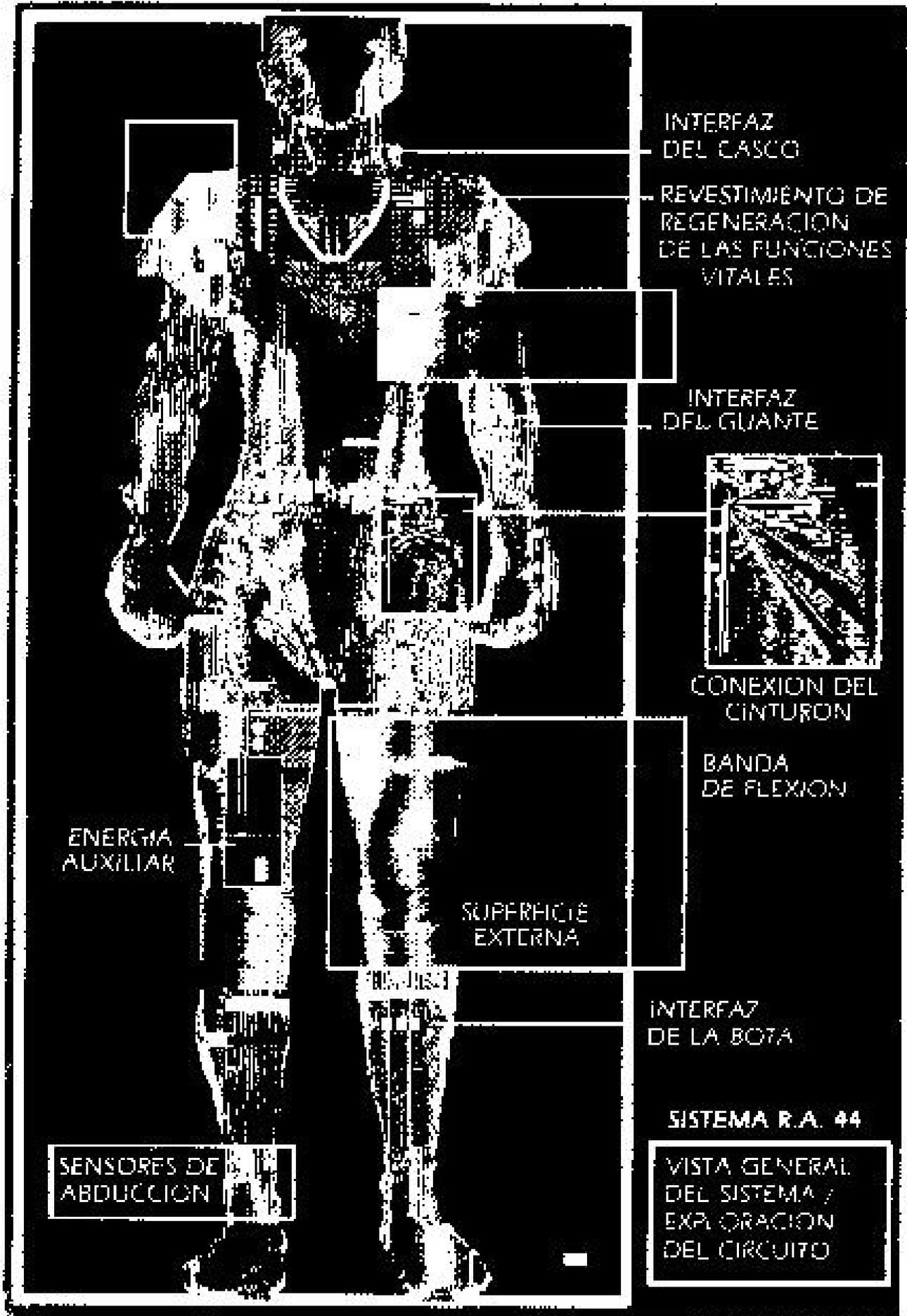


### ROVER DE VENUS

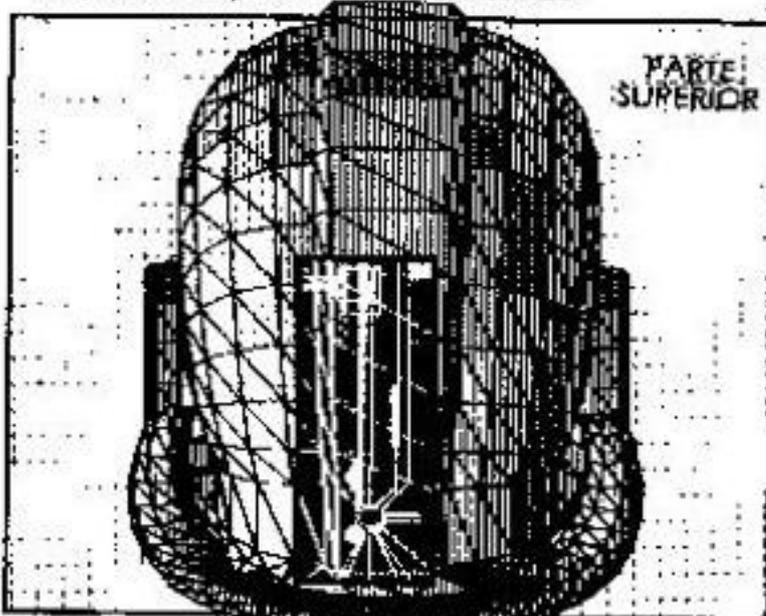
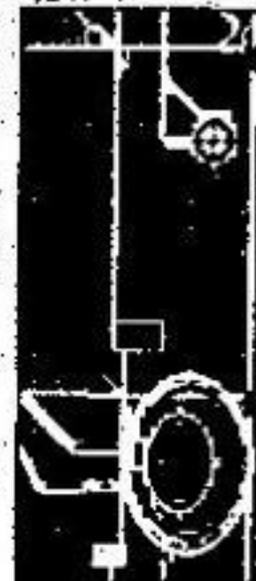
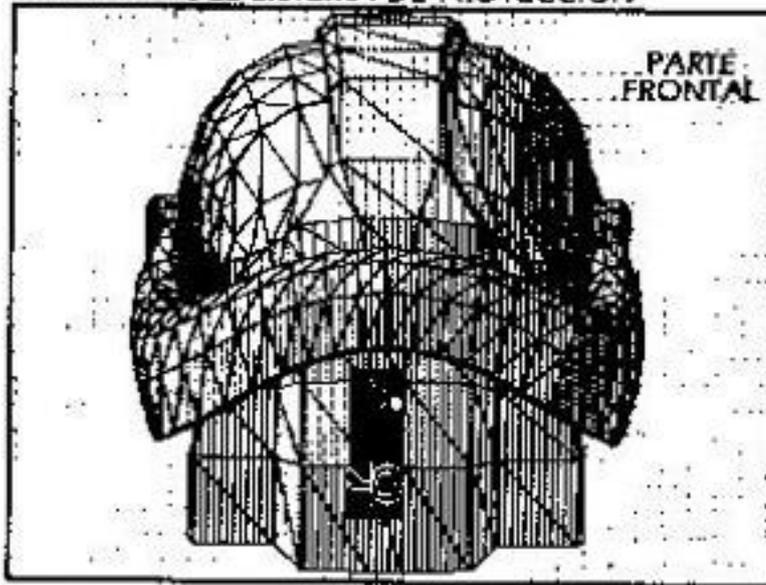
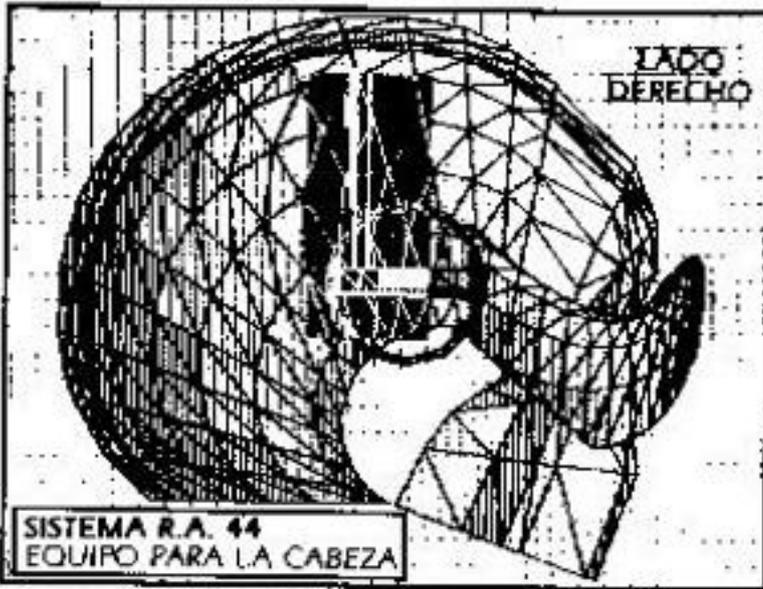
MEXO DE COMUNICACION / CONTROL

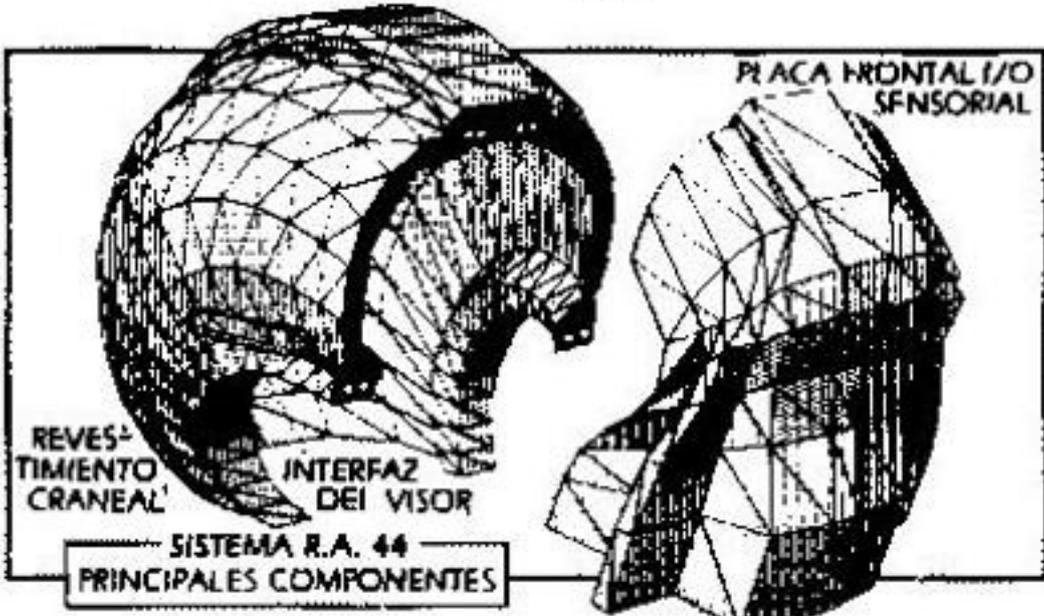
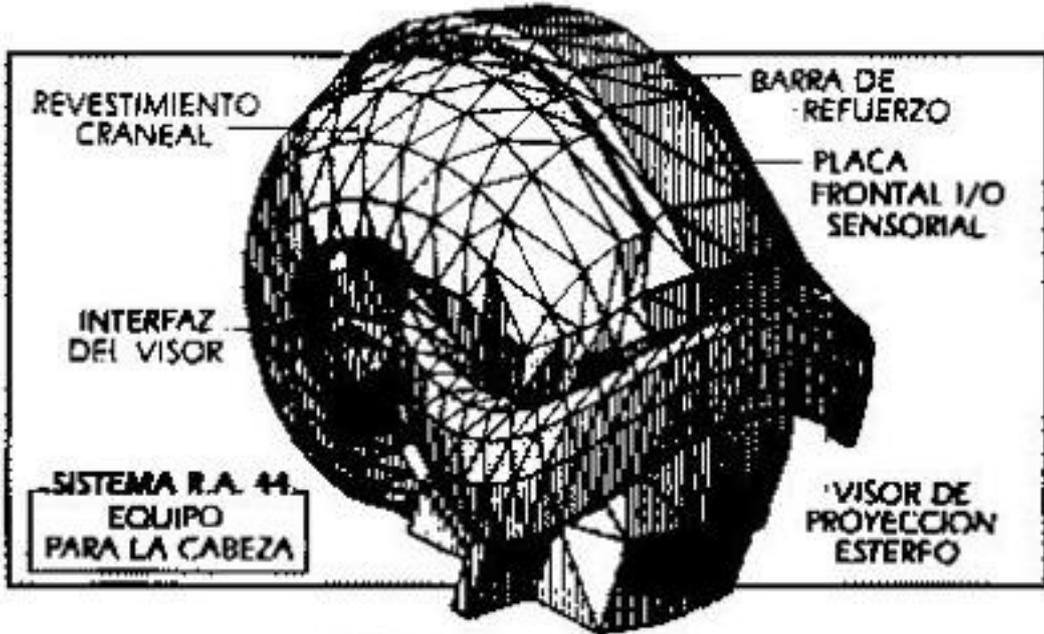










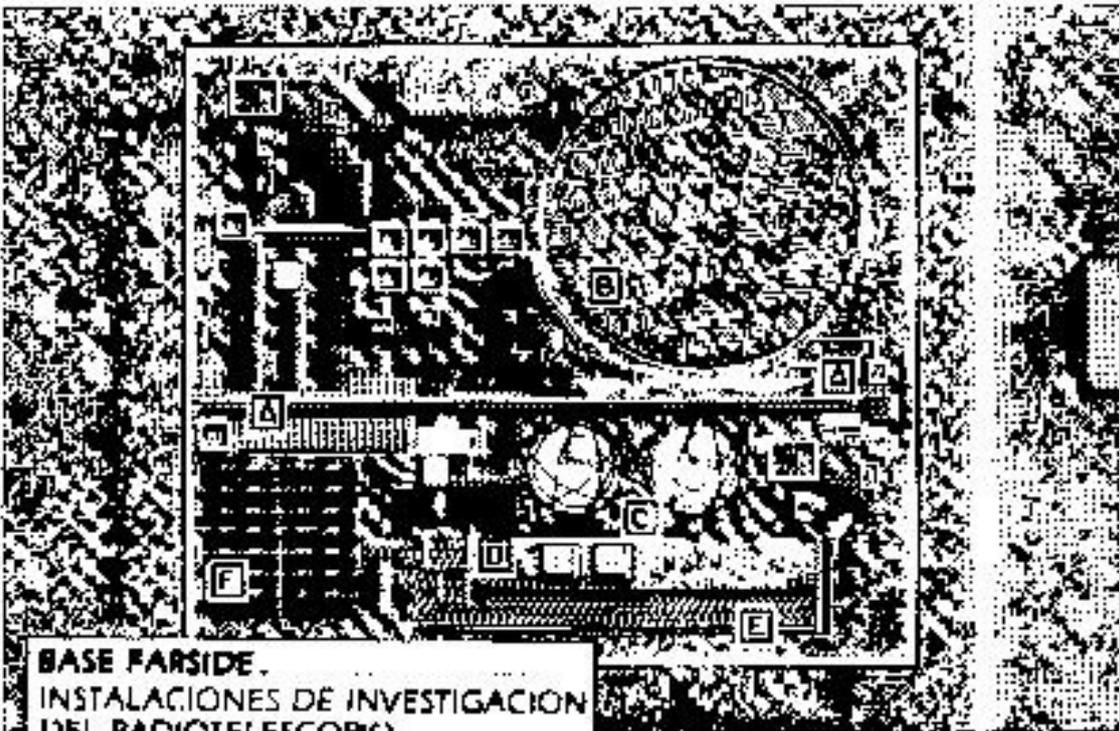


SISTEMAS DEL TRAJE:

TEMP  FRIO  BAT

OXI  SELL

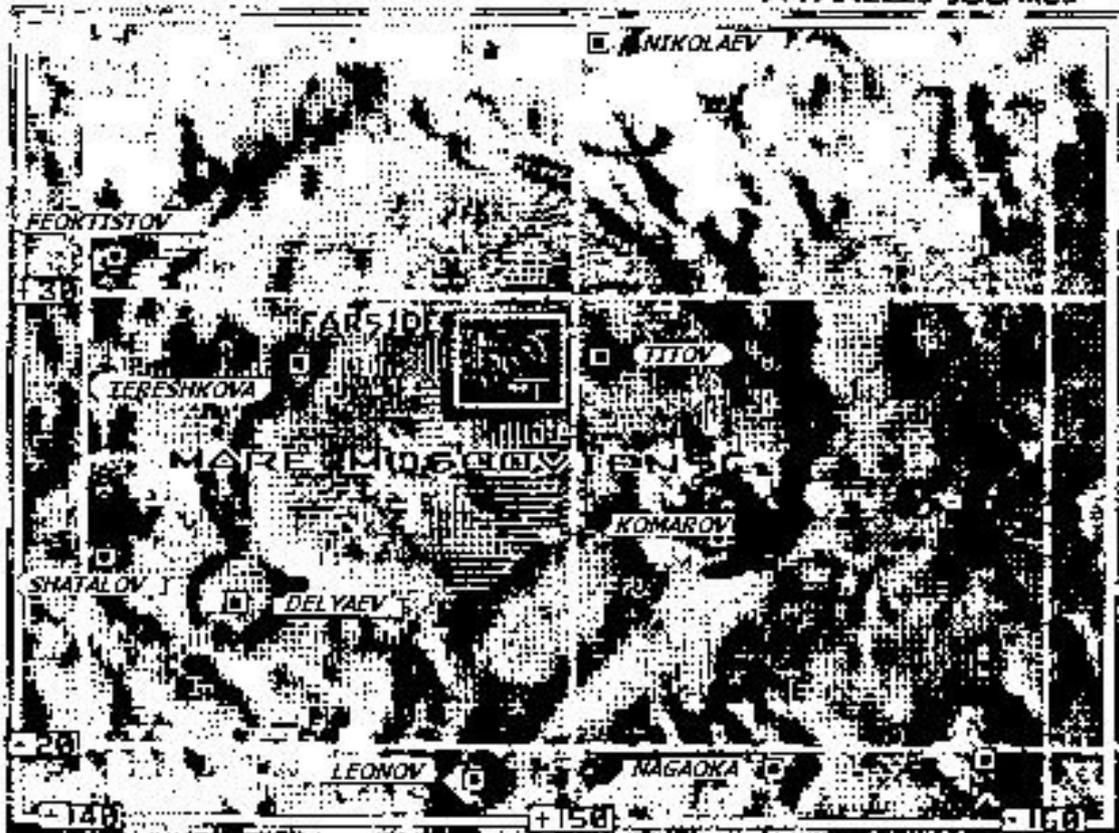
55.03 W 44.65 W



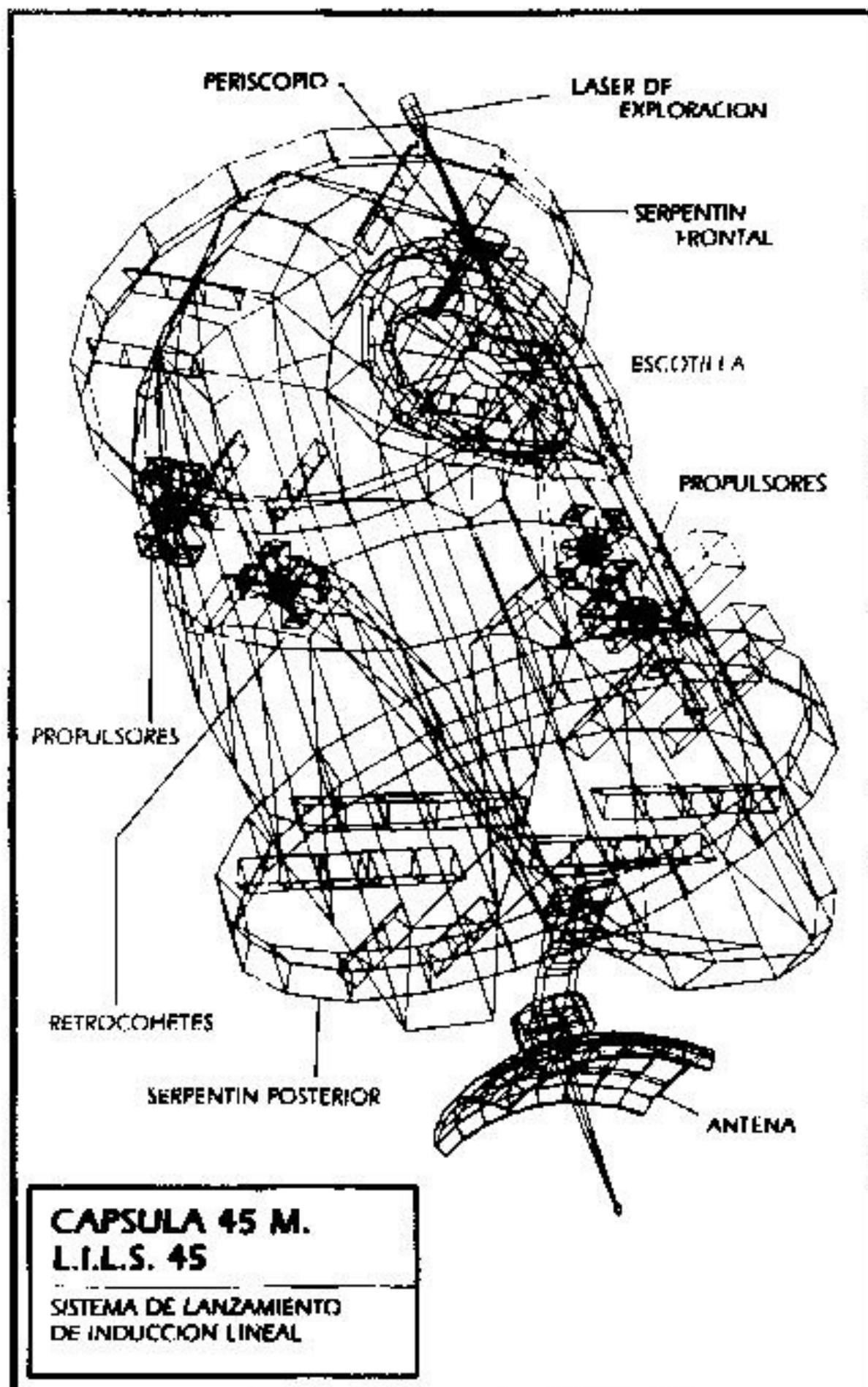
**BASE FARSIDE.  
INSTALACIONES DE INVESTIGACION  
DEL RADIOTELESCOPIO**

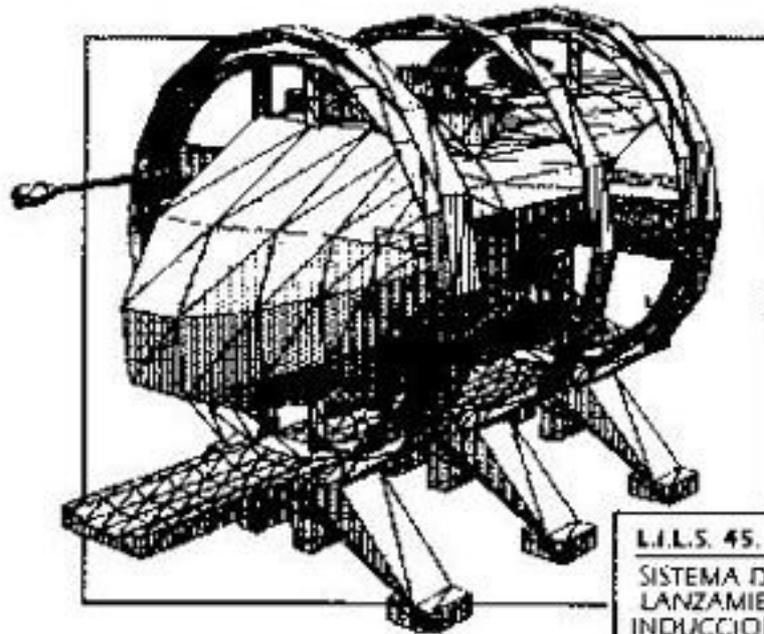
- A. SISTEMA DE LANZAMIENTO POR CATAPULTA
- B. CONJUNTO DEL RADIOTELESCOPIO

- C. ALOJAMIENTOS
- D. HIDROPONIA
- E. CAMPO DE ATERRIZAJE
- F. PANELES SOLARES

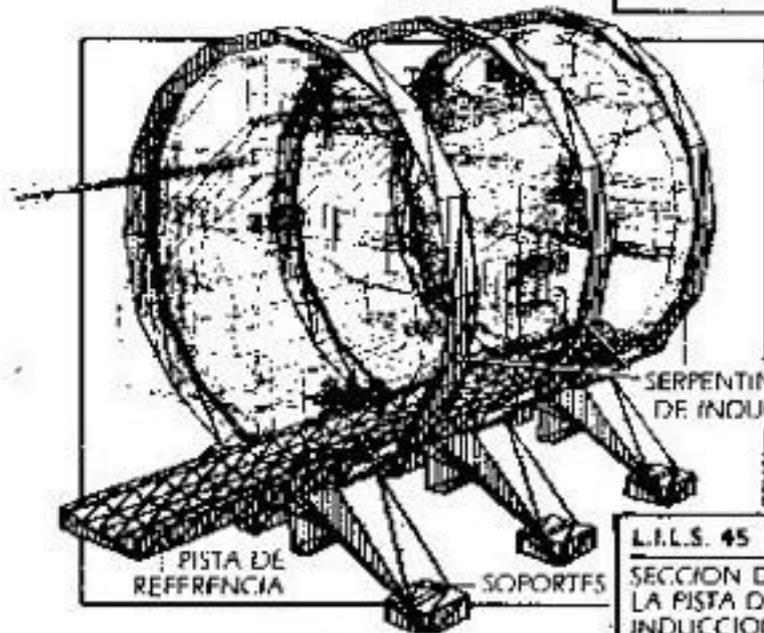


**MARE MOSCOVIENSE.  
SELECCION ELEVADA TIRCA**





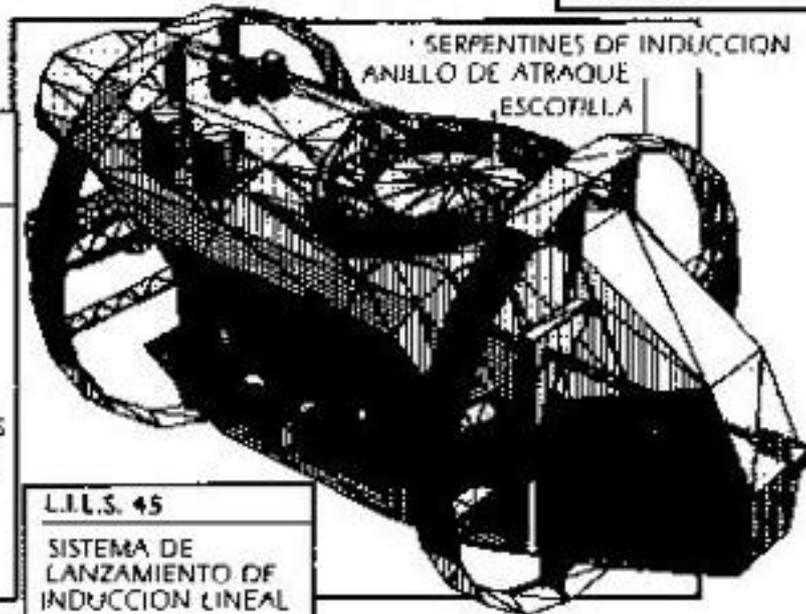
L.I.L.S. 45.  
SISTEMA DE LANZAMIENTO DE INDUCCION LINEAL



L.I.L.S. 45  
SECCION DE LA PISTA DE INDUCCION LINEAL



**ESQUEMA DE LA PISTA DE INDUCCION**  
 A. ACELERACION BRUSCA  
 B. ACELERACION DE PRECISION  
 C. SECCION DE DESCENSO  
 D. CONTROL DE LANZAMIENTO  
 E. 1-2. ESTACIONES DE OBSERVACION DE LA PISTA  
 F. TRANSFORMADOR  
 G. HANGAR DE CARGA



L.I.L.S. 45  
SISTEMA DE LANZAMIENTO DE INDUCCION LINEAL

# Notas

[1] El incidente del *Star Queen* se relata en la novela de Arthur C. Clarke *Venus Prime*, volumen 1: Máxima tensión (Breking Strain). <<

[2] El sistema cifrado Playfair se explica en el apéndice. <<